
TE ODIO
POR AMARTE
RILEY FLOWERS

Te odio por amarte

Riley Flowers

Índice

Title Page

Sinopsis

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

¡Una sorpresa para ti!

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Epílogo

Hola, querida lectora!

Adelanto de Mi sorpresa secreta

Capítulo Uno

Capítulo dos

Capítulo Tres

¡Una sorpresa para ti!

Informazioni su Riley

Sinopsis

Él era mi amor platónico en el instituto, el chico que me hacía temblar las rodillas con solo una sonrisa. Y el que me rompió el corazón en mil pedazos. Ahora ha vuelto... y quiere lo único que sus millones no pueden comprar: ¡a mí!

Emily ha pasado la mayor parte de la última década tratando de borrar a Adam Conway de su mente. Si su ex se hubiera mantenido alejado de su tranquilo pueblecito en Georgia, tal vez habría logrado olvidar sus melancólicos ojos oscuros y esa sonrisa irresistible.

Pero el destino tenía otros planes.

Ahora ha vuelto y es su nuevo jefe, así que es imposible evitarlo.

Y lo que es todavía peor, Adam quiere que ella finja ser su esposa para ayudarle a cerrar un importante contrato para su empresa.

Lo que comienza siendo un acuerdo comercial se convierte rápidamente en una noche salvaje llena de tequila, viejos recuerdos y una pasión incontrolable. Pero cuando se despiertan a la mañana siguiente, no solo tienen una gran resaca, sino que están legalmente casados.

Y Emily tiene una sorpresa que ninguno de los dos esperaba.

Su cabeza le dice que huya. Su corazón le ruega que se quede.

Pero, ¿puede confiar de verdad en el hombre que ya la abandonó una vez?

¿Hay alguna posibilidad de que puedan convertirse en una verdadera familia... juntos?

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

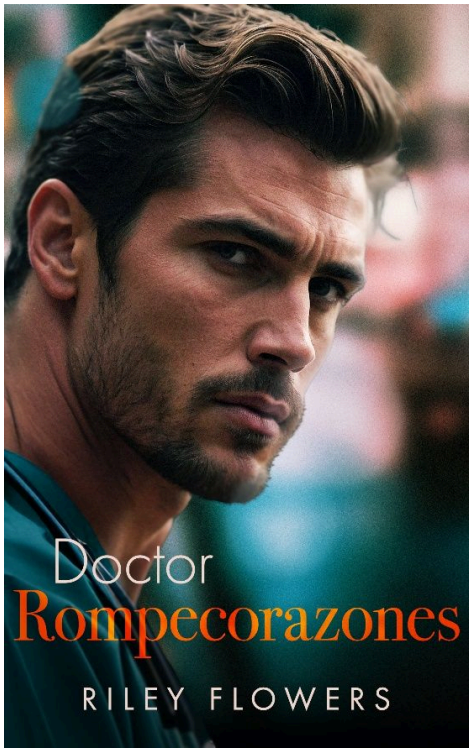
Copyright © 2025 Riley Flowers

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial por cualquier medio.
Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

¡Una sorpresa para ti!

Para darte las gracias por tu interés en mis libros, te regalo en exclusiva la novela completa "Doctor Rompecorazones". ¡Y lo mejor: es totalmente gratis!

Puedes descargarlo aquí:



Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi Club de Lectores VIP y no te perderás ninguna novedad ni ningún lanzamiento. ¡Estoy deseando tenerte allí!

XOXO

Riley

Prólogo

Adam

Lo empujo hacia atrás con más fuerza e interpongo mi cuerpo entre él y Emily para que no pueda verla. Ni siquiera merece mirarla. Intenta mantener su posición, pero no puede competir con mi tamaño, por no mencionar la ira justiciera que recorre mi cuerpo. Doy otro paso adelante y lo empujo hacia atrás hasta que llega a la puerta. De un solo empujón se abre la puerta mosquitera y se tambalea hacia el porche. El impacto parece sacarlo del shock de mi llegada, y se apresura a ponerse de pie para enfrentarme. No dudo en seguirlo a través de la puerta. Ya está fuera de la casa, pero quiero asegurarme de que entienda que nunca más será bienvenido aquí.

Extiendo el brazo, lo agarro de su camisa y lo arrastro hacia mí.

—Lárgate de aquí, cabrón —gruño.

Vacila por un momento.

—No —escupe mientras cambia su peso para forzarme a bajar los escalones y caer de rodillas en la acera.

Salta por los escalones detrás de mí, y me giro justo a tiempo para evitar que hunda su codo en la parte posterior de mi cuello. Avanzo con fuerza, lo agarro por las piernas y lo tiro al suelo.

—¡Parad ya! —grita Emily desde la puerta.

La ignoro, me arrastro hacia la figura que está tendida en el suelo frente a mí, y hundo mi rodilla en su abultado estómago mientras echo mi puño hacia atrás y lo estrello contra su cara. Se oye un satisfactorio crujido acompañado de un profundo gemido, pero un instante después, levanta los hombros y me hace caer de lado. Me devuelve el puñetazo y encuentra la energía suficiente para darme una patada que me alcanza de lleno en el estómago. De repente está de pie y corre de vuelta al porche. La hierba mojada resbala bajo mis pies, pero clavo los zapatos en el barro y me impulso hacia

arriba. Solo he dado un paso adelante cuando escucho el grito de Emily, que me hiela la sangre.

Capítulo uno

Emily

Trece años antes...

El azul es de un tono bonito, pero no me preguntes cómo, no creo que mucha gente en la Rusia antes de la Segunda Guerra Mundial pasara mucho tiempo en una ferretería eligiendo muestras de pintura. Quizás marrón. Pero todo lo demás ya es tan marrón.

Dejo escapar un suspiro y miro la fila de lápices de colores frente a mí, sin ninguna inspiración. Al final, elijo el aburrido color marrón y empiezo a rellenar el boceto en el bloc que tengo delante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Al girarme, veo a mi madre de pie en la puerta. Apoya la cabeza en el marco mientras me observa. Parece agotada, como siempre. Su espeso cabello rubio oscuro, recogido en una coleta, está empezando a soltarse de la goma elástica, y algunos mechones caen alrededor de su rostro en forma de corazón. Es increíble en su trabajo como cuidadora y le encanta estar ahí para las personas que la necesitan, pero a veces hay un atisbo de alguna emoción no revelada detrás de su mirada azul. A veces, cuando la veo al final del día y ella no sabe que la estoy mirando, parece arrepentida.

—Estoy trabajando en algunos diseños de escenografía para la obra de teatro —digo—. Se supone que tengo que ir esta noche a casa de Jake Conway para finalizar los diseños y empezar a trabajar en ellos. —Echo un vistazo a mi reloj para comprobar la hora y, sin darme cuenta,, he perdido una hora mirando los lápices de colores —. De hecho —digo, mientras empiezo a recoger todo del escritorio —, debería irme ya.

Meto todo en mi mochila y me la cuelgo al hombro.

—¿Volverás a tiempo para la cena? —pregunta mi madre.

Niego con la cabeza.

—No lo creo —respondo—. Lo siento, mamá. La obra es dentro de poco, y los decorados deben ser increíbles.

Ella asiente, con aspecto triste. Sé que está decepcionada porque no podré comer con el resto de la familia, pero creo que darse un largo baño y acostarse temprano probablemente le sentará bien.

—¿Has visto a Alice? —pregunta.

—No desde que volvimos del instituto —digo.

Mi hermana mayor es ahora la única oportunidad de mamá para tener algo de compañía esta noche. Mi padre se fue al trabajo hace casi una hora, y no volverá hasta la madrugada. Si Alice no llega pronto, probablemente mamá aprovechará la casa vacía para calentar comida congelada, ponerse un pantalón de chándal y derretirse en el sofá del salón durante unas horas de televisión irracional.

—¿Has dicho que vas a ir a casa de los Conway? —pregunta.

Asiento.

—Sí —digo—. Jake y yo nos encargamos de los decorados.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí?

—Voy a ir andando —digo.

—No me gusta cuando caminas así por toda la isla.

—No está tan lejos —digo—. Además, me gusta. Disfruto de la soledad. Pienso mejor cuando estoy sola, al aire libre.

—Estás sola aquí —dice ella.

—Es diferente —respondo—. Poder mirar alrededor y ver el cielo, y a la gente, y simplemente experimentar todo lo que me rodea me da muchas ideas. No es como si nunca hubiera hecho este camino antes —digo.

—De eso nada —dice mamá—. Parece que pasas cada vez más tiempo allí.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Se encoge de hombros y se mira los pies.

—Solo me preocupa que te quedes embelesada con ellos, eso es todo.

—¿Qué quieres decir con eso de quedarme embelesada con ellos?

Me mira con sus ojos cansados. Mamá parece triste de una manera distante, y sé lo que está pensando. Siempre es lo mismo cuando terminamos hablando de Jake.

—Ellos no son como nosotros, Emily. Lo sabes.

—¿Por qué no, mamá? ¿Solo porque tienen dinero? Eso no los convierte en una especie diferente, ¿sabes? Solo significa que tienen una casa grande y pueden comprar más cosas que nosotros.

—Significa mucho más que eso. Piensan de manera diferente. Ven el mundo de manera diferente. Tienen oportunidades y posibilidades que nosotros ni siquiera nos atreveríamos a soñar. No quiero que te metas en eso y empieces a preocuparte por quién eres y la vida que tienes por delante.

No sé si pretendía ser alentadora o no. La verdad es que decir que la familia Conway «tiene dinero» es uno de los mayores eufemismos que jamás he dicho. La familia es extraordinariamente rica. Podrían ser dueños de todo Sunborn View si quisieran. Quizás ya lo sean, por lo que yo sé. Tal y como está, la enorme casa en la que viven, sus extensos terrenos, y las diferentes propiedades más pequeñas que albergan ramificaciones del árbol familiar, ocupan casi la mitad de la isla. Admito que me impresiona el lujo, pero nunca ha cambiado la forma en que veo a Jake. Él nunca actúa como si su dinero lo hiciera especial o diferente de mí, aunque lo sea. Entiendo lo que mamá está diciendo, pero no quiero decírselo. Ella ya está convencida de que o bien voy a obsesionarme tanto con la familia Conway y su riqueza que me destruiré a mí misma en busca de ese tipo de vida, o quedaré embarazada y atraparé a uno de los hermanos.

Eso sería una hazaña. Ni siquiera he besado a un chico. Paso todo mi tiempo estudiando, trabajando en actividades extracurriculares

para mis solicitudes universitarias, y trabajando en la pequeña heladería del pueblo. No tengo tiempo para nada más, y mucho menos para salir con alguien. El tiempo que paso con Jake en proyectos para el departamento de teatro es lo más parecido a la diversión que tengo. Lo conocí en mi primer día en el departamento de teatro cuando se presentó como el asistente estudiantil de nuestra profesora, y hemos sido amigos desde entonces, aunque él es dos años mayor que yo. Mis ojos se deslizan por la habitación hasta el banderín que está colgado en mi pared. Es de mi universidad soñada —Clemson— y lo he tenido colgado desde que tenía edad suficiente para empezar a pensar en ir a la universidad. Por eso trabajo tan duro. Aunque todavía sea estudiante de primer año de instituto, dedico cada segundo de mi tiempo a convertirme en una candidata más atractiva para el proceso de solicitud. A diferencia de la familia Conway, que puede enviar fácilmente a sus cinco hijos a sus respectivas universidades de la Ivy League, yo estoy sola cuando se trata de financiar los estudios. Mi hermana, Alice, nunca ha estado interesada en los estudios más allá del instituto. Como muchas de las personas nacidas y criadas en Sunborn View, Alice piensa que su futuro está aquí.

Ese no es mi caso. Me encanta Sunborn View, pero sé que hay mucho más en el mundo que este pequeño lugar, y quiero verlo. Espero con ansias irme de casa, ir a la universidad y experimentar la vida por mi cuenta. Pero, si voy a hacerlo, depende de mí. Mi familia no puede contribuir al coste de mis estudios, y aunque guardo casi todo lo que gano en la heladería, mis modestos ahorros ni siquiera se acercan a cubrir el coste de la matrícula, el alojamiento y las necesidades básicas. *Tengo* que conseguir una beca, y eso significa trabajar como una burra todos los días para hacerme lo más atractiva posible para Clemson.

—No voy a perder de vista la vida que tengo por delante —le aseguro—. Hablando de eso, tengo que irme. Necesitaremos todo el tiempo posible si hay alguna posibilidad de terminar esto para mañana.

Mamá se aparta de mi camino, y me detengo en el pasillo para besarla en la mejilla. —Si te hace sentir mejor, le pediré a Jake que me traiga a casa cuando terminemos.

—Eso me hará sentir mejor. Trabajas demasiado duro, ¿sabes? —dice con una ligera sonrisa que me dice que está orgullosa, pero también desearía que no tuviera que exigirme tanto.

—No existe eso de trabajar demasiado duro —digo.

Incluso mientras lo digo, sé que no es cierto. De todas las personas a las que podría decírselo, mamá lo sabe mejor que nadie. Lo ha estado haciendo desde que tengo memoria.

Puedo oler la lluvia en el aire al bajar por mi calle, mientras me aseguro de saludar a los vecinos que están en los jardines. La gente se toma muy en serio el cuidado del césped aquí, y muchos de los saludos que recibo son con guantes de estampados florales y detrás de varias herramientas de jardinería.

Mientras me dirijo al pueblo, el olor de la bahía se mezcla con la lluvia en el aire para crear una frescura salada. Me cubro más con mi jersey y miro hacia el agua gris. Es una imagen prístina, interrumpida solo por la casa flotante que se desliza lentamente. En ese barco está Ellis Wells. Vive casi exclusivamente en el *Caray*, y solo en contadas ocasiones viene a tierra para conseguir los suministros que no puede pedir. A menudo me he preguntado sobre la historia detrás del nombre de su barco, pero eso, al igual que Ellis, es un enigma.

El viento se arremolina a mi alrededor y acelero mis pasos. La casa de los Conway está justo al otro lado de la isla, y me gustaría llegar allí antes de que el cielo se abra, y no tener que hacer la última parte del trayecto bajo una lluvia torrencial. Es primavera, pero las temperaturas no son lo suficientemente altas como para quitar el frío de la lluvia a esta hora del día, y será miserable si me pilla fuera. Agacho la cabeza contra el viento, esforzándome por ir un poco más rápido. Acabo de llegar al sinuoso camino de piedra que conduce a la casa de Jake cuando las primeras gotas de agua

comienzan a caer. Aprieto los bocetos y mi mochila contra mí, corro por el sendero y salto al porche bajo el alero que protege la puerta principal. Se abre antes de que pueda tocar el timbre, y Jake me mira con su amplia y amistosa sonrisa. Debe haber estado observando a través de la ventana.

—Si querías ir a nadar en vez de venir a casa, podrías haberme avisado —bromea.

Pongo los ojos en blanco mientras él se hace a un lado para dejarme entrar.

—Muy gracioso —digo. Me miro a mí misma. Estoy empapada.

—¿Por qué no vas al baño y coges una toalla para secarte? Te espero en el salón.

—Gracias —digo.

Le entrego todo lo que he traído conmigo y subo las escaleras hacia el baño que me ha indicado. Solo he estado en el segundo piso de la casa unas pocas veces, y siempre me siento mal vestida cuando subo las escaleras. Este es el tipo de escalera que debería reservarse para vestidos de gala y debutantes que hacen su primera aparición en sociedad. Una adolescente torpe, empapada hasta su sencillo sujetador y braguita de algodón, definitivamente no pertenece a estos escalones. Me sentiría más cómoda si fuera conducida a la escalera oculta de servicio que estoy segura que hay en alguna parte.

Una vez que estoy en lo alto de las escaleras, oigo una voz que se desliza por el pasillo hacia mí. La voz está cantando una canción que no reconozco, y la curiosidad me atrae. No debería seguirla. Debería ocuparme de mis asuntos.

Miro hacia el baño. Ahí es donde debería ir, pero no lo hago. En cambio, me arrastro lentamente por el pasillo y trato de ser lo más discreta posible. El canto se hace más fuerte cuando doblo la esquina y veo una habitación a varios metros delante de mí, con la puerta entreabierta. Me muevo un poco más rápido hacia la puerta y me presiono contra la pared, con el corazón latiendo nerviosamente

en mi pecho. Esto no parece ni de lejos tan fluido y perfecto como en las películas. Oigo mi propia respiración, y mi ropa mojada me hace temblar muchísimo. Giro la cabeza lo suficiente para mirar a través de la abertura hacia la habitación. Dentro está el hermano mayor de Jake. Como estudiante de último año, Adam Conway es básicamente el Chico de Oro del instituto. Todos admiran a Adam, y todos los profesores lo miman. Atlético, brillante, guapo, involucrado en todo y «destinado a triunfar» desde el útero, Adam es lo que el profesorado considera «impresionante».

Es lo que yo considero *mmm*.

Especialmente ahora mientras está de pie a pocos metros de mí, sin camisa, sus músculos flexionándose mientras hace flexiones con una pesa y canta una melodía sin nombre. Su cabello oscuro como la tinta cae lo suficientemente largo como para rizarse en la base de su cuello largo y alrededor de sus orejas. Puedo visualizar sus ojos oscuros y brillantes, aunque no los vea.

Se detiene y mira hacia un montón de papeles que hay en su cama, y me doy cuenta de que debe estar ensayando.

¿Cuánto tiempo llevo aquí parada?

Jadeo al darme cuenta de que no tengo ni idea de cuánto tiempo he estado aquí, embelesada por él, y Adam levanta la cabeza de los papeles.

¡Oh, mierda!

Me alejo apresuradamente de la puerta y vuelvo por el pasillo hacia el baño. Entro en una habitación tipo spa, cojo una toalla del estante y empiezo a frotarme el pelo frenéticamente.

¿Me habrá visto?

No hay nadie en el baño conmigo para convencerse del entusiasmo detrás de mi secado, pero pronto mi pelo rubio está de punta, y me he frotado los brazos hasta que están rosados y hormigueantes. De repente, oigo pasos en el pasillo que vienen hacia mí, y se me hace un nudo en el estómago. Adam viene a por

mí. Va a llamarme la atención por ser la pequeña y rara estudiante de primer año que estaba parada fuera de su puerta, viéndolo ensayar sin camisa. Y además, parezco una rata recién salida de la secadora, lo que hará que ser juzgada por mi espeluznante comportamiento sea aún más incómodo.

El sonido de golpes en la puerta hace que mi corazón parezca detenerse. Al menos tiene la decencia de no entrar directamente. ¿Habré cerrado la puerta siquiera? Probablemente no. No soy muy buena con el concepto de sentido común para la autoprotección. Un asesino en serie podría irrumpir en casa y, en lugar de tratar de protegerme, probablemente solo jadearía y revelaría todos mis puntos vulnerables.

—¿Sí? —consigo decir con voz ronca.

—¿Emily? —Es Jake. Me relajo, aliviada—. Te he traído algo de ropa para que te cambies. Quizás estés más cómoda.

—Gracias —digo mientras abro la puerta unos centímetros y extiendo la mano para coger los pantalones de chándal y la camiseta que me ofrece.

—Te veo en un minuto —dice.

Hago un movimiento deliberado para cerrar la puerta con llave antes de desnudarme. El hecho de que fuera Jake no significa que Adam no esté por ahí acechando. Preferiría no ser regañada mientras estoy en pelotas. Es una humillación para la que no estoy mentalmente preparada.

Me pongo la ropa seca y calentita, doblo la cintura de los pantalones para que no se me caigan, y doblo mi ropa mojada. He conseguido secarme y cambiarme, y parece que Adam no viene.

Finalmente, tras retrasarlo hasta el último segundo posible, decido salir corriendo. Doblo la toalla con cuidado, la coloco en el mostrador y bajo las escaleras. Mientras yo estaba «en el baño», Jake ha extendido los bocetos sobre la mesa, y hay una bandeja de aperitivos a su lado.

—¿Te sientes mejor ahora? —me pregunta cuando entro en la habitación.

—Sí —respondo mientras asiento—. Gracias.

Jake señala la bandeja con su sándwich parcialmente comido.

—Come algo.

No estoy segura de si es una invitación o una orden, pero de todos modos cojo uno mientras me siento en el suelo frente a Jake. Aguacate con queso en pan grueso y crujiente. Esto siempre supera al bocadillo de nocilla. Le doy un mordisco y señalo los bocetos con el sándwich como él había hecho.

—¿Qué te parece? —pregunto.

—Me gustan —dice Jake—. ¿Has hecho ya uno para la taberna?

Asiento y busco entre los papeles hasta que encuentro el boceto adecuado.

Empieza a decir algo, pero el sonido de pasos entrando en la habitación lo detiene, y levanta la mirada hacia la puerta. Miro por encima de mi hombro, y mi corazón salta hasta mi garganta. Adam está en la puerta, estirándose la camiseta sobre sus abdominales cincelados. Sus ojos se clavan en mí por un segundo, y siento un calor que me sube por la nuca.

¿Lo sabe?

¡Oh, lo sabe!

Mierda. No soy nada sigilosa.

—Hola, Emily —dice.

Mi boca no deja salir ningún sonido, así que levanto la mano en un débil saludo. En mi mente, tengo todo tipo de respuestas brillantes preparadas. En un mundo perfecto, soy ingeniosa, coqueta y encantadora. Pero le miro, y *puf*, lo mejor que puedo ofrecer es una sonrisa tensa y un saludo.

Esto es lo que llaman fuego lento, me digo.

—Jake, con todo lo que ha estado por aquí últimamente, podrías invitarla a salir de una vez.

Vaya. Un fuego realmente lento.

—Cállate, Adam.

—¿Qué? Está aquí todo el tiempo, hermano. —Me mira de nuevo —. Es muy guapa. Será mejor que la invites antes de que lo haga otro.

Siento que me derrito un poco, y espero que no pueda ver el color en mis mejillas. Desesperadamente, intento parecer casual y ocupada, cojo un lápiz de color y empiezo a rellenar la imagen más cercana. Pasan unos segundos tensos antes de que me dé cuenta de que ni siquiera es del mismo color. *Mierda.* Adam se ríe y luego sale de la habitación.

—Lo siento —dice Jake.

—No pasa nada —digo, mientras niego con la cabeza.

—No le hagas caso a Adam. Se cree muy gracioso.

Le miro.

—No pasa nada —repito—. De verdad. Sé que solo estaba bromeando.

Jake me mira fijamente como si intentara decidir si realmente estoy bien. Me pregunto si sospecha que tengo sentimientos por su hermano. Adam vuelve a entrar en la habitación, y rápidamente desvío la mirada hacia los papeles delante de mí. Ojalá no me sintiera tan incómoda.

—Así que, Jake, si alguna vez te decides a invitar a salir a Emily, házmelo saber. Llevo tiempo queriendo llamar a Alice, y podría ser divertido tener una cita doble. Los jóvenes todavía hacéis eso, ¿verdad?

Adam muestra otra de esas sonrisas que pertenece a una postal de cualquiera de los varios deportes que practica, y mi corazón parece congelarse y derretirse al mismo tiempo. Se me revuelve el

estómago, y siento que las lágrimas se acumulan en mis ojos, aunque intento luchar contra ellas. Lo último que necesito es que cualquiera de los dos chicos me vea llorar. No puedo creer que haya sido tan estúpida. Todo este tiempo, he estado suspirando por Adam y soñando con que me llevara en volandas, y admitiera que sentimientos románticos y de amor enfermizo han estado ardiendo entre nosotros todo este tiempo. Nunca se me ocurrió incluir a mi hermana en la ecuación. Mi guapa, inteligente y extrovertida hermana, que está en el mismo curso que Adam y es miembro permanente del grupo de los populares. Por supuesto, él querría que Jake me invitara a salir a mí. Ni siquiera soy un punto en su radar.

Este fuego está resultando ser más lento que una cerilla en un banco de nieve.

****

Verano después del último año en el instituto...

Mi decimoctavo cumpleaños fue solo el principio. Pronto me iré a Clemson —¡lo conseguí!— y me mudaré a mi propio apartamento. Puede que sea aproximadamente del tamaño de una taquilla de gimnasio, pero es mío.

En unas semanas, por fin podré comenzar la vida con la que he estado soñando. Hasta entonces, estoy atrapada en el mismo pequeño puesto de helados, contando los minutos y sumando los dólares que tendré que llevarme conmigo. Finalmente, después de limpiar con éxito un charco de chocolate con el que llevo trabajando un rato, tiro el trapo sucio en el cubo de toallas cercano. El ajetreo de media mañana ha disminuido hasta convertirse en un goteo, y los últimos clientes miran el menú como si nunca hubieran visto la lista de sabores antes. Me alejo de ellos, moviéndome hacia el lado opuesto del puesto. El edificio imita un remolino de helado de vainilla en un cucurucho, con la ventana principal de servicio ocupando una gran sección de la parte delantera.

Ir a la parte trasera significa dejar a mi compañera Diane sola en la ventanilla de servicio. Creo que puede gestionarlo durante unos

minutos. Tenemos algo de tiempo antes de la siguiente oleada de clientes. Cuando visité el campus de Clemson hace unas semanas, me quedé al borde de un enorme parque situado entre dos grupos de edificios, y me di cuenta de que los estudiantes dispersos por el campus, tumbados en la hierba, lanzando frisbees y caminando con un sentido del propósito casi intimidante, representaban más personas de las que había visto juntas en un solo lugar en toda mi vida. Fue una de las sensaciones más emocionantes que he experimentado. No puedo esperar a volver a Clemson y ser parte de eso.

Abro la ventana trasera, rara vez utilizada, y miro hacia el paseo marítimo desgastado por la sal. Me siento como el tipo del bigote en El Mago de Oz. Saludo cuando Ellis pasa deslizándose en su casa flotante en la distancia y dejo escapar un suspiro. El atractivo de meterme en el congelador para evitar la explosión de calor del horno de fuera se hace cada vez más fuerte cuando veo algo que deja mi cerebro entumecido. A solo unos metros de distancia hay un hombre alto, de pecho ancho y pelo oscuro que reconocería en cualquier parte. Es Adam Conway. No lo he visto desde que se fue a la universidad hace tres años, y estoy completamente aturdida por su repentina reaparición. No sé por qué. Técnicamente vive aquí. Toda su familia está aquí. No debería estar tan sorprendida. Y, sin embargo, aquí estoy.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Adam se gira hacia mí, y nuestros ojos se encuentran. Sus labios se curvan en esa sonrisa que era encantadora cuando era adolescente, y ahora prácticamente hace que se te caigan las bragas.

Oh, hola, mi crush perdido. Me alegra ver que sigues estando igual de bueno.

Excepto que ya no lo veo como un crush. Verlo pavonearse hacia mí, con la punta de su lengua rozando su labio inferior, es suficiente para hacer que mi corazón lata con fuerza y mis manos tiemblen.

Qué bueno ver que el fuego lento sigue vivito y coleando.

—Hola, Emily —dice Adam cuando llega a la ventana.

Su voz se ha vuelto ligeramente más profunda, y noto que las líneas de su cara están más definidas ahora. Sus ojos todavía me recuerdan al azúcar con canela, y quiero ahogarme en ellos.

Dios mío, acabo de imaginar que me ahogo en azúcar con canela. ¿Qué coño me pasa?

—¿Emily?

Salgo de mi autodesprecio.

—¿Mmm? Oh. Hola, Adam.

—Hola. Estaba diciendo que apenas te reconozco sin estar sentada en el suelo de mi casa, rodeada de dibujos o piezas de decorados.

Sonrío y miro alrededor, levantando las manos para indicar la tienda.

—Mi hábitat natural —digo.

Él asiente con una sonrisa más amplia.

—Sí. Me parece recordar haberte visto algunas veces cuando estaba de safari por aquí... Vale, puede que haya perdido el control de esa metáfora.

—Tal vez un poco —admito.

Me río suavemente y me doy cuenta de que este simple intercambio me gusta demasiado.

—Bueno, en cualquier caso, te queda bien hacerlo. —Ahí está ese ardor otra vez, solo que esta vez todo está en mis mejillas—. ¿Qué estás haciendo estos días?

—Acabo de cumplir dieciocho años —digo, sintiendo la necesidad de colar eso en la conversación—, y me iré a la universidad en unas semanas.

—Eso es genial. ¡Felicidades!

—Gracias. Supongo que estás en casa de vacaciones, ¿no?

—Sí. He tomado clases los otros veranos, así que este año he decidido tomarme tiempo para mí. He estado viajando mucho, pero no podía tener tiempo libre sin venir a casa un poco.

—¿Cuándo regresaste?

—Hace un par de semanas.

—Oh. No te he visto por aquí.

Definitivamente no vi ninguna señal de Adam iluminada contra el cielo nocturno para avisarme de que había vuelto. ¡Qué raro!

—He estado bastante tranquilo. La mayoría del tiempo lo he pasado con mis hermanos. Esta es en realidad la primera vez que me aventuro a salir de casa aparte del primer día que estuve aquí.

—Bueno —digo, abriendo los brazos para abarcar lo que nos rodea—, bienvenido al mundo real.

—Es Sunborn View —señala Adam—. No sé si realmente cuenta.

—Tienes razón —digo con una risa.

—Oye, ¿cómo está Alice?

—Está bien. Ahora tiene una hija. Grace. Tiene casi un año.

—Oh —dice Adam, sorprendido—. Vaya.

—Sí, estuvo casada menos de seis meses, pero no funcionó. Ahora está mucho más feliz sin él.

—Eso es bueno, me alegro de que sea feliz. ¿Tienes que trabajar todo el día? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No, por suerte —le digo—. Salgo a las doce y media cuando una de las otras chicas viene para el resto del día.

—¿Quieres hacer algo? —pregunta.

Me lleva unos segundos procesar lo que acaba de decir.

—¿Hacer algo? —pregunto.

¿Con mi vida?

¿Con mi pelo?

Él asiente.

—Sí. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Deberíamos vernos y ponernos al día. —*Oh, Dios mío. Con él.*— Quizás puedas mostrarme todos los cambios que ha habido mientras he estado fuera.

Doy un paso atrás desde la ventana y señalo hacia abajo, a mi nuevo par de zapatillas moradas.

—¿Ves estas deportivas? —pregunto.

Adam se inclina sobre la ventana para mirar mis pies.

—Sí —dice.

—Eso concluye la lista de cambios que han ocurrido por aquí desde que te has ido a la universidad.

Adam se ríe.

—Parece bastante acertado —dice—. Muy bien. Bueno, eso despeja nuestro horario, entonces. Te veré aquí en aproximadamente una hora.

—Claro —respondo.

Al menos, espero haberlo dicho. Puede que solo le haya sonreído. Pero él me devuelve la sonrisa y se despide antes de retroceder unos pasos, luego se gira y se aleja. No es hasta que ha desaparecido que realmente me golpea. *Adam Conway acaba de invitarme a salir.*

Mi cabeza está flotando, y la siguiente hora es la más larga que he trabajado en el puesto. No hay suficientes clientes para mantenerme ocupada, pero hay los justos para evitar que pueda simplemente apoyarme contra la pared y fantasear ociosamente. Finalmente, miro el reloj y veo que mi turno termina en menos de cinco minutos. No veo a nadie acercándose a la ventana, así que me quito el delantal por la cabeza y lo cuelgo en uno de los ganchos que hay en la pared. Me quito la goma elástica de la coleta y me agito el

pelo. La señorita Lara de la peluquería *Cutting Edge* me dijo que un corte bob haría que mi pelo pareciera más grueso. En cambio, solo lo hizo parecer más corto. En el año transcurrido desde entonces, ha vuelto a crecer hasta los hombros, y estoy aceptando el hecho de que nunca será exuberante y lujoso. En cambio, las mechas rubio oscuro podrían describirse mejor como «brillantes», pero puedo vivir con eso.

Cojo mi bolso de la pequeña taquilla bajo el mostrador, saco mi polvera y me retoco rápidamente el maquillaje que se ha derretido por el calor que viene de la ventanilla de servicio. Estoy en pleno debate conmigo misma sobre si ponerme un poco de brillo de labios o si eso me haría parecer demasiado ansiosa, cuando oigo que alguien golpea en la parte trasera del puesto de helados. Sigo el sonido y abro la ventana por la que había estado mirando antes. Adam me saluda con la mano.

—¿Lista para irnos? —pregunta.

—Por supuesto. ¿Adónde vamos?

—Pensé en llevarte a uno de mis lugares favoritos. Tengo muchos buenos recuerdos de cuando era más joven.

Intrigada, cierro la ventana y me dirijo a la puerta trasera. Cuando salgo, Adam me está esperando. No puedo evitar sentir un escalofrío de anticipación que recorre mi cuerpo, y una parte de mí *realmente* quiere detenerse donde estoy y simplemente mirarlo. Cuanto más tiempo permanezca aquí, más podré disfrutar del hecho de que me está esperando. Por supuesto, si me excedo, probablemente se dará cuenta de que soy rara y se marchará; y naturalmente no quiero eso. Debe haber un justo equilibrio.

—Me alegro de verte —digo mientras me acerco a él.

—Y yo a ti. —Ojalá llevara algo distinto a mis zapatillas moradas, mis pantalones cortos negros y mi camiseta negra sin mangas. Quizá algo brillante—. ¡Vaya, cómo has crecido!

No estoy segura de cómo tomarme eso. Me halaga por la persona que soy ahora, pero me siento ligeramente ofendida por mi versión

del primer curso.

—Tú también —digo.

—Vamos —dice, y camino a su lado.

Espero que nos dirijamos más allá del muelle, pero en cambio, Adam da la vuelta y acabamos en la ventanilla de servicio del puesto de helados. Me río.

—Perfecto —digo.

—Tres bolas de chocolate con cookies en un cuenco de gofre —dice.

—Vaya —digo—. Vas a por todas, ¿eh?

Desliza sus ojos hacia mí y luego vuelve a mirar a Julia en la ventanilla.

—Con nata montada y chocolate caliente —dice.

—¡Eh, tranquilo! —digo—. Quizá deberías ir más despacio.

—Y virutas de colores. —Me mira—. ¿O es demasiado?

—No sé a qué te refieres. Nada es más varonil que unas virutas de colores —digo, tratando de parecer seria, pero sintiendo que la risa me delata.

—Entonces... ¿sin virutas de colores? —pregunta Julia, que parece aburrida y confundida.

—¡Oh, no! —dice Adam—. Con virutas de colores. —Julia continúa mirándolo con expresión vacía, y parte de la sonrisa desaparece del rostro de Adam. Se inclina hacia ella—. Sí. Virutas de colores, por favor —dice con seriedad.

Ella asiente y me mira.

—Una bola de menta con trocitos de chocolate en un cucurucho de barquillo, por favor. —Julia me mira fijamente durante unos segundos—. Eso es todo.

Sin decir palabra, se dirige hacia el estante de cuencos de gofre y cucuruchos recién hechos. Miro a Adam y lo pillo observándome.

Nos sonreímos mutuamente, y me pregunto qué estará pasando por su mente.

—Eso parecía todo un reto para ella —dice.

Asiento.

—Es nueva —digo—. El helado es un asunto serio, ¿sabes?

Ambos estamos sonriendo cuando Julia aparece de nuevo en la ventanilla con el cuenco de Adam en una mano y mi cucurucho en la otra. Nos los entrega, y me estiro sobre el mostrador para coger la cuchara que ha olvidado ofrecerle mientras él saca dinero de su bolsillo y se lo da. Intento no fijarme en que el fajo de billetes que vuelve a guardarse en el bolsillo parece casi tan grueso como todos los ahorros que tengo escondidos en mi habitación.

Comemos en silencio durante unos momentos mientras nos alejamos del puesto, y pronto estamos deambulando por la orilla del agua. Aquí no hay una amplia extensión de arena pulverizada como he visto en fotos de playas tropicales. En su lugar, caminamos sobre arena más gruesa, llena de guijarros y salpicada de parches de espesa hierba marina. El agua llega suavemente en vez de en grandes olas, y su olor estimulante me envuelve.

—Siempre pensé que tú y Jake acabaríais juntos, ¿sabes? —dice Adam.

Estoy a mitad de un lametazo alrededor de mi helado que se derrite, y deslizo mis ojos hacia él. Trago lo que he recogido con la lengua y le dirijo una mirada interrogativa.

—¿En serio? —pregunto.

Sonríe a través de otro bocado de esa enorme creación que se está convirtiendo en un lodazal moteado de virutas de colores a pesar de sus valientes esfuerzos, y asiente.

—Absolutamente —dice—. Nunca tuve dudas. Os vi juntos tantas veces ese año. Parecíais tan cercanos.

—Lo éramos —digo—. *Amigos* cercanos.

Nunca lo vi como algo más que eso.

—¿De verdad? —pregunta.

—De verdad. Aunque Jake es genial.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunto.

—«Jake es genial» —repite—. Es exactamente lo que todo chico quiere oír.

—Bueno, quizá no de alguien que le interese, pero él estaba tan desinteresado en mí como yo en él. Era amable y divertido, y disfrutaba trabajando con él en las obras de teatro, pero ni siquiera lo he visto desde que se fue a la universidad.

—Entonces, ¿nunca pensaste en probarlo? ¿Solo para ver si funcionaría?

—¿Probarlo? —pregunto—. Lo dices como si fuera a probar un coche nuevo.

—Es casi lo mismo.

Me río y doy otro mordisco al helado mientras niego con la cabeza.

—No —digo—. Nunca quise probar a tu hermano. —Me abstengo de decir que es porque estaba esperando un modelo un poco mayor —. Me sorprende que siquiera te fijaras en mí.

—Definitivamente me fijé en ti.

—¿De verdad? —grito.

—Pensaba que eras guapa y genial. Nunca dije nada porque creía que, en algún momento, os daríais cuenta de que os gustabais. Luego me gradué y nunca pasó nada.

¿Habla en serio?

—¿Por qué no te creo? —pregunto.

—Es verdad —dice—. Corrí muchas vueltas extra ese año por todo el helado que comí para poder venir a verte con ese bonito

uniforme que solías llevar. ¿Por qué no lo llevas puesto?

Puedo sentir como arden mis mejillas e intento comer más helado para refrescarme.

—Dejamos de usarlos hace un par de años —explico.

—¡Qué pena!

Por la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo, sé que me está imaginando con el uniforme de rayas rosas, amarillas y blancas. De repente desearía no haber quemado ceremoniosamente la falda corta y la blusa de mangas abombadas para poder volver a ponérmelo ahora. Nos miramos fijamente durante unos segundos, y aparto mi mirada de él para mirar mi helado.

—Cuéntame qué has estado haciendo en la universidad —digo.

Una parte de mí se odia por romper la tensión que se estaba creando entre nosotros. He deseado durante mucho tiempo la atención que Adam me está dando, pero me siento sin aliento, como si no pudiera respirar. Adam es un profesional haciendo que mi corazón se acelere y que mi mente se nuble. Solo mirar sus ojos oscuros es suficiente para caer bajo su hechizo, y no puedo sentirme así, no ahora. Hay demasiado por delante. He trabajado muy duro. Renuncié a los hombres y decidí concentrarme en tener el mejor último año que pudiera en preparación para empezar en Clemson en otoño. Ahora siento que todo se va por la ventana, y voy a hacer todo lo posible por recuperarlo.

Adam empieza a hablar y me pone al día sobre todo lo que ha visto y experimentado en la universidad. El mundo que describe suena glamuroso e inalcanzable, y lo escucho embelesada. Apenas noto la intensidad del sol o las temperaturas sofocantes mientras recorremos Sunborn View y visitamos los lugares favoritos de su pasado. Finalmente, me pregunta sobre los planes que tengo para cuando me vaya a la universidad, y es mi turno de hablar con el mismo entusiasmo y vida que él. No tengo tanto que decir, y estoy bastante segura de que incluso después de mis primeros años en Clemson, todavía no habré experimentado ni la mitad de lo que él ha

vivido, pero no puedo contener mi emoción. Pronto parece que hemos hablado tanto del futuro que no hay otro lugar al que ir más que al pasado, y acabamos allí de nuevo. Las horas pasan mientras contamos historias y compartimos recuerdos, y todos los nervios e inseguridad que inicialmente sentí con Adam desaparecen con ellas.

No puedo creer lo tarde que es cuando me acompaña hasta la puerta de mi casa. Una vez que llegamos al felpudo, me giro para sonreírle. Mi corazón late con fuerza en mi pecho y estoy temblando ligeramente, pero no puedo decir si es la brisa fresca o la realidad de haber pasado casi todo el día con Adam Conway.

¿Va a besarme?

Siento que lo hará. Este es el momento que he imaginado innumerables veces. Pero no lo hace. En su lugar, traza el contorno de mi cara con la punta de sus dedos y me sonríe.

—Lo he pasado muy bien hoy —dice—. Gracias por pasar el rato conmigo, Emily.

Asiento.

—Ha sido divertido —respondo.

—Buenas noches.

Veo a Adam volver a la calle y desaparecer por la esquina mientras se dirige hacia el pueblo. Va hacia su casa, pero sé que perfectamente podría ir al pueblo a pasar el resto de la noche. Aunque no hay mucho movimiento en Sunborn View a estas horas.

Entro en casa y me siento como si flotara. Si este es el único día perfecto que voy a tener este verano, lo acepto.

Resulta que no fue así.

Al día siguiente, Adam aparece en la heladería a la misma hora que el día anterior. Esta vez estoy de pie junto a la ventana delantera y me pregunto si habrá ido primero a la parte de atrás. Me sonríe y se acerca a la ventanilla.

—Hola —digo—. ¿Otro antojo de helado?

—No puedo resistirme —dice—. Demasiado dulce para dejarlo pasar.

Sus ojos se fijan en los míos, y siento que me sonrojo. Me pregunto cuán indigno sería envolverme alrededor de uno de los enormes contenedores de helado para bajar mi temperatura corporal.

—¿Qué te apetece? —logro preguntar al fin.

Sus ojos me recorren tan brevemente que me pregunto si lo habré imaginado.

—Una bola de frambuesa, una de chocolate y una de vainilla, en un cuenco de gofre.

Cojo uno de los cuencos de gofre y lo llevo al congelador, llenándolo rápidamente con las bolas más grandes que puedo servir. Lo traigo de vuelta al mostrador y lo dejo.

—¿Con nata montada y virutas de colores? —pregunto.

—Y una guinda —dice.

El ardor en mis mejillas regresa, y el calor se extiende por la parte posterior de mi cuello y sobre mi pecho. Me pongo manos a la obra, tratando de recuperar algo de control. Una vez que el cuenco tiene una cúpula de crema blanca como la nieve y una abundante dispersión de virutas de colores, lo llevo de nuevo a la ventana delantera. Saco una de las guindas confitadas del cubo de plástico transparente que tengo delante, la coloco en la parte superior de la crema como una joya, y le entrego la creación a Adam.

—Parece delicioso —dice.

Le ofrezco una cuchara de plástico.

—Que lo disfrutes —digo.

Hunde la cuchara en el helado y se lleva el bocado a la boca. Observo cómo la saca lentamente a través de sus labios, saboreando cada gota. Sinceramente, podría verlo comer todo el cuenco y estar perfectamente contenta.

—¿Cuándo sales? —pregunta.

Olvídate de envolverme alrededor de un contenedor de helado. Voy a tener que meterme dentro de uno.

—En una hora —digo.

Adam asiente mientras da un paso atrás alejándose de la tienda.

—Estaré aquí —dice.

A diferencia de ayer, hoy ha habido bastante movimiento, y el flujo constante de clientes me ayuda a pasar el tiempo. Durante los momentos tranquilos, Julia golpetea sobre el mostrador y mira fijamente una revista. Ocasionalmente, algo en una de las historias o imágenes le inspira un pequeño jadeo o un comentario murmurado, pero rara vez levanta la cabeza.

Adam la mira con curiosidad un momento mientras se acerca, luego se vuelve hacia mí.

—Hola —digo.

—¿Has terminado? —pregunta—. ¿Lista para irnos?

—Claro —respondo. Doy unos pasos hacia la puerta, luego me detengo y lo miro de nuevo—. ¿Vamos a venir aquí otra vez? Porque podría preparar nuestros helados yo misma y llevártelos.

Adam se ríe.

—No. Tengo otra cosa en mente.

Asiento y me dirijo a la puerta.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —pregunto cuando salgo para reunirme con él.

—Pensé que podríamos ir a Sun Valley Ranch.

—¿El parque acuático? —pregunto.

—Sí —dice—. Será una buena manera de refrescarnos.

El día había traído temperaturas aún más altas que ayer, y después de unos pasos, ya siento como si me fuera a derretir. ¿Pero Sun Valley Ranch?

—¿En el continente? —pregunto.

Adam me mira de forma extraña.

—Actúas como si fuera un lejano reino mítico. Ya has estado fuera de la isla antes. Vas a ir a la universidad mucho, mucho más lejos que el parque acuático.

—Eso es verdad.

—¿Entonces?

—No tengo bañador aquí conmigo.

—Pasaremos por tu casa.

La sensación de nerviosismo sigue revoloteando en mi estómago, pero me he quedado sin excusas. Asiento.

—Vale.

Adam sonríe y comenzamos a caminar en dirección a mi casa.

Estoy disfrutando tanto del paseo con él que sería feliz si esto fuera todo lo que tuviéramos planeado para hoy, pero pronto llegamos a mi casa y recuerdo que quiere ir al parque acuático.

—¿Quieres entrar? —le pregunto—. Solo me llevará un minuto cogerlo todo.

Adam asiente y abro la puerta, me siento aliviada al entrar en la ráfaga de aire acondicionado del salón. Él mira alrededor y percibo un destello de inseguridad.

¿Qué estará pensando? ¿Está sorprendido?

—Huele maravillosamente aquí —dice, y me derrito un poco.

—Mi madre debe haber hecho pan esta mañana —digo—. Dice que el calor y la humedad hacen que el pan de la tienda quede demasiado pastoso, y que las hogazas caseras aguantan mejor.

Adam sonríe.

—Le creo. Nunca he probado pan casero.

—¿Nunca? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Mi madre no es precisamente una panadera, y es el cocinero quien encarga el pan de la panadería.

Sus palabras me devuelven a la escalera de su casa y a aquella tarde en que lo espié por la rendija de la puerta de su dormitorio.

—Puedes esperar aquí —digo, señalando hacia el sofá—. Ponte cómodo. Solo voy a cambiarme y coger unas toallas.

Me apresuro hacia mi habitación y me aseguro de que la puerta esté cerrada con llave antes de hurgar en mi cómoda para encontrar mi bañador. Me evalúo en el espejo de cuerpo entero mientras me pongo mi sencillo bañador negro de una pieza y, en ese momento, deseo haber elegido algo más interesante en el centro comercial. Algo con tirantes. Un bikini. Cualquier cosa. Tal como es, mi bañador es un testimonio de mi tendencia a tomar decisiones lógicas y racionales en lugar de aquellas con personalidad. En raras ocasiones me acerco al agua, pero cuando lo hago, es porque estoy sentada en una tumbona leyendo o haciendo largos lentos y torpes. Ninguna de esas actividades justifica un bañador interesante.

Camino hacia mi cómoda y cojo mi cepillo. Recojo mi pelo hacia atrás, lo cepillo formando una cola de caballo apretada, luego lo trenzo y lo aseguro con una segunda goma. Lo último que necesito es que algunos mechones sueltos se escapen mientras estoy en alguna de las atracciones. Otras chicas pueden meterse en el agua con el pelo hasta la cintura y salir con un aspecto perfecto, caminando a cámara lenta con aire natural mientras las gotas brillan en su piel, pero yo estoy sumergida durante tres segundos y salgo como la Criatura de la Laguna Negra con el pelo pegado por toda la cara. No es la imagen que me gustaría compartir con Adam.

Una vez que mi pelo está recogido, me pongo unos pantalones cortos y una camiseta, agradezco haberme pintado ya las uñas de los pies mientras me pongo las chanclas, y me dirijo hacia el salón. Hago un desvío por el armario de la ropa de casa para coger protector solar y toallas. Había olvidado que hoy era el día libre de

mamá hasta que regreso al salón y me la encuentro en su discurso de madre osa orgullosa sobre todos mis logros. Adam me mira desde el sofá, con un trozo de pan casero untado con mantequilla en una mano.

—¿Estás listo para irnos? —pregunto.

Asiente y se levanta.

—Gracias de nuevo por el pan —le dice a mamá.

—De nada —dice ella—. Si no tardáis una hora en llegar al parque acuático y bajar a la piscina, asegúrate de esperar antes de meterte. No querrás tener un calambre. Así es como la gente se ahoga.

—Es un trozo de pan, mamá. No un banquete de carne. Creo que puede soportarlo.

Es típico de mi madre terminar una conversación amistosa con una advertencia sobre una muerte inminente.

Adam da otro mordisco a su pan mientras nos dirigimos calle abajo. No se me había ocurrido que habíamos venido caminando y vamos a tener que ir a su casa a por un coche para llegar al parque acuático. Pero me parece bien. Solo significa más tiempo a su lado.

—¿Te ofreció mermelada? —pregunto.

Niega con la cabeza mientras traga.

—No. ¿Qué tipo de mermelada?

—Hice mermelada de fresa y mora al principio del verano. En la despensa hay toda una estantería llena de tarros.

—Entonces tendrás que invitarme de nuevo a tu casa para que pueda probarlas —dice.

Sonrío.

Mi nerviosismo no vuelve hasta que estamos en su coche cruzando en el ferry. Es un trayecto corto desde la isla hasta el continente, pero estar en el coche con él hace que parezca que nos dirigimos a otro mundo. Salimos del coche cuando el ferry deja el muelle y nos paramos junto al borde para contemplar la bahía.

Puedo sentir que me está mirando, sus ojos siguiendo la curva de mi cuello y bajando por mis brazos mientras descansan en la barandilla.

—¿Has pensado alguna vez en lo extraño que es que tantas cosas diferentes puedan usar la misma palabra?

Lo suelto como si mi cerebro ya no pudiera soportar la tensión por más tiempo y tuviera que llenar el silencio, así que sencillamente eligió el primer pensamiento disponible.

—¿Qué? —pregunta Adam.

—Las palabras —explico, ya comprometida—. Hay tantas cosas que son completamente diferentes e independientes entre sí, y sin embargo usan la misma palabra. El lenguaje es bastante arbitrario cuando lo piensas. Es completamente fluido. La gente inventó palabras para las cosas hace tiempo, y todavía lo hace. Sin embargo, las mismas palabras se reciclan una y otra vez. Como la palabra «banco». Tienes banco como el lugar donde se guarda en dinero. Y banco como un grupo de peces en el mar. También está el banco para sentarse en el parque. Ninguna de esas cosas tiene nada que ver con las otras y sin embargo...

—Banco.

—Exacto.

Adam sonríe.

—Puedo decir honestamente que nunca había pensado en eso antes. —Se inclina un poco más cerca—. Pero estar cerca de ti me hace pensar en *muchas* cosas.

No sé cómo responder. Ni siquiera estoy segura de lo que quiere decir. Afortunadamente, es hora de volver al coche para que el ferry pueda atracar, y no tengo que decir nada en absoluto.

El viaje al parque acuático no es tan largo como recordaba. Eso fue cuando la idea de meterse en un tubo de plástico y caer en picado hacia una piscina que puede o no ser lo suficientemente profunda para acomodar el impacto sonaba divertida. Me digo a mí misma que debería estar emocionada. Este es el tipo de cosas que

deberían suceder durante mi último verano antes de la universidad. Mientras caminamos hacia la entrada principal y Adam paga nuestras entradas, escucho los gritos de los usuarios, y sigo sin estar convencida.

—¿Estás bien? —pregunta mientras pasamos por los torniquetes.

Asiento.

—Estoy bien —digo, logrando una sonrisa.

—¿Te da miedo el parque acuático? —pregunta.

No suena a juicio o burla, sino como si estuviera genuinamente preocupado.

—Un poco —admito.

—Lo siento —dice—. Si lo hubiera sabido, habría sugerido que hiciéramos otra cosa. ¿Quieres irte?

Niego con la cabeza.

—No. Ya estamos aquí.

—Está bien —dice—. Podemos hacer otra cosa, Em.

Niego con la cabeza más enfáticamente.

—No, en serio —explico—. Quiero estar aquí. No he venido desde hace mucho tiempo, y creo que será bueno enfrentarme a mis miedos. Crecimiento personal antes de la universidad y todo eso.

Adam sonríe.

—Bien —dice—. Entonces vamos a buscar una taquilla.

Vamos a una taquilla en la esquina trasera de una sala al aire libre, y Adam se quita los zapatos y desabrocha su cinturón. El bañador que revela cuando sus pantalones cortos caen es casi tan largo como los mismos, pero de un color verde brillante que me da la confianza de que no podré perderlo en la piscina de olas.

Mete los pantalones en la taquilla y luego se quita la camiseta. Mi estómago se contrae y mi corazón late fuertemente en mi pecho cuando su cuerpo queda a la vista. Es incluso mejor de lo que

recordaba, y el indicio de un tatuaje en la parte posterior de su hombro cuando se gira para meter su camiseta en la taquilla hace que se me haga la boca agua. Me mira, y me doy cuenta de que no me he movido en absoluto desde que llegamos a la taquilla. Ahora está descalzo y en bañador, esperándome.

Lentamente me quito la ropa y veo a Adam tratando de no mirar fijamente mientras mi bañador de una pieza queda al descubierto. Lleno mi palma con el protector solar y empiezo a extenderlo sobre mi piel.

—Déjame ponerte en la espalda —dice.

Trago con dificultad.

—Vale —respondo—. Gracias.

Toma un poco de la loción, y yo me giro para que pueda masajearla en la piel que queda descubierta por la espalda escotada de mi bañador. Tiemblo cuando su piel toca la mía, y mis rodillas se debilitan. Sus manos se mueven hacia mis hombros, y las siento deslizarse bajo mis tirantes para conseguir una cobertura completa. No quiero que se detenga, pero demasiado pronto estoy completamente protegida contra los rayos UV, y sus manos abandonan mi cuerpo.

—¿Dónde quieres ir primero? —pregunta mientras meto todo en la taquilla y él cierra la puerta.

Mi cerebro todavía está nublado por el masaje con el protector solar, y lo miro interrogante.

—¿Qué? —pregunto.

Señala con su pulgar por encima de su hombro hacia los toboganes.

—¿Qué quieres hacer primero? —pregunta de nuevo.

—Oh. —Miro hacia el enredo de toboganes de colores brillantes—. No lo sé. ¿Qué sugieres?

—Bueno —dice Adam con un brillo en los ojos—. Si estás nerviosa, creo que deberíamos lanzarnos directamente, por así decirlo. El Derretidor de Mentes.

—¿Derretidor de Mentes? —pregunto—. Eso no suena muy prometedor.

—Claro que sí —dice, alejándose de las taquillas—. Es el tobogán más grande y rápido del parque. Si superas eso no tendrás nada más que temer. Todos los demás toboganes te parecerán un río lento.

—¿No podemos hacer solo el río lento? —pregunto.

Adam se ríe.

—Tal vez después de que nos derritan la mente.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Adam nota mi vacilación, y alcanza mi mano, tomándola y tirando de mí con él. La sensación de su mano sosteniendo la mía envía calor a través de mi cuerpo, y obtengo un impulso de confianza justo antes de que empecemos a subir las sinuosas escaleras. Él aprieta mi mano más fuerte mientras subimos, e intento concentrarme en las risas que vienen de abajo, y no en los gritos.

—Has dicho que has estado aquí antes, ¿verdad? —pregunta Adam.

Me aparto de la malísima idea de mirar por encima de la barandilla y asiento.

—Sí. Fue hace años. Cuando todavía era muy pequeña. Seis años.

—¿Tenías seis años y no te daban miedo los toboganes? —pregunta.

—Bueno, la mayoría de los toboganes no estaban aquí entonces —digo—. Los que había eran mucho más pequeños y no tan complicados.

—Sé que algunos de estos ya estaban aquí —dice—. Yo también vine. Si no tenías miedo entonces, ¿por qué lo tienes ahora?

Suspiro y señalo hacia un tobogán escondido en la esquina del parque. Es el único que no está coloreado vívidamente de rojo, azul o verde como los otros toboganes. En cambio, este es negro. O, al menos, solía serlo. Años bajo la intensa luz solar del verano han blanqueado algunes partes a gris, pero el resultado no ayuda a aliviar su apariencia amenazante. Al contrario, hace que el tobogán parezca marcado por cicatrices.

—¿Black Out? —pregunta incrédulo—. Ese tobogán es la atracción más sobrevalorada de aquí. Recuerdo el año en que se inauguró. Lo anunciaron durante toda la temporada anterior y semanas antes de la apertura del parque. Todo el mundo estaba muy emocionado por montarse. No paraban de decir que era el tobogán acuático más aterrador de la zona, y que los usuarios serían lanzados a través de la oscuridad total sin saber lo que vendría después.

—Yo también lo recuerdo —digo—. Vine el día de la inauguración.

—¿En serio?

—Sí. Recuerdo ese día claramente. Ir a parques de atracciones no era algo que hiciéramos a menudo. A Alice no le interesaban las atracciones y mamá odia prácticamente cualquier cosa que involucre agua, pero siempre insistía en que hiciéramos cosas en familia. El resultado era que rara vez querían ir a sentarse en un parque todo el día para que solo papá y yo montáramos en las atracciones. Pero cuando lo hacíamos, era increíble. Me encantaba pasar tiempo con él. Cuando estábamos solo nosotros dos, era lo mejor que podía imaginar. Habíamos estado hablando de venir aquí y subir al Black Out desde que lo anunciaron. Él estaba preocupado de que no fuera lo suficientemente alta, pero solo unas semanas antes del inicio de la temporada, anunciaron el requisito de altura; lo cumplía por los pelos.

—Eso no suena como un buen comienzo para la historia —dice Adam.

—No —confirmo—. Llegamos pronto para evitar las multitudes, y me alegré mucho de que lo hiciéramos. Estábamos al principio de la

cola, y en solo unos minutos, la gente se alineaba detrás de nosotros casi hasta la entrada del parque. Parecía que nadie hacía otra cosa más que estar en la cola para ese único tobogán.

—Yo estaba al final de esa cola —dice Adam con una risa.

—¿En serio? —pregunto.

Adam asiente.

—Frankie y Luke eran todavía demasiado pequeños para subirse a algo así, y Terry, incluso entonces, era todo lógica y planes meticulosos. Intentó convencer a nuestros padres de que no deberíamos ir durante el primer mes que el tobogán estuviera abierto porque las colas serían demasiado largas, y desperdiciaríamos todo el día esperando por unos pocos segundos de diversión.

—Eso es intenso para un niño de ocho años —digo—. Pero hay que reconocer que tiene su encanto montar uno de los primeros días que está abierto. Te hace sentir especial saber que eres una de las primeras personas en experimentar la atracción.

—Intenté señalarle eso —dice Adam—. Le dije a Terry que sería como formar parte de la historia. Podríamos decir que estuvimos en el primer grupo de personas que montaron en la atracción más terrorífica de toda la zona.

—¿Por qué sospecho que eso no tuvo mucho efecto en él? —pregunto.

—Porque no lo tuvo —dice Adam—. Simplemente aprovechó la oportunidad para señalar que incluso si llegábamos horas antes de que el parque abriera, llegábamos al tobogán antes que nadie, y éramos las primeras personas de ese día en pisar los escalones, aun así, no seríamos los primeros en montarlo, ni siquiera realmente entre el primer grupo de personas que lo montaran. Solo seríamos algunos de los primeros miembros del público de pago en hacerlo.

—¿Dijo «público de pago»?

—Como has dicho. Intenso.

—En serio.

—Señaló que el tobogán ya había sido probado varias veces —dice Adam—, y que había habido un evento para los medios de comunicación el día anterior para permitir a periodistas y blogueros venir y probarlo. Así que ellos fueron los primeros. Lo que significaba que estar bajo el sol y esperar durante horas era solo para ser algunas personas más que montaron en la atracción.

—Sabe cómo quitarle emoción a las cosas, ¿verdad?

—Deberías oírle hablar de la Navidad —dice Adam.

—¿Solo puedo imaginar que está llena de magia y alegría?

Adam niega con la cabeza.

—No le menciones la sangría del supermercado.

—¿La sangría del supermercado?

—No contiene frutas y técnicamente no es una sangría.

—No lo sabía. Espera... si estaba tan empeñado en no venir aquí el día de la inauguración para montar en Black Out, ¿cómo acabaste al final de la cola?

—Resulta que por muy persuasiva que pueda ser la lógica de Terry y sus diagramas de flujo, el arte de dar la lata que tenemos Jake y yo puede ser aún más influyente.

—La maniobra de exasperar a los padres —digo, asintiendo—. Una técnica clásica.

—Funcionó, pero solo lo suficiente como para que llegáramos aquí media hora tarde para conseguir un buen puesto en la cola. Pero estábamos aquí, e íbamos a poder montar en el tobogán, así que estábamos emocionados.

—¡Ah! —digo, sintiendo de nuevo el calor de la vergüenza ardiendo en mis mejillas—. Eso probablemente significa que sabes a dónde se dirige mi historia. Si recuerdas, no pudisteis montar en el tobogán.

Adam asiente.

—No hasta más tarde esa tarde. Tuvieron que cerrarlo casi tan pronto como lo abrieron porque alguien... mierda, ¡sangraste en la piscina!

—Ahora empiezas a entender mi reticencia —digo.

—¿Qué pasó? —pregunta Adam.

Al menos tiene la decencia de no reírse de mí. Quizás recordar que solo tenía seis años cuando ocurrió ayuda.

—Bueno, en aquel momento ese era el tobogán más alto, y nunca había visto tantos escalones. Al principio estaba muy emocionada, pero cuanto más subía, más nerviosa me ponía. Empezaba a estar muy alto, y entonces me di cuenta de que iba a tener que meterme en el tobogán completamente negro y acabar en el agua sin tener ni idea de adónde iba o qué estaba pasando. Estaba aterrorizada, pero papá estaba tan emocionado que no quería decir nada. Pensé que podría subirme al tobogán con él, cerrar los ojos, y todo habría terminado.

—¿Cómo iba a ser mejor tener los ojos cerrados? —pregunta Adam.

—Porque podía controlarlo. Podía decirme a mí misma que había cosas pasando al otro lado de mis párpados, y podía abrir los ojos y verlo cuando quisiera.

—Ah. La lógica de «puedo parar cuando quiera».

—Exactamente. Ese era el plan. Mi padre iba a estar justo detrás de mí, y todo iría bien.

—Pero es un tobogán para una sola persona —señala Adam.

—Me enteré de eso.

—¿Cómo?

—Me senté en la parte superior del tobogán y papá se subió detrás de mí. Extendió los brazos para rodearme, pero la persona que vigilaba el tobogán le dijo que no podía montar conmigo justo cuando soltaba la compuerta para enviarme abajo. Entré en pánico

por completo, me incorporé y me golpeé la cabeza contra la parte superior del tobogán. Había un remache allí conectando dos de las piezas del tobogán, y me corté la frente con él. Pasé el resto del trayecto agitándome de terror, llorando y atragantándome con el agua que seguía subiendo por mi cara. Cuando finalmente llegué al fondo, me sangraba la cabeza y los socorristas se asustaron. Mi padre llegó abajo solo unos segundos después que yo, y ya estaba gritando. Me sacaron del agua para llevarme al puesto de primeros auxilios, y como había sangrado en el agua, tuvieron que cerrar el tobogán y tratar el agua con cloro.

—No escuché muchos detalles sobre eso.

—Creo que intentaron mantenerlo lo más discreto posible —digo —. Nos llevaron directamente a primeros auxilios, y luego una ambulancia me recogió desde la parte trasera del parque. Además, tú solo eras un niño pequeño. No pensarías en por qué estaba pasando.

—No puedo creer que fueras tú —dice—. Estábamos justo aquí al mismo tiempo, y no nos conocimos hasta nueve años después. —Me mira más de cerca—. ¿Dónde te golpeaste la cabeza? —pregunta.

Señalo el punto de mi frente donde me pusieron cuatro puntos ese día. Hay una ligera cicatriz que creo que se nota mucho más de lo que otros dicen.

—Justo aquí.

Adam aparta suavemente el pelo de mi frente y la examina. Se inclina, toca con sus labios la zona de la cicatriz.

—Siento que tuvieras que pasar por eso —dice.

Mi piel hormiguea donde sus labios han tocado, y cuando se separa, nuestras miradas se encuentran.

—¿Estáis listos?

La voz desconocida me saca del trance, y es entonces cuando me doy cuenta de que durante todo el tiempo que hemos estado hablando, hemos seguido subiendo las escaleras. Adam me había

guiado hasta la parte superior de la plataforma, y estamos parados en la entrada del tobogán. Mis ojos se fijan en el agua que brota de los chorros en la cabecera y desparece en el tubo rojo que parece brillar bajo la luz del sol. Mi mano aprieta la suya.

—No tienes que hacer esto si no quieres —dice—. Hay una escalera de emergencia por la que podemos bajar.

—¿Queréis ir los dos o no? —pregunta una chica de aspecto aburrido junto al tobogán.

—¿Los dos? —pregunto.

Adam asiente mientras señala hacia el flotador amarillo transparente que la chica mantiene en su sitio en el agua con el pie. Tiene sitio para dos personas.

—Estaré justo ahí contigo —dice—. No te dejaré ir.

Pienso en cuánto tiempo he tenido miedo a los toboganes, y todo el tiempo que podría haber pasado con mi padre. A lo largo de los años me preguntaba si quería volver, pero nunca me presionó. Ahora que se ha ido, sé que no querría que siguiera teniendo miedo. Miro a Adam.

—Estoy lista —digo.

—¿Estás segura? —pregunta.

Con un solo asentimiento, doy un paso hacia el agua. Adam, todavía sosteniendo mi mano, me sigue y me ayuda a bajar al resbaladizo flotador. El agua fría me rodea y despierta el miedo en mi corazón, pero me lo trago y me acomodo en mi sitio. Solo suelto a Adam para agarrar las asas a ambos lados. Él se coloca detrás de mí, y sus piernas se extienden a mis lados. Está lo suficientemente cerca detrás de mí como para que pueda inclinarme hacia atrás y sentir su pecho. Sus manos agarran las asas detrás de las mías, y antes de que pueda tomar otro aliento, la chica nos suelta, y el agua nos impulsa hacia adelante.

El rojo deja entrar más luz que el tobogán negro, y el brillo que parecía tan ominoso desde la entrada no parece tan terrorífico

ahora. Puedo ver por delante cómo el tobogán se retuerce, baja y hace espirales. Adam deja escapar un grito de emoción detrás de mí, y me lleva unos segundos darme cuenta de que me estoy riendo. Ante mí veo una luz brillante, y salimos disparados del tobogán hacia la piscina. El flotador se vuelca inmediatamente, nos arroja al agua, y noto los brazos de Adam rodearme la cintura.

Ambos nos reímos mientras me levanta hacia la superficie y me aprieta contra él. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y saboreo la sensación de su piel a través del frescor del agua.

—Lo has conseguido —dice alegremente.

Asiento, sonriéndole.

—Lo sé.

—Tenéis que salir de la piscina ahora.

Miramos al socorrista que se inclina hacia nosotros desde el borde de la piscina, y le vemos haciendo gestos para que nos movamos para que la siguiente persona pueda bajar por el tobogán. Me separo a regañadientes de Adam y nado unos metros hasta que puedo pararme y caminar por los escalones fuera de la piscina.

—¿Qué es lo siguiente? —pregunta Adam—. ¿Quieres ir al río lento ahora?

Niego con la cabeza.

—No —le digo—. Vamos a otro tobogán. —Sonríe y se dirige hacia otro grupo de escalones, pero le agarro del brazo para detenerle—. Cualquiera menos Black Out —digo—. Todavía no vamos a ir.

—¿Tú... y el tobogán? —pregunta Adam.

Asiento.

—De acuerdo —dice—. Haremos otra cosa entonces. Pero voy a conseguir que te subas a ese tobogán en algún momento.

No estoy de acuerdo, pero tampoco protesto. Extiende la mano hacia la mía, y nos dirigimos hacia otro tobogán de balsas.

No consigue que me monte en Black Out ese día, pero pasamos el resto de la tarde probando los otros toboganes, chapoteando en la piscina de olas y deslizándonos por el río lento. A medida que pasan las horas, nos demoramos más tiempo al final de los toboganes, y pasamos más tiempo con él acunándome en sus brazos mientras dejamos que las olas nos balanceen en la piscina. En nuestro tercer paseo por el río, Adam sostiene el asa de mi flotador para que podamos mantenernos unidos, y apoyo mi cabeza en su brazo mientras miro al cielo, esperando que nunca oscurezca.

Demasiado pronto, nos encontramos caminando por el sendero hasta la puerta de mi casa otra vez. Me detengo en el porche y me giro para mirarlo. Sin decir una palabra, Adam acuna una de sus manos alrededor de mi cara y me acerca, rozando mis labios con un suave beso. Todo se detiene. El mundo. Todo el sonido. Mi corazón.

Cuando el beso termina, me mira a los ojos un momento, luego deja que su mano se deslice de mi cara y se aleja. Me quedo sin aliento mientras le veo marcharse, y solo entro cuando desaparece de vista.

A la tarde siguiente mi corazón salta en mi pecho cuando veo a Adam acercarse a la ventana delantera de la tienda. Esa visión hace que valga la pena estar limpiando el cuarto charco creado por un helado que no sobrevivió a la espera entre ser hecho y que su destinatario eligiera los ingredientes extras. Quiero inclinarme sobre el mostrador y besarle, pero tengo que mantener el grado de profesionalidad que corresponde a trabajar en una heladería. Es decir, ninguno. Pero no soy lo suficientemente alta como para llegar hasta la ventana sin sumergir mi pecho en el chocolate caliente.

—¿Qué puedo servirte hoy?

—Una bola de vainilla francesa, una bola de chocolate, una bola de fresa, media bola de pistacho, un cuarto de bola de nuez de macadamia, y un cuarto de bola de café. Nata montada en todo. Virutas de chocolate en la mitad, arcoíris en la otra. Nueces en la mitad de chocolate, cacahuetes en la mitad del arcoíris.

Entrecierro los ojos hacia él.

—¿Estás poniendo a prueba mis habilidades para hacer helados?

—Sí —contesta.

Suspiro.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? —pregunto.

—Dos bolas de chocolate, por favor —dice.

Sonrío y cojo un barquillo.

—¿Nata y virutas? —pregunto.

—Y una guinda —dice.

Esa sonrisa traviesa está de vuelta en sus labios, y le devuelvo una antes de elegir una guinda y colocarla encima del montículo de nata montada.

Así continúa durante las siguientes dos semanas. Casi todos los días, Adam aparece durante la última hora o dos de mi turno, pide cualquier combinación de sabores y complementos que desee, y me espera. Siempre pide una cereza. Cuando termino mi trabajo, tiene planificada una aventura para nosotros. Cada día es más dulce que el anterior, lleno de besos con sabor a helado y el calor de su mano sosteniendo la mía. Al final de la noche, me atrae hacia él y persuade a mi lengua a acercarse a la suya mientras sus manos recorren lentamente mi cuerpo. Puedo sentir el contacto a través de mi ropa, y me hace ansiar más. Los días que pasa con sus hermanos, me despierto con un mensaje suyo y un adelanto de su pedido para el día siguiente.

Hoy me desperté con un mensaje diciendo que no podría ir a la heladería, pero que me vería por la noche. Paso todo el día pensando en él, preguntándome qué tiene planeado para esta noche. Mientras subimos a la colina para contemplar uno de los grandes tesoros de Sunborn View —un antiguo teatro al aire libre que una vez albergó una producción escénica de larga duración que representaba la historia del origen del pueblo— tengo mi respuesta. Hace décadas, fue comprado y convertido en un cine al aire libre,

con una enorme pantalla para proyectar películas. Aunque los espectadores se sientan en los mismos bancos de cemento diseñados como el anfiteatro original, la gente comenzó a llamarlo el autocine, y así se le ha seguido llamando desde entonces. Suena mejor que *El Cinematógrafo Más Glamuroso de Nuestros Tiempos de Errol T. Whitman*, que es lo que todavía se lee en el brillante cartel de neón. Según mi abuela, el Sr. Whitman diseñó y compró el cartel por capricho, y luego se dedicó a buscar un lugar donde ponerlo.

Adam tenía una manta cuando me recogió, ahora la extiende sobre la hierba y deja que me acomode antes de sentarse a mi lado. Estamos ubicados justo cerca del borde, lo suficientemente lejos para que nadie más pueda vernos, pero lo bastante cerca para poder ver la película. Tumbados sobre nuestros estómagos, apoyados en los codos, parece que somos las únicas personas allí.

—Esta vista es increíble —le digo—. Nunca supe que la gente podía ver desde aquí arriba.

—Bueno, técnicamente, no pueden —dice él.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Es propiedad de mi familia —dice.

—Con razón el camino de acceso era tan difícil de encontrar —digo—. ¡Qué astuto eres!

Vuelvo a mirar la pantalla, pero siento a Adam deslizarse más cerca de mí. Su cuerpo está cálido a mi lado, y siento la presión del músculo de su hombro contra el mío. De repente soy *extremadamente* consciente de lo cerca que está de mí. Me giro hacia él, y su rostro está a solo centímetros del mío.

—No eres la única a quien le gusta echar un vistazo a escondidas —murmura.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho, y mi pequeño desliz vuelve a perseguirme. Él *sí* me vio aquella tarde hace tres años.

—¿Mmm? —digo, intentando disimular como si no supiera de qué está hablando.

Su mano llega a mi espalda, y siento sus dedos a través de la tela ceñida de mi camiseta de tirantes. Sus dedos trazan mi columna vertebral, y me recorre otro escalofrío. Mi intensa concentración en mi futuro, sin mencionar mi constante falta de tiempo libre durante el instituto, significaba que nunca me había permitido estar en la situación para que alguien me tocara así. Lo más cerca que había llegado fueron algunas sesiones de besos en el autocine, abajo en los asientos de la plebe. Había detenido cualquier otra cosa antes de que sucediera. Pero no puedo obligarme a detener esto.

—Me observaste cuando viniste a ver a Jake —dice—. Estaba ensayando en mi habitación, y te quedaste en el pasillo, mirándome.

—Te oí cantar —confieso—. Tenía curiosidad.

—¿Curiosidad? —pregunta Adam. Se acerca aún más, y ahora estamos pegados, tocándonos desde los hombros hasta el resto de nuestros cuerpos—. ¿Por qué huiste? Podrías haber entrado, ¿sabes? Me habría ahorrado tener que pedirle a Jake que te diera ropa seca.

Su voz es más baja y retumba en su garganta. Mis ojos se detienen en sus labios, luego en sus ojos brillantes y sinceros. Mi corazón late tan fuerte que lo siento temblar en el suelo debajo de mí, y me inclino hacia él.

—¿Tú le dijiste que hiciera eso?

—Claro que sí. Quería asegurarme de que estuvieras cómoda. Aunque sigo diciendo que deberías haber entrado, en lugar de salir corriendo.

—¿Qué habrías hecho si hubiera entrado? —pregunto, suavizando mi voz para igualar el volumen de la suya.

¿Qué estoy diciendo? Esto no es propio de mí.

Su mirada me mantiene inmóvil. La tensión entre nosotros es tan palpable que apenas puedo respirar.

—Probablemente nada —admite.

Mi corazón se encoje dolorosamente.

—¿Nada? —pregunto.

Él niega con la cabeza de manera apenas perceptible. Levanta su mano de mi espalda y pasa sus dedos por el costado de mi cara y por la curva de mi mandíbula.

—No —dice—. Eras demasiado joven entonces. No era el momento adecuado. —Sus dedos rozan mis labios, luego bajan por la parte delantera de mi garganta—. Eso ya no es un problema ahora.

Mi resistencia ha desaparecido por completo cuando su cabeza se inclina y la boca de Adam se une a la mía. Al instante me siento revivida. Su beso es implacable, y me rindo a él por completo, dejando que mis labios se separen y su lengua se entrelace con la mía. Su cuerpo me guía hacia atrás hasta que estoy tumbada sobre la gastada manta, con el peso de él presionándome. Es una sensación cálida y deliciosa, y me hundo bajo ella, rodeándole con mis brazos para cerrar el espacio entre nosotros.

Sus manos agarran mi camiseta de tirantes, llevándose los tirantes de mi sujetador junto con ella mientras los baja por mis hombros, derramando mis pechos en el aire de la noche de verano. Adam aparta su boca de la mía, y jadeo cuando una mano sostiene la parte inferior de mi pecho y lo levanta antes de que él haga girar su lengua alrededor de mi tenso pezón. Envía una inesperada descarga de placer a través de mí, y siento que mi cuerpo comienza a temblar. Mueve su boca al otro pecho, repite la vertiginosa atención durante unos segundos antes de volver a colocar mi sujetador y camiseta en su lugar.

Hay una sensación de decepción en mi estómago, pero solo dura unos segundos antes de que Adam tome la camiseta y me la quite por la cabeza. Sus dedos trabajan hábilmente para liberar el broche de mi sujetador de encaje color rosa, y me incorporo para maniobrar y quitármelo. El aire roza mi piel desnuda, y al instante soy consciente de lo fácilmente que podríamos quedar expuestos. Pero no me importa. Ahora mismo, lo único que importa es Adam, y la forma en que sus ojos oscuros me absorben, escaneando mi cuerpo

como si hubiera estado esperando toda una vida para verlo y adorarlo.

Adam inclina la cabeza y posa un beso en medio de mi vientre, justo debajo de mi ombligo. Inhalo profundamente, y él levanta la cabeza para sonreírme. Sin decir una palabra, continúa su progreso hasta llegar a la cintura baja de mis pantalones. Su lengua se sumerge bajo la tela, trazando un camino de un hueso de la cadera al otro. Nunca he sido una chica alta y esbelta, pero Adam lame y mordisquea su camino a través de mi cuerpo como si fuera aún más delicioso que el helado que ha pedido casi todos los días. Recuerdo cómo su lengua recogía la crema derretida ese día, y sé exactamente cómo debe haberse sentido ese helado. Me estoy derritiendo bajo su calor, y cada fibra de mi ser está despierta y atenta, lista para más.

Siento que el botón de la parte delantera de mis pantalones se abre, y la presión de la tela disminuye cuando Adam baja mi cremallera. Levantando mis caderas, le dejo deslizar mis pantalones por mis piernas y arrojarlos lejos de nosotros. Las bragas que llevo son poco más que un trozo de encaje a juego con mi sujetador, y él retira la tela húmeda de mi cuerpo en un solo movimiento.

De repente, me siento vulnerable. Estoy extendida sobre la manta frente a él, completamente desnuda, y Adam no se ha quitado ni una sola prenda de su ropa. Quiero cubrirme y, sin embargo, no quiero obstaculizar su mirada tan intensa sobre mí.

En cambio, alcanzo su camisa y tiro de ella. Me da una sonrisa juguetona y finge no saber lo que quiero durante unos segundos, pero corta la broma y misericordiosamente se quita la camisa. Se inclina para besarme mientras se sostiene con una mano y se quita los pantalones con la otra. Justo antes de empujarlos completamente fuera de sus caderas, mete la mano en su bolsillo y saca un condón. Adam sonríe y me besa de nuevo, me calienta rápidamente. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, manteniéndolo cerca. Soy muy consciente de la presión y el peso de

su erección contra mí, y levanto mis caderas ligeramente para sentir más.

Adam se mueve hacia adelante y deja que su miembro recorra mi vientre. Jadeo ante la sensación, mi mente anticipa lo que viene e imagino cómo me sentiré cuando me llene esa gruesa longitud. Por un momento me pregunto si debería decirle que soy virgen. Él lo sabe. Sé que lo sabe. Pero parte de mí se pregunta si debería confirmar sus sospechas. Me pregunto si eso cambiaría algo.

El sonido del envoltorio del condón al rasgarse detiene los pensamientos que pasan por mi mente, y los ojos de Adam se encuentran con los míos. Podría estar buscando vacilación, o alguna señal, pero no digo nada. Adam se sienta y observo, con la boca prácticamente salivando, mientras coloca el condón en la punta de su miembro y lo desenrolla hasta asentarlo en la base. Espero que vuelva a tumbarse sobre mí, pero no lo hace. En cambio, coloca su mano en el centro de mi vientre, presionando ligeramente como si quisiera calmarme.

Todavía estoy temblando cuando desliza su mano más abajo, girándola para descansar entre mis huesos de la cadera. Su dedo índice se hunde, y grito ante la repentina oleada de intensa sensación que me recorre. Adam pone un dedo en sus labios.

—Shhh —susurra.

Desliza su dedo hacia abajo, luego baja la cabeza para que pueda sentir su aliento en mis pliegues calientes y húmedos. Su dedo se asienta en mi entrada mientras besa la parte interior de mis muslos, y luego lo introduce ligeramente. Mi cuerpo parece cerrarse alrededor de él, inseguro ante la intrusión desconocida, pero Adam empuja un poco más profundo y lleva su boca entre mis muslos para rozar su lengua sobre mi sensible clítoris. En un instante, mi cuerpo se humedece más y se relaja ligeramente.

Adam retira su dedo, y yo gimo en protesta ante la repentina sensación de vacío. Sus ojos se encuentran con los míos mientras se levanta sobre mí y reemplaza su dedo con la punta de su miembro.

Adam baja su boca a la mía, su lengua deslizándose entre mis labios, enredándose con la mía mientras mueve sus caderas hacia adelante para hundirse lentamente en mí.

Inhalo bruscamente, pero él mantiene su boca firmemente sobre la mía. Su miembro engrosado encuentra resistencia, y hace una pausa, permitiéndome acomodarle, antes de empujar el resto del camino hacia adelante. Un dolor agudo da paso a una sensación de ser abierta, y Adam se detiene. Mantiene sus caderas empujadas contra mí, mientras su cuerpo llena el mío. Estoy abrumada por la sensación, y mi cuerpo se tensa. Adam aparta su boca de la mía y apoya su frente en la mía. Me tranquiliza con su voz, me hace sentir segura y reconfortada. Después de unos segundos, mi cuerpo comienza a relajarse, y puedo sentir mis estrechas paredes ajustándose a su alrededor.

Las caderas de Adam comienzan a moverse, masajeándome. Pensé que tenía tanto de él dentro de mí como podía, pero mientras se desliza, se introduce aún más profundamente. Pronto el dolor da paso a un placer cálido y absorbente. Me aferro a él, mis manos se agarran a su espalda mientras los sonidos brotan de mi boca. El sudor hace que nuestros cuerpos se deslicen fácilmente uno contra el otro, y mis caderas comienzan a responder a las suyas con pequeños movimientos y círculos mientras busco todo el placer posible.

Siento que estoy cerca de perder el control mientras una ola de intensa presión se acumula dentro de mí. Sensaciones de hormigueo llegan a mis dedos de las manos y los pies, y en un estremecedor choque, colapso en una cascada de espasmos que sacuden todo mi cuerpo. Adam me besa con más fuerza para amortiguar los gritos que suben por mi garganta, y embiste en mí aún más fuerte y rápido que antes. De repente, se hunde en mí y se detiene, su miembro poniéndose más duro por un momento antes de pulsar para encontrarse con mis paredes palpitantes a su alrededor.

Lo siento gemir contra mis labios, y aparta su boca para jadear en busca de aire. Poco a poco, Adam se tumba sobre mí y extiende la

mano hacia la mía. Nuestros dedos se entrelazan mientras su cabeza descansa sobre mi pecho; sus labios besan mi piel humedecida. Intento saborear cada detalle de lo que está sucediendo. Quiero recordar cómo se siente, sabe y huele. Pero incluso mientras trato de memorizar todo lo que experimenté, la adrenalina se desvanece, y la relajación toma su lugar. Mis ojos se cierran, y me siento derivando hacia el sueño.

Cuando despierto, no sé cuánto tiempo he estado dormida. No estoy segura de qué me sacó de mi sueño, y me toma unos segundos registrar el sonido de voces confusas debajo de mí. La película ha terminado, y el público está saliendo apresuradamente de sus asientos y salen del teatro como si *hubiera* algún otro lugar donde ir en Sunborn View a estas horas de la noche. Sé que algunos de ellos probablemente se dirigen al Liberty Diner, en cuyo caso su prisa podría estar justificada. El antiguo vagón de tren convertido solo puede albergar a cierta cantidad personas y aún tener espacio para el espectáculo de bandidos del Salvaje Oeste que se representa cada treinta minutos.

Destellos del delicioso sueño que acabo de tener parpadean en mi mente, y siento un aleteo en mi estómago. Mi cuerpo está vibrando, mis labios están hinchados, y la realidad me ilumina. A mi lado oigo un gemido bajo, y miro para ver la cara de Adam a pocos centímetros de la mía.

No fue un sueño.

De verdad *he tenido* relaciones con Adam Conway, y ahora estoy tumbada desnuda junto a él, acurrucada en su vieja manta de picnic en la colina sobre el autocine. Sus ojos se abren lentamente, y me dedica una cálida sonrisa de satisfacción. Inclinándose hacia delante, me da un perezoso beso en los labios. Su mano se desliza por mi muslo hacia la curva de mi cintura, luego sobre mi pecho antes de acunar mi rostro para mantenerlo en su lugar mientras profundiza el beso.

Me pregunto si mi clase de Redacción Inglesa tendrá un trabajo sobre «Qué hice durante las vacaciones de verano». Tengo una gran

idea para un ensayo.

****

Adam

Dos días después...

La sonrisa en el rostro de Emily me dice que está contenta de verme en el porche de su casa y, al instante, me siento fatal. Esa sonrisa ha estado en mi mente durante las últimas dos semanas. Si voy a ser completamente sincero, ha estado ahí durante casi cuatro años. Me había fijado en ella desde entonces, pero era fácil resistirse cuando éramos más jóvenes. Debería haber mantenido mis manos alejadas de ella. Hace dos semanas, debería haber ido al puesto de helados, saludar y marcharme. Pero no lo hice. En el instante en que la vi, ahora adulta, y aún más segura de sí misma, sonriéndome desde la ventana mientras el viento agitaba su cabello alrededor de su rostro, perdí el control. Tenía que verla y pasar más tiempo con ella, y cuanto más lo hacía, más adicto a ella me volvía. Y ahora tengo que despedirme.

—Hola —dice mientras atraviesa la puerta mosquitera y sale al porche—. Qué sorpresa tan agradable.

—Siento no haber llamado antes —digo.

Emily niega con la cabeza.

—No, no te disculpes. Está bien. ¿Quieres entrar?

Me mira como si quisiera que la besara, sus grandes ojos azules están fijos en mi boca mientras muerde su carnoso labio inferior rosado. Quiero complacerla. Desearía poder tomarla entre mis brazos y comprobar si su boca sabe tan dulce como se ve ahora mismo. De hecho, sé que es así.

Pero no puedo. No es por eso por lo que estoy aquí.

—Gracias, pero no puedo —explico—. No tengo mucho tiempo. En realidad, tengo que irme.

El rostro de Emily decae ligeramente.

—¿Irte? —pregunta.

—Sí —le digo, obligándome a pronunciar las palabras que no quiero decir—. Tengo que volver a la universidad.

La sonrisa ha desaparecido completamente de su rostro ahora, y su cuerpo se tensa. Ya puedo sentir la incomodidad y las emociones dolorosas que irradian de ella. Y va a empeorar.

—¿Te vas? —pregunta—. Pensaba que tus clases no empezaban hasta dentro de unas semanas.

—Lo sé —digo—. Soy el presidente de mi fraternidad en el campus, y hay algunos eventos antes de que comiencen las clases para los que tengo que estar allí.

Las palabras suenan planas al salir de mi boca. La forma en que me mira hace que se me retuerza el estómago. Nunca me he sentido más como un capullo rico y privilegiado en mi vida que en este momento bajo la mirada penetrante de esos grandes ojos azules.

—¡Oh! —dice. Su voz suena artificialmente animada mientras se esfuerza por parecer despreocupada y casual—. Sí, tu fraternidad. Lo entiendo perfectamente. Prioridades importantes.

Esto no es lo que quiero hacer. Sé que le estoy haciendo daño y no quiero. He estado pensando en esto durante los últimos dos días, desde que me aparté a regañadientes de su cuerpo desnudo y la vi vestirse. Sé lo que está pensando: que esto era el principio de algo más. Estoy destruyendo esto. La realidad es que también me estoy destruyendo a mí mismo. Los sentimientos que tengo por Emily son más fuertes que nunca, pero después de pasar los últimos dos días con mis hermanos que aún están en Sunborn View, he llegado a la conclusión de que mi sentido de responsabilidad debía ser más fuerte.

Sé lo duro que Emily ha trabajado toda su vida para llegar a donde está ahora. Se esforzó cada segundo para lograr más y crear las oportunidades que necesitaba. Ahora están a su alcance. En unas semanas finalmente será recompensada por todo lo que sacrificó en

el instituto. Saldrá de Sunborn View y verá lo que tiene la vida para ofrecerle.

No puedo quitarle eso. Emily merece el mundo, y no puedo interponerme en su camino. Sé que también hay más cosas por delante para mí. Me gradúo al final de este año, pero luego están los estudios de posgrado y más. No he tomado esas decisiones. Todavía no. Pero el tema es que necesito centrarme en los estudios, y ella también. No podemos distraernos mutuamente de nuestros objetivos. No ahora. Tal vez algún día nos encontremos de nuevo, pero por ahora, debemos seguir caminos separados.

—Buena suerte en la universidad —digo—. Sé que vas a hacerlo de manera increíble. El mundo no sabrá qué lo golpeó.

Ella fuerza una tensa sonrisa.

—Gracias —dice.

—Espero que nos encontremos la próxima vez que ambos estemos en casa —digo.

Emily asiente, pero no responde. Quiero tocarla una última vez. Quiero abrazarla fuerte para recordarlo una vez que deje la isla y regrese al campus. Pero no puedo. Si lo hago, nunca me iré. Sus ojos brillan con lágrimas, y tiene la mandíbula tan tensa que puedo ver los músculos palpitando bajo su piel mientras la miro unos segundos más, saludo con la mano y me marcho.

Capítulo Dos

Adam

Diez años después...

Lista de deseos de Brandon Hayes:

Bailar desnudo en lo alto de la Torre Eiffel. Tomar clases de baile exótico con tres mujeres francesas, quedar en la réplica de la Torre Eiffel en Doswell, Virginia, y realizar un *flash mob* con un traje corporal color carne. Notas: Malentendí las instrucciones. Fecha pendiente para el juicio.

Hacer un picnic con tiburones. Alimentar a tiburones después de un picnic. Notas: Logrado. Confirmado que a los tiburones no les gusta el sándwich de jamón dulce y queso.

Besar la Piedra de Blarney. Notas: Logrado

Organizar un circo con versiones humanas de animales tradicionales haciendo malabares. Notas: Logrado. Los cheques están en el correo.

Construir una réplica de bola de nieve antigua que sea lo suficientemente grande para un entorno habitable sostenible para dos personas, y una máquina de nieve que arremoline nieve y reproduzca música a intervalos regulares. Notas: Joder.

Combatir un furioso incendio forestal ante la admiración y exaltación de amigos, familiares y extraños. Incendiar un pueblo recreado y árboles falsos y combatir el fuego bajo la supervisión de los bomberos. Notas: Actualmente en progreso.

Librar una batalla marítima contra piratas invasores, reemplazar a su líder, y navegar en mar abierto en busca de tesoros. Notas: Pendiente.

Posiciono mi cursor junto a las notas del punto número seis en la lista de deseos de mi cliente, borro «Actualmente en progreso» y lo

sustituyo por «Logrado». El olor a humo todavía persiste en mis fosas nasales, aunque Brandon apagó las últimas llamas hace más de dos horas. Brandon *y* diecisiete miembros del departamento local de bomberos que intervinieron después de que los gritos de guerra del hombre de cuarenta y nueve años se convirtieran en simples lamentos. Sin embargo, se recuperó bien. Para cuando regresamos a su hotel, ya estaba contándome la magnífica historia de cómo había sofocado las imponentes llamas como si yo no hubiera estado detrás del cristal protector mientras veía como perdía completamente el control de la manguera contra incendios y derribaba a tres de los bomberos que se acercaron.

Mis ojos examinan el último punto de la lista y dejo escapar un largo suspiro. Desde que mis hermanos, Jake y Terry, y yo iniciamos DreamFactory, Inc., he tenido mi buena dosis de peticiones extrañas de clientes. Durante los últimos años, he desarrollado una perspectiva muy particular sobre lo que acecha en los rincones oscuros de las mentes de las personas. Algunos de mis clientes han sido tremendamente creativos y han imaginado escenarios asombrosos en los que incluso yo quería participar.

Otros... son como Brandon.

Suena el teléfono, y lo miro con desgana durante unos segundos. Brandon estaba exhausto al final de su aventura contra incendios, y esperaba que descansara en su hotel durante unas horas o, como mínimo, intentara ligar con alguna mujer desprevenida en el bar del hotel con historias sobre su valentía. Estoy seguro de que cuando se tome unos cuantos chupitos, el fuego habrá sido real y habrá salvado a todos los bomberos él solito mientras también rescataba a dos gatitos de los árboles cercanos.

El teléfono suena otra vez. No me apetece aguantar su voz de director general prepotente ahora mismo. La forma en que Brandon saca pecho y añade todo el tono grave posible a su voz cuando «convoca una reunión» conmigo es insufrible.

El teléfono vuelve a sonar. No puedo seguir ignorándolo para siempre. Lo arrebato de mi escritorio y doy un vistazo rápido a la

pantalla antes de contestar. Una sensación de alivio me invade cuando veo el nombre de mi hermano en lugar del de Brandon.

—Hola, Jake —contesto.

—¿Está ignorando a tu cliente otra vez? —me regaña mi hermano menor.

—Jamás haría tal cosa —digo—. Soy un profesional consumado que trata a todos sus clientes con la misma atención y respeto, incluso cuando son unos quejicas pusilánimes que tuvieron demasiado dinero guardado en sus huchas.

—¿No tuviste tú también demasiado dinero en tu hucha? —pregunta Jake.

—Sí, pero yo no acabé como él. De hecho, lo utilicé para algo.

Nuestros padres todavía están asimilando el hecho de que ninguno de sus cinco hijos decidiera continuar con el negocio familiar. Para ser justos, tampoco es algo que nos hayan impuesto. Aunque aún estoy esperando la dramática reunión en la sala de juntas donde la cara de nuestro padre se va poniendo progresivamente más roja mientras golpea la mesa con los puños, nos llama desagradecidos y exige que respetemos el legado construido por su padre antes que él. Estoy bastante seguro de que la comprensión y el apoyo de mis padres son una fachada para ocultar su profunda creencia de que estamos «pasando por una fase» con nuestro negocio y en algún momento volveremos a Sunborn View.

—Hablando de eso, ¿cómo fue el Gran Incendio Falso esta mañana?

—Fue tan bien como cabía esperar, supongo. Luke se encargó de la coordinación final, así que al menos sabíamos que sería seguro. Incluso trajo a algunos de sus especialistas de escenas de riesgo para interpretar a los habitantes del pueblo corriendo por sus vidas.

Mi hermano menor, Luke, se encarga de las peticiones más extravagantes y peligrosas. Si implica algo con la palabra «extremo»

o parece que puede llevar a un cliente a su tumba, Luke está involucrado.

—Es un bonito detalle —dice Jake.

—Sí. Habría sido más efectivo si Brandon hubiera intentado rescatar a alguno de ellos en vez de huir de dos y gritarle a un tercero por interponerse en su camino mientras intentaba apagar con la manguera la tienda del pueblo. Pero disfruté viéndolos —le digo.

Se ríe.

—Parece que debes estar deseando tomar tus vacaciones —dice Jake.

—Absolutamente —le digo—. Las necesito.

Cuando termine con este cliente, planeo tomarme un descanso por primera vez en casi un año.

—¿Sigues planeando reunirte con nosotros en Sunborn View para la Semana de Bienvenida dentro de un par de meses? —pregunta—. ¿O estarás completamente descansado para entonces?

—Estaré allí —digo—. A estas alturas, no creo que pueda tener suficientes vacaciones.

—Entonces, ¿de verdad estás dispuesto a algo de nostalgia? ¿Recuerdos del pueblo natal?

—Claro que estoy dispuesto —le digo—. Estoy deseando volver y ver a todos. Ha pasado demasiado tiempo desde que todos hemos estado en casa al mismo tiempo.

Hay un largo silencio, y puedo visualizar perfectamente la expresión de Jake.

—Ajá —dice.

—No pareces convencido —digo.

Examino mi bandeja de entrada, hago clic en uno de los correos electrónicos, lo leo rápidamente y lo elimino.

—Bueno, no eres precisamente conocido por ser el más cariñoso —dice Jake—. Nunca has mostrado entusiasmo por volver. No desde que estabas en la universidad, al menos. Los cuatro hermanos hemos vuelto a casa mucho más que tú. Lo cual no tiene sentido, considerando lo cerca que estás.

—Vaya, hermanito, haces que suene como si no tuviera ningún sentimiento.

—No los tienes.

—Bueno, eso no es verdad para nada. —Abro otro correo electrónico, este de un cliente potencial, y rápidamente anoto mi respuesta habitual—. Estoy muy apegado a nuestro pueblo natal. Y será agradable reconectar allí. ¿Crees que Lydia todavía hace pasteles?

—Lydia tenía 88 años cuando hizo tu pastel de cumpleaños número 18.

—Y no aparentaba más de 70. Debe ser toda esa crema de mantequilla.

—De acuerdo, de acuerdo —dice Jake—. Eres divertido. ¿Vas a venir de verdad?

Me río mientras respondo a otro mensaje.

—Sí, de verdad voy a ir. Y estoy muy emocionado por ello. Además, me alejará del trabajo por un tiempo.

De los cinco, soy el único que se quedó cerca de casa. Donde vivo ahora y tiene la sede principal DreamFactory, Inc. está solo a una hora de distancia de Sunborn View. Esa hora, sin embargo, es suficiente para mantenerme fuera de la oficina. Espero estar lo suficientemente distraído poniéndome al día con todos durante la Semana de Bienvenida como para resistir la tentación de volver al trabajo mientras debería estar relajándome.

—Bien. De acuerdo, bueno, le haré saber a ese cliente que tendrá noticias tuyas en los próximos días. Gracias por tu ayuda, hermano. Hablamos pronto.

—Espera, ¿qué cliente? ¿Jake? ¿Qué cliente?

La llamada se corta, y vuelvo a examinar mi correo electrónico. Justo cuando llego al principio de la bandeja de entrada, llega un nuevo mensaje de Jake. Es un reenvío de una solicitud de un nuevo cliente. Quiere lanzar en un campo de las Grandes Ligas. Por supuesto, Jake me enviaría esto ahora solo para joderme. Sabe que estoy desbordado de clientes, y que gestionar la lista de Brandon ha sido tan tedioso que me ha descentrado por completo.

Odio perder el control de mi agenda. Mi negocio es mi vida, y me lo tomo muy en serio. Mis hermanos a veces dicen que soy *demasiado* serio. Jake, especialmente, se rebela contra el hecho de que me considere el jefe de la empresa. Yo soy quien tomó la idea de nuestro tío abuelo y la desarrolló, convirtiéndola en un negocio real en lugar de solo las divagaciones de un viejo excéntrico. Soy quien fundó DreamFactory y la nutrió desde sus humildes comienzos hasta el éxito excepcional que es hoy. Jake y Terry se unieron poco después. Frankie y Luke siguieron un par de años más tarde, pero al final, sigo siendo yo quien está al frente. Mantener las cosas funcionando sin problemas y hacer felices a los clientes es mi máxima prioridad.

Y eso significa aceptar otro cliente y encontrar tiempo para encajar su solicitud en mi agenda. Las solicitudes relacionadas con deportes son *mi* especialidad. A lo largo de los años, he adquirido varios estadios y arenas antiguos, y los he renovado completamente con la más alta tecnología. El año pasado terminé de construir un complejo que contiene instalaciones acuáticas de nivel olímpico, canchas de baloncesto, pistas de tenis, dos campos de minigolf, un campo de golf de 18 hoyos y una pista de caballos. Los caballos viven en un establo que Frankie, mi segundo hermano menor, gestiona a una hora de la pista. Él pasa la mayor parte de su tiempo en su rancho en Montana, donde administra una granja y un huerto, cría ganado y entrena caballos. Supervisa el establo aquí y frecuentemente hace el viaje para verificar las instalaciones y asegurarse de que los caballos estén sanos y bien cuidados. Es el

más callado y reservado de nosotros, pero no me gustaría ser la persona responsable si alguna vez descubre que sus caballos están siendo maltratados.

Examino el mensaje una vez más, y luego envío una respuesta a Jake.

«Me debes una, joder».

Después de contactar con el cliente que me envió, vuelvo a la lista de Brandon. Maldita sea. Necesito estas vacaciones.

****

Emily

Una semana después...

Agarro el volante con más fuerza y me siento lo más erguida posible, haciendo todo lo posible por concentrarme en la carretera frente a mí. Mis ojos se están cerrando, tengo dolor de cabeza, me duele el trasero y no he comido nada desde el reblandecido cono de patatas fritas que conseguí en el área de servicio hace cuatro horas. Pero estoy viva y de camino a casa en Sunborn View.

Genial.

El hecho de que *literalmente* todo lo que poseo esté metido en mi coche, y que esté conduciendo de vuelta a la isla y a la vida que dejé atrás hace tantos años, hace que mi corazón se encoja y mi estómago se retuerza de nerviosismo. No es que no ame mi pueblo natal. Es un lugar cálido, nostálgico, lleno de recuerdos para mí. También le gusta tragarse a la gente por completo. La mayoría de las personas que nacen en Sunborn View pasan toda su vida en el pueblo. Crecen allí, se casan, tienen hijos, y el ciclo comienza de nuevo. Muchos jóvenes sí que se marchan y van a la universidad en otros estados y ciudades, pero el hermoso mar y la cómoda y acogedora vida del pueblo los trae de vuelta. Incluso los que dicen que solo vuelven de visita o se quedan hasta encontrar una carrera, pareja, lo que sea, normalmente acaban pasando el resto de sus vidas aquí.

Toda mi vida, la gente asumió que me iba a quedar. Pero siempre supe que había algo más. Desde muy joven, supe que no me iba a quedar atrás. Y tal como lo planeé, me alejé de Sunborn View para ir a la universidad. Poco después, conocí a Dex, un hombre que *creía* que era encantador y dulce y que haría mi vida mucho mejor. En dos años, nos casamos. Se suponía que era mi sueño. Todo mi trabajo duro y dedicación para entrar en la universidad había dado sus frutos. Tenía mi título, y aunque no me gradué como la mejor de mi clase, estaba en el cuarto superior, y me llovían ofertas de trabajo exclusivas. Entonces, encontré a un hombre económicamente estable que quería cuidarme y tratarme como a una princesa.

Excepto que esta particular historia de Cenicienta funcionó a la inversa.

La boda fue una perfecta explosión de brillos, tul y lentejuelas, y Lydia hizo un pastel de boda que era una auténtica obra de arte.

Después de la boda, sin embargo, todo se fue al infierno. Apenas me había quitado el maquillaje de novia cuando Dex empezó a cambiar. Su personalidad cambió tan rápido, que fue como si me hubiera ido de luna de miel con un Dex y hubiera vuelto con otro. Ya no era dulce ni atento, y dejó de intentar hacerme feliz. Unas semanas después, descubrí que Dex no era ni de lejos tan exitoso como había dejado ver mientras salíamos y estábamos comprometidos. Habíamos estado juntos más de un año antes de casarnos, y me había convencido de que destacaba en el trabajo y estaba a punto de conseguir un ascenso enorme que le cambiaría la vida. Le seguí la corriente cuando dijo que él se encargaría de nuestras finanzas y presupuesto. Me sentí completamente desconcertada —como una idiota deslumbrada y enamorada— cuando todo se derrumbó a mi alrededor. Nunca pensé, ni por un segundo, que algo fuera mal. Dex gastaba dinero libre y fácilmente, conducía un buen coche, y nunca parecía preocupado por ello.

Debería haber sido más cuidadosa, más vigilante. En cambio, me dejé llevar por el romance de todo aquello. Había pasado toda mi vida hasta ese momento preocupándome por el dinero. Ahorrar y

escatimar era todo lo que conocía, y la idea de no tener que vivir así nunca más era tremendamente atractiva. Me gustaba la idea de sencillamente disfrutar de la vida tal como viene, y dejar que Dex se ocupara de todo el estrés y la frustración que trae el dinero. Quería creer que había alcanzado algún nivel indefinido y fabuloso de existencia. En cambio, ya estaba deslumbrada, manipulada, y legalmente atada cuando descubrí que Dex estaba realmente hasta el cuello de deudas.

Cuando le confronté al respecto, mi nuevo marido no me pidió perdón, ni me dijo que íbamos a superar esto juntos y construir una vida de la que pudiéramos estar orgullosos. Dex me dijo que no quería que yo trabajara. Esa fue la primera de una larga serie de discusiones entre nosotros sobre el tema, y después de un tiempo, cedí. A pesar de saber que era increíblemente estúpido, dejé mi trabajo en el bufete para hacerle feliz. No tenía miedo ni me sentía intimidada por Dex. En cambio, Dex me manipulaba con la justificación de que quería convertirse en el hombre que me había prometido que era, y darme la vida que merecía. Para él, eso significaba que él tenía que ganar el dinero y ser el sustento de la familia. Decía que, si yo seguía trabajando, no se sentiría como un hombre y no tendría motivación para triunfar.

La visión de futuro era un 10.

Al principio, intenté ser una buena esposa. Me entregué a ello con la misma dedicación fervorosa con la que afrontaba los estudios, el trabajo y todo lo demás importante en mi vida. Estaba comprometida con nuestro matrimonio y con la idea de que las cosas mejorarían entre nosotros. En mi mente, francamente, no había otra opción. Tenía que ser así. De nuevo, visión de futuro. Después de un tiempo, me di cuenta de que no estaba mejorando; de hecho, las cosas iban a peor. En lugar de sentir que Dex intentaba ser un buen cónyuge como yo lo hacía, él solo estaba apretando su agarre sobre mí y ejerciendo un control total en mi vida. Finalmente vi que estaba intentando controlarme e impedir que tuviera mi propia vida. No dejarme trabajar, reducir poco a poco el

contacto que tenía con mis amigos y prohibir que mi familia viniera a casa, eran todas tácticas diferentes de manipulación y control diseñadas para evitar que viviera mi propia vida. No estoy orgullosa de lo mucho que tardé en darme cuenta. Nunca pensé que fuera una persona capaz de dejarse llevar por una falsa complacencia. Sentí como si me hubiera deslizado felizmente dentro de lo que creía que era un agradable jacuzzi solo para descubrir que mi trasero se había convertido en una masa de patatas en el fonde un gran cuenco de sopa de te-jodiste-a-ti-misma.

A medida que empeoraba, decidí mejorar las cosas por mí misma, y conseguí un trabajo sin decírselo. Fue genial... hasta que Dex se enteró. Ese fue el momento en que todo cambió.

Dex estaba furioso. Dijo que le había traicionado, que había actuado a sus espaldas y le había humillado. La intensidad de su reacción fue algo que nunca había visto en él antes. En ese momento, no sentí que tuviera otra opción. Dejé el trabajo que de verdad me empezaba a gustar, y me quedé con él, aunque estaba asustada, herida y enfadada. Sé que fue estúpido, pero había dado todo de mí al matrimonio, y no quería rendirme todavía. Soy testaruda como un burro y no estaba preparada para admitir que el brillante sueño en el que vivía era una mentira.

Después del fiasco del trabajo, las cosas se estabilizaron un poco. No era mi idea de matrimonio perfecto, ni de lejos. Ni siquiera era un buen matrimonio. Pero era una relación que había visto desarrollarse innumerables veces antes, así que nada parecía tan inusual.

Dex parecía más feliz y relajado. Algunos aspectos del hombre encantador del principio de nuestra relación volvieron a aparecer. Esta vez solo me tomó un par de semanas averiguar lo que estaba pasando: me estaba siendo infiel. Manipulaba a otra persona para sentirse poderoso y masculino. La carta vergonzosa —y gráfica— que encontré arrugada en su bolsillo, y las manchas de pintalabios rosa fucsia en su ropa interior me dieron la pista. A estas alturas, ni

siquiera *intentaba* ser discreto. Yo era la única en casa que hacía la colada. Contrólate, hombre.

Sin embargo, no lo reconoció de inmediato. Al principio, cuando le confronté, intentó hacerme sentir estúpida, como si estuviera loca. Después de varias discusiones acaloradas, finalmente lo admitió. Dex ni siquiera tuvo la decencia de parecer arrepentido o como si le importara en absoluto. No había ningún destello húmedo en su mirada mientras recordaba cuando éramos felices, ni una chispa de motivación en él para luchar por nuestro matrimonio, o por mí. Me miró directamente a los ojos y me dijo que quería el divorcio para poder casarse con la mujer más joven, mucho más fácil de controlar, con la que había estado saliendo a mis espaldas.

Bienvenida a la realidad, Cenicienta.

Lo que siguió fue un divorcio *desagradable*. Luego, intenté seguir con mi propia vida. Por desgracia, no ha ido tan bien. No anticipé lo difícil que sería reconstruir mi vida. Luché durante un par de años, obtuve mi título de enseñanza, me convertí en profesora... y me di cuenta de que me estaba quedando sin energía. La vida que había estado llevando ya no era *mía*, y no podía seguir así.

Así que, aquí estoy, con todo empaquetado y lista para reiniciar mi vida. Me dirijo de vuelta a Sunborn View para aceptar un puesto en el instituto y ponerme de nuevo en pie. No es algo para siempre. Solo voy a estar allí el tiempo suficiente para ahorrar algo de dinero, volver a encontrarme bien mentalmente y decidir qué hacer a continuación.

Incluso mientras me repito este mantra, sé que me estoy mintiendo. Estoy agotada, frustrada y desanimada por la vida. Mi pequeña isla natal, escondida en la costa de Georgia, me ha agarrado por el tobillo y me está arrastrando de vuelta con todas sus fuerzas.

Sujetando el volante aún con más fuerza, me impulso hacia adelante y me siento más erguida. Pensé que quizás el dolor de espalda me ayudaría a mantenerme despierta, pero la estrategia no

está funcionando. Estoy demasiado cansada, y las gotas de lluvia que empezaron a golpear el parabrisas hace treinta kilómetros no ayudan en absoluto. Sé que estoy acabada. Estoy harta de este viaje y estoy harta de este día. No estoy muy lejos de Sunborn View, pero llegar a la isla e instalarme es más difícil que conducir por un puente. Principalmente porque no hay puente, así que tengo que tomar el ferry hasta el muelle principal de la isla. Luego ir a la oficina del administrador y solicitar un permiso especial para tener mi coche; a los visitantes y turistas no se les permite llevar coches a la isla, y los residentes solo pueden tenerlos para propósitos muy limitados. Después de eso, finalmente puedo dirigirme a casa de mi madre, y eso es toda una odisea. Sencillamente no siento que tenga las fuerzas necesarias para hacer todo eso ahora mismo. Será mejor que me tome un descanso, pare por la noche en un motel y comience fresca por la mañana. Quizás me sienta mejor después de haber descansado un poco.

Hay un pequeño motel al lado de la carretera unos kilómetros más adelante que nunca tiene más de un puñado de habitaciones ocupadas a la vez. Todo lo que tengo que hacer es aguantar unos minutos más, y podré dormir un poco. Estiro la mano y subo el volumen de la radio tanto como puedo soportar. La música que retumba de los altavoces suena como algo de fondo de una secuencia de viaje por carretera en una mala película de los 80, pero eso encaja perfectamente con la situación. Dejo que los bajos y el enérgico sintetizador me den fuerzas para los últimos minutos del trayecto. Por fin, giro hacia el aparcamiento del motel. El simple hecho de aparcar en una plaza de parking cerca de la puerta del vestíbulo ya me parece una victoria. El pequeño letrero de neón de «hay vacantes» en la puerta me tranquiliza, y apago el coche. Tan pronto como el rugido del motor disminuye y la música desaparece, la quietud me rodea y el sonido relajante de la lluvia comienza a adormecerme de nuevo. Sacudo la cabeza, me desabrocho el cinturón de seguridad y me preparo para correr a través de la lluvia.

El corto trayecto desde mi coche hasta la puerta no habría sido tan malo si no hubiera saltado directamente a un charco y me

hubiera salpicado agua fría por todas las piernas. Tiro de la puerta, pero está cerrada. *Mierda.* No hay porche así que me quedo bajo la lluvia mientras sacudo el pomo violentamente. Cuando una anciana con aspecto preocupado se acerca desde el otro lado del vestíbulo, ya estoy empapada, mi pelo está pegado a mi cara y me he familiarizado muy bien con el sabor del maquillaje derretido por la lluvia.

Fracaso. Sabe a fracaso.

La mujer se queda de pie al otro lado de la puerta durante unos segundos, mirándome a través del cristal tintado. Incluso a través del vidrio, veo la expresión en su cara y sé que está contemplando si abrir la puerta será el principio de su propio capítulo de un programa de investigación de asesinatos en prime-time. Quizás se pregunta quién interpretará su cadáver. Abatida, particularmente cuando me doy cuenta de que no cogí mi bolsa de viaje cuando salí del coche, toco el cristal sobre el letrero de vacantes. Sus ojos se deslizan hacia él, luego vuelven a mí, y asiente. Gira la cerradura más lentamente de lo que cualquier ser humano ha abierto jamás una puerta, y se hace a un lado para dejarme entrar.

Goteo a través de las baldosas rojo ladrillo y gasto cada pizca de esperanza que me queda para obligarme a mantenerme en pie en lugar de resbalar. Finalmente, llego al mostrador, y la mujer me sonríe desde detrás como si no me hubiera hecho esperar bajo la lluvia.

—Hola —saluda—. Soy Mila.

—Es un placer conocerla, Mila —respondo sin entusiasmo—. Soy Emily. Me gustaría una habitación para esta noche, por favor.

—Emily —dice, volviéndose hacia su ordenador y tecleando mientras mira fijamente a la pantalla—. Está lloviendo mucho ahí fuera, ¿eh?

—Apenas lo noté.

Sus ojos se dirigen hacia mí y luego de vuelta a la pantalla.

—Bien, Emily, ¿tiene una reserva?

—No —digo—. No tengo reserva. Solo estoy de paso.

—Bueno, bienvenida. —Le doy una sonrisa tensa—. ¿Cuál es su apellido?

—Slater.

—Slater —murmura, tecleándolo en el ordenador con su método pausado—. Emily... Slater. —De repente, su cabeza se levanta de donde había estado inclinada para concentrarse en rellenar el formulario de registro—. ¿Emily Slater? ¿No será de Sunborn View, por casualidad?

Lo pregunta con ese tono que usa la gente para mostrar lo sorprendidos que están por una pregunta cuya respuesta ya conocen.

—Sí. Soy de Sunborn View.

—¡Conocí a su abuela! —exclama efusivamente—. Una señora encantadora. Hacía el mejor bizcocho de arándanos del mundo. —Se inclina hacia adelante para apoyar sus codos sobre el mostrador y sonríe mientras coloca su barbilla en sus manos—. ¿Sabe? Recuerdo cuando éramos jóvenes e íbamos al bosque justo ahí, justo a lo largo de ese borde del agua, ¿sabe? ¿La línea de árboles? Decidimos ir allí a buscar arándanos silvestres. Su abuela tenía en mente hacer un bizcocho de arándanos para un chico que le gustaba. Por supuesto, acabamos perdiéndonos y nos llenamos de garrapatas. Nunca encontramos arándanos. No sé si hizo el bizcocho o no.

Los ojos de Mila se deslizan hacia arriba y en diagonal como si estuviera buscando a la abuela para pedirle confirmación de la historia.

—¿Mila?

Me mira.

—¿Hmmm?

—¿Mi habitación?

—¡Oh! —Se endereza y continúa rellenando el formulario de registro—. ¿Solo una noche? —pregunta.

—Solo una. Mañana me dirigiré a Sunborn View.

—¡Qué bueno oír eso! ¿Va solo de visita o se quedará por un tiempo?

—Me quedaré por un tiempo —digo.

—Oí que no ha estado por aquí mucho en los últimos años.

—Es cierto —digo.

—Se casó con un pez gordo con un nombre raro. Lou o Bry o Dev.

—¿Dex?

—Eso es. —Pone una cara de disgusto—. Siempre he odiado ese nombre. Me recuerda al asesino en serie.

—¿Qué asesino en serie? —pregunto.

Tan pronto como hago la pregunta, me arrepiento.

—Dexter —responde.

—¿Quién es Dexter? —pregunto.

—La serie de Netflix. Ya sabe. —Hace una mueca y abre los ojos de una manera que parece que está a punto de ser asesinada.

Sí. Me arrepiento.

—¡Oh! —digo—. Bueno, ya no estamos casados.

—Lamento oír eso. ¿Es por eso que vuelve a casa? ¿Para lamerse las heridas, por así decirlo?

—¿Mila? ¿Mi habitación?

Frunce los labios y se vuelve hacia el ordenador para seguir tecleando. A estas alturas, no creo que realmente esté haciendo algo. Solo está alargando esto para exasperarme. Finalmente, mete la mano en un cajón y saca una tarjeta llave de plástico, la escanea y me la entrega.

—Habitación 48 —dice.

Hago una pausa mientras tomo la llave.

—¿Habitación 48? —pregunto.

Al haber asistido a mi única fiesta de instituto, una fiesta posterior al baile de graduación mal organizada, en este motel, sé que esa habitación en particular está ubicada en el extremo más alejado del motel, en la parte trasera... en el piso superior.

—Sí —dice—. Tiene una vista preciosa.

A un pantano.

Miro a Mila durante unos segundos, esperando que cambie de opinión y me dé otra habitación. Ella me devuelve la mirada, claramente imperturbable ante el agua que aún gotea de mí, o el hecho de que el aire acondicionado en el vestíbulo ahora ha hecho que el agua parezca una piscina de hielo, y estoy temblando violentamente.

—Gracias —digo.

—¡Desayuno continental por la mañana! —grita alegremente mientras me doy la vuelta.

Sin responder, me dirijo hacia la puerta para correr de vuelta a mi coche, entrar, conducir alrededor del edificio, encontrar un lugar para aparcar en la oscuridad, coger mi bolsa de viaje y correr de nuevo a través de la lluvia hasta mi habitación.

A la mierda. Quizás sea más fácil dormir en mi coche.

Capítulo Tres

Adam

Esa mañana...

Ya puedo oír el incesante timbre del teléfono de mi escritorio mientras me acerco a la puerta de mi oficina. Echo un vistazo al reloj dorado alrededor de mi muñeca y veo que son poco más de las siete de la mañana. No sé quién llamaría a esta hora, o por qué no llamarían directamente a mi móvil. Doy mi número de móvil a cada cliente con el que trabajo, para que siempre puedan ponerse en contacto conmigo. La mayoría de las veces, agradecen la comodidad y facilidad, y me llaman para hablar sobre sus experiencias y planificar reuniones. Por supuesto, cada vez que se abren esas líneas de comunicación, existe la posibilidad de que abusen del sistema.

Lo cual es precisamente la razón por la que he tenido que cambiar mi número cuatro veces en el último año.

Mientras tecleo el código en la pantalla junto a la puerta, y el teléfono sigue sonando, se me ocurre que incluso si uno de mis antiguos clientes llamara al número que figura para la oficina, mi línea personal no estaría sonando. El número genérico va al centro de llamadas entrantes en la planta baja de la oficina. Lo que significa que quien me está llamando es una de las pocas personas a las que he dado mi línea directa. Podría ser un cliente potencial al que uno de mis hermanos le dio mi número.

O es uno de mis hermanos. Gruño, esperando que no sea otra vez la celda de los borrachos. Realmente han empezado a perder la paciencia con Jake.

Agarro el teléfono mientras rodeo el escritorio hacia mi silla.

—¿Diga?

—¿Adam?

La voz es familiar, pero amortiguada, y no logro identificarla del todo.

—Sí. Soy Adam Conway.

—¡Oh, qué bien! Está oscuro aquí, y temía haber marcado el número equivocado.

—¿Señora Hannigan? —pregunto, mientras la voz evoca evocando la imagen de una amable mujer.

—Sí —dice ella—. ¿Cómo está usted?

—Estoy perfectamente, señora Hannigan. ¿Cómo está usted?

—Bueno, estoy bien.

Su voz aún suena amortiguada y se entrecorta ocasionalmente, como si estuviera intentando mantener el volumen bajo, pero quisiera que la escuchara.

—¿Está segura? ¿Por qué su voz suena amortiguada?

—Le estoy llamando desde dentro del armario de los abrigos.

—¿El armario de los abrigos?

—Sí.

—¿Por qué me está llamando desde dentro del armario de abrigos?

Se supone que hoy es mi último día en la oficina antes de mis vacaciones, y parece que me las voy a ganar a pulso.

—No quiero que nadie me oiga hacer la llamada. ¿Puede venir aquí hoy?

—¿A su armario de abrigos?

—No a mi armario de abrigos —dice, sonando escandalizada de que yo sugiriera tal cosa—. Al instituto.

—¡Qué tonto por mi parte! —digo, frotándome los ojos para intentar alejar el dolor de cabeza que ya siento formarse.

—Necesito hablar con usted de un asunto de negocios.

—¿Un asunto de negocios? —pregunto.

—Sí. Tengo una lista de deseos que necesita ser cumplida, y quería hablar de ello con usted hoy. ¿Puede venir?

Toda esta conversación me está resultando muy extraña. No he hablado con la secretaria convertida en subdirectora de mi antiguo instituto en más de un año, e incluso entonces, lo único que hicimos fue ponernos al día la última vez que estuve en Sunborn View. Ahora me está llamando, desde un armario de abrigos, para que vaya al instituto y hable sobre su lista de deseos. No sé qué pensar de todo esto, pero, al fin y al cabo, supongo que es una cliente como cualquier otra.

—Por supuesto —le digo—. Estaré allí más tarde esta mañana.

—Estupendo —dice, sonando aliviada—. Le veré pronto.

—Adiós, señora Hannigan.

Cuelgo el teléfono, mirándolo durante un segundo. Miro mi reloj otra vez. Ni siquiera son las 7:10 todavía. Termino las pocas tareas que tenía previstas para la mañana, cierro mi oficina, y ya estoy saliendo del edificio cuando los primeros empleados han entrado en sus cubículos y despachos. Apenas saludo hasta que llego al vestíbulo y veo a Grace, mi asistente, entrar por la puerta.

—Buenos días, señor Conway —dice.

—Buenos días, Grace. Voy a estar desconectado los próximos días. He decidido empezar mis vacaciones antes. He desviado mi teléfono de escritorio al suyo. Por favor, tome mensajes. Si surge algo serio, apunte el número y llámeme al móvil.

—Por supuesto.

—Gracias. Que tenga una buena semana.

—Igualmente.

Me dirijo al aparcamiento y a mi coche estacionado en su lugar reservado. Una hora más tarde, estoy de camino a Sunborn View. Una bolsa de viaje descansa en el asiento a mi lado, por si decido quedarme en el pueblo hasta mañana.

El agua resplandece bajo el sol de media mañana mientras me acerco al muelle y compruebo el horario del ferry.

—Tiene suerte —dice el guardia situado en la pequeña garita—. El próximo ferry sale en unos minutos. Tiene justo el tiempo necesario para instalarse.

—Gracias.

Acepto el billete que me extiende y lo coloco en el parabrisas antes de conducir lentamente hasta la cubierta del ferry que espera. No hay más coches a bordo hoy, pero eso no es inusual. Sunborn View no atrae a turistas como algunos de los pueblos insulares más conocidos en estados más al norte, como Manteo o Tybee en Carolina del Norte. Los que vienen suelen visitarlo durante las celebraciones del Día de la Independencia. Probablemente ya se hayan marchado todos. Algunos más irán llegando durante la temporada de vacaciones, pero en su mayor parte, la isla está bastante tranquila.

Lo cual siempre me lleva a preguntarme por qué Archie, capitán del ferry desde antes de que yo naciera, insiste en hacer la ruta haya o no pasajeros a bordo. Una vez que he aparcado mi coche, salgo y camino hasta mi lugar habitual. Apoyado en la barandilla, miro el agua azul verdosa y agitada. Cuando el barco empieza a moverse, oigo un golpe sordo y miro hacia abajo para ver la fuente del ruido. Un bote de remos está atado al ferry con una cuerda corta unida a un gancho, y un hombre con unos viejos pantalones cortos de pesca color caqui y nada más que un sombrero sobre la cara, está tumbado en él.

—¡Eh, Ellis! —le grito.

Se quita el sombrero de la cara y me sonríe.

—Adam Conway, ¿eres tú?

—Soy yo. ¿Cómo te va, Ellis? Veo que te has comprado un barco nuevo.

Mira a su alrededor durante un breve segundo como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Oh, no —dice—. Este no es nuevo.

—Entonces, ¿tu casa flotante sigue en buen estado?

—La *Caray* sigue fuerte —me asegura—. Hará falta mucho para acabar con esa vieja dama. Esto, sin embargo —da palmaditas a ambos lados del bote de remos—, esto es mi lugar de vacaciones. Me gusta navegar arriba y abajo por la bahía cuando hace buen tiempo.

—¿Archie sabe que estás ahí abajo?

—Fue él quien atornilló el gancho. Le convencí de que sería bueno tener un bote salvavidas. Ya sabes, por si el ferry se encuentra con mares agitados durante una de las travesías. Yo podría recoger a la gente y llevarlos a la orilla.

Considerando que ya casi hemos terminado la travesía, no creo que las probabilidades de que se necesite un bote salvavidas sean muy altas. Incluso si hubiera una tormenta repentina, hay un armario lleno de chalecos salvavidas y balsas inflables cerca de la parte delantera del ferry. Decido no mencionarle esto a Ellis. No hay razón para estropearle la diversión mientras está de vacaciones.

Espero en el costado del ferry hasta que atracamos en el otro lado de la bahía, antes de acercarme al guardia de este lado. Sabe quién soy antes incluso de que llegue, y sabe que no necesito un permiso para mi coche. Como tengo una casa en la isla, todavía se me considera residente. De todos modos, rara vez conduzco cuando estoy aquí. Prefiero caminar por el pueblo como siempre lo he hecho, a menos que haya una razón específica para necesitar el coche. Todavía es bastante temprano para no ir directamente al instituto. En su lugar, me abro camino cuidadosamente por las calles laterales que rodean la parte principal del pueblo. En el centro de la isla no se permiten coches. Incluso los repartidores tienen que seguir las mismas carreteras que yo. Es como entrar en otra época,

pero eso es lo que lo convierte en hogar para las familias que han vivido aquí durante generaciones.

Al girar hacia mi calle, veo a los mismos vecinos que han estado aquí durante generaciones. Hace años, sus abuelos se mudaron aquí cuando se casaron, y luego se convirtieron en padres, y luego en abuelos. Así es como funcionan los barrios aquí. El espacio en la isla es limitado, y nadie está dispuesto a renunciar a nada de la belleza natural o las áreas históricas para desarrollar más viviendas. En cambio, las casas se transmiten de generación en generación, reciclándose a medida que pasan las vidas.

La casa que compré pertenecía a la bisabuela de Lionel, uno de mis amigos más cercanos en el instituto. Pasamos mucho tiempo aquí, especialmente durante los veranos. Ella nos traía montones de galletas con pepitas de chocolate en una brillante bandeja antigua, y vasos fríos de té helado de melocotón en su mejor vajilla. Las primeras veces que sucedió, me sentí incómodo, pensando que lo hacía por mí. No dije nada al respecto durante mucho tiempo, pero me sentía extraño cada vez que íbamos allí a pasar el rato y jugábamos a los juegos de mesa absurdamente complejos que divertían enormemente a Lionel, pero que a mí me aburrían. Juegos así son más adecuados para mi hermano Frankie. Una tarde mientras estábamos allí, el cartero pasó y dejó un paquete en su porche. Justo después de que la caja golpeara el hormigón, la abuela Lynn salió corriendo de la cocina todavía con su bata, sosteniendo una taza de té en una mano, y la bandeja antigua, llena de galletas, en la otra. Persiguió a ese cartero por la acera hasta que se detuvo, bebió su té y se metió algunas galletas en el bolsillo delantero de su camisa.

Ese es el día que le pregunté a Lionel sobre el juego de té y la bandeja.

Me explicó que eran regalos de boda, pero que ella los puso en el aparador que también le habían regalado, y los olvidó. Después de que su marido muriera, pensó en ello y decidió que era ridículo no usar nunca algo que apreciaba solo porque nunca pensó que la

ocasión fuera lo suficientemente especial para ello. Había tantas cosas que ella y su marido habían querido hacer juntos, y nunca tuvieron la oportunidad de hacer porque estaban esperando a estar «listos», o a que algo fuera lo suficientemente importante para celebrarlo. Él murió mucho más joven de lo que cualquiera había anticipado, y ella se quedó sola con recuerdos vacíos y porcelana fina sin usar. Así que la sacó del mueble, junto con la bandeja antigua que había pertenecido a su madre, y la utilizó en cada ocasión posible.

Años después, fue su historia, combinada con la inspiración de mi tío abuelo —y la herencia que me dejó— lo que me llevó a fundar DreamFactory, Inc.

La abuela Lynn solo tuvo un hijo, que también murió joven, lo que significó que cuando ella falleció, el resto de su familia estaba establecida en sus propias casas, y nadie necesitaba su casa. Así que yo la compré. Ha sido el santuario al que me retiro cuando visito Sunborn View, pero no quiero quedarme en casa de mis padres. El único inconveniente es la casa de la esquina, a una calle de distancia: la casa de la madre de Emily. Aunque no he estado allí en diez años, todavía me provoca una ligera opresión en el pecho cuando pienso en ello.

Tras dejar mi bolsa en el dormitorio, echo un vistazo a la cocina para ver si el pedido de comestibles que encargué antes ha llegado. Los artículos no perecederos están ordenadamente apilados en la mesa de cocina de fórmica color crema, ahora vintage, que originalmente pertenecía a la abuela Lynn. Sé que Henry, del supermercado, ha puesto todo lo demás en la nevera o en el congelador. Una factura manuscrita descansa sobre una caja de Raisin Bran. Le he dado mi tarjeta de crédito innumerables veces, pero se niega a guardar el número o cobrarme por mis compras sin que yo esté presente. En cambio, registra meticulosamente cada artículo y precio, lo suma, añade los impuestos y marca el total en la parte inferior de un libro de recibos anticuado. Tendré que llevarlo a la tienda y saldar mi cuenta en persona.

Cuando llego al viejo instituto, ya es media mañana, pero había programado mi caminata para llegar antes del mediodía. Le dije a la señora Hannigan que estaría allí más tarde esta mañana, y quería ceñirme a ese horario. Mi ruta me lleva a la parte trasera del edificio, y entro por una puerta que conduce a los campos de deporte. Aunque las clases aún no han comenzado, la escuela vibra con la anticipación del final del verano. Los equipos deportivos, las animadoras y los atletas han vuelto para los entrenamientos. Los profesores están preparando sus aulas. Y en algún lugar en lo más profundo del edificio, oigo un ensayo coral. El departamento de música de la escuela es venerado en todo el estado, a pesar de que es literalmente una travesía llegar a las competiciones, y muchos de sus rivales no tienen ni idea de dónde está realmente Sunborn View.

Cuando llego al pasillo principal, veo que la fila de pesadas sillas de madera utilizadas para avergonzar a aquellos enviados al director por razones disciplinarias sigue alineada a un lado de la oficina. Un chico de aspecto taciturno con pelo verde en punta y un conjunto de ropa increíblemente fuera de temporada se desploma en la silla central de la fila. Espero que no haya estado allí desde el último día de clase. Además, la subdirectora me llamó desde un armario de abrigos esta mañana, así que eso no está fuera del reino de lo posible. Me mira mientras me acerco a la puerta. Levanto un puño en solidaridad y me sorprende cuando él hace lo mismo en respuesta.

Una mujer que no reconozco está sentada de espaldas a la puerta en el escritorio que una vez ocupó la señora Hannigan cuando entro en la oficina.

—Hola —dice.

—Hola. Soy Adam Conway. Estoy aquí para ver a la señora Hannigan.

Una puerta al final del corto pasillo que sale del área de recepción se abre.

—¿He oído abrirse la puerta? —pregunta la señora Hannigan mientras su cabeza se asoma al pasillo.

La mujer detrás del escritorio me señala.

—Este es...

—¡Adam! ¡Está aquí! Entre, entre.

La señora Hannigan me hace gestos con entusiasmo, y yo camino a grandes zancadas por el pasillo, metiéndome en la oficina justo antes de que ella cierre la puerta y la bloquee.

—Hola —digo—. Es bueno ver...

—¿Le ha visto alguien? —pregunta.

—No creo. Solo la mujer del escritorio.

—Bien. Adelante, siéntese.

—¿Por qué me ha hecho reunirme con usted aquí? —pregunto mientras tomo asiento en la silla azul frente a su escritorio.

—Le dije que necesito hablar con usted. ¿Dónde más nos reuniríamos?

—Me llamó desde un armario de abrigos —señalo.

—Eso fue para que nadie supiera que usted vendría —dice.

Cuando no ofrece más explicación, sacudo ligeramente la cabeza y decido seguir adelante.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Hannigan?

—He oído que usted... hace cosas por la gente.

La forma en que lo dice me hace preguntarme si esta dulce señora —que siempre tenía bastones de caramelo y una oficina decorada durante diciembre, y se disfrazaba de bruja cada año para Halloween— me ha confundido con algún tipo de asesino.

—¿Qué tiene en mente? —pregunto con cautela.

—Como sabe, el señor Schroeder y yo hemos trabajado juntos durante muchos años. Y hay un elemento de la lista de deseos que

quiero cumplir para él.

Un destello de preocupación me recorre al pensar en el director, que parecía anciano incluso cuando yo estaba en el instituto.

—¿Está bien? —pregunto.

—¡Oh, sí, está bien! Está más sano que un caballo, y trabaja tres veces más. Por lo que sé, no está ni cerca de morirse —me dice.

—Me alegra oír eso.

—Esto está más relacionado con su carrera que con su muerte.

—¿Relacionado con su carrera?

—Bueno, como sabe, el señor Schroeder ha estado trabajando con el distrito escolar durante muchas décadas. Ahora ha decidido finalmente poner fin a su impresionante carrera. Y aunque sé que estaría feliz de marcharse al final de este curso escolar sin ningún tipo de celebración, hay algo que sé que haría que su carrera estuviese verdaderamente completa.

—¿Qué es?

—Un baile de graduación.

Eso no es ni *remotamente* lo que esperaba.

—¿Un baile de graduación? —pregunto.

—Sí —responde con naturalidad—. Un baile de graduación. Verá, cuando era un estudiante de último año en el instituto, hubo un incendio devastador, y el baile se canceló. Nunca pudo asistir. Según él, esa fue su última oportunidad de ser joven y disfrutar de cualquier vestigio de infancia. Como la mayoría de los chicos, fue reclutado para el ejército. No pasó mucho tiempo después de que cancelaran el baile cuando lo llamaron para servir. Dejó atrás su escuela, su chica y su familia. No sabía si volvería a verlos. Cuando lo hizo, regresó directamente a la escuela y comenzó a trabajar. Fue conserje y encargado de mantenimiento mientras estudiaba en la universidad. Después de graduarse, se convirtió en profesor. Con el tiempo, ascendió hasta ser director, y eso ha significado todo para

él. Todavía lo significa. Hubo momentos en los que le ofrecieron ascensos, le pidieron que se presentara para superintendente, o que se uniera al consejo. Siempre se ha negado. Ser el director de esta escuela era lo único que quería hacer. Ahora, ese capítulo está llegando a su fin.

—Eso tiene que ser difícil para él —digo.

La señora Hannigan asiente.

—Así que, ya puede ver por qué me puse en contacto con usted desde el armario de los abrigos.

Y volvemos a eso.

Niego con la cabeza.

—No —digo—. Todavía no sé por qué me llamó desde el armario de los abrigos.

—Quiero sorprenderle —finalmente explica—. Sé que significaría muchísimo para el señor Schroeder si pudiéramos reunir a tantos de sus compañeros de clase como sea posible, y organizarles el baile que nunca pudieron tener. Sería parte reunión, parte fiesta de jubilación.

—Todo eso suena increíble —digo—, pero ¿por qué se puso en contacto conmigo?

—Porque conozco su empresa —dice—. Sé que se dedican a cumplir listas de deseos, y este es el suyo, aunque él todavía no lo sepa.

—Entiendo —digo—, pero mi hermano Jake es con quien debería estar hablando. Él es el creativo. Aunque realmente no nos necesita a ninguno de los dos. ¿Por qué no llama a un organizador de eventos?

—Le llamé porque se quedó cerca de casa, Adam. No se fue como lo hicieron los demás. El resto de los chicos dicen que aman su ciudad natal, pero usted es el único que sigue aquí. Todavía hay una parte de usted en Sunborn View. Puedo verlo. Esto no es solo una

fiesta, es mucho más que eso. Y creo que usted entiende el significado.

—Déjeme pensarlo. Mi agenda está increíblemente ocupada ahora mismo —digo, todavía procesando lo que me ha contado—. Le avisaré cuando haya tomado una decisión.

La señora Hannigan asiente.

—Espero tener noticias suyas pronto, Adam —dice.

—Las tendrá. Hasta luego, señora Hannigan.

Me levanto y salgo de la oficina. Pelo Verde Puntiagudo ya no está sentado en su silla, y me pregunto si fue liberado o se escapó.

La señora Hannigan no me acompaña a la salida. Sé que probablemente está decepcionada porque no he aceptado su propuesta inmediatamente, pero no puedo lanzarme ciegamente a un proyecto como este ahora mismo. Ya tengo mucho trabajo entre las manos, y aunque normalmente me encargo de desarrollar la estrategia para nuestras peticiones más complicadas, no tengo la creatividad ni la visión que tiene Jake. Él sería capaz de reproducir exactamente cómo habría sido su baile de fin de curso. En lugar de salir directamente del edificio, me tomo un tiempo para deambular un poco por la escuela. Obviamente este no es el edificio escolar original y, en el fondo de mi mente, siento como si hubiera escuchado que un incendio destruyó la mayor parte de la escuela original. Tengo tan buenos recuerdos del instituto, y del edificio en sí. No puedo imaginar lo que sentiría al perder este lugar o la posibilidad de poder visitarlo.

Salgo de la escuela, pero en lugar de volver caminando a mi casa, doy la vuelta y me dirijo hacia la parte más antigua del pueblo. El edificio en el centro de la calle principal parece una casa antigua muy grande por fuera, pero las habitaciones del interior están repletas de estanterías y más estanterías de libros. La casa fue donada hace generaciones por Lara Montgomery, una mujer tan horrorizada de que Sunborn View no tuviera una biblioteca permanente fuera de las escuelas que convirtió su propia casa en

una. Lara también estableció un gremio de alfabetización, responsable de conservar la colección, proteger los libros y cuidarlos a perpetuidad.

Han hecho un trabajo fantástico, y mientras subo la escalera hacia la veranda llena de personas meciéndose en columpios interiores, acurrucadas en sillones deslizantes, y perdidas en sus libros, es obvio el impacto que ha tenido Lara. Entro en la biblioteca e inhalo profundamente, disfrutando el olor a libros viejos y tinta. Las habitaciones están decoradas con diferentes temas que encajan con el uso original de la sala, y están repletas de libros que se correlacionan con dicho tema. Una sala de estar formal ofrece libros sobre etiqueta y guías de autoayuda, mientras que la antigua cocina propone libros de cocina y nutrición; el estudio contiene volúmenes de misterios y asesinatos, por un lado, y estudios de psicología por el otro. El sótano está dedicado a la mejora del hogar y la jardinería, y dos de los dormitorios en el piso superior ofrecen libros infantiles.

Sigo el largo pasillo hasta una escalera estrecha que conduce al ático. Si fuera a seguir con nuestra leyenda local de que el fantasma de Lara Montgomery deambula por la casa, no creo que estuviera abajo paseándose con Julia Child o repasando sus habilidades de conversación para la hora del té. Creo que estaría aquí arriba, en el espacio dedicado a la investigación. La amplia habitación todavía conserva algunas de las cosas almacenadas aquí cuando la casa pasó de ser propiedad privada al fideicomiso. Un baúl, un antiguo maniquí de modista y un tocador con su banco, le recuerdan a cualquiera que sube aquí las vidas que vinieron y se fueron en esta casa. Es completamente apropiado que esta fuera la habitación elegida para albergar los libros de referencia, el microfilm y los registros históricos, ya que una vez albergó las pertenencias de la familia que terminó con la muerte de la señora Montgomery, ya que no tuvo hijos.

Una pared del ático soporta estanterías llenas de filas de recortes de periódicos y boletines del pueblo encuadernados en volúmenes y organizados por año. Mis ojos recorren los volúmenes mientras hago

un cálculo rápido en mi cabeza. Cuando creo que he reducido la búsqueda al año correcto, saco los dos libros que abarcan ese período y los arrastro hasta una de las dos pesadas mesas de madera en medio del suelo de tablones sin lijar. Las pequeñas lámparas verdes son el detalle perfecto de biblioteca, y la que enciendo inunda el primer volumen con luz, lo que me ayuda a leer la letra descolorida en las páginas frente a mí. Paso algunas hojas y finalmente encuentro lo que estoy buscando. Recortes de periódicos y fotografías muestran la devastación del incendio en el instituto cuando el señor Schroeder era estudiante de último curso. Adolescentes en blanco y negro miran horrorizados la escuela, reducida a escombros, restos de libros y muebles esparcidos por el césped a su alrededor.

Las horas pasan mientras leo sobre el impacto que el incendio tuvo en Sunborn View y en los estudiantes. Cuanto más leo, más entiendo lo que la señora Hannigan quiso decir sobre entender el significado. Esto es más que recrear un baile de graduación. Fue una época tan tumultuosa. El mundo estaba en agitación, y todos estaban desesperados por algo de normalidad. Pero les arrebataron todo. Todo cambió tan rápido que nada volvería a ser igual. Estas eran personas arrojadas a una dura realidad y obligadas a enfrentarse a los dolores de crecimiento del mundo que les rodeaba cuando todo lo que deberían haber estado preocupándose era crecer ellos mismos.

Salgo de la biblioteca mientras me aferro a un grueso montón de páginas escaneadas de los libros, y vuelvo a la escuela. Los ojos de la señora Hannigan se ensanchan ligeramente cuando vuelvo a entrar en la oficina. Me hace un gesto para que vaya a su despacho antes de seguirme y cerrar la puerta tras ella.

—¿Ha tenido tiempo de pensarlo? —pregunta.

—Sí —respondo.

—¿Y?

—He decidido asumir el proyecto —digo. Sonríe, sus hombros se relajan de alivio, y levanto una mano para calmarla antes de que se emocione demasiado—. Necesito que sepa que no hago nada a medias. Si hago algo, lo hago bien, y eso requiere tiempo y esfuerzo. Este proyecto va a llevar bastante tiempo planificarlo y ejecutarlo.

—Está bien —dice la señora Hannigan—. Quería que el evento fuera más o menos al mismo tiempo que el baile de graduación normal de la escuela. De esa manera, nunca sospechará. Eso le da varios meses para prepararse.

Asiento.

—Tengo los próximos días libres, y estoy dispuesto a pasarlos aquí en la isla, haciendo planes. Tendré que volver a mi casa en el continente esta noche y recoger algunas cosas más si voy a estar aquí más tiempo, pero volveré mañana por la mañana. También quiero que entienda que estoy muy dedicado a mi trabajo, y como jefe de la empresa, soy responsable de asegurarme de que todo funcione sin problemas y de mantener a nuestros clientes satisfechos. Puedo estar aquí unos días ahora, pero luego tendré que volver. Trabajaré en esto según el tiempo lo permita. Mis hermanos y yo planeamos volver para la Semana de Bienvenida. Esa será una buena oportunidad para hacer más investigación y planificación y buscar algunos proveedores.

—Todo eso suena increíble. Lo entiendo perfectamente. ¡Muchísimas gracias, Adam! No tiene idea de cuánto significa esto para mí.

Abre sus brazos y me envuelve en un abrazo que huele a rosas y bollos de canela, y un poco a armario mohoso. Puedo notar lo feliz que está, y me encuentro decidido a hacer lo que sea necesario para darle al señor Schroeder el cierre y la celebración que merece.

No hay nada para escapar del trabajo como volver a casa.

Capítulo Cuatro

Emily

Al día siguiente...

Me despierto lista para el día. Al menos, eso me digo a mí misma. Estoy preparada para regresar a Sunborn View y enfrentarlo todo. Renuncio al desayuno continental que Mila me ofreció tan amablemente anoche en favor de la promesa de bizcocho con salsa de chocolate cuando llegue a casa, empaco las pocas cosas que traje a la habitación, recojo mi cabello recién lavado en una coleta y añado unas pasadas de rímel para darme valor. El cielo parece haberse despertado un poco cabreado esta mañana, pero al menos no está lloviendo mientras bajo las escaleras y subo a mi coche. Agradezco que una de las innovaciones modernas que este motel parece haber adoptado sea el check-out automático. Mila ya tiene la información de mi tarjeta de crédito, así que no necesito bajar al vestíbulo para saldar la cuenta. Puedo simplemente ponerme en marcha.

—Muy bien, nuevo comienzo. Allá voy —murmuro mientras meto las llaves del coche en el contacto y las giro.

El coche emite un fuerte ruido de motor, borbotea unas cuantas veces y se queda en silencio. Intento no entrar en pánico y lo arranco de nuevo. Hace el mismo ruido extraño, pero al menos esta vez cobra vida. La música de anoche estalla a todo volumen y me da un susto de muerte, así que giro el dial lo más rápido que puedo. Aliviada, salgo del aparcamiento y continúo por el mismo camino que llevaba anoche. Ya he recorrido unos kilómetros cuando el motor empieza a gruñir. Es un sonido que no había oído antes, y no tengo ni idea de lo que significa. En cuestión de segundos, el gruñido se convierte más en un gemido, con algunos estallidos y golpes sordos añadidos. Sigo sin saber qué significa, así que hago lo que cualquier persona lógica haría en esta situación: subo el volumen de la radio para no oírlo.

Canto lo más alto que puedo sin sentir que he perdido por completo el control de mis facultades y sigo hacia el embarcadero. Acabo de ver el primer cartel que indica que estoy casi allí cuando mi coche se tambalea de manera inquietante. Que yo me contornee mientras escucho los clásicos, no sería motivo de alarma. Pero cuando es un vehículo motorizado el que ha decidido bailar, es momento de preocuparse. Intento que la preocupación no me invada completamente. Quizás pueda conseguir llegar hasta el embarcadero del ferry. Si solo ignoro el ruido y no reconozco que algo podría estar mal, quizás el problema se arreglare solo.

Sí, porque eso ha funcionado perfectamente en mi vida hasta ahora.

Casi como si hubiera escuchado mis intenciones de ignorarle, mi coche emite una serie de rugidos más fuertes y enfadados. Suena como si se estuviera ahogando mientras empieza a dar sacudidas. Sé que no me queda mucho tiempo para seguir avanzando, así que empiezo a balancearme en mi asiento, con la esperanza de empujar el coche con una combinación de impulso y empujones pélvicos. Parece como si estuviera en algún punto entre montar un potro salvaje e intentar domar a un Transformer cabreado, finalmente llego casi al borde de la carretera, donde mi coche se avería por completo.

Y yo también me derrumbo.

Con un repentino diluvio de lágrimas calientes corriendo por mis mejillas, dejo escapar un grito decididamente indigno y golpeo el volante mientras pisoteo el suelo del coche. Es una rabieta en toda regla, pero no me importa. Estoy furiosa, y siento que la poca esperanza y dignidad que podría quedarme se ha esfumado. Estoy enfadada con el mundo por sentir que se está desmoronando a mi alrededor. Estoy enfadada por cómo se desarrolló mi matrimonio. Estoy enfadada con Dex por la forma en que me trató y por ser el arrogante y tópico imbécil que deja a su esposa por una versión más joven, más pequeña y más tonta. Pero más que nada, estoy enfadada conmigo misma. Nunca debí haberme puesto en esta

situación para empezar. Debería haber visto quién era él realmente, y aunque no lo hubiera visto, debería haber sido capaz de plantarle cara mucho antes de lo que lo hice. No debería haber dejado que el miedo a acabar en dificultades como cuando era joven me manipulara para seguir creyéndole y confiando en él cuando sabía que eso no era lo mejor para mí. Me avergüenzo de haberme sentido así. Estoy enfadada conmigo misma por dejar que las cosas llegaran tan lejos que cuando finalmente se hundió todo, como inevitablemente iba a suceder, me quedé agitándome, incapaz de mantenerme en pie, y todavía demasiado obstinada para admitirlo.

Ahora, no tengo más remedio que admitirlo. Oficialmente he tocado fondo, y mis opciones han sido casi eliminadas por completo. En algún lugar hay un futuro que no implica estar preocupada, enfadada y sintiendo que soy un insecto aplastado. Sé que existe. Solo tengo que encontrarlo. Eso empieza por pedir ayuda. Al menos sé cómo hacer eso. Meto la mano en mi bolso y saco mi teléfono, pero instantáneamente se me cae el alma a los pies.

Parece que no sé cómo cargar mi maldito teléfono.

Ahora no puedo llamar para pedir ayuda. No es que me vaya a servir de algo mirar bajo el capó porque no podría reconocer qué está mal, aunque faltaran grandes secciones del motor. Estoy completamente jodida.

De repente, el cielo se abre sobre mí, y un aguacero cae sobre mi coche. En segundos está lloviendo tan fuerte que ni siquiera puedo ver a través del parabrisas. Perfecto. Jodidamente perfecto. Puede que no pueda ver nada, pero eso no me impide reanudar mi rabieta y dirigir mi furia hacia el cielo.

—¡Que te jodan, entonces! —grito—. ¡Que te jodan por no creer en mí tampoco!

Apenas han salido las palabras de mi boca cuando oigo que alguien golpea la ventanilla. Grito y salto, sobresaltada por el repentino sonido. Miro hacia la ventana y veo que otro coche se ha detenido junto al mío. Un brazo sobresale de la ventanilla del

conductor que está bajada. La mano que golpeó mi ventanilla del pasajero se retira, pero la ventanilla permanece bajada unos centímetros. La lluvia está cayendo demasiado fuerte para que pueda ver claramente quién está en el otro coche, pero por la forma borrosa, estoy bastante segura de que es un hombre.

Me grita algo, pero el sonido de la lluvia ahoga su voz.

—¿Qué? —le respondo.

Porque, obviamente, la lluvia y la ventanilla no amortiguan mi voz en absoluto.

Suspiro.

Él vuelve a gritar algo, y todavía no puedo entenderlo completamente, pero creo que escucho la palabra «ayuda». Empiezo a bajar la ventanilla, y su voz se oye más claramente.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Entiendo exactamente lo que está diciendo, pero no me importa ni una sola palabra porque ahora puedo ver la boca de la que salen y es, literalmente, la última de Sunborn View que querría volver a ver. Aunque todavía pueda recordar a qué sabe, y cómo se siente sobre mi piel. O tal vez sea por esas cosas.

Al otro lado de la ventanilla está Adam Conway.

Inmediatamente subo la ventanilla, cruzo los brazos sobre mi estómago y miro fijamente hacia adelante, a las cortinas de lluvia que se deslizan por el parabrisas. No me importa lo inmadura que pueda parecer en este momento. No voy a hablar con él. Esperaré unas horas más y empujaré esta chatarra hasta Sunborn View si es necesario. Adam llama a mi ventana de nuevo, espera unos segundos, y luego golpea más fuerte.

—¿Emily?

Eso lo he oído claramente. Nunca quise que volviera a decir mi nombre, y oírlo a través del sonido de la lluvia cuando estoy aquí plantada no lo mejora en absoluto. Él me llama de nuevo, pero me niego incluso a mirar en su dirección. Es infantil y no es constructivo,

pero al menos me hace sentir un poco mejor. No estoy completamente segura de por qué, pero me conformo con eso. Oigo un ligero chirrido cuando su coche se aleja sobre la grava mojada al lado de la carretera, y siento que he ganado. Sin embargo, delante de mí, veo la forma borrosa de un coche negro detenerse frente al mío, y oigo un portazo. Antes de que pueda procesar completamente lo que está pasando, mi puerta del lado del pasajero se abre, y Adam se sube de un salto.

—¿Qué estás haciendo? —exijo.

Me giro y pulso el cierre de la puerta. Mi madre me enseñó a cerrar las puertas en cuanto me subía al coche, incluso antes de arrancarlo, y esta vez lo olvidé. Estoy segura de que ese consejo tenía más que ver con evitar robos de coches o tipos espeluznantes que quisieran añadirme a su colección de trajes de piel, en lugar de bloquear al hombre que me rompió el corazón hace diez años. Pero la lección sigue siendo válida.

—No creo que eso sirva de mucho cuando una persona ya está *dentro* del coche —dice Adam.

—No dije que pudieras entrar en mi coche —digo.

—Tampoco dijiste que no pudiera —dice él.

—Ahora lo digo. Sal.

—¿Tienes problemas con el coche?

—No.

—¿No?

—Solo decidí detenerme para ver la lluvia. Es preciosa en esta época del año.

Un brillante rayo rasga el cielo como una tela frágil y un estruendo de trueno poco después me hace saltar, y Adam me da una mirada de complicidad.

—Odias las tormentas —señala.

—¿Y cómo sabrías eso? —espeto.

Excepto que sé exactamente cómo lo sabe. Recuerda la tarde de invierno en la que estaba en su casa con su hermano Jake, y una tormenta repentina llegó desde la bahía. Fue completamente inesperada y se intensificó rápidamente. Sé que recuerda cómo me senté en la sala agarrando una linterna, tratando de contener las lágrimas cuando se fue la electricidad. Él no me dijo nada esa noche. No trató de consolarme ni me aseguró que todo iba a estar bien. Pero me trajo una taza de sidra de manzana calentada sobre el fuego que uno de sus empleados encendió. Esa fue la primera vez que vi a ese hombre en particular, y me sorprendió cuánto parecía importarle realmente esa familia. Mientras encendía el fuego, sentí que lo hacía porque realmente quería ayudarlos, cuidarlos, y no solo porque era su trabajo. Eso me dijo algo sobre la familia e hizo que mi corazón latiera aún más fuerte cuando estaba cerca de Adam.

—Mira, sé que no estás aquí sentada simplemente admirando las maravillosas vistas. ¿Qué le pasa a tu coche?

Su voz es aguda y tensa, más pesada que la última vez que la escuché. Gran parte de la despreocupación se ha ido, y escucho años de vida de un hombre adulto y no de un estudiante universitario pesando sobre ella. De alguna manera, eso solo me enfada más con él. He cargado con el dolor y la vergüenza que me causó durante todos estos años. Había logrado enterrarlo en lo más profundo donde no tenía que lidiar con ello todos los días, y hubo momentos en los que me había convencido a mí misma de que casi había olvidado a Adam Conway. Ahora que está sentado en mi coche, a solo centímetros de mí, y puedo oler la rica y picante fragancia de su colonia, y ver el calor en sus ojos oscuros, todo vuelve a surgir. La grieta dentada en mi corazón duele, y la humillación que se repitió en mi cabeza innumerables veces irrumpe en mis pensamientos.

—Si supiera qué le pasa a mi coche, ¿no crees que ya lo habría arreglado? —pregunto con los dientes apretados.

—No a menos que hayas desarrollado habilidades mecánicas mientras estabas fuera de casa —dice—. ¿Qué le pasa?

Suspiro. No voy a librarme de esta conversación. A menos que quiera salir del coche bajo la lluvia, abrir su puerta y sacarlo a rastras a la calle, todo asumiendo que no me deje fuera cerrando el seguro, estoy atrapada con él hasta que decida salir de este espacio tan estrecho.

—Ha tenido problemas para arrancar esta mañana —digo—. Luego ha hecho un montón de ruido, empezó a dar sacudidas, y ahora está muerto.

Las lágrimas vuelven a picarme en los ojos, y trato de contenerlas. Lo último que necesito ahora es la humillación de estallar en una nueva oleada de histeria con Adam sentado aquí.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esta cosa? —pregunta.

Deslizo mis ojos para fulminarlo con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto.

—Solo quiero saber cuántos años tiene el coche.

—Mira, algunos de nosotros no podemos hurgar en nuestros bolsillos y usar el cambio suelto para comprar un coche nuevo cada seis meses. Hay quienes no tenemos la opción de renovarlo constantemente para no tener que enfrentarnos a la inconveniencia de que un coche con más de mil kilómetros se averíe de repente.

—Sube a mi coche. Te llevaré a la isla, y puedes hacer que Ralph del taller traiga su grúa y remolque tu coche.

—No necesito tu ayuda —digo fríamente.

—¿De verdad? —pregunta Adam. Lo miro, y él mira alrededor del coche sarcásticamente—. ¿Hay alguien más por aquí dispuesto a sacarte de esta? Porque ahora mismo creo que tienes tres opciones. Puedes seguir sentada aquí con tu rabieta como una mimada niña pequeña, puedes dar un bonito paseo empapada hasta el embarcadero y cruzar bajo la lluvia hasta la isla, o puedes parar de actuar así y dejar que te lleve.

—Tengo equipaje —digo.

No estoy segura de por qué. No sé qué pretendo conseguir con eso, pero es lo único que se me ocurrió decir en ese momento.

—*Tengo* un asiento trasero en mi coche —dice.

Las palabras me impactan de una manera que sé que él no pretende, y de una forma en que ninguna mujer adulta debería interpretarlas, y me ocupo de arrastrar mis bolsas hacia adelante en mi regazo, para no tener que mirarlo. Tiene razón. No hay nadie más aquí para ayudarme, y parece que no soy lo suficientemente responsable como para gestionar la tecnología de comunicación.

La lluvia ha disminuido ligeramente cuando salimos de mi coche, pero ambos estamos completamente empapados cuando conseguimos meter mis bolsas en su asiento trasero y subir al delantero. Rápidamente bajo el parasol para echar un vistazo a mi cara, y lo cierro con la misma rapidez. Es peor de lo que pensaba. El recorrido hasta el embarcadero es tenso e incómodo. Una fuerza dentro de mí quiere que me acerque a él, pero cada vez que la siento, me alejo más. Pronto me encuentro aplastada contra la puerta, esperando que su coche siga el consejo de mi madre sobre los cierres para no caerme a la carretera.

No debería ser así. No hay razón para que todavía sienta eso por Adam. Pero no puedo evitar el dolor y la ira que todavía me llenan cada vez que pienso en él y, mucho menos, cuando miro a mi lado y lo veo sentado allí. Está asquerosamente guapo. Ni siquiera tiene la decencia de no envejecer bien, o de parecer que la vida ha sido dura con él. Se ve mejor de lo que jamás podría haber imaginado, con su cuerpo musculoso y poderoso, su rostro angular y fuerte, e incluso aunque hay tensión en su voz, es el tipo de tensión que viene de trabajar duro por algo que importa.

Y yo tengo una camiseta de tirantes empapada pegada a un cuerpo que nunca ha sido muy amigo del deporte, maquillaje corrido como si estuviera en una mala película de terror, y estoy volviendo a casa con el rabo entre las piernas para lamerme las heridas después de que lo que pensé que iba a ser mi vida perfecta explotó, y no fui capaz de salir adelante por mí misma. *Gracias, Mila, por señalar eso.*

El ferry se mueve demasiado lento a través de la bahía, y la lluvia nos impide a ambos salir, pero finalmente llegamos al otro lado. Adam sale del embarcadero, y estoy de vuelta. No hay fanfarria de bienvenida. No hay un trueno o un momento dramático de claridad. Simplemente vuelvo a formar parte de Sunborn View. De alguna manera, eso me hace sentir peor.

Adam aparca delante del taller de Ralph, y aprovecho el techo de metal verde que cubre el espacio justo frente a la puerta para bajarme y llenar mis pulmones con el olor de la lluvia y la bahía. El taller está perfectamente situado para ofrecer una amplia vista del agua, y observo cómo las gotas crean ondas en la superficie. El barco de Ellis navega lentamente en la distancia. Todo estaba aquí esperándome.

—¡Eh, hola, Adam!

Oigo la voz de Ralph y me doy la vuelta para ver al corpulento hombre salir del taller. Se está frotando las manos con un trapo rojo de trabajo como siempre hace. No estoy segura de qué cree que está logrando con eso, considerando que parece el mismo trapo que ha usado desde que se hizo cargo del taller de su padre cuando yo estaba en el instituto, y hay más grasa en él que en algunos de los coches que pasan por aquí. Lo cual, he de admitir, no son muchos. La mayoría del negocio de Ralph proviene de barcos y maquinaria pequeña, pero es el único taller en el pueblo, así que cuando ocurre la ocasional catástrofe relacionada con vehículos, él es el hombre al que hay que llamar. Y ahora es su momento estelar.

—Hola, Ralph —dice Adam, y me giro para ver a los hombres estrecharse las manos casi agresivamente.

—No sabía que habías vuelto —dice Ralph.

—Acabo de llegar ayer —dice Adam.

—Ha pasado mucho. ¿Vas a quedarte por aquí un tiempo?

—Esta vez no. Probablemente estaré aquí unos días, luego tengo que volver a la oficina.

—¿Qué te trae por aquí?

Me apresuro alrededor del elegante coche negro de Adam y doy un paso entre ellos.

—En realidad, soy yo quien tiene un problema —digo.

Ralph me mira durante unos segundos, sin parecer reconocer quién soy. Entonces sus ojos se abren de par en par.

—¿Emily? —pregunta—. ¿Emily Slater?

Asiento.

—Sí. Hola, Ralph. De hecho, yo...

—No puedo creer que seas tú. No hemos visto tu cara por aquí en Dios sabe cuánto tiempo.

—Lo sé. Ha pasado mucho tiempo. Solo estaba...

—¿Sabes? Había gente que seguía diciendo que te habías ido. Que te habías marchado y no ibas a volver. —Niega con la cabeza—. Yo no. Yo siempre dije, no. Emily no. Emily es una chica de Magnolia. Siempre lo será. Volverá. Solo dejad que se saque todo eso de su sistema, y volverá. Y aquí estás. Justo como dije. —Duda durante medio segundo—. Siento lo de tu divorcio, por cierto.

Lo miro fijamente, con la mandíbula tensa.

—Gracias, Ralph —digo, forzando a mi voz a mantenerse lo más uniforme que puedo.

—Ralph, el coche de Emily está teniendo problemas. Está en la cuneta a unos kilómetros del muelle. ¿Podrías enviar tu grúa allí para recogerlo?

—Puedo encargarme de esto yo misma —le digo a Adam.

Él mira a Ralph y a mí, luego hace un gesto para que continúe.

—Como quieras —dice.

Me giro hacia Ralph y me doy cuenta de que literalmente no tengo nada que decirle. Adam acaba de contarle todo.

—Es el coche verde —digo finalmente.

Ralph hace un solo asentimiento.

—De acuerdo. Gracias.

—Voy a llevar a Emily a casa —le dice Adam a Ralph—. Cuando traigas el coche... el verde... aquí, échale un vistazo y mira si puedes averiguar qué le pasa.

Me acerco a Ralph mientras él se dirige a su grúa.

—No necesito que hagas eso —digo.

Ese coche es una reliquia, y ha sido reparado con esperanza, saliva y cinta adhesiva más veces de las que puedo contar. Incluso si puede encontrar algo rescatable en él, no puedo imaginar lo caro que sería arreglarlo. No puedo permitirme empezar mi nueva vida con una gran factura de reparación de coche. Ya voy a estar viviendo con mi madre en un futuro próximo. Podría usar el coche de papá.

—¿No? —pregunta Ralph.

Niego con la cabeza.

—Si pudieras llevarlo simplemente a casa de mi madre —digo—. Te lo agradecería.

—No —dice Adam—. Tráelo aquí y mira si puedes encontrar qué le pasa.

Lo miro con furia, luego vuelvo a mirar a Ralph.

—A casa de mi madre, por favor, Ralph.

—Necesita saber qué le pasa. Tráelo aquí.

Ralph levanta ambas manos como si se estuviera rindiendo ante la discusión.

—¿Por qué no encuentro un punto medio y lo dejo en el centro del pueblo?

Inclino la cabeza hacia atrás lo suficiente como para poder mirar directamente a sus ojos.

—Ralph, es mi coche. Por favor, llévalo a casa de mi madre. Déjalo en la parte de atrás. Gracias.

Me doy la vuelta antes de que pueda protestar y vuelvo a entrar en el coche de Adam. Unos segundos después, Adam sube a mi lado.

—Necesitas saber qué le pasa a tu coche —dice.

—No necesito que me digas lo que necesito, gracias —digo—. Además, no necesito un coche mientras esté aquí. Debes haber olvidado lo que es vivir en la isla.

—Por lo que se oye —dice, mientras arranca el motor y se aleja del taller—, no soy yo quien ha estado evitando la isla.

Sus palabras siguen flotando sobre mi cabeza cuando nos detenemos frente a la casa de mi infancia unos minutos después. La cara de mi madre está pegada como una pegatina al cristal de la puerta mosquitera, pero rápidamente cierra la puerta principal cuando me ve mirándola.

—Qué sutil —murmuro.

—¿Puedo ayudarte con tus maletas, o vas a pelearte conmigo por eso también? Porque tengo un horario bastante ajustado, y no tengo tiempo para entrar en otra discusión contigo, así que, si vas a resistirte, te dejo ir.

Le lanzo una mirada desagradable y salgo del coche. Cuando supe que iba a mudarme de nuevo a Sunborn View, purgué mi vida de casi todas mis posesiones terrenales. Ahora, todas mis pertenencias, excepto por algunas piezas dispersas de mobiliario en un almacén cerca de la casa que una vez compartí con Dex, caben en el surtido de bolsas y maletas metidas en el asiento trasero del coche de Adam. Es bastante patético cuando consideras que es todo lo que poseo, pero sigue siendo más de lo que puedo llevar a la casa yo sola. Agarro tantas bolsas como puedo y empiezo a llevarlas hasta el porche delantero. Decido llevarlas todas a la casa estilo cadena de montaje, dejando cada carga que llevo al porche en un montón en vez de llevarlas hasta dentro. El pequeño porche las mantendrá secas mientras vuelvo al coche por más.

Adam me adelanta con algunas bolsas en sus brazos mientras me dirijo de vuelta para mi segunda carga, y decido no discutir con él. No me agrada la idea de pedirle ayuda, pero ya estoy harta de estar bajo la lluvia, y no voy a ser lo suficientemente estúpida como para pedirle al hombre que deje mi equipaje en la acera mojada y se siente en su bonito y cómodo coche mientras transfiero toda mi vida de vuelta a la casa donde crecí. Solo me lleva un viaje más tener todo apilado en el porche. Adam tiene una bolsa en su mano y va a abrir el pomo de la puerta con la otra.

—Yo me encargo desde aquí. Gracias.

Él da un paso atrás, pero no se aleja todavía. Recuerdo la última vez que estuvimos en esta misma posición. Sus ojos se encuentran con los míos, y me pregunto si está pensando lo mismo. Me pregunto si todavía puede sentir la intensa atracción entre nosotros, o ver mi corazón destrozarse frente a él cuando me deseó suerte en la universidad y salió de mi vida. No debería haber roto la promesa conmigo misma ese día. Debería haberme comido mi helado y haber vuelto a casa.

Adam asiente, pero no puedo discernir la emoción en su expresión. Camina hacia atrás unos pasos, luego se gira para dirigirse a su coche. Justo antes de llegar allí, se vuelve para mirarme.

—Bienvenida de nuevo a Sunborn View, Emily.

No respondo, pero abro la puerta principal lo justo para deslizarme hacia atrás dentro de la casa, mientras arrastro una bolsa conmigo. Cierro la puerta, me giro para apoyar mi espalda en ella y respiro hondo para calmar mis temblores. Cuando me siento segura de que Adam ha tenido tiempo suficiente para alejarse conduciendo, abro la puerta de nuevo y comienzo el proceso de llevar todo desde el porche al salón. En algún momento todo migrará a mi dormitorio, pero por ahora, consideraré una victoria que esté dentro de la casa.

Por fin, meto la última bolsa en casa y cierro la puerta con llave. El sonido del cerrojo es definitivo. Puedo oír a mi madre en la cocina

en la parte trasera de la casa, y sigo el sonido. Está de pie junto a los fogones, ambas manos moviéndose frenéticamente mientras remueve ollas. Su carrera ha cambiado desde que Alice y yo nos fuimos de casa, y su propia salud ha hecho que no pueda seguir el ritmo de las necesidades de sus pacientes. Ahora trabaja desde casa solo unas pocas horas cada semana, pasa algunas horas más en una tienda del pueblo, y el resto del tiempo se afana por la casa ella sola, guardando dinero de la pensión de papá para el día lluvioso que sé que nunca admitirá que ha llegado hace ya mucho tiempo.

No trabajar cada minuto le ha dado mucho más tiempo libre, y no parece saber qué hacer con él. Alice volvió a casarse hace unos años, y su nuevo marido se la llevó a ella y a su hija a Savannah. No durará. Alice pertenece, y siempre pertenecerá, a Sunborn View. Es solo cuestión de tiempo antes de que o bien arrastre a su marido de vuelta aquí para vivir en la isla, o la resistencia de él la desgastará hasta que estalle, y tome a mi sobrina de pelo rizado y vuelva a casa. Pero hasta que eso suceda, mamá ni siquiera tiene una nieta cerca para mantenerse ocupada. Esto significa que tiene que llenar su tiempo, y mantener sus manos ocupadas con algo. Esto explica la abundancia de mantas de ganchillo por toda la casa, tres actualmente residiendo en las bolsas que están en el salón, y la cocina casi sin parar.

—Huele bien —digo mientras entro en la habitación y respiro el olor de la salsa de chocolate en el fuego, y los bizcochos recién hechos todavía en el horno.

—¡Emily! —exclama, dejando sus cucharas a un lado y girándose hacia mí.

Se limpia las manos en su delantal y me envuelve en un fuerte abrazo. Es exactamente lo que necesito. Puede que no esté exactamente donde quería estar en la vida a esta edad, pero su abrazo todavía me da el mismo consuelo que me daba cuando era una niña pequeña y me caía de mi bicicleta. Solo desearía que fuera tan fácil como limpiar una rodilla raspada para hacerme sentir completa de nuevo esta vez.

—Hola, mamá —digo contra su hombro.

—Es tan bueno tenerte en casa.

Me separo del abrazo asintiendo, y ella vuelve a los fogones para salvar sus creaciones de quemarse. Me mira por encima del hombro.

—¿Has oído que Adam Conway ha vuelto al pueblo?

Momento cálido y acogedor terminado.

—Te vi observándome desde la puerta mosquitera, mamá —digo con un suspiro.

—¿Por qué estabas con él? —pregunta, sin molestarse siquiera en parecer avergonzada ahora que sabe que su farsa ha sido descubierta.

—No es lo que piensas —digo. Aunque tampoco sé lo que ella podría pensar, no hemos hablado de Adam en años—. Tuve algunos problemas con el coche de camino hacia el muelle, y él pasó por casualidad y me encontró.

—¿Problemas con el coche? —pregunta, sonando preocupada—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Es solo un coche viejo, y creo que finalmente tuvo suficientes kilómetros. Ralph debería traerlo aquí dentro de poco.

—¿Te dijo por qué había vuelto? —pregunta mamá, volviendo a la curiosidad ahora que está segura de que estoy a salvo.

—¿Ralph? —pregunto con fingida inocencia.

—Sabes que no estoy hablando de Ralph —dice.

—No —le digo—. Y no pregunté. Además, no es como si hubiera vuelto para quedarse. Solo va a estar por aquí unos días.

Me mira con un brillo en los ojos, y lo ignoro mientras alcanzo una taza del armario y la lleno de café.

—¿Ah, sí? —pregunta.

—Sí. Se lo dijo a Ralph —digo.

—Bueno, sabes que compró...

Se detiene abruptamente y se concentra intensamente en la sartén de salsa frente a ella.

—¿Compró qué? —pregunto.

Ella me mira.

—¿Hmm?

Esto no está pasando.

—Dijiste «compró». ¿De qué estabas hablando? ¿Qué compró?

—Un negocio —dice rápidamente—. Después de terminar el posgrado.

—¿Compró un negocio?

—Una empresa. Fundó una empresa.

La miro durante unos segundos e intento entender lo que está diciendo, pero parece que se queda en eso, así que asiento y tomo un sorbo de mi café.

—Me alegro por él.

Me siento en una de las sillas de la pequeña mesa de la cocina y apoyo mis codos en su superficie moteada de blanco y negro.

—No parezcas tan preocupada, cariño —dice mamá, acercándose por detrás y dándome otro abrazo alrededor de los hombros—. Las cosas van a ir genial. Ya verás.

—Lo sé. Solo me estoy acostumbrando a la idea de estar de vuelta.

Mientras la veo coger su viejo guante de horno rosa con estampado de flores y meter la mano en el horno para sacar la bandeja de bizcochos, decido que sencillamente voy a ignorar que vi a Adam Conway. Se irá de nuevo pronto, y no tendré que lidiar con eso. En cambio, me concentraré en establecerme y descubrir hacia dónde me llevará la vida. Mamá desliza un plato de bizcochos cubiertos de espesa salsa de chocolate sobre la mesa frente a mí y me da un tenedor.

—Sé que no es exactamente tu sueño —dice mientras se sienta en la silla a mi lado—, pero mantén la mente abierta sobre volver. No tiene que ser para siempre. Ni siquiera tiene que ser por mucho tiempo. Pero podría serlo. De cualquier manera, nunca hay nada malo en volver a casa.

Capítulo Cinco

Adam

Mi corazón aún late con fuerza mientras me alejo de la casa, y espero que Emily no esté en la ventana mirando como me voy. Lo último que necesito es que me vea girar la esquina hacia la calle contigua en lugar de salir del vecindario por donde vine. No hace falta que sepa que la casa que compré está a una calle de la de su madre, el hogar donde aparentemente se quedará por un tiempo. No puedo creer lo guapa que está. Incluso a través del maquillaje corrido y el pelo empapado por la lluvia podía verlo. Siempre ha sido guapa, pero pasar de ser una chica de dieciocho años al borde de la edad adulta a una mujer hecha y derecha ha hecho cosas increíbles en ella. Parte de la suavidad ha desaparecido de su rostro, y ha dejado un indicio de pómulos y una mandíbula tersa que desciende hacia su cuello elegante. Su pelo parece más largo ahora, aunque con la coleta era difícil de decir. Verla de nuevo me ha provocado la misma opresión en el estómago y ardor en el pecho que sentí el día que me alejé de ella.

Pero ella no se ha alegrado de verme.

Eso es quedarse corto. Emily me miró con ganas de haberme utilizado de gato para levantar su coche y luego me acoplarme a cualquier pieza rota del motor. La mirada en sus grandes ojos azules es toda la confirmación que necesito de que la herí tanto como pensaba y que no lo ha superado. Es obvio que entre todos los planes que pudiera tener para su regreso a Sunborn View, volver a verme no formaba parte de ninguno de ellos. Yo sabía que se había casado. Incluso cuando no vives en la isla, es difícil escapar a las noticias sobre la gente con la que creciste. Cuando todos los habitantes del pueblo podrían caber fácilmente en la mitad de un estadio de deportes de ligas regional y aun así sobrarían muchos asientos, es fácil sentir que los asuntos de los demás también son tuyos. A lo largo de los años, nunca busqué información sobre Emily. No quería saber de ella. Era demasiado duro pensar en lo que podría

haber pasado si mi decisión hubiera sido diferente. Nunca podré decir que no me cuestioné aquel día. Me gustaría mirar atrás y decir que estaba completamente seguro de mi decisión y que sabía que era lo correcto. Pero eso no sería verdad. En lo más profundo de mí, sé que hice lo correcto ese día, pero eso no cambia lo difícil que fue decir esas palabras, o que cuando bajaba por la acera ya me estaba arrepintiendo de haberle dicho adiós.

Había intentado evitar seguir lo que ocurría en su vida por el egoísta deseo de no saber. No quería pensar en ella viviendo una vida que no tenía absolutamente nada que ver conmigo, aunque yo estuviera haciendo lo mismo. De alguna manera, sentía que, si no sabía de ella, podría fingir que seguía en la universidad. Podría fingir que aún existía la posibilidad de que nos encontráramos de nuevo después de que se graduara. En cambio, tuve que oír hablar de su boda y de lo contentos que estaban todos con el evento. Era emocionante y exótico que alguien de Sunborn View planeara su boda fuera de la isla, especialmente una de las mujeres criadas aquí. La mayoría de las veces, las chicas que compran sus vestidos de graduación en *Bobby's Dress* ya están mirando los vestidos de novia. Incluso he conocido a algunas que eligen la fecha de su boda mucho antes de comprometerse, algunas incluso antes de empezar a salir con alguien, solo para asegurarse un lugar codiciado y saber que no tendrán que competir cuando llegue el momento.

En cambio, Emily planeó su boda lejos de Sunborn View, e incluso de Georgia. La mayoría de las personas que invitó no pudieron hacer el viaje a la boda. Si lo hubieran hecho, habría parecido que una evacuación por un huracán había golpeado la isla. Después de eso, las historias sobre ella se desvanecieron, y no oí mucho sobre Emily durante unos años hasta que los rumores sobre un divorcio empezaron a circular por el pueblo. Nunca escuché ninguna historia al respecto, ni ninguna explicación. Todo lo que sabía era que su matrimonio había terminado, pero que ella no había vuelto a casa. Todavía no sé qué pasó entre ella y su marido, pero había algo en su rostro hoy que decía que está cansada. La vida la ha desgastado, y tomar la decisión de finalmente regresar a casa no es

necesariamente un alivio, sino solo una cosa más que añadir a su carga.

Lo primero que hago cuando vuelvo a casa es deshacer el equipaje. La única razón por la que estaba en esa carretera para ver a Emily varada bajo la lluvia es porque volvía de recoger algunas cosas más de casa y de avisar a la oficina dónde estaría. Tal como le dije a Ralph, solo planeaba estar aquí en Sunborn View los próximos días antes de volver a la oficina. De repente, sin embargo, saber que volveré a tiempo para la Semana de Bienvenida es aún más atractivo. Nunca he sido el tipo de persona que intenta algo solo una vez y luego se rinde, y ver a Emily Slater hoy me ha hecho entender que aún no he tenido suficiente de ella.

Esa tarde, organizo una conferencia telefónica con mis cuatro hermanos. En realidad, me sorprende que todos puedan contestar al mismo tiempo. Con los cinco dispersos por todo el país, es difícil coordinar un momento para hablar entre nosotros al primer intento. Les pongo al día sobre la petición de la Sra. Hannigan, primero haciéndoles jurar confidencialidad. Supongo que su llamada desde el armario justificaba una cláusula de confidencialidad. Tal como esperaba, Jake tiene inmediatamente una larga lista de ideas y visiones para el evento. Pronto, los otros tres comienzan a aportar sus propias perspectivas. Rechazo rápidamente la recomendación de Luke de encargar una flota de aviones militares de la época para hacer un vuelo durante el baile, pero tomo nota de algunas otras ideas. Mis hermanos acuerdan estar disponibles mientras yo hago la planificación, listos para ofrecer su experiencia según la necesite y dar cualquier aportación que pueda requerir. Estoy todavía en una fase tan temprana de planificación que no estoy seguro para qué podría necesitar a cualquiera de ellos, pero es bueno saber que están dispuestos a ayudar si se me ocurre algo.

Uno a uno, los otros chicos abandonan la llamada. Primero Luke, porque tiene que convencer a un cliente de que lanzarse en paracaídas desnudo no es una buena idea por varias razones, pero que puede organizar otros deportes extremos al desnudo si firma un

acuerdo de exención de responsabilidad extremadamente extenso. Luego Frankie, que está atendiendo una explosión de nacimientos en su rancho mientras espera que tres de sus yeguas, dos vacas y su perra den a luz en cualquier momento. Después Terry, que murmura algo sobre marketing y una reunión de dirección, pero promete que se pondrá en contacto si tiene alguna idea brillante. Al final, solo quedamos Jake y yo en la línea.

Hubo un tiempo en que no estaba seguro de que los cinco estuviéramos juntos en esta empresa. Habría sido mucho más fácil simplemente encajar en el hueco de la empresa familiar tallado para cada uno de nosotros cuando éramos solo bebés. No es que ninguno de nosotros necesitara la seguridad laboral cuando salimos de la universidad. El dinero que ya habíamos heredado de nuestro abuelo, nuestra abuela y nuestro tío abuelo ya era más que suficiente para mantenernos, especialmente con un trabajo en la empresa.

Pero yo no quería esa vida. Quería algo más que una simple garantía y el legado de otra persona para transmitir si alguna vez había alguien a quien transmitírselo. Siempre tuve la idea de construir algo por mí mismo, y una vez que me llegó la inspiración para DreamFactory, Inc., nada iba a detenerme. Incluso si mis hermanos no hubieran aceptado unirse a mí, lo habría hecho solo. Que se unieran a mí solo ha hecho que la experiencia sea mejor y que la empresa en su conjunto sea más fuerte. Seguimos llevando el apellido Conway, pero ya no vivimos a la sombra del éxito de nuestra familia. Nuestro éxito es nuestro, nuestro poder es nuestro y nuestra riqueza es nuestra. Perseguir este éxito, sin embargo, nos ha dispersado, y ya no nos reunimos entre nosotros, o con nuestros padres, con tanta frecuencia como solíamos. Cuanto más amplia y exitosa se vuelve la empresa, más largos son los intervalos entre nuestros encuentros, y hay momentos en los que siento mucho la ausencia de mis hermanos en mi vida.

De mis cuatro hermanos, Jake es el que se quedó más cerca geográficamente. No fue una sorpresa para nadie cuando decidió mudarse a Miami después de la universidad. Él prospera con la

energía y la creatividad, y sabía que iría donde siempre hubiera más de ambas esperándole. Si alguna vez decidiera alejarse del negocio, no se detendría. Se sumergiría directamente en el mundo de las luces y el espectáculo, y se sentiría igual de cómodo. Pero sé que le encanta el trabajo que hace con sus clientes. Si hay alguien que siempre ha soñado con estar en el escenario o quiere sentirse parte de algo más grande, algo increíble, Jake es con quien hay que hablar. Puede hacer que sucedan cosas que otros ni siquiera podrían imaginar. Esto también tiende a meterlo en problemas, y bastante a menudo, soy yo quien tiene que averiguar cómo sacarlos de ello.

—¿Hay algo más en tu mente? —pregunta.

Dudo en mencionarle a Emily. Él es quien mejor la conocía cuando estaban en el instituto, pero perdieron el contacto cuando se fue a la universidad. También era el único de mis hermanos a quien le conté sobre las dos semanas que pasé con ella antes de que se fuera a la universidad, y él había dejado claro lo que pensaba sobre mi interés por ella.

—He visto a Emily hoy —digo finalmente.

—¿Emily Slater? —pregunta, como si pudiera haber otra chica que ambos conociéramos con el mismo nombre.

—Sí —digo—. Ha vuelto.

—¿Y tú te enteraste por casualidad? —pregunta.

—En realidad, fue muy conveniente —digo, sintiéndome a la defensiva—. Su coche se paró al lado de la carretera y la encontré. Bajo la lluvia.

—Por supuesto, bajo la lluvia. ¿Cómo no?

—Da igual —digo—. Hablaré contigo cuando nos veamos en casa.

—Adam, sabes lo que le hiciste.

—Estabas de acuerdo conmigo —señalo—. Me dijiste que tenía que dejarla ir.

—Y todavía tienes que hacerlo. Vosotros dos no sois el uno para el otro. No lo erais entonces, y tampoco lo sois ahora. Ella ha pasado por mucho en los últimos años. No necesita más. Además, ni siquiera es Emily en quien estás pensando. Es la idea de ella. En tu mente, sigue siendo esa chica de entonces. Pero ya no es ella. Recuerda, podría haberse puesto en contacto contigo en cualquier momento. No es como si hubieras estado en la cárcel. Ella decidió que las cosas no iban a suceder. Lo que tuvo que pasar para salir de Sunborn View y encontrar su propia vida, merecía hacerlo sin que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

—Bueno, no te preocupes. No hubo ningún reencuentro emotivo. No se alegró de verme. Ni siquiera preguntó por qué estaba allí.

—¿Sabe cuánto tiempo estarás allí? ¿O que vas a volver?

—No creo.

—Bien. Concéntrate en lo que se supone que debes estar haciendo. Tienes clientes esperando tus servicios, y debes cumplir con tu parte. Tengo que irme. Tengo a un tipo escalando un edificio en media hora, y necesito asegurarme de que todas las colchonetas estén en su sitio.

—Gracias por las ideas sobre el baile —digo.

—Por supuesto. Avísame si necesitas más ayuda. Te veré en unas semanas.

—Nos vemos, hermano.

Cuelgo y lanzo el teléfono sobre la mesa frente a mí, mientras escapar un largo suspiro. Las páginas que fotocopié del libro en la biblioteca están esparcidas por toda la mesa e intento concentrarme en ellas, esperando que una idea estalle en mi mente. En cambio, todo en lo que puedo pensar es en Emily.

****

Emily

Dos semanas después...

—¡Vas a llegar tarde a tu primer día de clase!

Mi madre entra corriendo en la cocina con un albornoz rosa y una expresión de horror en su rostro. Yo sigo sentada a la mesa de la cocina mientras meto cucharadas de avena en mi boca con una mano y sostengo el periódico local con la otra.

—No voy a llegar tarde —digo—. Sé cómo llegar al instituto a tiempo. No es mi primer día de primero de ESO.

Mamá corre de un lado a otro por la habitación como recuerdo que hacía en aquellas raras mañanas en las que todavía estaba en casa cuando era la hora de prepararme para ir al colegio. Normalmente, las mañanas transcurrían más o menos como esta. Excepto que yo no llevaba lo que esperaba fuera un vestido lo suficientemente apropiado para dar clase, ni estaba leyendo el Magnolia Magpie. Normalmente, llevaba lo que fuera que me hubiera puesto esa mañana antes de que saliera el sol, y estudiaba para el siguiente examen, o daba los últimos retoques a proyectos de créditos extra hasta el último minuto, cuando metía todo en mi bolsa y salía corriendo hacia el instituto. Al menos esta vez estoy comiendo algo que parece un desayuno saludable. Por aquel entonces, tenía suerte si lograba llevarme una tostada en la mano mientras salía corriendo por la puerta principal. Los días en que tenía que marcharse temprano por trabajo, me dejaba un plato de bizcocho, o galletas de la noche anterior con un tarro de mermelada.

Sé que está preocupada por mí. Hoy es el primer día del curso escolar. He ido al instituto algunas veces para la orientación, y para acostumbrarme de nuevo a los pasillos y la ubicación de las aulas, pero es completamente diferente cuando también hay estudiantes deambulando. Anoche tuve una pesadilla en la que entraba en la clase y se esperaba que enseñara trigonometría. Ni siquiera creo que recuerde con exactitud qué es la trigonometría, y mi yo del sueño no fue de mucha ayuda. Me desperté empapada en sudor frío, pero seguía escuchando las voces burlonas de mis estudiantes en mi cabeza. Me pregunto si esto es el equivalente para los profesores de los sueños de alumnos en los que entran desnudos a clase, o tienen

que hacer una presentación sobre un tema del que nunca han oído hablar. Nunca tuve esas pesadillas cuando estudiaba. Quizás mi cerebro estaba demasiado ocupado para pensar en algo así. Ahora se está vengando.

A pesar de la pesadilla, la verdad es que estoy emocionada por empezar el curso escolar. Para ser completamente sincera, dar clase nunca fue algo que pensé hacer. Lo añadí a mi primera etapa universitaria como segunda especialidad porque siempre quise darme esa red de seguridad extra. Pensé que poder obtener la certificación como profesora me daba un plan B comercializable en caso de que todo lo demás se viniera completamente abajo. Era una de esas cosas que los adolescentes hacen al entrar en su primer año de universidad para sentirse maduros y responsables. Nunca pensé que fuera a ser necesario en mi vida. Entre dejar mi trabajo a instancias de Dex, y la finalización de mi divorcio, todas las oportunidades profesionales en mi campo parecen haberse esfumado. No pude encontrar nada que me hiciera sentir económicamente estable, y mucho menos que fuera satisfactorio. Fue entonces cuando decidí actualizar mi formación y obtener mis credenciales de enseñanza. La única experiencia docente que he tenido es como asistente durante mi último año de universidad, y ahora estaba esperando con ilusión tener mi propia clase. El primer curso al que daré clase será el de alumnos de primero, así que se sentirá como si estuviéramos comenzando juntos en esta nueva etapa.

Pero ni en broma les voy a contar eso. Recuerdo el instituto. Me comerían viva.

—¿Qué hay en el periódico esta mañana? —pregunta mamá, mientras se sirve un vaso de zumo de naranja.

—No lo sé muy bien —digo, mirando la hora y engullendo mi avena un poco más rápido.

—Lo estás leyendo ahora mismo —señala.

—Estoy leyendo los anuncios inmobiliarios —digo.

—¿Anuncios inmobiliarios? —pregunta.

Levanto la vista hacia ella, y veo que se esfuerza por no parecer decepcionada.

—Te dije que solo me quedaría aquí temporalmente —digo—. No sé cuánto tiempo voy a estar en Sunborn View, pero será al menos un año escolar, y necesito mi propio espacio. De todos modos, no me quieres por aquí. Solo dejaría migas por todos lados y ropa sucia por el suelo.

Asiente, forzando una pequeña sonrisa.

—Sé que necesitas tu propio espacio —dice—. Eres una adulta. Es solo que es agradable tenerte por aquí.

—Lo sé —digo.

—Entonces, ¿hay algo?

Dejo escapar un suspiro, y vuelvo a mirar el periódico como si pensara que algo más va a aparecer por sorpresa en la página.

—No mucho —digo—. Un par de lugares están en venta, pero son casas grandes y antiguas. No solo no necesito tanto espacio, sino que no hay manera de que pudiera permitirme comprar algo ahora mismo. Necesito encontrar un alquiler.

—Sabes que eso no va a ser fácil —dice—. No he visto nada en alquiler por aquí en probablemente dos o tres años. La gente simplemente no va y viene. Tu mejor opción suele ser que alguien muera y, aun así, la casa o bien es heredada por la siguiente pareja casada de la familia, o si no queda nadie, se pone a la venta.

—Vaya panorama.

—Lo siento. Encontrarás algo.

Miro la hora otra vez, y me doy cuenta de que me he pasado. Quería ir andando al colegio como siempre hacía, pero ahora no llegaré a tiempo.

—¿Puedo coger tu coche? —pregunto.

—Coge el de papá —dice—. Sé que le gustaría estar hoy contigo.

Todavía hay tristeza en su voz, incluso después de todos estos años tras su muerte. Es algo que creo que siempre estará con ella. Antes no podía entenderlo. Conocía a personas cuyos cónyuges habían muerto, y años después seguían solas. Siempre me preguntaba por qué no habían intentado encontrar el amor de nuevo. Luego mi padre murió, y lo entendí. Mi madre no necesita encontrar el amor, porque todavía lo tiene. Nunca se fue. Puede que llegue un día en que encuentre a alguien que sea su compañero, y que le haga compañía mientras continúa viviendo su vida, pero nunca será un amor que reemplace a mi padre.

—Gracias. Te veré cuando llegue a casa.

—Trabajo esta tarde, así que puede que no esté en casa hasta alrededor de las seis.

—Empezaré a preparar algo para cenar.

—¡Oh, no, no hagas eso! Es tu primer día.

—Entonces traeré algo para cenar. Tengo que irme. —La beso en la mejilla—. Adiós.

Tomo mi bolso del suelo, saco las llaves de un cuenco hecho con una gran concha que estaba sobre la mesita lateral, salgo corriendo de la casa, y doblo la esquina hacia donde está aparcado el coche de mi padre. Lo he usado algunas veces desde que regresé, ya que mi coche sigue averiado en la esquina trasera del camino de entrada.

O debería estarlo.

¿Dónde coño está mi coche?

No tengo tiempo para volver a entrar, así que salto al coche de mi padre y saco mi teléfono de la bolsa mientras conduzco calle abajo.

—¿Ha ocurrido algo? —contesta mamá.

No hay nada como una optimista.

—¿Qué forma es esa de contestar al teléfono? —pregunto.

—Lo siento —dice—. Es que acabas de salir de casa. ¿Todo bien?

—No, algo va mal.

—Por eso mismo contesto así al teléfono. ¿Qué ocurre?

—¿Sabes qué ha pasado con mi coche?

—¿Tu coche? Se averió. Hace dos semanas.

Lo dice como si pensara que podría haber tenido un colapso mental en el tiempo transcurrido entre salir de la cocina y subir al coche.

—Lo sé. Quiero decir, ¿dónde está?

Hay una larga pausa que no es alentadora. Esperaba una respuesta inmediata que tuviera sentido, y me tranquilizara. En cambio, puedo sentir la misma confusión viniendo a través del teléfono que la que yo ya siento.

—¿Dónde está? ¿No está detrás de casa donde lo dejó Ralph?

—Creo que lo habría notado. Casi estoy en el colegio. Hablaré contigo más tarde.

Vuelvo a tirar mi teléfono dentro de mi bolso, y giro hacia el aparcamiento para profesores. El estacionamiento es diminuto debido a las restricciones de vehículos, y me siento culpable incluso al entrar en él. Aparco lo más lejos posible como penitencia, y salto fuera. Corro hacia la puerta lateral del colegio cuando me doy cuenta de que otro coche ha entrado en el aparcamiento. Por el rabillo del ojo, veo que pasa de largo los lugares disponibles, dirigiéndose a la parte trasera del parking más allá de mi coche, hacia el edificio de ladrillo utilizado por los equipos deportivos. La curiosidad me frena lo suficiente para ver al coche comenzar un intento torpe de aparcar en batería. Comienza a retroceder, luego avanza varios metros, hace lo que parece un giro de treinta y siete grados, entra en el lugar de frente, luego vuelve a salir. Se detiene, y escucho la bocina sonar. Miro mi reloj y decido que la velocidad inducida por mi estrés sobre mi coche desaparecido ha recortado el tiempo suficiente de mi viaje al colegio como para poder dedicar algo de tiempo a ver si un nuevo compañero de trabajo ha tenido un infarto mientras aparcaba.

Corro hacia el coche y voy sacando mi teléfono de nuevo para llamar a los servicios de emergencia si es necesario. Sin embargo, a medida que me acerco, puedo ver a través de la ventanilla del conductor, y no veo al profesor anciano que esperaba. En su lugar, hay una mujer probablemente unos años más joven que yo recostada contra el asiento, una mano apoyada en su pecho y los ojos cerrados mientras inhala y exhala profundamente. Quiero llamar su atención, pero me preocupa dar golpecitos en la ventana y empeorar lo que sea que esté sucediendo. Después de unos segundos, abre los ojos, pero no parece notar que estoy allí de pie. Sus manos vuelven al volante, y comienza a intentar aparcar otra vez. Salto fuera del camino cuando la parte delantera del coche gira hacia mí, y ella grita al verme, mientras suelta el volante. Apaga el coche, abre la puerta y sale fuera como si no pudiera esperar a alejarse del asiento.

—¿Estás bien? —exclama.

—Estoy bien. No me tocaste. ¿Estás *tú* bien?

—Sí —dice, asintiendo. Mira su coche—. Sí.

—¿Estás segura? Pensé que habías tenido un infarto.

—¡Oh, no! No ha sido un infarto. Solo estoy... —Me mira con incertidumbre—. El aparcamiento en batería me asusta. Simplemente me superó. Voy a estar bien.

No suena muy convencida, pero eso no es lo que estoy pensando ahora.

—¿Por qué estás aparcando en paralelo? —pregunto.

Hace un gesto hacia el colegio.

—Soy profesora —dice—. Es mi primer día.

—El mío también —digo.

—Todas las plazas de parking están reservadas —dice.

—Para profesores —digo—. Están reservadas para los profesores.

—¡Oh! —dice, y suena tan avergonzada como preocupada mientras se gira para mirar su coche.

—Puedo aparcar por ti —le ofrezco.

Me mira con ojos esperanzados, y asiente.

—Sí, por favor —acepta.

Entro en su coche, lo arranco, y me deslizo en el espacio al lado del mío. Le entrego las llaves y me dirijo hacia el edificio escolar.

—Será mejor que nos demos prisa —digo—. Los estudiantes van a empezar a llegar en cualquier momento.

Comenzamos a movernos hacia la puerta a medio trote.

—Me sentía tan culpable por traer mi coche —dice.

—Yo también —coincido.

—¿Sabías que la gente ni siquiera debería tener coches en el pueblo? —pregunta, sonando conmocionada—. Intenté conducir directamente por la calle principal. Y déjame decirte —sacude la cabeza—, eso salió mal.

Me río.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No —admite—. Acabo de mudarme aquí hace unas semanas.

—No creía reconocerte —digo. Extiendo mi mano hacia ella—. Me llamo Emily.

—Melissa —dice mientras estrecha mi mano.

Llegamos a la puerta, y agarramos el tirador.

—¿Como McCarthy? —pregunto.

Abro la puerta de un tirón y me hago a un lado para dejar pasar primero a Melissa.

—Como Rauch.

—Ah.

Caminamos por el pasillo hacia el centro del edificio donde una zona común sirve como lugar de reunión, cafetería y cualquier otra cosa que los profesores creativos puedan imaginar. El teatro se encuentra junto a esta sala. Ahí es donde me dirijo; de vuelta a la habitación que sentía como un segundo hogar cuando era estudiante aquí. Estoy a punto de preguntar a Melissa si quiere tomar un café después de clase cuando algo llama mi atención por el rabillo del ojo. Hombros anchos y pelo oscuro y espeso. Una risa profunda y resonante que roza lo arrogante me hace sentir como si la escuela siguiera bajo su mando.

Adam Conway.

La realidad me golpea de repente, y siento que mi mandíbula se tensa y mis ojos se entrecierran. Mis puños se aprietan a los costados, y avanzo decididamente hacia él. Quiero agarrarlo por la parte trasera de su camisa azul oscuro, girarlo para que me mire y hacerlo pedazos, pero me obligo a mantener al menos un atisbo de dignidad. Es mi primer día de clase. Lo último que necesito es que parezca que Carrie ha resucitado y comenzado una nueva carrera.

En cambio, paso por su lado a toda prisa, mientras le lanzo una mirada furiosa. Le indico bruscamente con la cabeza que me siga al teatro.

—Tú —gruño cuando la puerta se cierra tras él y estamos solos—. Te llevaste mi maldito coche.

—No me llevé tu coche —dice.

—¿Ah, no? ¿Entonces simplemente se levantó y se fue caminando?

—No me llevé tu coche, Emily —repite—. Fue Ralph.

Dejo escapar un suspiro y pongo los ojos en blanco.

—Eres un auténtico imbécil. ¿Quién demonios te crees que eres? Te dije que no quería el coche en el garaje de Ralph. Entonces, ¿puedes explicarme por qué el coche está en el taller de Ralph?

Estoy hirviendo de rabia ahora, y espero que nadie en la zona común pueda oírme. Toda la frustración que he sentido desde el día en que vi cómo su imagen de chico de oro se derretía para revelar al verdadero arrogante y egocéntrico idiota bajo el talento, el aspecto y el encanto, burbujea y sale de mí sin darme la oportunidad de controlarla. Desde ese día supe que mamá tenía razón cuando dijo que los hermanos Conway eran diferentes, que no eran como nosotras. Creen que son mejores, que tienen derecho a todo lo que quieren sin importar dónde estén o con quién estén. Al menos lo veo en Adam. El mayor. El más impresionante. El más venerado. El más exasperante.

—Tranquilízate, Emily. Solo quería hacer algo agradable por ti.

—¿Robándome el coche?

—No te robé el coche. Eres tan dramática. Aunque supongo que es apropiado.

—Hiciste que se llevaran mi coche de mi casa sin mi conocimiento ni mi permiso.

—No es mi culpa que no notaras que una grúa llegó a tu casa y se llevó un coche de la entrada. Pensaba que notarías algo así. Ralph dijo que supuso que cuando no saliste corriendo de la casa para detenerlo, significaba que estabas de acuerdo, así que siguió adelante.

Eso no se me había ocurrido hasta ahora. ¿Cómo no me di cuenta de que se llevaba el coche? No es como si Ralph fuera una persona discreta.

—Siempre crees que debes tener lo que quieres, ¿verdad? —pregunto—. Puedes ir por la vida tomando y manipulando a la gente cuando te conviene.

—¿Sabes, Emily? Haces que sea difícil ser amable contigo. Que tengas un buen primer día.

Se gira y sale del teatro a grandes zancadas. Doy unos pasos para seguirlo. Atrapo la puerta que se cierra de golpe hacia mí y me

inclino hacia él.

—No me digas qué hacer, Adam Conway. ¡Ten *tú* un buen primer día!

Es entonces cuando me doy cuenta de que no solo he captado la atención de varios profesores, sino que también han llegado algunos estudiantes. Me miran con la boca abierta y los ojos como platos, y les muestro una sonrisa del tamaño del dolor de cabeza que me está partiendo el cerebro. Abro mis brazos a los lados y giro lentamente en círculo para mirarlos a todos.

—Y eso, damas y caballeros, es lo que llamamos teatro. Soy la señorita Slater, la nueva profesora de teatro, y espero que todos vosotros estéis intrigados por mi momento de arte performativo, y os uniréis a mí para la clase de teatro o el club de drama. ¡Tened un fantástico primer día!

Manteniendo la cabeza alta y la sonrisa estirándose con tanta fuerza en mi rostro que me duelen las mejillas, desaparezco dentro del teatro. No tengo clase durante el primer período del día, y esperaba pasar el tiempo preparando mis lecciones y organizando algunos de los juegos para romper el hielo que solíamos jugar cuando yo estaba en este departamento. Ahora solo espero que para el final del trimestre ya no esté temblando y haya superado mi humillación.

No me doy cuenta de que Melissa me ha seguido hasta que estoy de pie en medio del escenario. Ella sube el pequeño conjunto de escalones al lado del escenario y camina hacia mí.

—Vaya —dice—. Solo dijiste dos frases, pero quiero saber el resto de la historia. Toda esa emoción fue realmente impresionante. Me engañaste por completo. ¿Cuándo preparaste eso?

Pongo las manos en mis caderas, con mi cabeza hacia atrás mientras miro las luces, la mayoría de ellas esperando ser encendidas.

—No lo preparé —admito.

—¿Fue improvisado? —jadea.

—Fue real —digo—. Acabo de gritarle algo totalmente absurdo a un hombre delante de mis nuevos compañeros de trabajo y estudiantes. ¿Y sabes qué más?

—¿Qué? —pregunta Melissa.

—La escuela ni siquiera *tiene* un club de teatro.

Capítulo Seis

Emily

Dos semanas después...

He visto a Adam once veces en las últimas dos semanas. No es que esté contando. No nos hemos dicho nada, y las miradas que hemos intercambiado probablemente se podrían describir como *frías*. Pero todavía se me pone la piel de gallina al pensar que esté por aquí tanto tiempo. Ni siquiera sé por qué está aquí. Nadie más parece saberlo tampoco. Como muchos de los profesores que estaban cuando yo estudiaba han sido sustituidos gradualmente por personas que fueron compañeros míos, la escuela se ha convertido en un hervidero de los mismos cotilleos y susurros sin sentido que rodeaban a la familia Conway por aquel entonces. Solo que esta vez son creados en mentes con una década más de experiencia en el mundo y muchísima más malicia. Cualquiera que piense que los adolescentes tienen la exclusividad de la ironía y el mal humor no ha conocido a una mujer soltera y amargada a finales de la veintena, enfrentándose a la realidad de que su amor platónico del instituto nunca se fijó en sus pechos con el sujetador de push-up, y sigue sin querer darle su chaqueta de deportista.

Adam ha estado deambulando casualmente por los pasillos desde que comenzaron las clases, pero nunca con un horario fijo. Aparece, luego desaparece durante unos días, solo para volver a aparecer. Algunos días le veo dos o tres veces, y otros solo una. Rara vez está en el mismo lugar, y nunca hay indicios de lo que podría estar haciendo. Es obvio que no está dando clase, pero la única persona con la que le he visto hablar desde el primer día de clase es la señora Hannigan, la subdirectora que era secretaria cuando estudiábamos.

Esperaba que haberme rescatado de mi coche averiado, y nuestra posterior confrontación, hubiera alcanzado mi cuota cósmica de interacción con él. Mi coche estaba de vuelta en casa de mi madre

cuando llegué de la escuela ese día, pero parece que mi cuota todavía no está completa. Lo cual es bastante evidente en este momento mientras estoy aplastada entre su espalda y Melissa en medio de la cola para comer. El primer boletín de profesores anunciaba que todo el personal debía mostrar unidad con los estudiantes pasando por la cola del comedor y comiendo en la cafetería dos veces por semana. Esta es solo la tercera vez que paso por este ritual, pero ya veo serios fallos en el plan. Estar aplastada contra Adam, quien hasta ahora no creo que sea personal docente, no tiene importancia si lo comparamos con estudiantes que no entienden la capacidad de una cola de comedor y siguen amontonándose en el hueco, comprimiendo el resto de la cola en el proceso. Estoy tratando con todas mis fuerzas de centrarme en la irritación de la situación, y no en cómo el intenso olor de la colonia de Adam y el calor que emana su cuerpo me está recordando mi sueño erótico en el que me inclina sobre una mesa justo en este comedor y me posee rápida y fuertemente.

Verle meter el dedo en la nata montada que corona su postre y lamerla tampoco me ayuda.

Por fin, la cola me empuja hacia adelante, y puedo coger mi ensalada de atún y flan de huevo, y escapar del espacio apretado hacia el resto de la cafetería. El ruido aquí es ensordecedor, aunque todo el alumnado de esta escuela sume menos que la clase de último curso de la escuela donde hice mis prácticas. No recuerdo que fuera tan ruidoso. Me estoy haciendo mayor. Espero a que Melissa salga viva de la cola, y nos dirigimos hacia la mesa más alejada al borde de la cafetería. Sentarnos allí significa que estamos cumpliendo con las reglas de comer en la cafetería con los estudiantes, pero manteniendo la infiltración real de los adolescentes al mínimo. Melissa y yo nos hemos hecho amigas rápidamente, y estoy agradecida de tenerla cerca. Como no es originaria de Sunborn View —hace poco me enteré de que se mudó aquí para cuidar de su bisabuela enferma, una mujer que recuerdo como la bibliotecaria cuando estaba en primaria— no me siento tan incómoda con ella. No tiene ninguna de las expectativas sobre mí que tienen aquellos con

los que crecí, y como sus abuelos se rebelaron y dejaron Sunborn View después de tener a su madre, ella también lleva algo de esa marca de la letra escarlata. Solo que su letra es una «F» de «Forastera», y la mía es una «T» de «Te lo dije».

La parte superior del envase de mi ensalada de atún se abre de golpe cuando pongo mi bandeja roja de plástico sobre la mesa. Negociar el sentarme en uno de los pequeños taburetes redondos atornillados a las mesas siempre me parece una hazaña. Tengo visiones de fallar el centro alguna vez, y que toda la mesa se pliegue.

—No entiendo cómo puedes comer eso —dice Melissa, mirando mi atún con todo el placer del Grinch viendo a los Quién.

—Bueno, tengo intención de sacarlo del plástico —digo.

—No entiende el valor de la tradición de una buena porción de pizza escolar.

Levanto la vista y veo a Adam de pie junto a la mesa. Había salido de la cola antes que yo, y asumí que se había ido a buscar su propia mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Adam mira a Melissa.

—¿Está ocupado este asiento?

Ella le mira como si quisiera sumergirlo en su postre. Entrecierro los ojos mirándola, pero no se da cuenta. En cambio, asiente lentamente.

—Por ti —dice lentamente.

Sutil.

—Genial.

Se sienta dos pequeños taburetes más lejos, y le miro con desprecio.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de nuevo—. ¿Y por qué estás comiendo eso?

—Porque está delicioso —dice Adam.

Coge la porción de pizza, inclina la cabeza hacia atrás como si todavía tuviera dieciséis años, y da un mordisco. Melissa suspira, y pongo los ojos en blanco. Justo esta mañana terminó de contarme sobre el novio online que tiene y que puede que no sepa su nombre, o el hecho de que es mujer. Debemos trabajar en ordenar sus prioridades.

—Sabes tan bien como yo que no lo está —digo—. Además, ¿desde cuándo el niño rico consentido come en el comedor escolar? Ni siquiera eres profesor.

—¿Así que ahora soy un consentido? —pregunta, perdiendo parte del tono juguetón de su expresión.

—¿No lo has sido siempre? —pregunto.

—No solías pensar así.

Nuestras miradas se cruzan mientras cosas que no necesitan ser dichas pasan entre nosotros.

—Eh... —dice Melissa con incomodidad—. Voy a ir a por un poco de gelatina. ¿A alguien le interesa un postre? ¿Un brownie? ¿No? ¿Solo yo? Vale.

Se aleja, y Adam se inclina ligeramente hacia mí.

—La verdad es que me importa una mierda lo que pienses sobre mi familia y su dinero, aunque nunca te trataron como menos que ellos. Pero quiero que sepas que no soy un vago que simplemente se aprovecha de ellos. Tengo mi propio negocio, y es muy exitoso. Podría no usar nunca ni un céntimo del dinero de los Conway, y no tendría ningún impacto en mi estilo de vida. Así que no, no soy un niño rico consentido.

—Vale —digo—. Me disculpo.

—Gracias —dice, enderezándose, y dando otro mordisco a su pizza. Sus ojos se desvían hacia mi atún mientras lo vacío sobre el resto de mi ensalada—. Eso sigue siendo jodidamente asqueroso, por cierto.

—¿A qué te dedicas? —pregunto—. ¿Qué es ese negocio?

La verdad es que no me interesa nada, pero estoy intentando ser al menos civilizada.

—¿Nadie te lo ha contado? —pregunta y parece sorprendido de que de alguna manera me haya escapado de la fructífera red de cotilleos de Sunborn View.

Como mi ensalada.

—No —digo—. Mi madre me dijo algo sobre que abriste un negocio, pero no me dijo de qué se trataba.

—Soy un conserje de listas de deseos —dice.

Le miro fijamente durante unos parpadeos. Él no dice nada.

—¿Eres un qué? —pregunto.

—Un conserje de listas de deseos —repite—. La empresa se llama DreamFactory, Inc. Mis hermanos y yo ayudamos a la gente a cumplir sus listas de deseos. De hecho, por eso estoy aquí.

Su expresión dice que espera que esté impresionada, pero definitivamente no lo estoy.

—¿Estás buscando clientes en la residencia de ancianos? —pregunto.

—No. La señora Hannigan me ha contratado para darle una sorpresa al señor Schroeder. Se jubila este año.

—¿Qué tipo de sorpresa? —pregunto.

—Estoy haciendo investigación y diseñando el evento.

Mis ojos se entrecierran mientras le miro.

—¿Hablas en serio? —pregunto.

—Sí —dice—. ¿Hay algún problema con eso? Es una sorpresa, así que no lo menciones a nadie.

—Sí, hay un problema con eso —digo—. Soy la profesora de teatro, y eso significa que también soy la jefa del comité de actividades estudiantiles. Los eventos entran es esa categoría.

—Bueno, por suerte para mí, supongo, esto no es una actividad estudiantil. Es para el señor Schroeder, y cualquier otro de su clase que pueda reunir.

—Ya he estado trabajando en su jubilación. Acabo de tener una reunión con la señora Hannigan al respecto.

Adam se encoge de hombros, toma el último bocado de su pizza y se levanta.

—Supongo que no quedó impresionada con tus planes —dice—. O simplemente no cree que puedas gestionar algo tan importante. Estoy seguro de que cualquier cosa que organices funcionará bien con el evento principal.

Cualquier posibilidad de mostrarme civilizada va disminuyendo rápidamente.

—Me estás diciendo que han contratado a alguien que ni siquiera vive en la isla para hacerse cargo de una parte de un evento del que yo debería estar a cargo, y tienes que ser precisamente tú. Y no solo eso, sino que esperas que lo que estoy planeando quede en segundo plano respecto a tu evento. En lugar de confiarme todo a mí, te contrataron a ti.

Adam me muestra una sonrisa presuntuosa.

—No te preocupes. Es mejor dejar las cosas en manos de los profesionales.

Melissa se acerca a la mesa justo en ese momento, con una bandeja cargada con todos los colores de gelatina disponibles.

—No pude elegir —dice—. Todos son tan hipnóticos con sus temblores.

Melissa levanta la bandeja para poder poner su cara al nivel de los recipientes transparentes de plástico con gelatina y los observa bailar durante unos segundos.

—Ha sido un placer conocerte —dice Adam a Melissa—. Tengo que irme. Tengo mucho trabajo que hacer.

Los ojos de Melissa le siguen mientras se aleja, y luego vuelven rápidamente a mí.

—No le he conocido. ¿Le he conocido?

—No, y tampoco quieres hacerlo.

Ella pone la bandeja sobre la mesa, y se sienta.

—Estoy bastante segura de que sí. Ha sido el salvapantallas de mi mente desde que admitiste que le gritaste de verdad el primer día de clase. Lo cual todavía no me has explicado, por cierto, no es que esté herida ni nada, porque pensaba que éramos amigas.

Las palabras salen de su boca en un flujo continuo y, como si nada, pincha una de las masas temblorosas azules con un tenedor de plástico blanco. Suspiro.

—Ese es Adam Conway —le digo—. ¿Por qué no vienes a mi casa a cenar pizza esta noche, y te contaré toda la sórdida historia?

Sus ojos se iluminan.

—¡Noche de pizza!

****

Adam

Al día siguiente...

—Gracias por sacar tiempo de tu día para esta reunión, Adam. Sé que estás ocupado. Aprecio mucho el tiempo y esfuerzo que estás dedicando a este proyecto.

—Por supuesto, señora Hannigan. Es mi trabajo —le digo a la piel arrugada del cuello de la subdirectora—. Como le dije al principio, tengo otros clientes, y estoy entrando en una parte muy ocupada de mi agenda. Las próximas semanas previas a la Semana de Bienvenida van a estar llenas, y no voy a poder hacer viajes a la isla hasta que venga a pasar esa semana en Sunborn View con mis hermanos.

—Entiendo eso —dice la piel arrugada, moviendo ligeramente un mechón de cuentas rojas con cada palabra—. Y es por eso que te

pedí esta videoconferencia. He tenido una idea.

Oigo lo que parece alguien llamando a una puerta, y la señora Hannigan grita a la persona que entre.

—¿Quería verme?

Es la voz de Emily, e inmediatamente tengo una sensación de hundimiento.

—Sí, Emily. Adelante. Gracias por pasarte. Toma asiento.

La imagen en la pantalla se vuelve borrosa mientras la señora Hannigan gira su teléfono para enfocar a Emily. No dirige muy bien la cámara, pero no me opongo a mirar fijamente el escote de Emily asomando por el cuello de su elegante blusa blanca.

—¿Adam? —dice su voz.

Se inclina hacia adelante lo justo para que el escote se mueva y obtengo un breve vistazo del sujetador de encaje que lleva.

—Está aquí vía satélite —dice la señora Hannigan.

No es totalmente preciso, pero tampoco quiero estropear su emoción.

—Hola, Emily —digo.

Ella no responde, pero no puedo evitar notar el ligero rubor que aparece en su pecho.

—Emily, sé que has estado trabajando duro en tus planes para la celebración de jubilación del señor Schroeder al final del curso. He revisado tus ideas, y tienes cosas estupendas. Creo que será encantador. Pero tengo un pequeño secreto para ti. —Hay un ruido de forcejeo y puedo imaginar que la señora Hannigan se ha inclinado sobre su escritorio para conspirar, porque el teléfono ahora apunta directamente al regazo de Emily—. He estado trabajando con Adam en una mejora para el evento.

—¿Una mejora? —pregunta Emily como si no supiera nada al respecto.

—Sí. —El teléfono se mueve de nuevo mientras la señora Hannigan se sienta otra vez—. Como sabrás, el Instituto Sunborn View fue destruido en gran parte por un incendio hace varias décadas cuando el señor Schroeder era estudiante. Esto provocó que su baile de graduación fuera cancelado, lo cual fue devastador para ellos. Como su amiga de toda la vida, sé cuánto le ha impactado a lo largo de su carrera. Adam es un experto en hacer realidad los deseos de la gente.

—¿Lo es? —pregunta Emily.

Pienso en el color que subió a sus mejillas cuando mencioné el asiento trasero, y siento que se me tensa el estómago.

—Emily está bien versada en mis habilidades —digo, dando una pausa lo suficientemente larga para que las palabras se asienten antes de continuar—. Le he hablado sobre mi empresa.

No puedo ver la cara de Emily, pero puedo imaginar su expresión, y me trae una sonrisa a los labios.

—¡Oh! Bueno, perfecto —dice la señora Hannigan—. Entonces entiendes por qué me puse en contacto con él. He contratado a Adam y su empresa para recrear un baile de graduación para el señor Schroeder y sus compañeros. Creo que va a ser una experiencia increíble, y estoy deseando ver los resultados. Sé que Adam será capaz de crear algo que le llegará al corazón.

—Solo espero que los dos eventos no choquen entre sí —dice Emily.

—Yo también —dice la señora Hannigan—. Sé cuánta energía y esfuerzo estás poniendo en tus planes, y Adam es un hombre muy ocupado. Por eso se me ocurrió lo que creo que es la solución ideal.

—¿La tiene? —pregunta Emily.

Su voz suena plana, y creo que ambos sabemos lo que viene.

—Sí —dice la señora Hannigan con entusiasmo—. ¡Puedes ayudarle!

—¿Ayudarle? —pregunta Emily—. ¿Qué quiere decir con ayudarle?

—Como estás aquí en la isla, puedes ayudarle cuando él no pueda estar aquí. Luego, cuando él esté aquí, podréis unir fuerzas y crear algo magnífico. Ahora, Adam, no pienses ni por un segundo que dudo de tus habilidades.

—Por supuesto que no, señora Hannigan —digo, luchando contra la risa que cosquillea en mis labios—. Agradeceré la ayuda ya que necesito dedicar bastante tiempo a estar aquí con mis otros clientes.

—También será un muy emocionante saber que dos antiguos alumnos se han unido para trabajar en este evento para nuestro querido director.

—Sí —dice Emily—. Emocionante.

La señora Hannigan levanta la cámara lo suficiente para que pueda echar un vistazo a la expresión furiosa de Emily antes de volver a apuntarse a sí misma.

—Ahora, el tema del pago. Emily, dado que la planificación de eventos como este ya forma parte de tu trabajo, dejaré la elección de la compensación adicional a Adam.

—¿Compensación? —pregunta la voz de Emily.

—Por supuesto. Contraté a la empresa de Adam, así que la escuela, la asociación de antiguos alumnos y la Sociedad Histórica de Sunborn View se han unido para pagar sus honorarios.

—Es solo mi comisión estándar —digo—, y el coste de los proveedores.

Puedo oír a Emily inspirar, y sé que la idea de que me paguen por esto la está enfadando aún más.

—¿Entonces, estamos de acuerdo? —pregunta la señora Hannigan.

—Estaré encantado —digo.

—¿Emily?

—Por supuesto.

Su voz es baja, casi amenazante ahora, pero la señora Hannigan no se ha dado cuenta. Su piel arrugada del cuello parece tan feliz como estaba al principio de la llamada.

—¡Perfecto! Pero recordad que es una sorpresa.

—El secreto está a salvo conmigo —dice Emily.

La llamada termina y menos de tres minutos después, mi interfono suena.

—¿Sí, Grace? —digo hacia él.

—Eh, señor Conway, lamento molestarle, pero hay una mujer muy enfadada al teléfono. Insiste en hablar directamente con usted. Aparentemente, ha sido bastante... insistente... con el centro de llamadas.

—Pásamela.

Mi teléfono suena, y lo cojo.

—Hola, Emily.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Estoy trabajando en este momento y, por la hora que es, pensaría que es lo que tú también estarías haciendo.

—Sabes que estoy en el trabajo —dice, su voz volviéndose progresivamente más enfadada—. Acabo de hablar contigo, listillo.

—Agradecería que, si vas a llamarme a mi oficina, trates a mis empleados con más respeto.

—No me des órdenes, Adam. No trabajo para ti.

—La señora Hannigan parece pensar lo contrario.

—No, la señora Hannigan quiere que trabajemos *juntos*. ¡Quién demonios sabe por qué!

—¿Te quejas ahora? ¿Hace un momento estabas enfadada porque me contrató para hacer esto porque crees que debería haberte dejado organizar todo el asunto, y ahora no quieres hacerlo?

—Exactamente. Creo que debería estar organizando todo el evento yo misma, no ser tu plan de apoyo mientras no estás aquí.

—Bueno, eso es lo que ella quiere, y como es la que nos paga a ambos, eso es lo que obtiene. Me tomo muy en serio a mis clientes.

—Hablando de eso, es ridículo que te paguen tanto por este proyecto.

—¿Por qué? Es mi trabajo. Esto es lo que hago. ¿No debería cobrar por hacer lo que hago para ganarme la vida, igual que tú cobras por enseñar?

—Es diferente.

—No, no lo es. Este es mi trabajo. No le ofrecí mis servicios. No se me ocurrió esta idea, se la presenté y luego exigí que me contratara. Ella la ideó. Ella se puso en contacto conmigo. Conocía mis honorarios cuando firmamos los contratos. Estoy perfectamente dispuesto a ofrecerte una tarifa horaria por tu ayuda. O una cantidad fija si lo prefieres.

La línea se corta.

Unos momentos después, el teléfono suena de nuevo.

—¿Sí?

—Dile a tus empleados que siento haber sido grosera con ellos.

Capítulo Siete

Emily

Un mes después...

—¡Feliz Semana de Bienvenida!

Salgo de casa de mi madre cargada con una caja de libros y veo a Melissa al final del camino de entrada vestida de pies a cabeza con los colores de la escuela. Sus gafas de sol son enormes y de un verde brillante, y espero con toda mi alma que esos rizos morados que le caen hasta la cintura sean una peluca y no extensiones con las que tendrá que vivir. Niego con la cabeza mientras camino por la acera hacia la camioneta de mamá.

—La Semana de Bienvenida no empieza oficialmente hasta mañana. Además, no creo que tengas que disfrazarte para el día de la mudanza —digo.

—No sé —dice Melissa—. Esas cartas de la oficina parecen bastante insistentes en que todo el mundo participe. Hay muchas cosas obligatorias esta semana.

Dejo la caja en la parte trasera y la empujo hacia el maletero de la camioneta.

—No hay nada como el espíritu escolar obligatorio.

—Algunos de los eventos parecen divertidos. Tengo ganas de que llegue la fiesta del viernes.

—No sé cómo voy a encajar nada más en mi agenda. Las audiciones para el musical de primavera son la semana que viene. Estoy asesorando a los de último año con sus proyectos, y algunos se están preparando para las pruebas universitarias. Mudarme ha sido más estresante de lo que esperaba. —Vuelvo a la casa y saco dos maletas con mi ropa—. Y, por supuesto, todo este asunto del baile de graduación.

Sé que juré mantener en secreto la sorpresa del baile, pero pensé que podía contárselo a Melissa. Le encantan los secretos, así que sé que será lo suficientemente discreta, y si no tuviera a alguien con quien hablar sobre mis frustraciones, explotaría.

—¿Cómo va eso? —pregunta.

—Cuando termine, nunca más querré volver a ver papel crepé o crinolinas. ¿Sabes qué? Ya empiezan a parecerme exactamente iguales. Si viera una foto de cerca de ambos, probablemente no tendría ni idea de cuál es cuál.

—No estoy segura de saber qué es ninguno de los dos.

Me sigue hasta la casa y cada una cogemos otra caja. En cuanto me enteré de que una pareja que vivía en casas vecinas se había mudado, poniendo ambas propiedades en alquiler para irse a vivir a la casa que los padres del marido le habían dejado, quienes a su vez se mudaban a la casa que les habían dejado los abuelos, aproveché la oportunidad. Este tipo de oportunidades no se dan a menudo por aquí, y ya corren rumores por el pueblo de que padres con varios hijos estaban considerando estas casas para cuando sus retoños abandonaran el nido. Si quería un lugar propio, tenía que actuar rápido. Mamá se mostró aún más reacia de lo que esperaba. Sé que no le hace ilusión quedarse sola en casa otra vez, pero entiende lo importante que es para mí sentir que soy independiente. Sinceramente, no sé cuánto tiempo voy a estar en Sunborn View, y quiero sentir que tengo un hogar propio si resulta que mi estancia se alarga más allá del final del curso escolar.

A pesar de mi entusiasmo, mamá me desanimó de alquilar una de las casas. Intentó convencerme de que pronto habría más casas disponibles y que había oído rumores sobre un edificio de apartamentos que se construiría en una de las grandes casas antiguas al otro lado de la isla. Aunque eso sea cierto, no he visto ninguna construcción en marcha, así que imagino que pasará un tiempo hasta que esos apartamentos estén listos. Me sorprende lo reticente que está. Habría pensado que se alegraría de que encontrara una casa para alquilar a solo una calle de la suya. De

esta manera, lo único que tengo que hacer es caminar por la calle, doblar la esquina, y ya estoy en su casa. Podemos vernos cuando ella quiera. Está tan disgustada por mi mudanza este fin de semana que ni siquiera se ha tomado el día libre para ayudarme. Durante las últimas semanas, he estado organizando todo lo que traje conmigo, todo lo que he comprado en las pocas semanas que llevo en Sunborn View, y algunas cosas que dejé al irme de casa. La única conversación que mantenía conmigo sobre la mudanza, cuando no estaba intentando disuadirme, era para ofrecerme más cosas para llevarme. Decía que tenía que asegurarme de montar un hogar apropiado. No sé cómo equilibra las emociones de estar tan en desacuerdo con mi mudanza e insistir en que no puedo sobrevivir sin una gofrera. Sea como sea, el resultado son montones de cajas, maletas y bolsas que tengo que trasladar de su casa a mi nuevo hogar de alquiler. Llamé a Melissa para que me ayudara, tanto por la compañía como por la fuerza bruta.

—Entonces, ¿qué son? —pregunta Melissa unos minutos después mientras conducimos hacia mi nueva casa.

La miro con curiosidad.

—¿Qué son qué? —pregunto.

—El papel crepé y las crinolinas —dice.

—Las crinolinas son esas enaguas rígidas que las chicas solían llevar bajo las faldas para que se abultaran más. El papel crepé son esas cosas que se cuelgan en las fiestas.

—¿Serpentinas? —pregunta.

—Sí —digo.

—Vaya —dice como si fuera una especie de revelación.

—¿Qué? —pregunto.

—Siempre pensé que la gente decía papel de tarta. Ya sabes, como de tarta de cumpleaños o tarta de boda. Si organizabas algún tipo de evento que implicara tartas, usabas papel de tarta.

—¿Y nunca has comprado un rollo?

Melissa niega con la cabeza.

—No —dice—. No soy muy fan de las serpentinas. Hay algo en ellas que...

Se estremece y yo niego con la cabeza, riendo.

—No sé qué pensar de ti a veces, chica. Eres fantástica, pero no sé qué pensar.

—No pasa nada —dice—. A veces yo tampoco sé qué pensar de mí. Hablando de cosas de las que no sabemos, ¿cómo van las cosas con Adam? Últimamente no te he oído quejarte tanto de él.

Aparcamos frente a la casa, bajo de la camioneta y me dirijo hacia atrás para empezar a descargar. Dejo escapar un suspiro mientras cojo las dos primeras bolsas de ropa.

—Bueno, es más fácil cuando no está cerca. Tener que hacer solo conferencias telefónicas con él de vez en cuando no está tan mal. Al menos así, cuando empieza a comportarse como un idiota arrogante, puedo colgar el teléfono y alegar que había mala conexión. O no. La verdad es que me da igual que sepa que le he colgado.

—¿Se comporta como un idiota arrogante a menudo?

—Sí —digo—. No.

Me mira de reojo mientras caminamos hacia la puerta principal.

—Me alegra que lo tengas tan claro —dice.

—El caso es que, si fuera cualquier otra persona en el mundo, probablemente ni me lo cuestionaría. Podría pensar que es un creído y que tiene una gran opinión de sí mismo, pero la verdad es que es realmente bueno en lo que hace. Odio admitirlo, pero sus ideas son increíbles y está muy dedicado a su trabajo. Pero sigue sacándome de quicio. No lo soporto.

—¿Por qué te sigue afectando tanto? —pregunta.

—Cada vez que lo miro, me siento... menos. ¿Tiene sentido? Constantemente, todo el tiempo, mamá me hablaba de ellos, y me

decía que tenía que tener cuidado con ellos, y que eran diferentes. Sé que siempre ha pensado así. Mis abuelos pensaban lo mismo, y estoy segura de que sus padres también lo pensaban antes que ellos. Son dos mundos diferentes a sus ojos. Dos clases diferentes, y se supone que las clases no deben mezclarse. Estaba bien que fuera amiga de Jake, siempre que no pasara demasiado tiempo con él y no empezara a tener ideas sobre él o sus hermanos. Pero desarrollar cualquier tipo de sentimiento hacia ellos solo acabaría decepcionándome. Nunca dijo que ellos pensaran que eran mejores que nosotros, o que estuvieran por encima de nosotros de alguna manera...

—Pero ella lo creía.

Asiento con la cabeza y me apoyo en la barandilla del pequeño porche delantero.

—Creo que sí. Siempre temió que me introdujera en ese mundo y tuviera que descubrir que no formaba parte de él. Pensaba que estaba siendo ridícula. Sabía que no teníamos el dinero que ellos tenían, obviamente, y eso significaba que teníamos que esforzarnos más por las cosas en la vida, pero nunca creí en el concepto de clases. No pensaba que existiera. Al menos, no de la manera en que ella lo veía. No pensaba que solo porque alguien tuviera dinero, automáticamente se consideraría más importante que los demás, o estaría dispuesto a herir a otras personas solo porque se sentía con derecho a hacerlo. Entonces llegó aquel día. Me dejó sin pensárselo dos veces porque ya se había divertido lo suficiente y estaba listo para seguir adelante. Ahora cada vez que lo miro, o escucho su voz, pienso en cuando vino a despedirse. Recuerdo lo que sentía al mirarlo y saber que iba a continuar con su vida sin volver a pensar en mí.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Él sabe lo que sentía por él. Tenía que saberlo. Pensaba que estaba siendo discreta y que nadie podía darse cuenta, pero mirando atrás, sé que era la cosa más obvia del mundo. Cualquiera que me mirara cuando él estaba cerca podría darse cuenta de que estaba

completamente loca por él. Él mismo me dijo que sabía que yo estaba allí, viéndole cantar. Sabía que podía engatusarme cuando fuera divertido para él, y luego seducirme. Así que lo hizo.

Cuando estaba allí en el porche ese día, y él me deseaba suerte en la universidad... eso me afectó. Me hizo sentir tan insignificante, tan desechable. Me sentí como algo que acababa de tirar porque había terminado con ello.

—No parecía que hubiera sido malo contigo ese día.

—No lo fue —digo—. Fue muy amable. Completamente inocente. Eso lo hizo aún peor, creo. Simplemente no le afectaba. Ese era el problema. Él tenía derecho sobre mí, y yo no tenía ningún derecho a pensar que seríamos algo más. Debería haber sabido cuál era mi lugar. Debería haber sabido que era afortunada por haber tenido las dos semanas que tuve con él, y que él seguiría con su vida real cuando le apeteciera. Nunca me había sentido inferior a nada ni a nadie antes de ese momento. No solo me quitó la esperanza de estar con este chico por el que había suspirado desde que estaba en primer año de instituto, sino que también me quitó una pequeña parte de mí. Me cuestioné mucho más después de eso, y sé que tomé algunas malas decisiones porque estaba intentando no volver a sentirme así nunca más. Esa decisión fue el principio de una larga lista de malas elecciones. No solo le culpo a él, también me culpo a mí misma. Pero estar enfadada conmigo misma solo hace que me enfade más con él.

—Me parece que sigue metiéndose bajo tu piel —dice Melissa—. Tal vez no lo odies tanto como crees.

Sin querer responder a eso, meto la mano en el bolsillo y saco la llave que conseguí cuando firmé el contrato. He estado tan ocupada que confié en Melissa para que se reuniera con el casero en la casa para verla y entregar mi solicitud. Le dije que mientras no se estuviera cayendo a pedazos y no hubiera signos evidentes de asesinatos o cadáveres ocultos bajo el suelo, la alquilaría. El casero se reunió conmigo en la escuela una tarde en la que tenía tres reuniones diferentes, me hizo firmar el contrato y me entregó las

llaves. Fue un atisbo del Sunborn View amistoso que recuerdo. Esta es mi primera oportunidad de ver el interior de mi nuevo hogar. Abro la puerta y entramos.

—Bueno —digo—. Aquí está.

—Bienvenida a casa —dice Melissa.

Miro alrededor mientras observo el espacio vacío. Es muy similar a la casa en la que crecí. Volvemos a sacar las maletas de la camioneta y llevamos las cajas y bolsas adentro. Hay algunos muebles en el garaje de la casa de mi madre que voy a trasladar más tarde.

Por fin, hemos sacado todo de la camioneta, y he colocado algunas cosas en la casa para que no parezca solo un espacio vacío y cavernoso. Estoy enchufando la cafetera en la cocina cuando oigo que se cierra una puerta de coche fuera. Dejé la puerta principal abierta para que entrara algo del fresco aire otoñal a través de la malla de la puerta, y retrocedo unos pasos hasta el comedor para mirar afuera a través de la sala de estar. Un elegante coche negro se ha detenido en la acera. Está delante de la casa de al lado, así que solo puedo ver la parte trasera, pero eso no impide que lo reconozca. Conozco ese coche. Lo vi a través de la lluvia el día que volví aquí.

—¿Qué hace Adam aquí? —pregunto.

La cabeza de Melissa aparece desde donde estaba hurgando en una caja, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —pregunta.

Empiezo a cruzar el salón y noto por el rabillo del ojo que Melissa ha cogido su chaqueta y viene apresuradamente detrás de mí.

—Adam —digo—. Adam Conway, ese es su coche. Ahí al lado. Se suponía que iba a pasar la semana en el pueblo con sus hermanos por la Semana de Bienvenida. Pero, ¿qué hace aquí?

—En realidad no está *aquí* —dice Melissa mientras salimos al porche—. Está al lado.

La miro con suspicacia.

—¿Por qué lo dices así?

—¿Emily? —Adam camina desde la parte trasera de la casa, mirándome con curiosidad.

Miro a Melissa, que se está poniendo la chaqueta mientras pasa por mi lado para bajar corriendo los escalones del porche.

—Porque es tu nuevo vecino. Siento no habértelo dicho. Estabas tan emocionada por encontrar una casa.

—¿Adónde crees que vas?

—Me voy a casa caminando. Necesito aire fresco.

—Traidora.

Adam se acerca pavoneándose, y siento mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. No puedo creer que esto esté pasando. De todas las casas en la isla, la que queda disponible está justo al lado de Adam. Incluso la otra estaba al otro lado de la calle. Técnicamente seguiría siendo su vecina, pero no compartiríamos linde de propiedad.

Ahora, Adam cruza directamente ese linde de propiedad y se acerca a mí.

—¿Vas a vivir aquí? —pregunta.

Hay un tono de incredulidad en su voz, y hace que mi columna se ponga rígida.

—Sí —digo—. Melissa me ayudó viniendo a verla cuando yo estaba ocupada. ¿Qué haces tú aquí?

Señala la casa donde está aparcado su coche.

—Esa es mi casa —dice.

La miro durante unos segundos, reconociéndola.

—¿No es esa la casa de la abuela Lynn Wilkerson? —pregunto.

—Lo era —dice Adam—. La compré hace un tiempo después de que muriera. Quería mi propio espacio cuando volviera aquí. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir con «y tú»?

—Pensaba que te quedarías con tu madre.

—Yo también quería mi propio espacio.

La idea de que Adam sea dueño de la casa junto a la que estoy alquilando es irritante, y sin embargo hay algo emocionante en el fondo de mi mente al saber que está tan cerca.

Él asiente.

—Bueno, supongo que será conveniente tenerte tan cerca mientras trabajamos en los planes —dice—. Hablando de eso, reunámonos para repasar lo que hemos estado haciendo las últimas semanas. Sé que hemos hablado, pero me gustaría ver todo.

—Claro —digo.

Hay algo triste en su voz en lugar de la habitual sequedad, pero no ofrece ninguna explicación.

—Bien. Trae todo a mi casa a las ocho.

Se gira para volver.

—¿A tu casa? —pregunto, sorprendida por razones que realmente no puedo expresar con palabras.

—Sí —dice secamente, girándose para mirarme—. A mi casa. La tuya aún no está lista, supongo. ¿Preferirías ir a la escuela y reunirnos allí?

Está siendo sarcástico, pero una parte de mí preferiría eso.

—Supongo que tiene más sentido reunirnos aquí.

—Bien. A las ocho.

No hubo ningún comentario grosero. Ni recordatorio de que él es el profesional. Ni insinuación velada y lasciva sobre nuestro pasado. Ni siquiera recorrió mi cuerpo con la mirada de esa manera que hace que mi espalda tiemble como suele hacer, incluso cuando me mira con furia. Por alguna razón, estoy decepcionada.

Paso el resto del día organizando mi nueva casa tanto como puedo, luego me siento en medio del suelo del salón y repaso algunas de las propuestas de proyectos que me han dado los estudiantes de último curso. Se supone que debo tener mis comentarios listos antes de las vacaciones para que puedan trabajar en mejorar las piezas de exhibición antes de las actuaciones de primavera. Recuerdo la presión de la pieza de exhibición del último curso, y quiero hacer todo lo posible para dar a cada uno de los estudiantes toda la retroalimentación que pueda. Estas piezas son como una parte de ellos, y la mayoría ha invertido meses, incluso años, de emoción y pensamiento en la elaboración de la breve escena que sería su contribución final al departamento. Algunas no son más que obras dignas de vergüenza ajena, contundentes y frágiles por igual, obviamente tratando de ser demasiado brillantes. Otras realmente logran ese objetivo, y son conmovedoras, hermosas y, a veces, desgarradoras versiones de las propias personas.

Estoy tan absorta en ellas que pierdo la noción del tiempo, y cuando me tomo un segundo para revisar mi teléfono, me doy cuenta de que se supone que debo estar en su casa en menos de media hora. Me levanto de un salto, corro al baño para mi ducha inaugural en la casa. Me pongo unos leggins negros y una sudadera holgada, me maquillo, me paso un cepillo por el pelo y salgo corriendo. Estoy casi cruzando el jardín cuando me doy cuenta de que no cogí ninguno de los papeles que se supone que debo mostrarle a Adam. Vuelvo corriendo a casa, recojo todo y me apresuro de nuevo. Toco el timbre exactamente a las ocho.

Adam viene a la puerta descalzo, con unos vaqueros oscuros ajustados, y nada más. Sostiene un vaso de whisky en una mano, y me hace un gesto para que entre con la otra. Tengo la boca tan llena de saliva que ni siquiera puedo responder.

Mierda. Se ve incluso mejor que en mis sueños. Había tenido muchas oportunidades de mirarlo a través de su ropa, pero lo que estoy viendo ahora ni siquiera se compara con esas imágenes. Esto sería mucho más fácil si no pareciera que pudiera llevármelo al patio

trasero y hacer la colada en su estómago. Hay suficientes músculos ahí para lavar todas mis prendas delicadas de una vez, y hay tanto calor irradiando de él, que podría colgarlas para secarlas.

Tengo algunas ideas.

Me obligo a salir del trance en el que me ha puesto y lo sigo dentro de la casa. La distribución es una imagen espejo de mi casa, pero está lejos de ser recién habitada. De hecho, la decoración de algunas habitaciones por las que pasamos parece haber pertenecido a la mujer que vivía aquí, como si él solo hubiera adaptado su vida alrededor de lo que ya estaba allí. De vez en cuando hay un pequeño detalle o elemento que obviamente vino con Adam, creando un espacio que es extrañamente yuxtapuesto y reconfortante al mismo tiempo. Me guía a través de la sala de estar y el comedor, y hacia un pasillo que conduce a los dos dormitorios de la planta baja. Las mariposas revolotean por mi vientre, pero rápidamente vuelven a hibernar cuando entramos en una de las habitaciones y veo que ha sido convertida en una oficina.

Me reprendo a mí misma por la reacción. No hay razón para las mariposas. No importaría incluso si esto fuera un dormitorio. Podría haberme llevado a su habitación y haberme tirado en la cama, y las mariposas tampoco deberían estar ahí. Esto es puramente profesional.

Adam da un largo trago de su vaso y se gira para ofrecerme una vista de sus músculos cincelados de la espalda y el elaborado tatuaje grabado en su piel suave.

Completamente profesional.

Extiendo todos los papeles sobre el gran escritorio en el centro de la habitación y escucho a Adam soltar una breve risa.

—¿Qué? —pregunto.

—Es que me resulta familiar —dice.

Mis ojos recorren los papeles, las muestras de tela y los ejemplos, y recuerdo los dibujos que solían cubrir la mesa en la sala de estar

de los Conway. Me río.

—Supongo que es bastante similar —digo—. Yo estaba diseñando atrezo y decorados para obras, pero ¿no es eso en cierto modo lo que estamos haciendo aquí también? ¿Crear un escenario para ellos?

Adam asiente.

—Sí —dice.

Todavía suena seco y retraído, y decido avanzar rápidamente a través de todo el trabajo que ya hemos hecho. Es obvio que no se siente sociable esta noche, y quiero terminar la reunión lo más rápido posible para poder volver a mi trabajo.

—Llamé a algunos de los proveedores que mencionaste. Parecen interesados, pero todavía creo que deberíamos usar gente local. Se supone que esto es un homenaje a uno de los ciudadanos más queridos de Sunborn View. Es para celebrarlo, pero también un punto en la historia del pueblo. ¿No crees que sería mejor dar a otras personas del pueblo la oportunidad de ser parte de ello, sin mencionar el negocio?

—No hay buenos servicios de catering en Sunborn View —dice Adam sin dudar.

—Puede que no haya servicios de catering como los de la ciudad, pero no estamos hablando de una boda multimillonaria, o alguna ridícula Última Cena Extravagante. Estamos hablando de una reunión de clase y un baile para un puñado de personas mayores que quieren revivir un día de su juventud.

—¿Y no crees que se merecen un catering de buena calidad?

Ahí está la actitud.

—No es eso lo que he dicho —respondo.

—Esto no es solo una pequeña reunión —dice Adam bruscamente —. Esto es extremadamente importante para la señora Hannigan, por no mencionar al señor Schroeder.

—Lo sé, Adam —digo—. Pero también es importante para todas las demás personas que pasaron por ese incendio. Sin mencionar a todas las personas que han sido impactadas no solo por esa experiencia, sino también por el señor Schroeder, que es esencialmente todo el mundo que vive en la isla. Tantas personas como sea posible merecen poder ser parte de la celebración. Hay mucha gente en esta isla a la que le encantaría participar. Cocineros, panaderos, costureras. Sería más significativo, por no mencionar más rentable, utilizar sus servicios.

—No necesitas pensar en que sea rentable. Eso no es asunto tuyo.

Siento que mis manos se aprietan.

—Por supuesto, tú no lo considerarías así —murmuro.

—Mira, yo soy el profesional. Esto es lo que hago. La señora Hannigan te pidió que ayudaras, pero es mi negocio y mi nombre los que van a estar en el producto final.

—Bien —digo.

Si no entiende la importancia de usar proveedores locales, no voy a ser yo quien le guíe como a un niño. Repasamos algunos planes más, pero Adam parece desinteresado. Le estoy mostrando una maqueta de una invitación diseñada para que coincida con el papel crepé que quiere usar para replicar lo más fielmente posible las decoraciones de un baile de esa época cuando suena su teléfono. Lo coge y sale de la habitación. Oigo el rumor de su voz en la sala de estar, pero no puedo distinguir ninguna de las palabras. Unos segundos después, regresa pisando fuerte a la habitación, todavía más enfadado.

—¿Qué estabas diciendo? —pregunta.

No debería importarme de qué era la llamada, pero la atracción desde lo profundo de mi pecho sigue ahí, y no puedo evitar preocuparme por la tensión en la mandíbula de Adam y las líneas marcadas alrededor de sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunto.

Me mira por encima del folleto que ha cogido para leer.

—Estoy bien —dice.

—No pareces estar bien.

—Mis hermanos no van a venir esta semana.

—¿Está todo bien?

—Al parecer Luke se rompió una pierna y un par de costillas.

—¡Oh, no!

—No te sientas demasiado mal por él. Él fue quien se ofreció voluntario para ser la primera persona en probar la montaña rusa diseñada a medida de su cliente. Es culpa suya. Estará bien en un par de meses. Frankie parece tuvo una afluencia de animales en su santuario y necesita asegurarse de que todos estén bien y asentados y no quiere dejarlos. Terry fue a ayudarle con todo eso. No sabía que le gustaran los animales, pero ahí lo tienes. Y Jake está en la cárcel otra vez. Dijeron que lo mantendrán allí una semana por principio.

—¿Qué? —pregunto, conmocionada.

Adam agita la mano como si estuviera apartando la pregunta.

—Pasa. Él está acostumbrado.

Suena exasperado y herido, pero lo está cubriendo con ira.

—Lo siento. Sé que tenías ganas de verlos.

—No es gran cosa —dice—. Es solo la Semana de Bienvenida. De todas formas, no he visto a Terry o Luke en más de seis meses.

—En realidad creo que eso lo convierte en algo importante —digo —. Sé que vosotros cinco siempre habéis estado muy unidos.

—Bueno, las cosas cambian cuando todos nos hacemos mayores, ¿no? —pregunta, mirándome a los ojos de una manera que me dice que esas palabras están dirigidas tanto a mí como a sus hermanos —. Es más difícil reunirse con frecuencia cuando estás ocupado y

vives en sitios diferentes. A veces las cosas simplemente no salen como piensas que van a salir.

Nos miramos durante un momento tenso y cargado, y aparto la mirada, empleando mi vieja técnica de distracción para evitar que vea el anhelo en mis ojos.

Ojalá tuviera mis lápices de colores.

—No he oído mucho sobre ellos durante estos años —digo—. ¿Cómo les va?

La familia Conway ha sido prácticamente inmune al agitado molino de rumores que tiene su vórtice en el *Cutting Edge* de la señorita Lara. Una vez que dejaron Sunborn View, las noticias llegaron pocas y espaciadas, lo que me venía muy bien. No necesitaba recordatorios sobre ellos. Ahora, de repente, siento curiosidad.

—Están bien —dice Adam—. Trabajan todo el tiempo, igual que yo.

—Sé que trabajan, y aparentemente se rompen y se encarcelan en el proceso. ¿Pero qué más? ¿Casados? ¿Familias?

—No —dice, negando con la cabeza—. No hay tiempo para ninguna de las dos cosas. Quizás sería más acertado decir que no hay deseo de ninguna de las dos cosas.

—¡Qué maravilla! —digo.

Se acerca al bar en la pared lateral de la habitación, rellena su vaso de una licorera de cristal tallado, y llena un segundo vaso. Me ofrece el vaso y encoje los hombros ligeramente.

—Es la verdad —dice. Da un sorbo—. ¿Y tú?

Doy un largo trago.

—Divorciada —digo.

Él asiente.

—¿Qué pasó?

No hay ni un ápice de vacilación en su voz, y sus ojos están fijos en mí. Intento pensar qué decirle, pero no consigo que las palabras salgan. *Elegí un marido horrible que me engañó, y luego me cambió por su versión mejorada.* No puedo ni darle la explicación simplificada. En su lugar, dejo el vaso y alcanzo un escáner de una fotografía del baile de graduación del año anterior al último curso del señor Schroeder.

—Quiero intentar encontrar otras fotos de este baile —digo. Señalo la esquina de la imagen, hacia un indicio de la puerta más allá de la descolorida imagen en blanco y negro de una pareja sonriente bailando—. Parece que hay una decoración alrededor de la puerta, pero no puedo distinguirla. Si quieres intentar recrear la forma en que la escuela decoraba para los bailes entonces, este sería un detalle importante.

Adam continúa mirándome fijamente durante unos segundos, luego asiente, con la comisura de su boca elevándose ligeramente.

—Haré que mi equipo de investigación lo estudie —dice.

Le miro de nuevo y siento que se me corta la respiración en el pecho. Trago con fuerza contra esa sensación y vuelvo a mirar la fotografía.

—Perfecto.

Capítulo Ocho

Adam

Semana de Bienvenida...

Lunes

—De verdad tengo que volver al teatro. Tengo a quince adolescentes ahí dentro solos, y hay demasiados rincones oscuros.

Camino junto a Emily, que se apresura por el pasillo hacia su aula.

—La Sociedad Histórica finalmente ha podido conseguirme copias de esos mapas —digo, mostrándole una impresión de los escaneos que me enviaron por correo esta mañana—. Parece que la ubicación de la escuela original no está donde pensábamos.

—¿En serio? —pregunta—. Pensaba que cuando decidieron construir esta escuela, querían que estuviera en el sitio original.

—Parece que ese *era* el plan. Resulta que esa tierra es de propiedad privada. Nunca fue propiedad de Sunborn View como tal. La familia propietaria estableció su granja antes de que el pueblo de Sunborn View ni siquiera existiera.

—¿Qué familia?

—Esa es la cuestión, la Sociedad Histórica fue muy reservada con todo el asunto. Me dio la impresión de que sabían más de lo que querían contarme, o de lo que dejaban entrever.

—No estoy segura de entenderte.

—Aunque no pudieron decirme quién es el propietario actual, dejaron caer algunas pistas sobre la familia que era dueña cuando existía la escuela original. Lo que entendí es que, al igual que el terreno, la familia nunca se integró en Sunborn View. Al parecer, nunca fueron muy sociables. Según Anastasia, de la Sociedad, incluso corrió el rumor de que un miembro de la familia inició el incendio por algún conflicto sobre creencias sociales.

—¿Creencias sociales? —pregunta.

—Eso es todo lo que quiso decir. Nunca hubo ninguna investigación, y el pueblo no tenía suficiente dinero para construir una escuela permanente. Muchos de los hombres ya se habían marchado para luchar en la guerra, y otros se habían ido para unirse a las protestas. Los negocios cerraron. La economía en la isla estaba en apuros, y no tenían presupuesto para reconstruir en ese momento. No tenían ninguna solución permanente, así que las clases se daban en diferentes edificios por todo el pueblo hasta que hubiera dinero para construir un nuevo edificio. Sin embargo, cuando llegó ese momento, el propietario del terreno se negó a que se utilizara para la escuela.

—¿Para que no hubiera una investigación?

—Quién sabe. En cualquier caso, tuvieron que cambiar sus planes en el último minuto y encontrar una nueva ubicación para construir la escuela. Este lugar. —Entramos en el teatro, y veo que Emily examina el grupo de estudiantes en el escenario, contándolos para asegurarse de que ninguno se haya escapado—. El nuevo edificio de la escuela se utilizó esencialmente como propaganda para levantar la moral en todo el pueblo durante la guerra. ¡Durante ese tiempo, había tanta división! La sociedad estaba revuelta. Todo estaba cambiando, y era aterrador y molesto para mucha gente. Los planes para la nueva escuela debían ser una imagen unificadora y positiva, así que no querían hacer demasiados cambios. Continuaron diciendo que el nuevo instituto se construiría en el sitio original, y que se abriría una sede satélite en otro lugar para adaptarse a la educación especializada.

Emily me mira con expresión interrogante.

—¿Educación especializada? —pregunta—. ¿Qué significa eso?

—Significa que querían poder seguir diciendo que iban a reconstruir en la ubicación original para que la gente no se desanimara por todo lo que había sucedido.

—Así que construyeron esta escuela como satélite...

—Y no han reconstruido el otro sitio desde entonces. Al parecer, los propietarios del terreno eran muy tercos cuando ocurrió el incendio, y la situación no ha mejorado desde entonces. Ni siquiera permiten que la gente vaya allí a ver el sitio original. Con los años, su importancia se fue desvaneciendo. La atención se centró en otras cosas, y la gente se olvidó.

—Eso es horrible —dice.

Asiento.

—Lo sé.

—Entonces, ¿ahora qué? ¿No podemos intentar ver el edificio? Ha pasado mucho tiempo. Quizás la familia haya cambiado de opinión. Quizás ya ni siquiera les importe.

—No es tan fácil. Según Anastasia, lo que quedaba del edificio fue demolido poco después del incendio.

—Pero, ¿cómo pudieron hacer eso? Si era un edificio escolar, ¿no era propiedad de Sunborn View el terreno donde estaba?

—El gobierno local nunca pensó en comprar el terreno a los propietarios. Eligieron la ubicación, descubrieron que ya tenía dueño, y cuando se acercaron a la familia, se negaron a vender. Finalmente, accedieron a prestar el uso del terreno al pueblo, pero con condiciones estrictas. Había una cláusula en el acuerdo entre el propietario y el pueblo que decía que una vez que el edificio dejara de utilizarse como escuela, volvería a ser del propietario. Después del incendio, los daños fueron tan devastadores que inmediatamente tuvieron que dejar de usar el edificio. Una pequeña sección seguía intacta, pero, debido a los daños por agua y humo, el pueblo pensó que sería mejor mantener a los estudiantes alejados hasta que se renovara. El propietario determinó que eso significaba que el edificio ya no se estaba utilizando como escuela y solicitó que los derechos del terreno volvieran completamente a él. Desafortunadamente, resultó a su favor.

—Genial —suspira Emily—. Entonces, ¿ahora qué? No podemos acercarnos al sitio original. No queda nada del edificio. Todos esos

planes tendrán que ser completamente desechados ahora.

—No necesariamente —digo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Me giro para salir del teatro, y oigo a Emily llamarme.

—La reunión de motivación es esta noche —dice cuando me vuelvo—. Melissa y yo vamos a ir. Por órdenes del propio Sr. Schroeder y la Sra. Hannigan.

—Para ser un tipo tan mayor, puede ser bastante insistente —me río.

Ella asiente, de acuerdo.

—Sé que tus hermanos no pudieron venir al pueblo como habías planeado, pero eso no significa que debas saltarte las festividades. ¿Quieres venir con nosotras?

—No —respondo, negando con la cabeza—. Creo que ya he experimentado suficiente espíritu escolar para toda una vida. No necesito estar involucrado. Además, tengo mucho trabajo que hacer antes de volver a la oficina.

—Oh. Vale.

Salgo del teatro y me dirijo al exterior. Voy caminando de vuelta hacia el pueblo, alejándome de los campos deportivos en la parte trasera de la escuela, cuando veo a Melissa corriendo en mi dirección. Sus brazos rebosan de grandes rollos de serpentinas con los colores de la escuela. Su cabello negro, normalmente liso, ahora luce rizos apretados, varios de los cuales son morados.

—Hola, Melissa —digo.

—Hola, Adam —dice, sin reducir la velocidad.

—¿Qué es todo eso?

Pasa corriendo a mi lado.

—Para la carroza del desfile. Más grande de lo que pensaba. Papel crepé. Ya no le tengo miedo.

No tengo ni idea de lo que eso significa.

—¡Me gusta tu pelo! —le grito mientras se acerca a la esquina para rodear el lateral del edificio.

—¡Gracias! Me lo hizo la señorita Nina en *Color Craze.*

Desaparece por la esquina.

—La hija de la señorita Lara debe de haber iniciado su propio negocio —me digo a mí mismo—. Qué bien.

Martes

Los golpes en mi puerta principal son tan frenéticos que me preocupa que algo vaya terriblemente mal. Corro hacia ella y la abro de golpe sin comprobar quién es. Melissa está en el porche, con las manos enfundadas en manoplas de horno agarrando firmemente lo que parecen dos cuencos naranjas. El olor a humo se adhiere a ella.

—¿Puedo usar tu horno? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Necesito usar tu horno.

—¿Qué le pasa al tuyo?

Pasa por mi lado y entra en la casa.

—Está en mi casa —dice.

—Ese es un buen lugar para que esté. ¿Por qué no estás *tú* en tu casa?

Entro en la cocina y encuentro a Melissa intentando abrir el horno con los codos.

—Estoy ayudando a Emily a hornear un pastel de calabaza para el concurso, y su horno está lleno.

—¿Lleno de qué?

—De calabazas quemadas.

No son cuencos naranjas. Son pasteles de calabaza.

Hay otra ronda de golpes desesperados en mi puerta, y camino de vuelta a través de la casa. Ya sé quién está al otro lado, pero espero de todos modos.

—¿Quién es? —pregunto a través de la puerta.

—¿Está Melissa ahí?

—Melissa... Melissa... Melissa... mmm... —digo, fingiendo que estoy pensando.

—Dile que salga.

—La última vez que la vi, corría calle abajo llevando calabazas.

La puerta se abre, y retrocedo mientras Emily entra en la casa.

—Deberías cerrar con llave.

—Adelante, pasa. Por lo visto, mi casa se ha convertido en el club del barrio.

—¡Melissa! —grita Emily.

Melissa corre a la habitación, con los ojos aún desorbitados.

—¿Qué?

—Vamos, podemos volver a mi casa.

—No, no podemos.

—Sí, podemos. Apagué todas las llamas y limpié las tripas de calabaza del fondo del horno.

—Ya puse las calabazas en el horno de Adam.

Desliza sus ojos hacia mí.

—Te lo dije. Adam no quiere involucrarse en las actividades de la Semana de Bienvenida. Está aquí para trabajar.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto.

—Concurso de pasteles de calabaza —dice Melissa.

Miro a Emily.

—¿Concurso de pasteles de calabaza? —pregunto.

Ella suspira.

—Sí. Es uno de los eventos de participación obligatoria para los profesores. No tengo ni idea de qué tiene que ver hornear un pastel claramente diseñado para comer en Acción de Gracias con la Semana de Bienvenida en octubre, pero no tuve voz en la planificación.

—Pensaba que estabas a cargo de todas las actividades estudiantiles y eventos de la escuela —bromeo.

Entrecierra los ojos mirándome.

—Vamos, Melissa. Ya tengo los ingredientes fuera.

—No confío en tu horno. Me traicionó. Quiero cocinar la calabaza en el horno de Adam.

—Adam no va a participar en el concurso. Que, por cierto, empieza dentro de dos horas y *todavía* no tenemos un pastel.

—No voy a ir.

Una expresión de falso horror cruza repentinamente la cara de Emily.

—Melissa, tienes la sombra de ojos corrida.

Los ojos de Melissa se abren como platos. Su llamativa sombra de ojos metálica morada no parece que esté corrida. Aun así, sale corriendo de la cocina.

—Adam, ¿puedo usar tu baño?

—Sí —respondo en voz alta—. Has invadido mi casa sin invitación —digo en voz más baja—. ¿Por qué no ibas a usar mi baño para reconstruir tu cara también?

Emily no responde. Va directamente a la cocina, se pone los guantes de horno que Melissa dejó en la encimera, y saca las calabazas del horno. Sin molestarse en cerrar la puerta del horno, regresa pisando fuerte por la casa y sale por la puerta principal. Unos segundos después, aparece Melissa.

—Todo está bien —me asegura.

—Bien. Por un momento era difícil de saber.

Asiente, luego mira alrededor.

—¿Dónde está Emily?

—Oh, secuestró tus calabazas.

—¡Maldita sea! No vamos a ganar el concurso así.

Melissa sale corriendo de la casa, y yo cierro la puerta tras ella, negando con la cabeza. Esta no es la Semana de Bienvenida que recuerdo. Me pregunto si estas tonterías estaban ocurriendo entre bastidores con los profesores mientras nosotros, los estudiantes, estábamos ocupados con nuestros propios eventos, mucho menos complicados.

Cuatro horas más tarde, oigo un golpe decididamente menos frenético en la puerta. Abro la puerta y encuentro a Emily en el porche, apoyada casualmente contra la barandilla. Tiene dos platos de plástico transparente en las manos, cada uno con una gran porción de pastel de calabaza. Hay un pequeño remolino de nata montada encima de cada uno, y un tenedor de plástico plateado colocado al lado.

—¿De vuelta de la batalla? —pregunto.

—Solo pensé que te gustaría probar a qué sabe un pastel de calabaza de cinta roja. Considerando que las calabazas estuvieron brevemente alojadas en tu horno, técnicamente contribuiste al producto final.

No hace ningún movimiento para entrar en la casa, así que salgo al porche con ella. Acepto uno de los platos.

—¿Cinta roja? —pregunto mientras me siento en una de las sillas.

—Sí, quedamos en segundo lugar —explica Emily.

Empieza a bajar los escalones, y me doy cuenta de que se dirige de vuelta a su casa.

—¿No vas a acompañarme? —pregunto.

Parece insegura mientras mira la silla situada a pocos centímetros de la mía.

—Es tarde —dice—. Todavía tengo algunas cosas que terminar antes de las clases de mañana.

—¿No dijo la Sra. Hannigan que mañana es día de media jornada?

—Sí, pero tengo que dar clase, y después hay otro evento obligatorio de la Semana de Bienvenida. Y no te voy a mentir, estoy un poco preocupada. No conseguir la cinta azul afectó mucho a Melissa. Ahora tiene mirada de tigre.

—Vamos —la animo—. ¿Cuánto tiempo se tarda en comer una porción de pastel de calabaza? Además, no puedes esperar que experimente completamente lo que es comer una porción de pastel de cinta roja sin que la pastelera esté aquí para guiarme.

Duda un segundo más, luego sube de nuevo al porche y se sienta.

—El secreto está en la base de galletas de jengibre —dice ella.

—¿Hay galletas de jengibre aquí? —pregunto, mirando la porción más de cerca—. Solo parece una base normal.

—Es un híbrido —dice, dando un bocado—. Lo ideé yo misma.

Asiento mientras lleno mi tenedor con un trozo del espeso pastel salpicado de especias.

—Entonces, ¿quién ganó?

—Sophie Rivers —dice Emily con un suspiro—. Su secreto es el bourbon en la nata montada. Y en el relleno. Y en la base.

—Ah —digo—. Jugada audaz.

Ella asiente mientras desliza el tenedor entre sus suaves labios. Su lengua sale brevemente para lamer un resto del bocado, y tengo que apartar la mirada.

Emily sigue sin tener idea de lo sexy que es.

—Hablando de nata montada, nunca más voy a confiar en Melissa para decorar los pasteles. ¿Qué es este remolino insignificante? Quizás si hubiéramos tenido un buen pegote como se debe, habríamos tenido más posibilidades.

—Estoy de acuerdo —digo, tragando otro bocado—. Y es Navidad, por cierto.

Me mira extrañada.

—¿De qué estás hablando?

—Navidad —repito—. Antes dijiste que no entendías qué tenía que ver un pastel claramente diseñado para el Día de Acción de Gracias con la Semana de Bienvenida en octubre. Estabas equivocada. El pastel de calabaza se come en Navidad.

Ella se burla.

—No, no es así. El pastel de calabaza, aunque vastamente inferior al pastel de boniato, es un plato básico del Día de Acción de Gracias. Por eso ves todas esas calabacitas en las imágenes. Cosecha y abundancia, y todo eso. Pastel de calabaza... Día de Acción de Gracias.

—Oh, estás muy equivocada —digo—. El pastel de calabaza no solo es el pastel supremo, solo superado por el pastel de pera, manzana y caramelo de mi bisabuela (que no era un pastel, sino un regalo divino), sino que es un postre navideño. Se menciona en al menos tres villancicos. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste una referencia al pastel de calabaza en una canción de Acción de Gracias?

Frunce el ceño y ladea la cabeza hacia mí.

—¿Cuándo fue la última vez que escuchaste una canción de Acción de Gracias? —replica.

—Eso solo refuerza mi argumento. Las canciones son la fuente definitiva del folclore festivo. Transmiten tradición e historia a través de las épocas, y no puedes negar la presencia del pastel de calabaza en canciones de Navidad. Probablemente lo hayas cantado mil veces

y nunca te hayas dado cuenta. *No hay lugar como el hogar para las fiestas. ¿Un paseo en trineo?* Icónico. Inclusivo del pastel de calabaza.

—Tienes razón —dice Emily con fingida seriedad—. Esas canciones son imprescindibles para la Navidad y nuestra cultura. Personalmente, no sé cómo entendería la temporada navideña sin esas hermosas baladas que me hablan de María, José, Rudolph y Frosty corriendo en su carruaje tirado por caballos a través de la nieve para que su bendito recién nacido no se pierda la oportunidad de bailar alrededor del árbol de Navidad —dice.

—Y comer pastel de calabaza.

Ella sonríe y da un último bocado a su pastel.

—Y comer pastel de calabaza.

Una brisa se levanta a nuestro alrededor, y mechones del sedoso cabello rubio de Emily le vuelan sobre la cara. Me acerco y los aparto. No puedo resistirme a deslizar mis dedos por el lado de su cara y trazar su delicada línea de la mandíbula. Ella tiembla cuando el viento arrecia de nuevo.

—¿Tienes frío? —pregunto—. Podría entrar y traerte una manta.

Emily niega con la cabeza y se levanta.

—No —dice con insistencia—. Ahora tengo que irme a casa.

—Gracias por el pastel —digo.

Ella asiente y baja corriendo las escaleras, atravesando de puntillas el césped iluminado por la luna. La observo hasta que llega a su puerta principal, me mira por última vez y se mete dentro.

Miércoles

Lista de la Búsqueda del Tesoro de la Semana de Bienvenida

12 tenedores. Puntos extra para diferentes tamaños.

Una película de terror del siglo XX.

Tres cuadrados de patchwork que describan tu viaje hacia la edad adulta y lo que Sunborn View significa para ti.

Cinco calcetines de pares diferentes. Deben ser claramente distintos. No se aceptarán calcetines sencillos.

Cinta recopilatoria con canciones icónicas de los años de cada etapa de tu vida.

Una taza de té.

Un plato que no combine con esa taza de té.

Tetera que no combine con ninguno de los dos.

Un árbol de Navidad pequeño.

Un monóculo

—¿Qué demonios es esto? —pregunto, mirando la hoja de papel que Melissa me ha entregado.

Después de la media jornada en el colegio hoy, Emily y Melissa habían ido al almuerzo de profesores y la ceremonia de reconocimiento para la Semana de Bienvenida. Hablé con Emily después del evento para recordarle que estableciera una cita con el registro civil para que podamos comparar el antiguo anuario con los certificados de matrimonio y defunción, y empezar a elaborar una lista de invitados. Iba con prisa para cambiarse de ropa y volver al colegio para lo que llamó una «reunión estratégica». Pensé que podría tener algo que ver con el resto del año escolar, o tal vez con su parte en la celebración de jubilación. Ahora creo que tenía algo que ver con esto.

—Es una búsqueda del tesoro —dice—. Competimos contra equipos formados por todos los demás profesores. El equipo que termine primero, o quien tenga más elementos cuando se acabe el tiempo, obtiene puntos extra, y el equipo con más puntos gana.

Suena como si estuviera repitiendo las instrucciones de la búsqueda al pie de la letra.

—¿Qué ganan?

—Los servicios de un profesor sustituto durante la semana antes de las vacaciones de Navidad.

—Ese es un incentivo bastante importante.

—¡Por eso tenemos que ganar!

Su expresión parece completamente alterada, y recuerdo lo que Emily me contó ayer sobre que Melissa estaba disgustada porque perdieron el concurso de pastel de calabaza. Tengo que admitir que parece muy motivada.

—¿Dónde está Emily? —pregunto.

—Está en su casa. Holgazaneando. Es bueno que esa chica sea guapa, porque carece de espíritu guerrero.

—¿Espíritu guerrero?

—¡Sí! —dice Melissa enfáticamente—. ¡Es la Semana de Bienvenida! ¡Solo los fuertes sobreviven!

Le sonrío.

—¿Tenéis algo hasta ahora? —pregunto.

—Emily tenía como ocho tenedores, pero todos eran exactamente del mismo tamaño. Eso no nos va a conseguir una semana extra de vacaciones.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunto.

Se inclina hacia adelante para meter la cabeza en la casa y mirar alrededor como si estuviera examinando mi alijo secreto.

—Emily me dice que estás forrado. Los ricos tienen cosas raras. ¿Tienes buena cubertería?

—Pasa —digo—. Veré qué puedo encontrar. —Algo en la lista me llama la atención mientras la llevo por la sala de estar hasta el comedor—. Espera un momento —digo. Le doy la vuelta a la lista y busco la marca de agua casi imperceptible en la esquina inferior. Ahí está. Saco mi teléfono del bolsillo, marco y lo sostengo entre mi hombro y mi oreja mientras rebusco en los anchos cajones poco profundos del aparador. El teléfono hace clic y hablo antes incluso de

oír un saludo—. Terry, ¿qué demonios haces haciendo listas para búsquedas del tesoro?

—Hola, Adam. A mí también me alegra oírte. La señora Hannigan me llamó. Me pidió que preparara una lista para la búsqueda del tesoro para sus profesores. Le dije que podía descontarlo del pago que te está dando, así que me debes algo de dinero cuando cobres esa factura.

Suspiro, termino la llamada y vuelvo a guardar mi teléfono en el bolsillo. Con las manos llenas de cubiertos, regreso a la sala de estar.

—¿Qué tienes? —pregunta Melissa.

—Tengo que disculparme por lo ridículo de la búsqueda del tesoro. La hizo Terry. Es demasiado inteligente y termina haciendo cosas como esta. Probablemente haya algún significado profundo en todos los diferentes elementos.

—La próxima vez que hables con él, dile que admiro su creatividad y quiero meterle un monóculo por la nariz. Ahora, dame los tenedores.

—¿Perdón?

Emily entra en la habitación, mirándonos interrogante a Melissa y a mí.

—Tenedores —explico—. Ha dicho tenedores.

—Melissa, ¿por qué cada vez que me descuido, desapareces y te encuentro aquí?

Melissa no se inmuta por la repentina aparición de Emily. Sus ojos vuelven rápidamente a mí.

—¿Qué tienes, niño rico? —pregunta Melissa.

Miro a Emily, pero ella solo se encoge de hombros, y me vuelvo hacia Melissa.

—Bueno, tengo un surtido para ti. No sé si consigues aún más puntos extra por tener más de los doce que piden, pero te he traído

catorce, distribuidos entre variedades de carne, parrilla, ensalada, gambas y postre. También te incluyo uno «de afinar» para rematar.

Deslizo los tenedores en un estuche de tela y dejo todo dentro de la mochila de Melissa. Inmediatamente me arrebata la lista de la mano y se precipita hacia la puerta.

—Te dije que está decidida —dice Emily.

Asiento.

—No te equivocabas.

—Me asusta un poco imaginar cómo sería en una Semana de Bienvenida colegio al que realmente asistió.

—Quizás esa sea la verdadera razón por la que se mudó a Sunborn View —digo—. No para cuidar de su bisabuela, sino para escapar de la vergüenza de no ganar una carrera de obstáculos en la Semana de Bienvenida.

Se ríe, y el sonido burbujeante y feliz me envuelve como agua. Hacía tanto tiempo que no la oía reír de verdad que había olvidado lo increíble que es.

Nuestras miradas se encuentran, y puedo sentir un destello de calor entre nosotros, pero todavía hay una barrera, una sensación de oposición, que no hemos podido romper. Ambos miramos hacia la puerta cuando oímos a Melissa llamándola, y ella me mira de nuevo.

—Melissa me contó sobre el premio que hay si ganas. Es impresionante.

Emily asiente.

—Creo que lo idearon como una forma de hacer felices a los sustitutos. Al parecer, no tienen muchas horas. Especialmente si la temporada de resfriados y gripe no es muy grave. Traer un sustituto durante un período en el que los profesores regulares normalmente no tienen nada planeado es una manera fácil de darles unos días más de ingresos al año. El Gremio de Profesores Sustitutos no se quejará de que sus miembros no reciben suficiente trabajo, y el colegio refuerza la moral de su personal regular.

—No estoy seguro de que Melissa necesite más moral —digo.

Emily se ríe, luego me mira a los ojos de nuevo.

—Gracias por los tenedores —dice—. Te los devolveremos cuando termine la búsqueda del tesoro.

—Claro —digo, y la veo salir de casa.

Una hora después, Melissa está de vuelta en mi sala de estar, y le entrego una de las tazas de té del juego de la abuela Lynn. Me gustaría pensar que estaría encantada de saber que se está usando en una búsqueda del tesoro. Melissa sale corriendo de la casa igual que antes, pero Emily se queda atrás.

—Gracias otra vez —dice—. Intentaré evitar que vuelva.

—No pasa nada. Me alegro de poder ayudar. ¿Qué más habéis encontrado? —pregunto.

—Las películas de terror. Melissa insistió en *Pesadilla en Helm Street*. Intenté convencerla de que eligiera *El Mago de Oz*, pero no quiso.

—Eso es porque *El Mago de Oz* no es una película de terror —digo—. ¿Es todo lo que habéis encontrado?

—Mi madre me está haciendo unos cuadrados de patchwork, y por pura casualidad, hoy encontré una colección de calcetines de fantasía que llevaba en el instituto. Nunca los emparejaba entonces, y todo ha cobrado sentido hoy.

—Parece que habéis empezado bien —digo—. Aseguraos de seguir la lista exactamente. Ni más, ni menos.

Emily me mira con curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

—Terry hizo la lista. Su pasión es ver reposiciones del concurso de televisión *Supermarket Sweep*.

Ella empieza a alejarse, luego me mira.

—¿Quieres venir con nosotras? —pregunta, mordiéndose el labio inferior nerviosamente.

—Claro. Dame un segundo y salgo enseguida.

Emily se va mientras me pongo los zapatos. Cuando salgo, Emily y Melissa están de pie en el jardín con lámparas frontales. Emily me ofrece una pequeña sonrisa cuando me uno a ellas, pero Melissa está demasiado ocupada escrutando la lista.

—Conseguida la cinta recopilatoria. Mintiendo sobre mi edad para tener mejor música —murmura para sí misma—. Conseguido el monóculo. Las reglas no dicen que tenga que ser real. Lo corté de un muñeco. No sé qué vamos a hacer con el pequeño árbol de Navidad. ¿Tal vez haya uno en el sótano de la abuela?

Su entusiasmo por la búsqueda es adorable, y me siento atrapado en ella mientras Emily enciende su lámpara frontal y repasa los elementos restantes una vez más. Me pregunto si somos el único equipo que se toma en serio esta búsqueda, pero ahora mismo, no importa. Podríamos ser los únicos buscando, y yo seguiría participando para tener la oportunidad de estar cerca de Emily y verla sonreír.

Jueves

—Otra vez con el atún —digo mientras tomo asiento en la mesa de la cafetería junto a Emily, un taburete más cerca que la semana pasada.

Emily mira la porción redonda de atún salpicado de apio que acaba de dejar caer en una cama de lechuga, cebollas, tomates y pepinos.

—¿Cuál es tu problema con el atún? —pregunta mientras recoge anillos de pimiento verde del lado del plato y los coloca encima del oloroso pescado.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez. Es asqueroso.

—¿Y qué me dices de tu cartón untado en pegamento haciéndose pasar por pizza?

Señalo mi bandeja.

—Ah, pero hoy no tengo pizza. Estoy cambiando las cosas.

Mira el plato con las tortillas duras de maíz, la carne picada, el queso rallado y la lechuga cortada en juliana.

—¿Un pequeño proyecto de bricolaje para tu comida del mediodía? —pregunta.

—Totalmente personalizable —digo.

—¿Por qué estás aquí? Los profesores son los únicos que tienen que comer entre los nativos. Tú no tienes por qué hacerlo.

—Técnicamente, nosotros somos los nativos —le señalo—. No sé. Es divertido.

Y me permite pasar tiempo contigo.

—Anoche también fue divertido —dice Emily.

Asiento.

—Lo fue. Gracias por dejarme acompañaros. Enhorabuena por tu gran victoria. Vi la pancarta en la entrada.

—Muchas gracias —dice con un juguetón gesto de su pelo—. Dijeron que nuestra colección era especialmente impresionante.

—Y, ¿qué vas a hacer con tu semana extra de vacaciones? —pregunto.

—No lo sé —dice—. Probablemente quedarme en casa, pasar algo de tiempo con mamá. Quizás cantar algunos villancicos.

—¿Y comer pastel de calabaza?

Me sonríe.

Melissa se acerca a la mesa con una amplia sonrisa en su rostro. Noto que su maquillaje de colores escolares está cada vez más saturado. Con algunas purpurinas más, tendría la cara completamente pintada. También me doy cuenta de que la señorita Nina ha añadido aún más rizos morados. Me pregunto si el colegio

sabe que no son postizos, o si Melissa tiene algún plan para dentro de dos días, cuando acabe la Semana de Bienvenida.

—¡Jueves de tacos! —canturrea alegremente. Utiliza un tenedor para meter los ingredientes en una de sus tortillas y da un mordisco —. ¿Qué vas a llevar mañana por la noche? —le pregunta a Emily.

—No lo sé —dice Emily—. No he podido pensar en nada.

—¿Qué pasa mañana por la noche? —pregunto.

—El último evento obligatorio para profesores de la semana —dice Emily—. Una fiesta.

—Una fiesta de disfraces —dice Melissa.

—Supongo que piensan que está lo suficientemente cerca de Halloween como para planificar un evento que cubra ambas ocasiones —dice Emily.

—Yo ya tengo elegido mi disfraz —dice Melissa—. Pero no se lo voy a decir a nadie. Quiero ver si alguien lo adivina.

—Bueno, espero ver las fotos —digo.

—¿Por qué no vienes? —pregunta Melissa—. Nos ayudaste con el concurso de pastel de calabaza y con la búsqueda del tesoro. Estás por aquí todo el tiempo. Eres prácticamente parte del profesorado. Deberías venir a celebrarlo.

Mis ojos se deslizan hacia Emily, y veo que me está mirando, esperando mi respuesta.

—Quizás lo haga.

Viernes

La fiesta ya está en pleno apogeo cuando llego al colegio el viernes por la noche. Había sido más difícil de lo que esperaba encontrar un disfraz a última hora, pero pensando en mi conversación anterior con Emily finalmente se me ocurrió una idea. Montada en el gimnasio para que no interfiera con los preparativos del baile de Bienvenida, la fiesta parece haberse beneficiado del nuevo amor de Melissa por el papel crepé. Espirales de serpentinas

moradas y verdes explotan desde las puertas del gimnasio y se derraman por el suelo. Cada vez que las puertas se abren para dejar entrar o salir a los asistentes disfrazados, los ritmos amortiguados de la música se escuchan con más claridad. Por las inconsistencias entre las canciones, me pregunto si la banda sonora de la fiesta procede directamente de los casetes entregados durante la búsqueda del tesoro.

Cuando llego al gimnasio ya he recibido varias miradas extrañas, y no sé si es porque los profesores reconocen que no soy uno de los suyos o si es mi disfraz lo que les desconcierta. Una vez dentro, busco a Melissa y Emily con la mirada, pero no veo a ninguna. En cambio, mis ojos se clavan en la señora Hannigan, que está de pie en el borde de la pista de baile, intentando seguir con todo el entusiasmo que puede reunir el complicado baile en línea grupal que ha estallado en la pista. Lleva su disfraz de bruja, tal como sabía que haría.

La señora Hannigan parece verme por el rabillo del ojo mientras me acerco, y se gira hacia mí con una sonrisa radiante. Sus largas pestañas postizas con destellos dorados me hacen pensar que Melissa la ha atrapado antes de la fiesta.

—¡Adam! —exclama—. No esperaba verte aquí.

—Espero que no le importe —digo—. Melissa y Emily mencionaron la fiesta, y sonaba divertido. Pensé en unirme.

—Por supuesto que no me importa —dice—. Con todo lo que estás haciendo por mí y por el señor Schroeder, siempre eres bienvenido. De todos modos, eres prácticamente un miembro del profesorado. Y, tal vez tú y Emily...

Niego con la cabeza para detenerla antes de que termine la idea.

—No —digo—. No hay un Emily y yo. Aunque estamos trabajando bien juntos en el proyecto. Le agradezco que recomendara que ella me ayudara.

—Pensé que podría ser una buena combinación —dice—. Os recuerdo muy bien a los dos de cuando estabais en el colegio.

—Solo coincidimos en el colegio durante un año —señalo—. Y nunca pasamos tiempo juntos. Quizás esté pensando en mi hermano Jake.

La señora Hannigan niega con la cabeza.

—No —dice—. No es eso. Recuerdo que Emily y tu hermano Jake pasaban mucho tiempo juntos trabajando en proyectos para el departamento de teatro. Hicieron un buen trabajo juntos. Si no recuerdo mal, diseñaron una carroza para el desfile de Bienvenida en su último año que no ha sido igualada hasta el día de hoy. Pero eran amigos. Se notaba. Se preocupaban el uno por el otro y disfrutaban estando juntos, pero no estaba ahí.

—¿Qué no estaba ahí? —pregunto.

—Esa conexión —dice—. Ellos no la tenían. Pero tú —dice con un ligero y conocedor asentimiento—, tú la mirabas de manera diferente. Puede que no pasarais mucho tiempo juntos, pero estaba ahí.

—Solo éramos adolescentes —digo—. Cuando coincidimos en el instituto, ella apenas era una estudiante de primero.

—Lo sé —dice la señora Hannigan—. Pero cuando ibas a las obras de teatro y ella no sabía que estabas allí, o cuando ella se sentaba en las gradas y te veía jugar, y tú no habrías podido ver su cara entre la multitud, vuestros rostros se iluminaban como si conocierais las almas del otro.

—Pero sí nos conocíamos. Como he dicho, ella y Jake eran cercanos. Venía a casa todo el tiempo.

—No, Adam. No que os conocierais el uno al otro. Que os *conocíais*. Que tu corazón conocía su corazón. Sinceramente, pensé que a estas alturas ya lo habríais hecho oficial.

Finalmente aparta su atención de mí, y es un alivio no estar más bajo su escrutinio. Mira hacia la pista de baile y señala.

—Ahí está Melissa —dice—. Me alegro de que esa chica se mudara a Sunborn View. No suelo decir eso, pero realmente ha

traído nueva vida a la isla.

—Es sin duda muy especial —digo.

Como si nos hubiera oído hablar de ella, Melissa levanta la mirada, me ve y saluda. Sin perder ni un solo paso de su baile, se acerca a nosotros. A medida que se aproxima, tengo una visión completa de su disfraz. Parece llevar un chándal morado que se ciñe a su amplia figura. Enredaderas de plástico verde envuelven una de sus piernas, sus caderas y cintura, y suben por sus hombros para bajar por el brazo opuesto. Largas uñas postizas muy puntiagudas están pintadas de negro en las puntas de sus dedos, y ha cambiado todo el brillo y purpurina de su cara por un intenso maquillaje oscuro en los ojos, largas pestañas postizas y labios negros. Se detiene a unos metros de mí, girando lentamente para mostrar todo el conjunto.

—Veo que tu espíritu escolar sigue fuerte —digo.

Me mira de arriba abajo, y luego vuelve a mirarme.

—No —dice—. Solo una coincidencia afortunada. Mira. Huéleme. Quizás te ayude.

He recibido muchas peticiones, algunas extrañas y otras francamente inapropiadas, pero en todos mis años, no sé si alguna vez me han pedido que huela a alguien. La complazco inclinándome hacia delante y olfateando rápidamente. Inmediatamente detecto un toque de algo dulce y familiar.

—¿Uva? —pregunto.

Melissa asiente con entusiasmo, sonriendo y casi temblando de emoción como una niña pequeña que no puede contener la emoción de una sorpresa.

—¡Exactamente! ¿Puedes adivinarlo?

Intento pensar en una asociación con el olor a uva. Finalmente, me rindo.

—No lo sé, Melissa. ¿Qué eres?

—¡Soy las uvas de la ira!

Ambos reímos, y mientras se calma, me mira de arriba abajo evaluando mi disfraz. Encontré unos pantalones azul marino algo grandes y completé mi cinturón con una gran hebilla con forma de vaca. Añadí una camisa de manga corta abotonada y completé el look con una visera adornada con una gran estrella y unos auriculares con radio. El toque final para el disfraz es una etiqueta de plástico con mi nombre que compré en la tienda de grabados cuando volvía esta tarde.

—¿De qué vas disfrazado? —dice Melissa—. Pareces un empleado de un restaurante de comida rápida.

—No —digo. Toco los auriculares—. Parezco alguien que dirige un restaurante de comida rápida. Pero solo durante diciembre.

Continúa mirándome con expresión confusa, y le señalo la etiqueta con mi nombre.

—Quizás esto te ayude —le digo.

—José Del. —lee—. Portal. ¡Qué nombre tan raro!

Niego con la cabeza.

—No es tan raro.

Tarareo algunas notas del villancico «En el portal de Belén» y la expresión de Melissa se suaviza como suele ocurrir cuando una persona escucha algo familiar y nostálgico. Tararea conmigo durante unos segundos y luego canta en voz baja.

—José, divinoooo... —Melissa deja de cantar y asiente con aprobación—. Es increíble —dice. Se ríe y luego se detiene bruscamente—. Espera. ¿Tú y Emily hablasteis sobre vuestros disfraces? Eso no es justo. Me siento excluida.

La miro extrañado.

—¿Qué quieres decir? No he hablado con Emily hoy.

Melissa parece sorprendida.

—¿En serio? —pregunta.

—En serio. De hecho, iba a preguntarte si está aquí.

—Sí que está —dice Melissa. Se gira y mira alrededor de la sala durante unos segundos, antes de señalar hacia las mesas de refrescos.

—Está allí intentando decidir si es lo bastante valiente como para comerse los gusanos y la tierra.

La señora Hannigan ya ha perdido interés en mí y se ha acercado al bar, así que sigo a Melissa mientras me guía entre la gente de la pista de baile. A medida que nos acercamos, veo que Emily lleva una capa con capucha de color azul pálido. Cuando se da la vuelta, mi estómago se encoge y se me hace la boca agua. Bajo la capa azul, lleva un vestido rojo corto y ceñido. La capucha se desliza hacia atrás, revelando un tocado rojo con un pequeño tallo verde colocado en un lado de su cabeza. Sus espesas pestañas negras hacen que sus ojos de zafiro resalten, y una capa de pintalabios rojo hace que su boca parezca lo suficientemente jugosa como para comérsela. Me pregunto si también tendrá algún aroma. Lo que haría por averiguarlo...

—Emily, mira —dice Melissa, sacándome de mi ensoñación—. Mira de qué ha venido Adam...

Los ojos de Emily se abren ligeramente al descifrar mi disfraz.

—¿Qué eres tú? —pregunto.

—La Virgen Frambuesa.

—La próxima vez que hagáis esto —dice Melissa—, quiero participar. Necesitamos encontrar a alguien que sea una bolsita de galletas saladas. Luego alguien que sea mirra. Pensad en algo que vaya con mirra. ¿Mirr...ada? ¿Mirr...áculos? Oh, ¿a quién le importa? ¡Yo iré de oro!

Melissa parece entusiasmada mientras coge un gusano de gominola del pequeño vaso de natillas de chocolate que Emily tiene en la mano, y se aleja dando saltitos en dirección a la pista de baile.

—Creo que está bebiendo demasiada sangría de ojos —dice Emily.

Señala hacia un cuenco transparente con sangría situado al final de la mesa. El líquido verde en su interior está iluminado por ojos brillantes que flotan por todas partes. Otro cuenco de sangría roja está junto a él y un cubo en el fondo del recipiente que parpadea en una variedad de colores. Parece que alguien está organizando una fiesta dentro de una arteria.

—Supongo que los ojos son la opción más orientada a adultos —digo.

—Creo que la forma apropiada de decirlo en una fiesta de Halloween es que está «embrujada».

Me río y asiento mientras uso un cucharón de plástico transparente para servirme un poco de la sangría verde en uno de los vasos apilados en forma de pirámide sobre la mesa.

—Bien jugado —digo.

—Tu disfraz es fantástico —dice.

—Gracias —digo—. El tuyo también lo es. ¿Lo has improvisado en el último momento?

—Es increíble lo que puede lograr una madre aburrida con una máquina de coser —dice Emily—. Y es posible que ya tuviera este vestido guardado. Unas cuantas lentejuelas estratégicamente colocadas como semillas y un tallo añadido a un tocado, y ya tienes una frambuesa.

—¿Por qué ya tenías ese vestido guardado? —pregunto. Ella niega con la cabeza como si fuera algo de lo que no quiere hablar, y me quita el vaso de las manos. Me sirvo otro y doy un sorbo a la bebida ácida y amarga.

—Es algo que tenía —dice—. ¿Y tú? ¿Tenías ese pequeño conjunto colgado en algún armario?

—Es increíble lo que puede lograr un personal dedicado y entrenado —le digo.

Sonríe y bebe de su vaso, luego lo mira con una mueca.

—Es verdaderamente horrible, ¿verdad?

No puedo evitar reírme.

—No está bueno. —Miro alrededor—. Dime que no eres responsable de esta atrocidad.

—No —dice—. Recuerda, soy la asesora de actividades estudiantiles. Solo me encargo de los eventos de la Semana de Bienvenida que no tienen que ver con los profesores.

—Bueno —digo, dejando mi vaso en la mesa—. Puede que las bebidas no sean de clase mundial, pero eso no significa que no podamos pasarlo bien. —Le tiendo la mano—. ¿Podría interesarte un baile, señorita Frambuesa?

Emily deja su vaso junto al mío y toma mi mano.

—Puedes, señor Portal.

—Señor Del Portal —corrijo—. Resulta que soy *el* mánager.

Emily se ríe mientras la acompaño hacia un rincón vacío de la pista de baile. La música había sido rápida y enérgica cuando la invité a bailar, pero tan pronto como llegamos a nuestro espacio, se ralentiza. Miramos alrededor mientras las otras personas en la pista comienzan a marcharse. Ella encuentra mi mirada, y mi mente regresa a lo que la señora Hannigan dijo sobre nosotros. Todavía no entiendo exactamente de qué hablaba, pero sí sé cómo me sentí en el instante en que vi que era Emily quien estaba sentada en aquel coche bajo la lluvia. Sin dudarlo, la tomo entre mis brazos, acercándola a mí, con mi mano apoyada en la parte baja de su espalda, mientras la sostengo con la otra contra mi pecho. Emily coloca su otra mano en mi hombro, y su mano se relaja en la mía. Al mirarla desde arriba, siento que la tensión entre nosotros aumenta. En cualquier momento, podría romperse, y Emily se alejaría de mí otra vez.

—¿Dónde está la pareja de Melissa esta noche? —pregunto, intentando llenar el silencio y mantenerla cerca.

—Creo que yo soy la pareja de Melissa esta noche —dice—. No estoy siendo muy caballerosa.

—¿Qué pasó con su chico de verdad? —pregunto.

—Todavía anda por ahí —dice—. Pero siguen siendo algo informal. No puedes traer a alguien que apenas conoces a un evento del trabajo, especialmente a un baile.

—Esa es una regla que nunca había escuchado antes.

—Melissa es bastante inflexible al respecto. Creo que todo el asunto del novio por internet la decepcionó bastante y ahora intenta ser más cauta y responsable.

Volvemos a quedarnos en silencio, y me permito descansar en él. Acerco más a Emily hasta que su cuerpo se presiona contra el mío. Ella respira hondo y se acerca aún más. La canción pasa y se desvanece en otra y luego otra. Parece que está a punto de decir algo, cuando un Winnie the Pooh que parece haber pasado demasiado tiempo en el tarro de miel, se acerca tambaleándose hacia nosotros mientras llama a Emily.

—¿Charlie? —pregunta ella—. ¿Qué pasa?

—Melissa —dice él—. Creo que ha bebido demasiada sangría.

Emily se separa de mí, y corremos a través del gimnasio. Charlie nos conduce por las puertas hacia el área común principal, donde veo a Melissa sentada en nuestra mesa habitual de almuerzo, que es una de las pocas que quedan libres. Las otras contienen decoraciones y otros preparativos para el baile de mañana por la noche, pero Melissa parece haberse acomodado felizmente en el taburete familiar, y ahora descansa su cabeza sobre la mesa. Emily corre hacia ella, se sienta a su lado y rodea sus hombros con el brazo.

—¿Melissa? —la oigo preguntar—. ¿Estás bien? —Melissa no responde, y Emily la sacude ligeramente—. ¿Melissa?

De repente, Melissa se incorpora y mira a Emily.

—¿Mmm? —pregunta, aparentemente despreocupada por lo que está sucediendo.

—¿Melissa? —dice Emily de nuevo—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy genial —dice—. ¿Por qué?

—Charlie vino a buscarme —le dice Emily—. Está preocupado por ti.

—No —dice, negando con la cabeza—. No, estoy bien.

Me siento al otro lado de la mesa frente a ellas y me inclino ligeramente hacia Melissa.

—¿Qué has bebido? —pregunto.

Sus ojos se deslizan hacia mí y sonríe, con los ojos entrecerrados.

—Tú —dice—. Tú eres... guapo.

Emily se muerde el labio inferior mientras intenta no reírse.

—Gracias —digo.

—Quiero decir, como... Emily... Emily... mírale. ¿No es guapo? —Suelta de repente una risotada fuerte—. Sé que tú crees que lo es. *Sabes* que es guapo.

Miro a Emily y veo que tiene los ojos cerrados, negando lentamente con la cabeza.

—Melissa —digo, captando su atención de nuevo—. ¿Qué has bebido?

—La cosa verde con los ojos flotando alrededor —dice—. Ya sabes... la otra tiene alcojol. No quería ponerme en una posición comprometedora delante de mis compañeros de trabajo.

—Por el alcojol —digo.

—Eshasto.

Comienza a inclinarse hacia la mesa de nuevo, y Emily le da palmaditas en la espalda.

—¿Cuánto de esa cosa verde con los ojos flotando has bebido? —pregunta.

—Cinco o seis de esos vasos —dice—. Estaba bailando mucho y hacía mucho calor. —Me mira otra vez—. Caliente como *tú*.

Y eso fue todo para Melissa.

Su cabeza cae, pero afortunadamente su brazo se desliza primero, atrapando su frente antes de que golpee la mesa.

—¿Qué hacemos?

—Deberíamos llevarla a casa y dejar que descanse —digo—. No creo que esté en peligro. Tengo la sensación de que normalmente no bebe mucho, así que esto probablemente sea suficiente para hacerla dormir un rato.

El teléfono de Melissa suena, y Emily lo saca del bolsillo de sus pantalones de chándal.

—¿Hola?... Soy Emily... Sí, Melissa está aquí, pero está... incapacitada ahora mismo. ¿Quién es? ¡Ah! Um... ¿sabes dónde está esta noche?... Vale. Bueno, se ha empapado de alcohol... No, ella sola... En una mesa de la cafetería... Una uva de la ira... Genial. Gracias.

Termina la llamada y vuelve a meter el teléfono en el bolsillo de Melissa.

—¿Quién era?

—Oh, era el chico de verdad. Zach. Dijo que vendrá a buscarla en unos minutos. Solo tenemos que llevarla a la entrada de la escuela.

Tomo el brazo de Melissa que no está bajo su cabeza y lo paso sobre mi hombro antes de levantarla del taburete. Intento subirla un poco más para que quede segura, hago un gesto con la cabeza hacia la entrada de la escuela.

—Adelante —digo.

Emily se apresura alrededor de la mesa y me guía a través del área común y por el pasillo principal hasta la entrada del edificio.

Sostiene una de las puertas dobles, y yo empujo la otra con el pie, dejando suficiente espacio para llevar a Melissa sin lastimarla. Justo cuando llego a la acera, un tractor verde, remolcando un gran vagón lleno de mantas y heno, se detiene frente a nosotros. Ya nada de lo que sucede en Sunborn View me sorprende. Un hombre alto y delgado con un jersey beige, vaqueros y un sombrero de paja me mira desde detrás del volante.

—¿Está bien? —pregunta.

Asiento.

—Creo que está bien. Si duerme la borrachera, estará bien.

Zach baja del asiento y camina alrededor de la parte trasera del tractor para abrir el vagón para que pueda acomodar a Melissa dentro.

—Alguien tiene que vigilarla —dice Emily—. Si sucede algo, no debería estar sola. Iré con ella.

—No te preocupes —dice Zach—. Yo me ocuparé de ella.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Llevaré a Melissa a mi casa, la acostaré en el sofá con un cubo y un poco de refresco de jengibre, y la vigilaré. No te preocupes, Emily.

Veo que los hombros de Emily se relajan, y la preocupación profundamente grabada en su rostro desaparece.

—Gracias —dice.

Él vuelve a subir al volante.

—Nunca dejaría que le pasara nada —dice—. Nos conocemos desde que éramos niños. ¿Vosotros dos os quedáis por aquí?

Miro a Emily. Tiene los brazos cruzados alrededor de sí misma, frotándose los hombros con las manos.

—¿Emily? —digo—. ¿Quieres volver a entrar?

Niega con la cabeza.

—No. Creo que ya he terminado. Acabo de darme cuenta de lo agotada que estoy después de esta semana tan loca.

—¿Tienes tu coche?

—No —dice—. Melissa y yo vinimos con alguien. ¿Y tú?

Niego con la cabeza. Le di a mi conductor de guardia el resto de la noche libre.

—Subid —dice Zach—. Os llevaré.

Emily y yo nos subimos a la parte trasera del vagón, y ella se mueve para sentarse más cerca de Melissa. Noto que le da palmaditas en el brazo para consolarla mientras el tractor avanza alejándose de la escuela. Nuestra amiga borracha emite un sonido de arrullo contento y se acurruca más cerca de Emily. Sí, estará bien. Para cuando el tractor se detuvo frente a la casa de Emily, los ojos de Melissa estaban abiertos, y fue capaz de balbucear buenas noches. Le aseguramos que Zach la llevaría a casa y la vigilaría, y ella sonrió mientras volvía a dormirse en el heno. Emily y yo nos quedamos torpemente en la franja de césped que separa nuestras casas, ambos saludando a Zach mientras se aleja.

—Solo es algo informal, ¿eh? —pregunto.

—Al parecer solo puedes llevar a un novio real y «oficial» a una fiesta de la Semana de Bienvenida, pero Zach, el casual, es lo suficientemente bueno para recogerte de la fiesta y cuidarte mientras estás inconsciente.

—Entonces, ¿cuándo es la boda?

—Apuesto por el otoño que viene —dice.

Emily me mira con una sonrisa, y luego baja la mirada hacia sus pies.

—Supongo que me iré a casa —dice.

Comienza a cruzar el césped hacia su puerta principal, y la llamo.

—Todavía es bastante temprano —digo—. ¿Puedo ofrecerte algo un poco más apetecible que la cosa verde con los ojos flotando?

—¿Tendrá alcojol? —pregunta.

—Puede ser —digo.

Se da la vuelta y me sigue hasta mi casa. Voy al bar de mi sala de estar mientras Emily se acomoda en el sofá. Nos sirvo un vaso de bourbon a cada uno y le entrego uno, luego me dejo caer en el suave cojín del sofá junto a ella. Cada uno toma un sorbo, y ella deja escapar un suspiro.

—Está delicioso —dice.

—Es uno de mis favoritos —le digo—. He estado pensando en tomar una copa desde que mencionaste la nata montada con bourbon en el pastel de calabaza ganador.

—Todavía creo que eso debería considerarse como soborno a los jueces —dice—. Voy a solicitar que pongan un asterisco junto a su nombre en el anuario.

—Creo que es un movimiento válido —bromeo—. No querrás que pase a la historia de la Semana de Bienvenida con una victoria manchada. La gente merece saberlo.

Sonríe, luego respira hondo, se acaba el resto del bourbon y coloca su vaso sobre la mesa frente a ella. Emily gira su cuerpo y me mira directamente a los ojos.

—Vale. Me engañó —dice sin rodeos—. Me preguntaste qué pasó con mi matrimonio. Eso es todo. Ese cabrón me engañó.

—De acuerdo —digo—. ¿Solo eso?

—No —dice.

—¿Quieres contarme el resto?

—No.

—¿Quieres otro bourbon?

—Sí.

Relleno su vaso y toma un sorbo, luego mira fijamente dentro de él como si estuviera esperando que le revelara los misterios del

universo.

—Me mintió —dice—. Me hizo pensar que era alguien que no era, luego me convenció de que necesitaba cambiarme a mí misma para estar casada con él. Me resistí. Él presionó más fuerte. Cedí. Comenzó a engañarme. Esa es la versión abreviada del Salsa Rosa.

—Qué tremendo idiota. Probablemente no quieras más comentarios al respecto, pero esa es mi opinión.

Emily me sonríe.

—Agradezco esa opinión. —Toma otro sorbo—. ¿Cuáles son tus planes ahora que la semana de Bienvenida ha terminado? Sé que planeabas estar con tus hermanos, pero como no pudieron venir, ¿ha cambiado algo?

—No —digo—. Todavía tengo que volver a la oficina el lunes. Tengo dos nuevos clientes que están pasando por las etapas iniciales de sus experiencias, y estoy terminando con otros también.

—¿Etapas iniciales? —pregunta.

—Cuando alguien quiere ser mi cliente por primera vez, se pone en contacto con la sede central, que opera a aproximadamente una hora de aquí. Primero, hablan con mi equipo de admisión, y el equipo decide cuál de nosotros debería encargarse de ese cliente en particular. Cada uno tiene sus propias especialidades, y si el cliente está dispuesto a viajar y quiere obtener la mejor experiencia por su dinero, que suele ser una cantidad considerable, hará que elijamos al hermano que mejor se adapte a su lista. A veces, solo quieren tachar una experiencia de su lista, o tienen un plazo corto, o no quieren viajar. Si eso sucede, los conectamos con el hermano que está geográficamente más cerca. A veces, incluso viajamos hasta ellos.

—¿Y después de eso?

—Después del proceso de admisión, si el equipo ha decidido que soy el conserje adecuado, hacen que el cliente rellene algunos formularios. Hago muchas preguntas para ayudar a la persona a

aclarar realmente lo que quiere y tener una idea de ellos como individuos. A veces, no tienen ni idea, y es mi trabajo ayudarles a averiguarlo. Una vez que hemos definido su lista de deseos, comenzamos a hablar de logística. Ahí es donde puede complicarse muchísimo, especialmente para los clientes que tienen listas largas o diversas. Algunos quieren cosas que requieren una cantidad indecente de planificación y preparación. Tenemos que encontrar lugares, conseguir artículos específicos y, a veces, pasar por mucha burocracia para obtener permisos y revisiones para asegurarnos de que todo sea legal y seguro. Si están dispuestos a arriesgarse y pagar por ello, por supuesto, voy a darles la mejor experiencia posible. Esa es mi principal prioridad. Mantener a mis clientes felices y asegurarme de que mi negocio siga siendo un éxito.

Capítulo Nueve

Emily

—¿No es un poco triste trabajar con personas en sus listas de deseos? —pregunto—. ¿No estás constantemente pensando en el final de la vida de esas personas y en todo lo que nunca podrán lograr?

—No, la verdad es que no —responde Adam—. No creo que una lista de deseos tenga que estar necesariamente relacionada con la muerte. De hecho, creo que nuestro trabajo puede ser increíblemente afirmador de la vida. Cuando trabajo con estas personas para conceptualizar sus mayores sueños y sus aspiraciones más increíbles, no estoy pensando en sus muertes o en que se les acaba el tiempo. Estoy pensando en cómo puedo ayudarles a *vivir* y experimentar todos esos increíbles deseos no expresados en sus corazones y mentes. Quiero decir, he trabajado con personas a las que no les quedaba mucho tiempo. Ha habido clientes que se han puesto en contacto conmigo justo después de recibir un diagnóstico horrible, y solo les quedaban unos meses, o incluso unas semanas, y querían irse con un gran final, por así decirlo. Pero incluso esas no son experiencias tristes. Fueron alegres y llenas de emoción. Parte de la razón por la que amo tanto mi trabajo es porque puedo tener todas estas maravillosas experiencias que nunca habría tenido si no estuvieran en la lista de alguien.

—¿Cómo decidiste hacer algo así? —pregunto—. Nunca antes había oído hablar de un conserje de listas de deseos.

Tomo otro sorbo del rico y suave bourbon. El líquido ahumado se desliza por mi garganta y calienta mi cuerpo.

—Yo tampoco —dice Adam—. Por eso me metí en esto. En realidad, no fue mi idea. Cuando era adolescente, mi tío abuelo Spencer se metió en la cabeza que se estaba muriendo. No sé si un médico le dijo realmente que algo iba mal, o si tuvo un amigo al que le diagnosticaron algún tipo de problema de salud, y él tenía algunos

de los mismos síntomas, así que se auto diagnosticó. También podría haber sido porque era más viejo que Matusalén y pasó la mayor parte de su vida alimentándose de bourbon, puros y beicon, pero estaba sano como un caballo, y pensó que podría estar tentando a la suerte. No sé exactamente qué pasó que le convenció de que se estaba muriendo, pero era todo en lo que pensaba. Spencer nunca fue la persona más convencional de nuestra familia. Creo que esa es la mejor manera de expresarlo. Era impredecible y excéntrico. También tenía más dinero que muchas pequeñas naciones, y ninguna esposa o hijos en los que gastarlo. Una mente creativa e inteligente combinada con un capital prácticamente ilimitado puede ser algo extraordinario. A veces extraordinariamente desastroso, pero no siempre.

—¿Y esa vez?

—Afortunadamente, no hubo ningún desastre. Pero había una lista de deseos que parecía haber sido escrita en un pergamino. Aunque Spencer había visto y hecho más de lo que yo podría imaginar, de repente decidió que no era suficiente. De la nada, había creado una lista interminable de aspiraciones. Algunas eran muy fáciles, pero había otras que ni siquiera él pudo descubrir cómo hacer. Le acompañé en bastantes de estas aventuras, y durante una, mencionó lo fácil que sería si alguien más pudiera encargarse de toda la organización por él.

—Y, ¿qué pasó con tu tío abuelo Spencer? —pregunto.

—Oh —dice Adam, estirándose para llenar su vaso de nuevo con bourbon—. Vivió varios años más y aumentó su consumo de beicon a casi medio kilo al día. Completamos toda su lista y añadimos algunas cosas extra solo por si acaso. Pero me inspiré en lo que había dicho. Tenía mucho sentido para mí. Una cosa es tener un gran objetivo o algo increíble que quieres hacer. ¿Intentar organizar los detalles y realmente lograrlo? Esa es una historia completamente diferente. Hay organizadores de fiestas, planificadores de bodas, e incluso planificadores de funerales. ¿Por qué no planificadores de listas de deseos? Cuando Spencer finalmente falleció, nos dejó su

patrimonio a mis hermanos y a mí. Acabé usando una buena parte de mi herencia para comenzar DreamFactory, y ha crecido a partir de ahí.

—Eso es increíble, y muy inspirador. No tenía ni idea. —Me doy cuenta de que estoy profundamente conmovida por lo que Adam me está contando, y el aleteo en mi pecho no es solo el bourbon—. Mencionaste antes que cada uno de vosotros tiene sus especialidades. ¿A qué te referías?

Escucho mientras Adam explica cómo cada uno aprovecha sus puntos fuertes y todo lo que los hermanos Conway poseen como parte del negocio. La lista de estadios deportivos, animales, coches, lugares para eventos y otras innumerables cosas es abrumadora. Es un mundo que ni siquiera puedo empezar a comprender, y no puedo evitar preguntarme si llenan sus vidas con juguetes caros porque les falta algo más.

Tomo otro sorbo de mi bebida antes de deslizarme un poco más cerca de Adam en el sofá. Mis zapatos se han caído a estas alturas de la noche, y aflojo el lazo de mi capa.

—Cuéntame sobre algunas de las cosas que los clientes te piden hacer —le pido—. Me imagino que la mayoría de las personas con las que trabajas son ricas, así que las cosas que solicitan tienen que ser bastante extravagantes.

—A veces —dice Adam—. Pero no siempre. Sorprendentemente, algunas de las cosas que quieren son realmente directas y simples. Con algunos clientes, funciono más como un agente de viajes que como un conserje. Quieren ver algo específico que les conmovió en un libro o una película, o quieren ir a un lugar del que su familia hablaba cuando eran más jóvenes, pero no saben cómo encontrarlo u organizar los detalles. También están los que son como el tío abuelo Spencer, que tienen demasiado dinero y tiempo libre. Algunas de las cosas que piden hacer son grandiosas solo por serlo. Nadie ha llegado nunca al último día de su vida y ha pensado: «Desearía haber pasado más tiempo cubierto de pan de oro, posando como

una estatua en un museo de arte» o «Lamento profundamente no haber nadado entre una manada de hipopótamos enfadados».

—No puedes hablar en serio.

—Eso imaginarías. Luego están los que quieren demostrar algo. Piensan en la cosa más peligrosa o extenuante, y esa es su petición. Por supuesto, siempre actúan como si fuera fácil y sencillo, o incluso insinúan que ya lo han hecho, así que no hay necesidad de preocuparse. Creo que muchas veces, estas personas solo quieren que alguien les diga que no pueden hacerlo, para no tener que hacerlo. Esperan venir a mí con esta idea, y que yo diga que es imposible, o que no estoy dispuesto a pasar por el esfuerzo de ayudarles, o de hacer la tarea yo mismo. De esa manera, siempre pueden decir que había algo enorme que querían hacer, pero nunca pudieron intentarlo porque no pudieron conseguir que los detalles salieran bien. Quieren poder mirarme a mí, o a Jake, Terry, Frankie o Luke (con quien acaben) y convencerse a sí mismos de que son más fuertes y valientes que nosotros. Les hace sentir bien. Entonces terminamos aceptando ayudarles, y las cosas se ponen bastante complicadas después de eso.

—Hablando de complicado —digo—. ¿Alguna vez recibes peticiones extrañas? Como, ¿cosas que realmente te ponen los pelos de punta o te hacen pensar que la persona que las pide está mal? ¿Les preguntas por qué quieren hacer algo?

—Por supuesto que les pregunto por qué quieren hacerlo. No puedo planificar la mejor experiencia para ellos si no puedo entender por qué significa tanto para ellos y qué quieren obtener de ello. Pero intento no cuestionar nunca a mis clientes.

—¿Por qué?

—No me corresponde a mí decidir qué es significativo para alguien, o qué va a importarle en su vida. Así que trato de no cuestionar lo que quieren, a menos que sea obviamente ilegal, violento o inexcusablemente desagradable. En cuyo caso, los remito a Luke.

No puedo evitar reírme. *Pedante.*

—Desde mi punto de vista —continúa—, no sé por lo que estas personas han pasado, o qué les ha llevado a este punto. Puede que no entienda por qué alguien quiere hacer algo, o por qué tendría un impacto en su vida, pero eso no importa. Siempre y cuando no haya repercusiones negativas en su lista, es mi trabajo hacer que ocurra.

Hablamos durante lo que parece horas. Adam me cuenta historias sobre sus clientes mientras yo le pongo al día sobre lo que ha sucedido en los años que hemos estado separados. Me doy cuenta de que he seguido deslizándome lentamente por el sofá hacia él, y de repente, estamos a solo unos centímetros de distancia. Adam gira su cuerpo para mirarme, y ambos tenemos un brazo apoyado en el respaldo del sofá, abriendo nuestros cuerpos el uno hacia el otro. Mientras habla, me doy cuenta de que puedo sentir su aliento sobre mí, y respiro su olor. Es diferente a la última vez que estuve tan cerca de él. Su colonia es cálida y especiada, y enciende una necesidad en mí, justo como lo hizo hace tantos años. Pero esta vez, es el olor de su cuerpo, su piel y su cabello lo que hace crecer ese rescoldo en un deseo que lo consume todo. El chico que yo quería se ha convertido en un hombre, y mi cuerpo le responde como una mujer.

Sigo la atracción en mi pecho que he estado tratando de negar desde que me encontró tirada en la carretera y me inclino hacia él. Adam responde sin vacilación y me encuentra a medio camino. Me derrito en su beso y dejo que él tome el control. Mis ojos se cierran y siento su mano posarse en mi rodilla y deslizarse por mi muslo hacia mi cadera. Su agarre se aprieta, y me atrae más hacia él. Su boca se abre más, atrayéndome más profundamente, y su lengua se desliza sobre la mía. Siento una oleada de emoción y retrocedo, alejándome. Adam se endereza y yo aparto la mirada, mientras desvío mi atención lejos de él para intentar recuperar el control sobre mis pensamientos y mi cuerpo.

¿Qué demonios me pasa?

—¿Qué? —pregunta él—. ¿Qué pasa?

—Nada —digo—. No puedo hacer esto.

—¿Por qué no?

Lo miro de reojo otra vez. Se quitó la gorra cuando llegamos a su casa y abrió el botón superior de su camisa, pero todavía lleva esos pantalones azul marino y la hebilla del cinturón con forma de vaca. ¿Cómo sigue siendo tan sexy?

Mis ojos arden con lágrimas inesperadas, y parpadeo para alejarlas antes de que caigan.

—Debería haber dicho que no cuando tenía dieciocho años —digo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Cuando te acercaste a la heladería y pediste verme después de mi turno, debería haber dicho que no. Y no debería haber seguido. El segundo día que apareciste, debería haberte dicho que estaba ocupada. Ojalá hubiera evitado que llegáramos tan lejos como lo hicimos.

—¿Por qué? —pregunta Adam—. Pensaba que pasamos dos semanas increíbles juntos.

—Así fue, pero me hice una promesa a mí misma —explico—. Me comprometí a no tener distracciones durante el último verano antes de la universidad. Iba a trabajar tanto como pudiera e intentar estudiar y adelantarme en mis clases. Eso era todo lo que se suponía que debía hacer. Me había apartado de todo y de todos los que me mantendrían alejada de mis objetivos. Eso significaba nada de fiestas, nada de chicos, nada. Pero no pude resistirme a ti. Cada día pensaba en ti desde el segundo en que me despertaba, preguntándome si ibas a aparecer ese día, y qué íbamos a hacer juntos si venías. Cada vez que llegabas a la tienda, me sentía tan feliz, y cada día que pasábamos juntos rompía un poco más mi determinación. Llegó un momento en el que no pude detenerme más. Rompí esa promesa que me hice a mí misma, y mi corazón se rompió por ello.

—Lo sé —dice Adam—, y desearía poder cambiar eso. Desearía que no tuviera que ser así.

—Eso es lo que pasa, Adam. No tenía que ser así. Realmente no tenía que ser así. Debería haberme alejado antes de verme desbordada. Te había deseado durante tanto tiempo. Cuando finalmente sentí que tú también te fijabas en mí, no pude evitarlo. Todo lo que siempre había esperado iba a suceder. Me estabas mirando y hablando. A *mí*. No a alguien que casualmente estaba en el mismo espacio que tú. No solo a la amiga de tu hermano pequeño. Realmente te fijaste en mí.

—Siempre me había fijado en ti, Emily —dice Adam—. Te lo dije. Pero eras muy joven.

—Seguía siendo joven, Adam. Incluso ese primer día, me dije a mí misma que era agradable pasar ese tiempo contigo y ponernos al día, pero nunca podría ser nada más que eso. Necesitaba seguir adelante. Luego volviste y fuimos al parque acuático. ¿Te acuerdas de eso?

—Claro que me acuerdo. Nos divertimos mucho, y te convencí para que bajaras por todos los toboganes otra vez.

—Me estaba enamorando perdidamente de ti, Adam. Tan pronto como me besaste, tan pronto como sentí tus manos en mi cuerpo, simplemente *supe* que estábamos destinados a estar juntos. Que mi enamoramiento había sido acertado desde el principio. Todo un nuevo mundo se había abierto en mi mente, y luego, en el siguiente segundo, se acabó. Te fuiste, y me dejaste sola y confundida.

Adam suspira.

—Lo siento, Emily. No debería haber terminado las cosas de esa manera.

—Eso es precisamente. No es tu culpa que yo me sintiera así. No es tu problema que me enamorara tanto de ti. Debería haber sido lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que tenías un futuro brillante y prestigioso por delante, y que no lo ibas a cambiar por una adolescente del lado equivocado de la ciudad con la

que te divertiste durante un par de semanas al final del verano. Fue tonto por mi parte pensar así.

—Nunca te vi de esa manera, Emily. Nunca. Lo siento si te hice sentir así, pero esa no era mi intención.

—Te alejaste de mí como si no te importara una mierda —digo—. No hubo ni un segundo de duda, ni siquiera la pretensión de querer mantener el contacto conmigo.

—¿Habrías preferido eso? —pregunta.

—Me hubiera gustado no estar allí en el porche viéndote marchar como si no pudieras esperar a alejarte de Sunborn View, y de mí. Me hubiera gustado sentir que importaba, que yo te importaba.

—Tú sí me importabas —insiste—. Te dije que no debería haberlo hecho así. Debería haber encontrado otra manera, pero pensé que estaba haciendo lo correcto. Nunca fuiste mía. Pero no pude resistirme a ti. No quería alejarme de ti ese día, y si hubiera sabido que sería la última vez que te vería en diez años, no lo habría hecho. No quería interponerme en la vida que querías, por la que habías trabajado tanto. Sabía por todo lo que habías pasado y lo orgullosa que estabas de tus logros. No podía interponerme en tu camino, y me negaba a retenerte.

—Alejarte como si no te importara fue uno de los peores momentos de mi vida —admito—. Sentí como si acabaras de demostrar todo lo que la gente decía para tratar de mantenerme abajo.

—Eso no era para nada lo que yo quería. Lo decía en serio cuando dije que esperaba que nos encontráramos de nuevo —dice.

—Pero nunca hiciste nada para intentar que eso sucediera. Nunca te pusiste en contacto conmigo. Solo seguiste con tu vida como si yo nunca hubiera sido parte de ella.

—Te lo dije, no quería interferir porque ibas a ir a la universidad y apenas estabas empezando tu vida. Tú tampoco te pusiste en contacto conmigo.

Resoplo.

—¿Hablas en serio? ¿Después de estar allí en el porche pensando que habías venido a llevarme contigo, pero en realidad era: «Me voy, que te vaya bien»? Después de *eso*, ¿crees que me pondría en contacto contigo? Me rechazaste. No iba a perseguirte ni a convertirme en una de esas personas patéticas que no pueden olvidarlo. Cuando cortaste los lazos conmigo y... —dudo, y luego me levanto. Mis puños se aprietan suavemente a mi lado mientras intento controlarme—, tiene que seguir así.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Adam, levantándose para enfrentarme—. Quizás empezamos mucho antes de lo que debíamos, y probablemente debería haberme dado cuenta. Pero ahora, hemos encontrado nuestro camino de vuelta el uno al otro.

—No, no lo hemos hecho. Tú no estás realmente aquí. Tienes una vida en otro lugar y, como dijiste, tu máxima prioridad es el negocio y encontrar el éxito. Yo encontré mi camino de vuelta aquí, pero fue porque tuve que empezar de nuevo. Me estrellé y me quemé en el mundo exterior, y ahora estoy de vuelta aquí, tratando de recomponerme. Vine para un nuevo inicio, no para volver a estar donde estaba antes. Me hice una promesa a mí misma entonces, e hice una nueva cuando volví. Esta vez, no la romperé.

Empiezo a caminar hacia la puerta, pero Adam me llama.

—Emily, espera.

Me doy la vuelta para enfrentarme a él.

—¿Sabes qué es peor, Adam? Si hubieras sido honesto conmigo, esto nunca habría pasado.

Me doy la vuelta de nuevo, y en un instante, siento a Adam de pie detrás de mí. Jadeo al sentir su cuerpo acercarse detrás del mío. Apoya sus caderas contra mí para que no pueda confundir el bulto duro de su erección. Su boca se acerca a mi oído, y su lengua se detiene brevemente sobre mi lóbulo antes de hablar en un susurro bajo y áspero.

—Si quieres saber lo que pienso y siento, entonces seré muy *claro* contigo. Te deseo, Emily. No he dejado de desearte. Quiero inclinarte sobre ese sofá, subirte esa faldita y follarte hasta que te corras. Pero no lo voy a hacer. Todavía no. No haré nada hasta que tú lo digas. Cuando lo hagas, gritarás mi nombre tan fuerte que nadie en la isla tendrá ninguna duda de dónde estoy y con quién estoy.

Me da un beso en el cuello y se aparta. No confío en mi capacidad para darme la vuelta y mirarlo. En cambio, atravieso corriendo su casa, salgo por la puerta y no me detengo hasta que vuelvo a casa y me meto bajo un chorro de agua caliente en la ducha.

Pongo la ducha a la temperatura más alta que puedo soportar, me doy la vuelta y dejo que el agua caiga sobre mí. Las palabras de Adam han penetrado en lo más profundo de mi ser y han encendido las emociones que allí ardían. Lleno mis manos de champú y me lavo el pelo, pero mi mente algo embriagada transforma la sensación de mis dedos entre los mechones en los dedos de Adam. Me imagino que hunde sus dedos en mi pelo y me atrae hacia él para besarme.

Mi mente se llena de imágenes de Adam explorando mi cuerpo y deslizando su lengua por el agua que se acumula en mi pecho y se desliza por mi piel. Separo los muslos, dejando que parte del agua se deslice hacia abajo, provocándome. Mi cuerpo ya está respondiendo a la sensación y a la vívida fantasía que se desarrolla en mis pensamientos. Siento que me pongo caliente y húmeda, y la necesidad se vuelve más intensa. Adam despertó esta parte de mí hace más de diez años, y no puedo negar el anhelo que siento por él ahora. Se tensa en la parte baja de mi vientre, y paso la mano por encima, deslizándola más abajo hasta que mis dedos bajan sobre mi clítoris.

Quiero inclinarte sobre ese sofá, subirte esa faldita y follarte hasta que te corras.

Repetir esas palabras en mi mente hace que mi coño palpite de deseo. Quiero que Adam haga exactamente eso. Cojo el cabezal de la ducha y pongo el agua en el pulso más fuerte. Mantengo los ojos

cerrados y me concentro en mi imagen mental del magnífico cuerpo de Adam. Paso el agua pulsante sobre mi pecho durante unos segundos y luego la bajo hasta mi vientre. Mis músculos tiemblan de anticipación, y separo más las piernas. El agua corre en pequeños riachuelos entre mis muslos y dejo escapar un suspiro. Pasando mi dedo por mis pliegues otra vez, me abro al agua. Los pulsos casi instantáneamente me hacen caer de rodillas, y doy un grito, mordiendo con fuerza mi labio inferior para recuperar el control. Muevo el cabezal de la ducha en pequeños círculos, imagino el pene grueso y duro de Adam llenándome mientras el agua me masajea. Grito cuando la imagen de Adam follándome sobre su escritorio, con mi cuerpo completamente abierto a él, me lleva al límite, y lentamente me dejo caer al suelo de la ducha.

****

A la mañana siguiente...

Las palabras de Adam me mantienen despierta casi toda la noche, y acababa de quedarme dormida cuando mi teléfono vibra en la mesita de noche. Lo agarro y me doy la vuelta para mirar la pantalla. Su brillo parece explosivo contra mis ojos cansados, pero me animo cuando veo el mensaje de texto de Adam.

«Estoy en tu puerta».

Me levanto de la cama y meto los pies en las gruesas y peludas zapatillas que siempre tengo esperándome. Me pongo mi bata blanca de felpa e intento arreglar mi pelo para que parezca algo normal mientras bajo las escaleras y atravieso la sala hasta la puerta principal. No es hasta que estoy de pie frente a ella que me doy cuenta de que llevo unas zapatillas y una bata que me hacen parecer un oso polar envejecido. Sin maquillaje y con el pelo que no me molesté en trenzar como suelo hacer antes de acostarme, completan la atrocidad. Sin embargo, él ya sabe que estoy aquí. No es como si pudiera tomarme el tiempo de subir y arreglarme.

Mira el lado positivo. Quizás su reacción a este aspecto reforzará mi decisión de mantenerme alejada de él.

Me cierro bien la bata y abro la puerta lo justo para mirar hacia fuera, manteniendo mi cuerpo oculto detrás de la puerta.

—Hola —digo torpemente.

Observo que Adam ya está completamente vestido y parece descansado. Incluso con energía.

Cabrón.

—Hola —dice. Levanta mi capa del disfraz—. Te la dejaste en mi casa.

La cojo.

—Gracias.

—Voy de vuelta a la oficina —dice—. Probablemente no volveré hasta justo antes de Acción de Gracias. Después pasaré la mayor parte de las vacaciones aquí. Las próximas dos semanas van a estar bastante ocupadas, y viajaré mucho, así que puede que no sea fácil ponerse en contacto conmigo.

—De acuerdo —digo—. Seguiré repasando la lista que hicimos. Pero siendo sincera, no estoy segura de cuánto progreso voy a poder hacer. Tú sigues encargándote de los elementos más importantes, y los detalles menores tendrán que esperar hasta mucho más cerca de la fecha del evento.

—Lo sé —dice—. Solo haz lo que creas que debe hacerse. Tengo algunas cosas en marcha, y cuando regrese, hablaremos de ellas. Que pases unas buenas semanas.

—Tú también —digo.

Empieza a alejarse, pero me obligo a dar un paso adelante y lo llamo para detenerlo.

—Adam, espera. —Se gira para mirarme. Mi estómago está revoloteando, y el calor sube por la parte posterior de mi cuello, pero tengo que decirle esto. No quiero más arrepentimientos entre nosotros—. Solo quería decir que lamento lo de anoche. Quería contarte sobre Dex porque me lo habías preguntado, pero no

pretendía que se descontrolara así. No estaba pensando con claridad. Creo que pude haber tomado *un poco* demasiado bourbon.

Me mira durante un instante, considerando lo que he dicho, luego da un paso adelante y me da un beso en la frente. Mueve su boca hacia un lado para que, cuando susurra, sus labios rocen mi oreja.

—Yo no. Y cada palabra que dije la dije en serio.

Capítulo Diez

Emily

Tres días antes de Acción de Gracias...

No he podido dejar de pensar en Adam desde que se marchó. Ya no existe esa sensación de vacío o dolor que solía haber, y aunque estoy intentando con todas mis fuerzas mantenerme firme en mi convicción de dejarlo en el pasado, donde pertenece, me está costando mucho. Parece que mi corazón, mi mente y mi cuerpo no consiguen ponerse de acuerdo sobre lo que sentimos por él. Sinceramente, estoy empezando a perder la paciencia con mi propia indecisión.

Solo faltan unos días para Acción de Gracias, todos están preocupados con sus planes para las fiestas y emocionados por los días libres del instituto. Tanto profesores como alumnos hablan sobre las familias que visitarán y las tradiciones que les esperan con impaciencia. Es otro recordatorio de que, a menos que Alice pueda hacer el viaje milagrosamente, solo seremos mamá y yo durante las fiestas. Sé que mamá aún mantiene la esperanza, pero solo faltan tres días y no hay una respuesta definitiva de Alice, estoy segura de que seremos solo nosotras dos para Acción de Gracias. No es el primero sin papá, pero cada año parece como si lo fuera. Esa sensación de que algo falta nunca desaparece, y no ha mejorado, aunque el dolor parece estar disminuyendo un poco. Echo de menos llenarle un plato con sobras una hora después de la cena de Acción de Gracias y llevárselo mientras veía el partido de fútbol en su sillón favorito. Debería ser algo bueno, pero lo siento como otra pérdida.

Después de varios días de lamentarme y temiendo las próximas fiestas, me desperté esta mañana con una nueva determinación para no sentirme así nunca más. Ya sea que tengamos una familia de treinta personas viniendo a festejar con nosotras, o si estamos solo nosotras dos comiendo pavo frente al televisor viendo películas cursis navideñas, sigue siendo Acción de Gracias. Estoy decidida a

hacerlo lo más significativo posible, especialmente porque este es mi primer Acción de Gracias de vuelta en Sunborn View. Mientras la semana escolar llega a su fin, intento centrarme en los planes para la celebración. En mis días de malhumor, no había pensado en salir a comprar un pavo, pero afortunadamente mamá se adelantó y guardó uno en el congelador, lo que me ahorra una búsqueda del último pavo disponible. Ahora solo es cuestión de preparar el resto del menú. Mamá no sabe que por un momento consideré ignorar toda la festividad e invitarla a comer pizza. No tengo intención de contárselo. Ya está lo suficientemente preocupada por no ver a Alice como para tener que lidiar también con mi egoísmo.

Hoy ha sido mi última clase con mi grupo de último curso antes de las vacaciones, y pensaron que sería divertido hacerme pavos con huellas de manos en cartulina y pegarlos por las paredes del teatro. Estoy despegándolos con cuidado —tengo toda la intención de convertirlos en un álbum de recortes— cuando oigo una voz detrás de mí que me provoca un escalofrío por todo el cuerpo, aunque desearía que no fuera así.

—Hola, Emily.

Me giro, apretando los pavos contra mi pecho en mi fallido intento de parecer casual e indiferente. Adam está frente a mí con un traje elegante y perfectamente a medida que acentúa su cuerpo musculoso y desprende poder y éxito. Mis rodillas flaquean y, por un segundo, no consigo hablar. Para nada es la reacción que quería tener. Logro esbozar una sonrisa.

—Hola, Adam. Bienvenido otra vez.

Sonríe, y veo un atisbo de agotamiento detrás de esa expresión.

—Han sido un par de semanas largas —dice—. No sé si quiero volver a ver una bola de nieve en mi vida.

Me río.

—Oh. Bueno, supongo que ya es mala suerte que se acerque la temporada de Navidad, entonces. Eso podría hacer que tu prohibición de bolas de nieve sea un poco más complicada. Te

sugiero que te mantengas alejado de las tiendas de regalos, y prácticamente de cualquier casa donde viva alguien mayor de cuarenta años.

—Estoy pensando en conseguir un par de esas anteojeras que llevan los caballos —dice—. Quizás me vende los ojos y consiga un asistente que me guíe durante el resto del año. ¿Crees que podría iniciar una campaña social? ¿Concienciación sobre las bolas de nieve?

—Mmm —digo, volviendo a despegar el resto de la bandada de pavos—. No estoy segura. Creo que prácticamente todos ya han elegido su bando.

—Es una pena —dice. Se acerca a mi lado y mira los pavos—. ¿De qué va todo esto? —pregunta.

—Mi clase de último curso pensó que el teatro necesitaba algo de espíritu festivo —digo—. Estos estaban aquí cuando llegué al instituto esta mañana.

—Pensé que parecían un poco grandes para manos de niños de preescolar —dice Adam.

Le sonrío.

—¿Ya han llegado tus hermanos?

Niega con la cabeza, pero no parece tan preocupado como antes de la Semana de Bienvenida.

—No —dice—, pero están de camino. Esta vez, sé con certeza que van a llegar.

—¿Y cómo es eso? —pregunto.

Despego el último pavo y empezamos a caminar hacia la sala de profesores.

—Porque... envié conductores a cada una de sus casas para recogerlos, y un avión para traerlos a todos.

—Así que, básicamente, los has secuestrado.

—Secuestro es una palabra muy dura —responde—. Prefiero pensar que les quité todo el estrés y las molestias de tener que tomar más decisiones en sus vidas ya extremadamente ocupadas.

—Ah —digo—. Muy considerado.

—Eso pensé. En realidad, están deseando venir. El único que opuso resistencia fue Frankie, y solo porque nunca quiere dejar a sus animales con nadie más. Tiene una casa más cerca de la civilización, pero casi nunca está allí. Le gusta estar en medio de la nada cuidando vacas, montando a caballo y... no sé, ¿recogiendo manzanas?

Entramos en la sala de profesores, y guardo los pavos en mi taquilla.

—Eso está bien —digo—. Es bueno saber que encontró algo que realmente le gusta.

—Sí —dice Adam con un asentimiento—. También es bueno en ello. Y es un departamento increíblemente exitoso de la empresa. Te sorprendería la cantidad de personas que sueñan con jugar a ser vaqueros o trabajar en una granja.

—Entonces, ¿estás emocionado por Acción de Gracias? —pregunto—. ¿Tenéis una cena tradicional y todo eso con tus padres?

—Tengo ganas —dice—. Será agradable estar todos juntos, y nunca he conocido una cucharada de relleno que no me guste.

Toma mis manos y las guía hasta ponerlas sobre sus hombros, luego baja sus manos a mi cintura.

—¿Y tú? —pregunta, su voz profundizándose ligeramente—. ¿Estás emocionada por Acción de Gracias?

Mi cerebro ha sido oficialmente superado en número y se ha rendido sin luchar.

Dejo que mis manos se deslicen por los músculos de sus hombros mientras asiento.

—Lo estoy —digo—. Voy a pasar todo el día cocinando, y Alice podría venir.

—Bien —dice. Me acerca un poco más—. ¿Y por qué estás agradecida este año?

Mi estómago se contrae, y un escalofrío recorre mi cuerpo para asentarse justo entre mis piernas. Me humedezco los labios y empiezo a responder, pero un vistazo a alguien parado más allá de la puerta de la sala detrás de Adam llama mi atención.

—¿Dex?

El cuerpo de Adam se tensa, y su expresión cambia. Entrecierra los ojos mirándome.

—Bueno, esa no es exactamente la respuesta que esperaba —dice.

—No —digo, negando con la cabeza y señalando hacia la puerta —. Dex. Es él. Está aquí.

Adam se gira y mira hacia donde estoy señalando.

—¿Eso es tu ex marido? —pregunta, con una expresión de incredulidad en su rostro.

Le miro con enfado durante un segundo.

—Gracias por *eso* —digo.

—¿Recuerdas que dije que es un maldito idiota? —pregunta Adam.

—Sí.

—Voy a modificar eso. Es el hombre con más suerte que ha pisado jamás este planeta *y* un maldito idiota.

Con esas palabras en mente, me giro para mirar a Dex de nuevo. Siempre pensé que era guapo, e incluso impresionante a su manera. Al principio de nuestra relación, al menos. El tiempo le ha pasado factura, al igual que las cenas de microondas y las sopas enlatadas que su actual esposa *Mandy* le proporciona a diario. Solo pensar en Mandy y su nombre odioso me dan ganas de vomitar. No me había

dado cuenta por completo de lo mucho que había cambiado hasta ahora. Dex siempre insistía en mantener su pelo lo suficientemente corto como para que casi se confundiera con un estilo militar, lo cual no era casualidad. Ahora, la calva brillante en medio de su cabeza parece un grave error de su barbero. Su piel parece cetrina y tiene una apariencia general de... *ugh*.

No me atrevo a mirar a Adam. Comparar a los dos sería muy cruel.

—¿Pero qué demonios hace él aquí?

En ese momento, Dex se da la vuelta y me ve. Debe haberme oído.

Mierda.

Su rostro se ilumina y extiende los brazos mientras corre hacia mí. Adam se coloca delante de mí, y veo que la expresión de Dex decae.

—¿Emily? —dice—. Emily, soy yo.

—Sé quién eres, Dex. Estuve casada contigo durante tres años. Ya sabes, antes de que me engañaras, me mintieras y me jodieras la vida.

Dex intenta aparentar tristeza y arrepentimiento lo mejor que puede.

—Siento mucho haberte hecho eso, Emily.

Sí, claro.

—¿Sabes? Es la primera vez que dices que lo sientes.

—Y lo diré mil veces más si eso es lo que hace falta para que me perdones.

—¿Perdonarte? —me burlo, saliendo de detrás de Adam ahora que veo que Dex no supone ninguna amenaza excepto para su propia dignidad—. ¿Quieres que te perdone?

—Sí —dice Dex con una nota distintiva de desesperación en su voz—. Vengo a ti en esta temporada de Acción de Gracias suplicando

tu perdón y que me aceptes de nuevo. Así como los peregrinos se aventuraron en el vasto mar abierto para encontrar una nueva tierra que los acogiera y les diera un hogar, yo he emprendido mi propio viaje. He tomado la convicción de mi corazón y me estoy lanzando a tus costas seguras, pidiéndote que me aceptes como tuyo otra vez. Por favor, Emily. ¡Dame algo por lo que estar agradecido!

Oh, Dios mío, ¿cuánto tiempo habrá estado practicando ese discurso?

—Por favor, nunca vuelvas a referirte a lanzar nada sobre mí o mis costas —respondo secamente.

—Emily, por favor, ¿no podemos ir a algún sitio para hablar de esto?

—No, Dex. ¿Cómo me has encontrado siquiera?

—Pregunté por ti. Trabajé incansablemente para encontrarte y poder llevarte a casa.

—Bueno, en realidad no fue un gran acto de imaginación venir al pueblo donde crecí —digo—. Bien. Ha sido encantador ponernos al día, pero no puedes estar aquí.

—¿Por qué?

—Para empezar, hay clases, y no puedes pasearte por un instituto. Para continuar, esto es una sala de profesores. Es solo para profesores.

Dex lanza una mirada de disgusto a Adam.

—¿Y él qué enseña? ¿Cómo ser un bruto enorme?

—Estudios avanzados —responde Adam sin pestañear.

Dex le mira solo durante un segundo, antes de volver sus ojos suplicantes hacia mí.

—Por favor, Emily. Tienes que volver conmigo. Estoy perdido sin ti. Mi vida, mi corazón y mi hogar están vacíos.

—¿Y qué hay de tu nueva esposa? —digo con desdén.

—Me dejó.

Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo hizo. Así que ahora, como te ha dado una patada en el culo, decides arrastrarte de vuelta a mí, esperando que te recoja y volvamos a estar como antes. O al menos, como tú creías que era antes.

—Sí. Eso sería muy agradable, gracias.

—No, Dex —digo con firmeza—. No. Ya has jodido bastante mi vida. No voy a volver contigo.

—Sí que lo harás —dice Dex, retrocediendo lentamente y mirando primero a mí, luego a Adam, y luego a mí otra vez—. Vas a volver conmigo. Voy a demostrarte cuánto te quiero, y te quedarás tan impresionada que querrás casarte conmigo de nuevo antes de que acabe el año. Ya lo verás, joder.

Se gira y sale furioso de la habitación, desapareciendo por la esquina antes de que pueda articular una sola palabra en respuesta. Adam se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta, cogiéndome por los hombros.

Asiento.

—Estoy bien —digo—. Ha sido un poco impactante volver a verle, eso es todo. No le había visto desde que se formalizó el divorcio.

—¿Qué crees que va a hacer? —pregunta Adam.

—¿A qué te refieres? —pregunto, apartándome algunos mechones sueltos de la cara.

Suena el timbre y, casi inmediatamente, el sonido de los estudiantes saliendo de las aulas y corriendo hacia la última clase del día nos envuelve.

—Ha dicho que va a demostrarte que te quiere —dice—. ¿Qué crees que significa eso?

Niego con la cabeza.

—No significa nada —le aseguro—. Todo es fachada y drama con él. Mandy por fin ha entrado en razón y ha tomado la primera buena decisión de su vida al dejarle, así que está asustado. No sabe qué hacer sin una mujer a su alrededor que cumpla sus órdenes y afirme su existencia. Pero no tiene una motivación real. Se dará cuenta de que no va a conseguir nada conmigo, se aburrirá y se irá a casa. No hay nada de qué preocuparse.

Dos días antes de Acción de Gracias...

—¡Está delante de mi casa! —susurro al teléfono.

—¿Qué? —pregunta Adam—. ¿Dónde estás?

—Estoy sentada en el suelo bajo la ventana de mi salón —le digo —. ¿Por qué está de pie en mi jardín? Mira por la ventana.

Me incorporo sobre las rodillas lo justo para arriesgarme a echar un vistazo por debajo de las cortinas. Una parte de mí espera que Dex se haya marchado. Lleva más de una hora ahí de pie, y pensaba que a estas alturas el hambre, el aburrimiento y la decencia humana le habrían alejado. Por desgracia, todavía puedo oír la música que ha estado reproduciendo para mí en bucle continuo. Sé que está apostando todo al recrear un momento romántico de película de los 80 con el que cree que me desmayaré. El gesto pierde impacto cuando, en lugar de una canción de amor saliendo de un radiocasete, es una molesta canción de Britney Spears que suena en un iPod que sostiene sobre su cabeza.

—Dile que se vaya —dice Adam.

—¿No crees que ya he intentado eso?

—¿Así que estás sentada en el suelo, escondiéndote de alguien que ya sabe dónde vives?

—Maldita sea.

Me pongo de pie rápidamente, apartando la cortina para poder abrir la ventana.

—¡Vete, Dex!

—He venido a darte una serenata —dice—. Estoy poniendo tu canción favorita.

—Detesto a Britney Spears —digo—. La *detesto*.

—¡Oh! —dice, mientras baja la mano y guarda el iPod en su bolsillo sin molestarse en apagarlo—. Volveré. —Se gira y empieza a alejarse—. Detesta a Britney, no le encanta Britney —murmura—. Detesta a Britney, no le encanta Britney.

En su profunda concentración sobre este complicado elemento de mi personalidad, se resbala en la acera y luego se gira para mirarla fijamente como si le hubiera ofendido profundamente. En algún lugar del bolsillo de ese hombre, Britney Spears sigue cantando apasionadamente a su entrepierna.

Esto es demasiado.

Camino hasta el sofá y me dejo caer en el cojín, soltando un suspiro.

—Se ha ido —informo a Adam.

—Lo sé —dice—. Le estoy viendo. Por desgracia, parece que acaba de entrar en la casa de enfrente.

Me pongo de pie de nuevo y corro al otro lado del salón para volver a mirar por la ventana.

—¿Qué quieres decir con que acaba de entrar en la casa de enfrente?

—La casa de enfrente —dice Adam—. El número 42. La que tiene la puerta rosa. Acaba de entrar ahí.

—¿No se alquiló esa casa más o menos cuando yo alquilé esta? —pregunto—. ¿Acaba de entrar por la fuerza en la casa de alguien?

—No lo sé —dice Adam—. No dudó en absoluto. Simplemente se acercó a la puerta principal y entró. Dame un minuto. Te llamo enseguida.

La llamada termina, y dejo mi teléfono en el alféizar mientras sigo mirando el número 42. Esa es la casa de la que se mudó la mujer

cuando se casó con el hombre que vivía en mi casa.

No veo ningún movimiento alrededor de la casa, y su cara no aparece en ninguna de las ventanas mientras observo. No sé si eso es tranquilizador o más perturbador. No perturbador en el sentido de dar miedo. No es que me esté intimidando. Es perturbador en el sentido de «hombre adulto inspirándose de una película romántica para adolescentes que salió antes de que él naciera, y que nunca vio con la mujer a la que está tratando de conquistar». Mi teléfono suena unos segundos después, y lo cojo sin apartar los ojos de la casa.

—¿Diga?

—No ha entrado por la fuerza —dice Adam—. Al parecer, esa casa sí se alquiló más o menos cuando tú te mudaste.

—Oh, por favor, no me digas que Abbie alquiló su casa a Dex —me lamento.

—No, no lo hizo —dice Adam.

—Bien —digo, soltando un largo suspiro de alivio.

—Se la alquiló a la señora Palmer para que la guardara para su hija Rachel. La señora Palmer está convencida de que Rachel se casará pronto.

—Supongo que eso está bien.

—Y también se la está subarrendando a Dex.

—¡Maldita sea!

En mi frustración, se me cae el teléfono, y me estiro para alcanzarlo mientras se desliza por el suelo. Me alegra ver que la pantalla no se ha roto. Eso sería llevar mi mala suerte demasiado lejos.

—¿Estás bien? ¿Qué ha sido eso? —pregunta Adam cuando vuelvo a acercarme el teléfono a la oreja, con una evidente nota de preocupación en su voz.

—Lo siento —digo—. Se me cayó el teléfono. —Doy un suspiro de exasperación—. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer ahora?

—En realidad no hay nada que puedas hacer —dice Adam—. Quiero decir, si te está amenazando de alguna manera, entonces podemos llamar a la policía. Pero ahora mismo, lo único de lo que Dex es culpable es de falta de creatividad y mal gusto musical.

Me río y me aparto de la ventana. No tiene sentido seguir mirando hacia la casa. No puedo hacer nada respecto a que Dex se quede allí. Vuelvo a la cocina para seguir con el pan de arándanos y calabaza que había abandonado cuando Dex llamó a mi puerta por primera vez. Solo ha pasado un día. En algún momento se quedará sin energía.

El día antes de Acción de Gracias...

—Solo he llamado...

—Para ya.

Cuelgo el teléfono. Suena otra vez.

—Para decir...

—Dex, para.

Cuelgo el teléfono. Suena otra vez.

—Que yo...

—No.

Cuelgo el teléfono. Suena. Lo ignoro. Suena otra vez. Lo ignoro. Descargo mi frustración picando el apio, las cebollas y las zanahorias para el relleno que haré esta noche, así solo tendré que calentarlo mañana. Suena de nuevo. Pico y murmuro palabrotas a lo largo de veintisiete timbrazos más. Con un gruñido de exasperación, agarro el teléfono de la encimera.

—Dex...

—Te quiero.

Oigo un grito ahogado a través del teléfono y rápidamente me doy cuenta de que también viene de la parte delantera de la casa. Dejo el teléfono y me apresuro por la sala de estar hacia la puerta principal. Cuando la abro, veo a Dex tumbado en el césped, empapado. Adam está de pie a unos metros de distancia con su manguera, mirando a Dex con una expresión neutra.

—¡Adam!

—Se me escapó la manguera —dice—. Estaba regando el césped y simplemente se me escapó.

—¡Ha intentado ahogarme! —balbucea Dex, agitándose como si ser rociado con una manguera pudiera incapacitarlo por completo.

—¡Cállate ya! —dice Adam.

Le sonrío a Adam, y él se aleja con la manguera.

—¿Por qué me haces pasar por esto? —pregunta Dex, todavía revolcándose en el césped.

—¿Hacerte pasar por esto *a ti*? —pregunto incrédula—. No puedes hablar en serio. ¿De verdad crees que esto es algún tipo de sufrimiento comparado con lo que yo tuve que aguantar por ti?

—¿Por qué no me quieres? —pregunta Dex con voz patética y quejumbrosa—. Nunca te hice nada.

—Me engañaste con una mujer cuya idea de marketing era llevar un mono de toalla y encerar coches con el culo. *Después* de que te animara y estuviera a tu lado mientras intentabas abrir ese lavadero de coches.

Se queda callado un momento.

—Aparte de eso.

—Vete, Dex.

Vuelvo a entrar en casa, cierro la puerta y echo la llave.

—¡Aún no he terminado! —grita tras de mí—. Eres mi esposa, Emily. Una vez que todo esté finiquitado con mi otra esposa, claro.

No hay nada que puedas hacer al respecto. ¡Vamos a vivir felices para siempre!

Mañana de Acción de Gracias...

Miro cuidadosamente afuera antes de abrir la puerta a la mañana siguiente. Melissa está en mi porche, sosteniendo un plato de tarta cubierto y con expresión confundida. Abro la puerta y me hago a un lado para dejarla entrar.

Las cosas con Zach y Melissa han ido *realmente* bien, y últimamente ha estado pasando más y más tiempo con él. Así que no he tenido tiempo, ni nervios, para contarle sobre la repentina reaparición de Dex.

—¡Feliz Día de Acción de Gracias! —exclamo, aceptando el plato y poniéndolo en la mesa antes de darle un abrazo.

—Feliz Día de Acción de Gracias —dice—. Solo quería pasar a traerte esto para tu cena antes de volver a casa de la abuela. Es su tarta especial de nueces de Macadamia.

—¿Tarta especial de nueces de Macadamia? —pregunto.

—Mmm… Hay nueces de Macadamia en el relleno, en la cobertura y en la masa. Nueces por todas partes. Hablando de cosas raras... ¿eres consciente de que hay un hombre desnudo en tu jardín?

Suspiro y cojo la tarta para llevarla a la cocina.

—Sí —digo—. Es Dex.

—¿Ese es tu ex marido? —pregunta—. Mis condolencias. ¿Qué demonios hace aquí?

Levanto los hombros en señal de resignación, mientras saco del frigorífico una botella de zumo de frutas.

—Dice que está en huelga de ropa hasta que abra los ojos y vuelva a casarme con él.

—Hace 7 grados ahí fuera.

—Estoy bastante segura de que es consciente de ello. En algún momento tendrá suficiente frío y entrará. O lo arrestarán por

exhibicionismo. O morirá congelado.

—Bueno, por la forma en que está sentado, no se puede ver nada. No estoy segura de cuán indecente es en realidad. Quiero decir, está claro que es indecente. Pero probablemente no lo suficiente como para alejar al Sheriff Nolan de su pavo. ¿Cuándo crees que te dejará en paz?

—Pronto, espero. Al menos en unos días volverán las clases y ya no estará aquí molestándome.

—Es verdad. ¿Cómo vas a llegar a casa de tu madre para cenar sin que te atrape?

—Todavía faltan un par de horas hasta que tenga que irme, así que espero que para entonces ya se haya rendido. Si no, saldré por la puerta trasera, cruzaré por el jardín de Adam y correré hasta doblar la esquina antes de que se dé cuenta.

Todavía no he perdonado del todo a mamá por no decirme que Adam compró una casa a una calle de la suya, pero tener un plan de escape mejora mi situación.

—Y, ¿cómo te va con Adam? —pregunta Melissa maliciosamente.

—Bien —digo—. Me estoy acostumbrando a él.

—¿Bien? —pregunta—. ¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Ya te lo dije. No hay nada entre Adam y yo. A pesar de tu pequeña confesión con miraditas en la fiesta de bienvenida, él y yo solo somos amigos. Ni siquiera estoy segura de que lleguemos a eso.

—¿De verdad? —pregunta—. A mí me parecéis bastante amigos.

Mi mente vuelve al beso después de la fiesta y a las ardientes palabras que me susurró al oído. Le paso a Melissa un vaso de zumo y niego con la cabeza.

—No —digo—. Simplemente trabajamos bien juntos. Estamos aprendiendo a ser amables el uno con el otro después de todos estos años.

—Sigo diciendo que no hay razón por la que no deberíais haber sido amables antes. El pasado, pasado es. —Da un sorbo a su bebida—. ¡Ooh, está rico!

—Sé que el pasado es el pasado —digo—. Y por eso no hay nada entre nosotros. Todo eso ya ha pasado por mi cabeza. Nunca habría funcionado entre Adam y yo.

—Claro. Tienes razón. Qué miserable debe ser tener a un hombre guapo, increíblemente rico, protector, fuerte, inteligente y divertido, tan sexy que lo pondría en el buffet de postres esta noche si no escandalizara a la abuela, enamorado de ti.

—No hay amor —digo de nuevo—. Solo amigos.

Oigo un grito familiar, y Melissa y yo corremos a la puerta principal justo a tiempo para ver la forma desnuda de Dex corriendo como alma que lleva el diablo cruzando la calle. Adam está de pie más cerca del jardín esta vez. Unos vaqueros oscuros ajustados, un suéter negro y una chaqueta larga negra contrastan fuertemente con la manguera verde que cuelga de su mano. Me mira.

—Se me escapó otra vez —dice.

—La hierba ha estado muy *seca* últimamente —digo.

Asiente y sonríe.

—Voy a casa de mis padres. ¿Estarás bien?

—Estaré bien. Gracias.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Em. Feliz Día de Acción de Gracias, Melissa.

—¡Feliz Día de Acción de Gracias! —respondemos ambas.

Las bajas temperaturas justifican que los locales usen sus coches en las zonas residenciales, pero Adam se marcha a pie. Sé que, si hace demasiado frío, uno de los chóferes de la familia lo traerá a casa más tarde. Cuando desaparece al doblar la esquina, Melissa se vuelve hacia mí con una mirada cómplice.

—Solo amigos, ¿eh? —Me da otro abrazo—. Debería irme. Que pases unas buenas fiestas. Me quedo en casa de Zach esta noche, pero ¿nos vemos mañana para ir de compras?

—Nos vemos entonces.

La noche del Día de Acción de Gracias...

La sonrisa en el rostro de mi madre mientras me mira sentada a su lado, y luego al otro lado de la mesa a Alice y su hija Grace, es la más radiante que le he visto en tanto tiempo como puedo recordar. La mesa frente a nosotras está casi desbordante de fuentes y cuencos de comida, y todas hemos llenado nuestros platos con varias veces más comida de la que posiblemente podríamos llegar a comer.

Grace parlotea sobre los grandes dramas y complejidades en la vida de una niña de casi once años, y Alice ocasionalmente me mira con una expresión suave y tranquila en sus ojos que me dice que finalmente está en paz consigo misma. Sé que desearía que su marido pudiera estar aquí, pero su madre lo mataría si no fuera a casa para Acción de Gracias, y ella tampoco tiene la energía para buscar otro marido.

Estamos a punto de comer cuando alguien llama a la puerta. Mi estómago se hunde inmediatamente. Solo puedo imaginar lo que Dex ha tramado ahora y espero que no implique entrar en la casa y fingir que todavía estamos casados con la esperanza de engañarnos a todas haciéndonos creer que la implosión de nuestro matrimonio nunca ocurrió. Una parte de mí no quiere abrir la puerta, pero me parece que debería hacerlo yo, y no mi madre o mi hermana. Doblo mi servilleta y la coloco en la mesa junto a mi plato, ofrezco lo que espero sea una sonrisa convincentemente casual a mi familia, y camino hacia la puerta. Miro por la ventana y me sorprendo agradablemente al ver quién está esperando en el porche.

Abro la puerta, y Adam me sonríe.

—Adam. Hola —digo—. Esto es una sorpresa.

—Siento interrumpir vuestra cena —dice.

—No, está bien. Acabamos de empezar, ¿quieres pasar?

—No, en realidad tengo que volver a casa. Mi padre está especialmente nostálgico este Día de Acción de Gracias y nos ha conseguido a todos uniformes para que podamos jugar un partido de fútbol americano en el jardín. No estoy seguro de cómo va a funcionar exactamente. Todos los uniformes son iguales. Pero fue un bonito detalle.

—Diles a todos que les mando saludos —digo—. Mañana me voy de la isla con Melissa para hacer algunas compras navideñas, pero si tus hermanos se quedan el fin de semana, quizás tenga la oportunidad de verlos.

—Lo haré. Pasé por tu casa de camino aquí para comprobar la situación con Dex.

Gimo.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Sentado en el jardín delantero otra vez.

—¿Todavía desnudo?

—No.

—Bien.

—Se ha puesto un poncho de plástico transparente.

Agacho la cabeza y la muevo lentamente de un lado a otro.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso.

—Está bien. He visto cosas peores. Tuve una pequeña charla con él.

—¿De verdad?

—Sí. Intenté hacerle entender lo mucho que no lo quieres cerca, y que debería considerar seguir con su vida.

—¿Qué dijo a eso?

—Solo repitió la misma mierda que ha estado diciendo los últimos días. Que no puede vivir sin ti, y que necesita demostrar su amor

eterno para que vuelvas a casa, y que los dos podáis casaros y vivir felices para siempre. Pero tienes razón al decir que está lleno de mierda.

—¿En serio?

—Te llamó Mandy tres veces durante la conversación.

—Perfecto. —Suspiro—. Gracias por intentarlo.

—Por supuesto. Pero no es por eso que vine. Hay algo que quería traerte.

—¿Qué es? —pregunto.

—No sé si recuerdas a Robert de cuando solías venir a casa. Siempre nos traía botellas de sidra de manzana casera.

Mi mente regresa al recuerdo del hombre tranquilo y cariñoso que encendía el fuego, y a la sensación del vaso de sidra de manzana en mi mano cuando Adam me lo ofreció. Sonrío.

—Lo recuerdo —digo.

Adam me sonríe a su vez.

—Recuerdo cuánto te gustaba la sidra —dice—. Así que, te traje esto.

Me extiende una botella de cristal de sidra turbia, salpicada de especias. Mi garganta se siente inesperadamente apretada mientras la acepto.

—Gracias —digo.

Adam me envuelve en un abrazo, luego me besa la mejilla antes de saludar por encima de mi hombro.

—Feliz Día de Acción de Gracias a todas.

Encuentra mis ojos por un breve segundo antes de bajar los escalones y dirigirse hacia su coche. Espero hasta que está dentro y se ha despedido con la mano antes de cerrar la puerta. Me doy la vuelta y encuentro a mi familia mirándome fijamente desde la mesa del comedor. La boca de Alice está ligeramente abierta, y los ojos de

mi madre están abiertos de sorpresa. La única que parece curiosa es Grace, que quizás nunca ha oído hablar de la familia Conway, y no entiende la importancia de lo que acaba de ver. Llevo mi botella de sidra de manzana a la mesa, la coloco junto a mi vaso y empiezo a comer sin reconocer lo que acaba de pasar a ninguna de las tres sentadas conmigo.

—¿Emily? —anuncia Alice.

La miro.

—¿Mmm?

—¿No vas a decir nada sobre lo que acaba de pasar? —pregunta.

—¿Sobre qué? —pregunto.

—¿Acabo o no acabo de ver a Adam Conway venir a nuestra puerta para traerte sidra de manzana, y luego despedirse de ti con un beso?

—Así es —le digo, antes de seguir comiendo.

—¿Eso es todo? —pregunta—. ¿Eso es todo lo que nos vas a contar?

—Eso es todo lo que hay que contar por ahora —digo—. Hemos estado trabajando juntos en un proyecto. Resulta que me mudé a la casa de al lado de la que él compró, muchas gracias, mamá, por no avisarme antes de hacerlo… Así que hemos estado pasando tiempo juntos de nuevo. Recordó que me gustaba la sidra de manzana, y por eso me trajo un poco. Eso es todo. No hay nada más.

—¿Nada?

—Nada.

No parece convencida, y me pregunto si puede ver el rubor en mi pecho o escuchar el latido de mi corazón.

Viernes por la mañana...

El aire de la madrugada a mi alrededor es frío, y mi habitación todavía está en un oscuro capullo cuando me despierta el sonido de la puerta de mi dormitorio al abrirse. Me quedo quieta unos

segundos, preguntándome si estoy soñando. Unos segundos después, estalla una luz brillante, cegándome.

—¡Este Black Friday, voy a comprar una esposa!

Grito, luchando con mis mantas para salir de la cama, y corro hacia la puerta de mi dormitorio.

—¡Para!

Sigo gritando y libero mi brazo de la mano que agarró mi muñeca. Corro por mi casa hacia la puerta principal, gritando más fuerte cuando esta se abre de una patada con un fuerte estruendo. Mis ojos finalmente se han ajustado a la oscuridad lo suficiente como para ver la cara de Adam a la luz de la mañana que entra desde fuera.

—¡Emily!

—¡Emily!

La voz de Adam se mezcla con la que está detrás de mí, y finalmente salgo de la niebla del sueño lo suficiente como para reconocerla como la de Dex. Me doy la vuelta bruscamente y lo veo venir hacia mí usando la linterna frontal que me había puesto durante una búsqueda del tesoro con Melissa. Sus brazos están abiertos a los lados como si esperara que saltara a ellos.

Adam pasa furioso junto a mí y agarra a Dex por la camisa. Sin decir una palabra, lo arrastra por la sala de estar y lo arroja al jardín.

—¡Aléjate de ella, joder! —gruñe—. Ella no te quiere aquí.

—No iba a hacerle daño —se queja Dex mientras se arrastra hacia atrás por el césped alejándose de Adam. Parece que se ha puesto bastante cómodo en el suelo—. Le gusta ir de compras en Black Friday. Pensé que le parecería gracioso.

—¿Pensaste que me parecería gracioso que entraras en mi casa sin permiso? —pregunto con incredulidad.

Los vecinos deben estar disfrutando con esto.

—¡Tenías tu llave de repuesto bajo el felpudo! —exclama Dex como si eso fuera una justificación obvia.

—¡Eso no significa que seas *bienvenido* a entrar sin permiso!

Se cierra una puerta de coche y levanto la vista para ver a Melissa acercándose hacia mí. Mira a Dex en el césped, luego a Adam en pantalones de chándal y con el pecho desnudo, después a mí, y de nuevo a Adam. Se detiene en él unos segundos antes de mirarme otra vez.

—Entonces... ¿seguimos yendo de compras?

Capítulo Once

Adam

Cuatro días después...

—Hola —digo mientras Emily sube por la acera hacia su casa.

Ella sonríe y espera mientras me acerco a ella.

—Hola —dice.

—No te he visto durante todo el fin de semana —digo.

—Lo sé. Cometí el error de contarle a mi madre sobre Dex y sus hazañas, y ella insistió en mantenerme como rehén en su casa. Solo me liberó para que pudiera ir a trabajar esta mañana. Por suerte, me olvidé parte de mi ropa de invierno durante la mudanza y seguía guardada en el ático de mi madre, así que no tuve que ir a trabajar desnuda.

—Si eso va a ocurrir alguna vez, asegúrate de avisarme con antelación.

—Lo haré —dice riendo—. En realidad, fue muy bueno volver al trabajo esta mañana. Le dije al guardia de seguridad que no dejara entrar a Dex, así que al menos sé que no puede molestarme durante la jornada laboral.

—¿Alguna noticia suya durante el fin de semana? —pregunto.

Emily niega con la cabeza.

—No —responde—. Creo que la combinación de que estuviera en casa de mi madre, su encuentro contigo el viernes y la visita que le hizo el sheriff Nolan, le hizo calmarse un poco.

—¿Va a hacer algo Nolan?

—No —dice ella—. Al parecer, Dex le explicó toda la situación, y el sheriff no pensó que fuera gran cosa. Le dio una advertencia, le dijo que no podía entrar en la casa si yo no lo invitaba explícitamente... y luego le deseó suerte reconstruyendo nuestro matrimonio.

—¿Dijo eso?

—Palabra por palabra —dice Emily—. Él mismo me lo citó.

—Bueno, eso es alentador —digo—. No hay nada tan romántico como el allanamiento de morada.

Emily saca las llaves de su bolso y abre la puerta.

—Sinceramente, no creo que tuviera intención de asustarme. Y no lo hizo. Me sobresaltó, pero una vez que me di cuenta de lo que estaba pasando, no pensé que estuviera en peligro. El tema es que no está haciendo nada amenazante ni intimidante, en realidad. Solo es irritante como el demonio. Le digo cada vez que puedo que no quiero tener nada que ver con él, y que nunca va a poder reconquistarme. Su cerebro simplemente interpreta eso como si me estuviera haciendo la difícil. De alguna manera, está convencido de que en algún momento cederé.

Entramos en casa, y hago un reconocimiento rápido solo para asegurarme de que Dex no esté agazapado en algún rincón, esperando para saltar y decorar un árbol de Navidad con ella o algo así. Cuando vuelvo a la sala de estar, no puedo encontrar a Emily.

—¿Emily?

—Estoy arriba —llama ella—. Bajaré enseguida.

Aparto las cortinas para vigilar la casa al otro lado de la calle y asegurarme de que Dex no haya notado que Emily ha llegado a casa. El hecho de que no lo haya visto ni oído en unos días me hace ser optimista y pensar que finalmente ha superado a Emily y ha vuelto a su casa. Tiene que rendirse en algún momento. Por lo que Emily me ha contado sobre sus negocios, Dex no tiene el tipo de fondos para estar sin trabajar durante meses.

Unos minutos después, oigo a Emily bajar las escaleras y levanto la mirada para ver que se ha cambiado de ropa. Ha cambiado la falda hasta la rodilla y la blusa abotonada que llevaba al trabajo por unas mallas negras, una camiseta de tirantes y un jersey largo. Se

ha recogido el pelo en una coleta, mostrando la curva elegante de su cuello. La miro con curiosidad mientras entra en la habitación.

—Tengo que volver al instituto —explica.

—¿Por qué? —pregunto.

—Audiciones para el musical —dice—. Aprendí la lección hace mucho tiempo de que las audiciones no son el lugar para llevar tacones. Pueden ser largas y tensas, y prefiero estar cómoda mientras los que *creen* que saben cantar me hacen sentir incómoda.

Me sonríe y agarra su bolso de nuevo.

—De hecho, voy a la biblioteca para hacer más investigación. ¿Quieres que te lleve? Puedo pasar a recogerte después.

—Claro —dice ella.

Escucho mientras me cuenta sobre la próxima obra durante el corto trayecto hasta el instituto. Emily suena emocionada y entusiasmada, y me alegra verla tan feliz. Cuando regresó a Sunborn View, estaba tan reticente que me preocupaba que no pudiera adaptarse y disfrutar de su tiempo aquí. Parece haber encontrado su lugar y está disfrutando de lo que hace.

—Tengo algo que preguntarte —le digo mientras me detengo frente al instituto.

Ella se suelta el cinturón de seguridad y me mira.

—¿Qué tienes en mente?

—Te quedan solo unas dos semanas hasta que empieces tus vacaciones de Navidad, ¿verdad?

—Sí —responde.

—¿Y si Dex se queda?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si se ha instalado para quedarse mucho tiempo? Si está realmente decidido a recuperarte, podría intentar aprovechar el sentimiento navideño quedándose toda la temporada. Quizás espera

que, si lo ves lo suficiente durante las fiestas, se activarán todos esos sentimientos nostálgicos y caerás directamente en sus brazos.

—No se lo cree ni él. No hay sentimientos nostálgicos —dice ella.

—Pero podría ser muy molesto si continúa intentándolo.

—Es cierto. —Suspira y se hunde en el asiento—. ¡Oh, venid a mis brazos fieles, y una mierda!

Me río.

—Exacto. Pero tengo una alternativa.

Ella me mira.

—¿Cuál es?

—Tengo un cliente que quiere finalizar algunos deseos antes de fin de año. Ya los he organizado, y me iré en un par de semanas para gestionar sus experiencias. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Ir contigo? —pregunta—. ¿Quieres que te acompañe a trabajar con tus clientes?

—Lo dices como si fuera un matón a sueldo —digo.

—Bueno, tienes el cuerpo de uno —dice con una sonrisa.

—No te estoy pidiendo que vengas conmigo a ver cómo se seca la pintura, Emily. Será divertido y te alejará de Sunborn View por un tiempo. Si no estás aquí, no puede molestarte. Será un buen descanso para ti.

Ella niega con la cabeza.

—No lo sé, Adam. No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —pregunto.

Ella me mira a los ojos, y una cantidad indescriptible de emoción se refleja en su mirada.

—Están pasando muchas cosas. Para empezar, tenemos el proyecto en el que estás trabajando. También quería ayudar a los chicos a diseñar el decorado y el vestuario. Además, no puedo dejar a mi madre sola en Navidad. Ya es bastante duro para ella que Alice

y Grace no hayan vuelto a Sunborn View. No quiero que sienta que yo también la he abandonado.

—Hemos avanzado mucho en la celebración de jubilación —digo —. No hay mucho más que podamos hacer hasta probablemente principios de primavera, excepto seguir localizando a los invitados. Sé que quieres ayudar con el decorado y el vestuario como solías hacer, pero tienes que dejar que tus estudiantes tomen el control. ¿Recuerdas lo mucho que disfrutabas pudiendo hacer las cosas a tu manera? No habrías querido que tu profesora estuviera encima de ti, dándote «sugerencias» y básicamente diciéndote qué hacer. Confía en ellos. Sabes lo importante que es esto para ellos. Déjales hacer eso. En cuanto a tu madre, estará bien durante un par de semanas. Volveremos con tiempo suficiente para las fiestas.

Emily me mira, parece pensárselo durante unos segundos y luego mira el reloj del salpicadero.

—Ahora tengo que entrar. La audición comienza en unos minutos. Te agradezco mucho la oferta, Adam. Solo... no sé si es buena idea.

Sale del coche, y la veo correr hacia la puerta. Estoy decepcionado porque Emily haya rechazado mi oferta. El rechazo está en mi mente durante todo el tiempo que estoy en la biblioteca, y cuando voy a recogerla, apenas he conseguido avanzar en mi trabajo. Odio la idea de que esté en la isla sin mí durante dos semanas. Sé que no le tiene miedo a Dex y que no cree que suponga una amenaza real. La creo, pero sigo teniendo una sensación enfermiza en el estómago cuando pienso en él irrumpiendo en su casa la mañana del Black Friday. Nunca podré olvidar el sonido de sus gritos. Aunque no estuviera en peligro, y la alejé de él en segundos, hubo un instante en el que pensé que le había hecho daño, y fue uno de los momentos más desgarradores de mi vida. No quiero pensar en ella aquí sola. Melissa tiene la capacidad de mantener la calma en una situación aterradora, pero no puedo imaginar una búsqueda del tesoro que dure toda la temporada navideña solo para mantener a Dex a raya.

Espero un viaje incómodo de vuelta a casa con Emily. Sin embargo, poco después de llegar al instituto, ella sale con fuerza por las puertas dobles y se dirige pisando fuerte hacia el coche. Tiene las mejillas ardiendo y los ojos brillantes de ira. Se arroja en el asiento del pasajero y me dirige una mirada intensa.

—¿Tu oferta sigue en pie? —pregunta.

—Por supuesto —digo—. ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?

—Intentó hacer la audición para el papel principal.

****

Emily

Tres semanas después...

Observo cómo el cliente de Adam, Ethan, entra tambaleándose en la sala trasera y empieza a arañar la máscara que cubre su cara. Está jadeando como si no pudiera respirar a través del cuero grueso y el spandex, pero sé que no corre peligro. Yo llevo una máscara similar y no tengo ningún problema para respirar, aunque he estado haciendo mucha más actividad física que él. Después de unos segundos de verlo agitándose, Adam se acerca por detrás de Ethan y comienza a desatar los nudos de cuero en la parte posterior de su máscara. Puedo oír el rugido de la multitud afuera, y corro hacia la puerta para contestar a sus gritos. Esto solo incita más gritos y vítores, y me río mientras vuelvo hacia Ethan. Finalmente ha conseguido quitarse la máscara, y se gira para enfrentarme.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —me grita.

—¿El qué? —pregunto con inocencia.

Él da un paso hacia mí.

—¡Me acabas de golpear en un lado de la cara, y luego me has aplastado contra el suelo!

Adam se acerca y presiona el lado de su brazo contra el pecho de Ethan para alejarlo de mí.

—Aléjate —dice—. Solo estaba haciendo lo que pediste.

—Te estaba preparando para el mejor movimiento final intergénero de todos los tiempos —le digo—. Te avisé adecuadamente.

—¿Cómo me avisaste?

—Te dije que me hicieras un Diamond Cutter antes de que yo saltara a la cuerda.

—¡NO SÉ LO QUE ESO *SIGNIFICA*, MUJER!

Intenta dar otro paso hacia mí, pero Adam está ahí para empujarlo de nuevo.

—Te dije que te alejaras —dice—. Su nombre es Emily, y no es su culpa que no sepas de qué diablos está hablando. Tú eres el que rellenó el formulario. Tú eres el que dijo que tu gran sueño era hacer lucha libre frente a una audiencia en vivo. Supuse que eso significaba que al menos tenías un conocimiento básico de lucha libre y que serías capaz de defenderte durante un combate.

Ethan balbucea unas palabras, farfullando y murmurando mientras intenta encontrar una respuesta.

—No estaba preparado para luchar contra una mujer —finalmente suelta—. Eso crea una dinámica completamente diferente.

—No, no la crea —dice Adam—. Te pateó el trasero, y lo habría hecho tanto si supieras que ibas a luchar contra una mujer como si no. Además, no solo te enfrentabas a ella. Yo también estaba allí.

—Exactamente —se burla—. Estaba en desventaja numérica. Y no tenías que tumbarte encima de nosotros al final.

Adam pone los ojos en blanco. Ahora entiendo lo que me estaba contando sobre los clientes que ponen cosas en sus listas porque creen que les hará parecer impresionantes, pero no tienen ni idea de en qué se están metiendo en realidad.

—El árbitro me lo dijo —señala Adam—. Vosotros dos estabais tirados en medio del ring, y no parecía que fuera a suceder nada

más en breve. Me dijo que tenía que inmovilizarte y terminar el combate.

—Quiero decir, probablemente podrías haber intentado hacer algo un poco más elegante que simplemente dejarte caer encima de nosotros —señalo—. Buscar algún tipo de llave genial o algo así.

—No tuve mucho tiempo para pensarlo —dice Adam—. Estaba preocupado de que te hiciera daño. Además, eso terminó el combate y nos permitió salir de allí.

Agito la mano en el aire para quitarle importancia a sus comentarios.

—Estaba bien —digo—. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y lo tenía completamente a mi merced.

Puedo notar que Ethan está furioso, pero perdí la paciencia con él casi tan pronto como lo conocí. Adam y yo llevamos poco más de una semana en nuestros viajes para cumplir sueños, y empiezo a entender por qué este tipo de trabajo le fascina tanto como le exaspera.

Se abre otra puerta y entra el hombre que nos presentó nuestro equipo cuando llegamos al recinto.

—Eso fue fantástico, chicos. El final del combate fue diferente, pero habéis animado al público. Deberíais considerar volver para otro combate.

—¡Claro! —digo con entusiasmo.

—Creo que vamos a pasar de eso —dice Adam—. Pero gracias por la oferta.

—Qué pena —dice él, recorriendo con la mirada a Adam, luego a mí, después a Ethan, y de nuevo a Adam—. Me encantaría veros a los tres otra vez sobre el tapiz. Fue bastante excitante.

Hay un tono sugerente en su voz, y le entrega a Adam un gran sobre, pasando las yemas de los dedos por el dorso de su mano. El hombre sale de la habitación, y Adam se gira hacia mí con una expresión desconcertada.

—Bueno, vale entonces —dice. Extiende el sobre hacia Ethan—. Y aquí, Ethan, está tu recuerdo, junto con tu pantalón y tu máscara.

—¿Qué es? —pregunta Ethan, mientras arrebata el sobre de la mano de Adam y lo abre.

—Copias de las fotos tomadas por los fotógrafos que coloqué entre el público y al lado del ring.

—¿Fotos? —pregunta—. ¿Cómo puedes tener ya copias impresas de un combate que acaba de ocurrir?

—No es mi primer rodeo, amigo. —Adam se gira para mirarme por encima del hombro—. De hecho, mi primer rodeo fue hace dos años cuando Frankie decidió comprar todos los animales de un pequeño rodeo. Dato curioso.

Ha perdido aún más paciencia con Ethan que yo. Emito un sonido de reconocimiento, y él vuelve a dirigirse a Ethan.

—Soy un profesional, Ethan. Esto es lo que hago. La gente acude a mí porque quiere que les haga vivir experiencias. Me lo tomo muy en serio y también me aseguro de que todos los detalles estén atados. Eso incluye fotografía y video en detalle de cada experiencia.

Suena más como una amenaza que como una explicación de sus acciones, y me pregunto si Adam ve algo en Ethan que yo no veo.

—No conseguí lo que quería —dice Ethan—. No cumpliste con el punto de mi lista de deseos.

Y ahí está.

Tiene el tono consentido y prepotente de una persona que cree que debería tenerlo todo en el mundo servido en bandeja, y nunca está satisfecho con nada. Probablemente sea el tipo de voz que usa con personas ingenuas intimidadas por su dinero e influencia. Por desgracia para él, a las dos personas con las que está en la habitación ahora mismo no les podría importar menos ninguna de esas dos cosas.

Adam da un paso hacia él, cruza los brazos sobre el pecho y mira a Ethan directamente a los ojos.

—¿Y en qué crees que he fallado? —pregunta con un tono lento y uniforme.

—Quería ganar un combate —dice Ethan.

Y probablemente también querías lamer todos los champiñones mágicos.

—Nada en tu documentación de ingreso indica que esperabas ganar un combate —dice Adam—. Indicaste que querías participar en un combate para una federación de lucha libre frente a un público en directo, durante una competición real. Organicé eso para ti. No hiciste ninguna especificación sobre tu oponente o el resultado del combate. Si lo hubieras hecho, te habría dicho que no me dedico a amañar eventos deportivos. Cuando mis clientes quieren participar en cualquier evento que se base en competición o habilidad, lo hacen puramente basándose en su propio mérito. Entran en un entorno real y se enfrentan a competidores reales. No voy a crear un mundo de fantasía para que puedas saltar por el ring y sentirte bien contigo mismo. Te representaste falsamente en este acuerdo, así como tu conocimiento de la industria y tu destreza física. Eso se considera incumplimiento de contrato. Pero soy un hombre honesto, y un hombre que valora la satisfacción de sus clientes. Si crees que no tuviste la oportunidad de experimentar realmente tu petición como esperabas, entonces te ofreceré la oportunidad de hacerlo de nuevo. Organizaré que formemos parte del próximo espectáculo de la federación, y tendrás la oportunidad de luchar de nuevo. Contra mí.

La sonrisa arrogante en el rostro de Ethan desaparece rápidamente, y veo cómo el color abandona sus mejillas. Sin decir una palabra más, se da la vuelta y camina rápidamente hacia el vestuario. Tengo la clara sensación de que no aceptará la oferta de Adam. Mientras desato mi propia máscara y me la quito, el cuerpo de Adam llama mi atención, y la idea de tenerlo en el tapiz a solas cruza mi mente. Sus mallas de lucha dejan muy poco a la imaginación, y su torso esculpido brilla con aceite y sudor. Nuestras

miradas se cruzan, y le veo lamerse el labio inferior mientras sus ojos recorren mis mallas rosa y púrpura y el top a juego.

—De verdad que me sorprendiste con lo mucho que sabías sobre lucha libre —dice mientras se acerca con aire desenvuelto.

—Te dije que veía muchas competiciones cuando era más joven.

Se acerca más, con el deseo evidente en sus ojos.

—Pensé que solo querías decir que habías visto algunos combates, y que podrías dar unos saltitos por el ring y distraerle.

—¿Ah, sí? —pregunto—. ¿Esa es la única razón por la que querías que participara? ¿Solo me estabas utilizando como cebo?

—Completamente —dice—. También sabía lo que ibas a llevar puesto, y quería verte con ello.

Sus manos se posan en los laterales de mis costillas y resbalan por la curva de mi cintura hasta mis caderas. Imito una expresión de miedo.

—¿Pero y si no hubiera sabido lo que estaba haciendo y él me hubiera hecho daño? —pregunto.

Adam niega con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—No lo habría permitido —dice—. Nunca dejaría que te pasara nada, ni a ti ni a este cuerpo —dice, atrayéndome con fuerza contra él. Baja la cabeza y siento la punta de su nariz acariciando mi cuello, y su cálido aliento descendiendo hacia mi escote—. Déjame tenerte —murmura contra mi piel.

Asiento, y su boca se desliza por la parte delantera de mi garganta y captura la mía. Estoy temblando con una combinación de deseo abrumador y anticipación. Mi resistencia se ha esfumado. Todas las preguntas han abandonado mi mente. Intenté decirme a mí misma que no cediera a la necesidad que siento por él. No traerlo a la nueva vida que quería crear para mí. Pero no puedo. Siempre he sido suya.

Su cuerpo presiona contra el mío y me empuja contra la pared detrás de mí mientras nuestro beso se profundiza. Mis labios se separan bajo los suyos, y su lengua explora mi boca. Las manos de Adam se aprietan en mis caderas mientras se inclina hacia delante para presionar la hinchazón de su miembro contra mi vientre. Jadeo al sentir su dura longitud, y el calor fluye a través de mí, hormigueando entre mis muslos. Lo necesito dentro de mí. Me acerco más a él, aplastando mis pechos contra su torso desnudo mientras mis dedos se hunden en su sedoso cabello oscuro, y Adam gruñe contra mi boca.

—Estoy aceitoso y sudado —murmura.

Asiento, sin querer separar mi boca de la suya.

—Lo sé.

—Entonces, supongo que necesitamos una ducha.

Al instante siguiente, Adam me coge y me carga sobre su hombro. Me lleva a través de la habitación y al vestuario. Miro alrededor buscando algún signo de Ethan, pero no lo veo. Adam me lleva a una habitación con suelo de baldosas y me baja al suelo. Se arrodilla y se pone a desatar mis botas para quitármelas. Me desabrocho el sujetador y lo tiro a un lado mientras Adam mete el dedo en la cinturilla de mis mallas y las baja por mis caderas y piernas. Me salgo de ellas, y él se quita las suyas antes de arrodillarse de nuevo. Llenando sus manos con mis caderas, besa mi estómago, y baja hacia el valle entre mis huesos de la cadera. Sus labios se deslizan de lado a lado, enviando escalofríos por mi piel. Puedo sentir su aliento en mis partes más sensibles, y hace que mi cuerpo responda instantáneamente. Una larga lamida a través de mis pliegues me hace gritar, y extiendo la mano hacia los hombros de Adam para estabilizarme. Quiero más, pero en lugar de eso, Adam se levanta y toma mis manos para llevarme a través de una puerta a una ducha mucho más lujosa de lo que esperaría en un vestuario como este.

Presiona un botón en la pared, y un cabezal de ducha se enciende sobre nosotros. Me guía bajo el agua con él, me presiona contra la pared y aplasta su boca contra la mía. Nuestras lenguas se entrelazan, y me aferro a él, deseando que me envuelva por completo. Nos besamos hasta que me deja sin aliento, luego se aparta y deja que el agua fluya sobre él. Estirando el brazo detrás de él, llena su mano con gel de uno de los dispensadores atornillados a la pared. Se forman burbujas en su piel mientras pasa la mano por su pecho y baja por su estómago. Mis pezones se endurecen, y siento un dolor dentro de mí.

Aplano mis manos sobre el pecho de Adam y empiezo a extender el jabón por su cuerpo. Su piel está caliente y suave bajo mis manos, y puedo sentir sus duros músculos moviéndose mientras él comienza a lavarme al mismo tiempo. Me rodea con sus brazos y me levanta, de modo que mis piernas rodean su cintura. Estoy presionada contra la pared, con su boca en mi cuello, su mano deslizada bajo mi muslo para hundirse en mí, cuando deja escapar un gemido y su cabeza cae en señal de derrota.

—Mierda —murmura.

—¿Qué? —pregunto. Mi corazón late con fuerza en mi pecho—. ¿Qué pasa?

Adam me mira a los ojos, luego aplasta mi boca con un beso casi violento. Lo termina con un gruñido frustrado y apoya su frente contra la mía.

—Tengo muchas ganas de follarte ahora mismo. Pero no llevo condón.

La decepción me invade, y mi cuerpo me duele aún más cuando me baja al suelo, y me deslizo por su cuerpo. Apoyo mis manos en su pecho, y bajan por los músculos, mientras siento las ondulaciones de su vientre, luego siguiendo la línea de vello áspero desde su ombligo hasta su miembro engrosado. No puedo resistirme a dejar que mis dedos recorran la longitud de su tallo y soy recompensada con su brusca inhalación. Adam toma mi mano con la suya y la

envuelve firmemente alrededor de su polla, mientras me guía a acariciarlo. Cuando tengo el ritmo que quiere, suelta mi mano y se inclina para besarme. Me acerco para que, mientras juego con él, la punta de su erección recorra mi vientre. Puedo sentirlo endurecerse más bajo mi mano, y aprieto ligeramente el agarre y acaricio más rápido. La mano de Adam roza mi cadera, luego desaparece entre nosotros para acariciar mi clítoris durante unos segundos antes de romper nuestro beso.

—Quiero estar en tu boca —dice.

Mi excitación se eleva en espiral, y siento cómo mi cuerpo se ruboriza. Desliza su mano en mi pelo y sostiene la parte posterior de mi cabeza para guiarme hasta quedar de rodillas. Agarro la parte posterior de sus muslos mientras desliza su miembro entre mis labios. Gime profundamente en su pecho mientras empuja sus caderas hacia delante para deslizarse sobre mi lengua y profundamente en mi boca. Saboreo el gusto y la sensación de él mientras empuja dentro de mi boca a un ritmo suave y pausado. Adam apoya sus hombros contra la pared para que el agua caiga sobre su pecho. Asumo parte del movimiento, succionando al ritmo de sus empujes, y ajustando mi posición para que se hunda más profundamente, deslizándose ligeramente en mi lengua mientras avanza más. Finalmente, lo tengo todo en mi boca, y succiono con más fuerza, deslizando mi lengua a lo largo de su polla.

Pronto sus sonidos profundos y gruñidos llenan la ducha. Sé que está cerca. Envuelvo mi mano alrededor de la base y acaricio al ritmo de mi boca, y siento que Adam me agarra el pelo más fuerte. Está luchando por controlar su respiración, y finalmente se echa hacia atrás, agarrando su tallo sobre mi mano para retirarse de mi boca. Observo cómo Adam bombea su polla unas cuantas veces más, y luego deja caer la cabeza contra la pared. Me mira unos segundos después, y veo un brillo diabólico en sus ojos brillantes y oscuros.

—Hay tantas cosas que no llegué a hacer contigo aquella noche. Pero voy a cambiar todo eso. Ahora —dice mientras se arrodilla

frente a mí—, déjame descubrir si sabes tan dulce como siempre he imaginado.

Me siento en un banco de ducha cercano y dejo que Adam separe mis muslos, abriéndome para él. Me mira con aprecio y pasa dos dedos por mi vientre hasta mi clítoris. Gimo, arqueando la espalda lejos de la pared cuando me toca. Mi cuerpo lo recuerda, y los fluidos sedosos que gotean de mí parecen demasiada tentación para que él se resista. Mientras me observa masajear mis pechos, Adam se desliza hacia atrás y baja la cabeza para pasar su lengua sobre mi sexo. Grito ante la intensidad de la sensación, pero él no cede. Su lengua encuentra mi punto más sensible y se centra en él. Golpeando la punta a una velocidad vertiginosa, me lleva al borde del abismo, solo para retroceder y usar toda su lengua en lentas y amplias caricias para enfriarme. Repite este proceso varias veces, hasta que estoy retorciéndome en el banco, jadeando y agarrando su pelo.

Adam parece conocer mi cuerpo a la perfección y puede decir cuándo no puedo soportar más. Hunde dos dedos profundamente dentro de mí y devuelve la punta de su lengua a mi clítoris durante solo unos segundos antes de que la tensión en mi cuerpo explote y se derrumbe a mi alrededor. Grito, sin importarme quién pueda oírme, y siento que mi cuerpo se contrae alrededor de sus dedos, atrayéndolos más profundamente mientras los empuja dentro de mí.

Cuando finalmente he bajado del pico estremecedor, Adam se mueve hacia un lado y me llena la mano con más jabón para que pueda limpiarme de nuevo. Mientras me desplomo en el banco, todavía temblando, se estira sobre mí, besándome suavemente antes de acercar su boca a mi oído.

—Más dulce —susurra.

****

Adam y yo estamos reacios a movernos, pero la promesa de volver al hotel finalmente nos hace levantarnos del banco de la ducha casi veinte minutos después. Hemos estado alojándonos en

habitaciones separadas durante toda la semana, pero tengo la sensación de que no volveré a mi habitación esta noche. Caminamos hacia la sección principal del vestuario y nos ponemos la ropa. Mientras nos dirigimos fuera del edificio hacia el coche de Adam, me doy cuenta de que saca su teléfono y va a una aplicación de compras.

—¿Qué estás pidiendo? —pregunto.

—¿Qué crees que estoy pidiendo? —pregunta él.

Una sonrisa aparece en mis labios mientras subo al coche y me abrocho el cinturón. Me sorprende cuando no se dirige directamente al hotel, y entra en el aparcamiento de un pequeño restaurante a pocos kilómetros del recinto. Me mira mientras apaga el motor.

—Energía —dice simplemente.

Ambos comemos rápidamente, y para cuando volvemos al coche, no puedo mantener mis manos lejos de Adam. Me deslizo hacia el centro del coche y paso mi mano por su muslo interno mientras beso a lo largo de su cuello. Mi mano acaricia su miembro, y ya está duro otra vez. Le mordisqueo el lóbulo de la oreja y toco el bulto creciente.

—Será mejor que pares —gruñe.

—¿Por qué? —pregunto, pasando mi lengua por su cuello.

—Porque si no lo haces, todo habrá terminado antes de que lleguemos al hotel.

—Si tuvieras condones en el coche, querría que me follaras aquí mismo, ahora mismo.

Las manos de Adam se tensan alrededor del volante y gime.

—Repite eso —ordena.

Me acerco más a él.

—Te deseo, Adam. Quiero que me folles. Quiero sentirte dentro de mí.

El coche frena bruscamente cuando llegamos al hotel, cerca del puesto del aparcacoches. Al salir, Adam lanza las llaves hacia el hombre en el mostrador y agarra mi mano. Corremos por el vestíbulo y entramos en el ascensor del fondo. Tan pronto como las puertas se cierran y estamos solos dentro, Adam me empuja contra la pared, presionando su cuerpo contra el mío, besándome apasionadamente. Finalmente, el ascensor llega a nuestro piso, y él me levanta y me lleva por el pasillo hasta la puerta de su habitación. Mete la mano en su bolsillo y pasa la tarjeta-llave, luego empuja la puerta para entrar en la habitación.

Jadeo cuando me arroja sobre la cama y retrocede para desvestirse. Me quito la ropa tan rápido como puedo y, finalmente, ambos estamos desnudos otra vez. Él camina hacia el mueble de la entrada y coge una bolsa de papel marrón. Saca una caja de condones y toma uno inmediatamente. Usa sus dientes para romper el envoltorio de aluminio, saca el condón y me lo entrega.

—Pónmelo —dice.

Me incorporo y agarro su polla, usando una mano en la base para mantenerla firme mientras coloco el condón en la punta con la otra. Tan pronto como está bien colocado, Adam me empuja de nuevo sobre la cama y se extiende sobre mí. Levanta una de mis piernas con su brazo para que se doble en su codo y se hunde en mí de una sola embestida. Mis paredes se estiran, un delicioso dolor se extiende a través de mí mientras él embiste más profundo y más fuerte, reintroduciéndose en mi cuerpo. Me aferro a él, rodeándolo estrechamente con mis brazos mientras me ofrezco a él. De repente Adam se aparta y me mira a la cara.

—¿Por qué estás tan tensa? —pregunta.

—Intento no estarlo —digo.

—Hablas mucho, pero ahora que estamos aquí, es como si tuvieras miedo de dejarte llevar y disfrutarlo.

No sé qué decir, pero, aunque lo supiera, no habría tenido tiempo de decirlo antes de que Adam se levantara y alcanzara mi mano.

Agarra mi muñeca, me levanta del colchón y me lleva alrededor hasta el pie de la cama. Se gira y se sienta en el borde, girándome por las caderas para que quede de espaldas a él. Una vez en esta posición, noto un gran panel de espejos en la pared frente a la cama. Todavía sujetando mis caderas, Adam se inclina hacia delante y pasa su lengua por mi espalda.

—Abre tus piernas —dice—. Ponte a horcajadas sobre las mías.

Sigo su orden, extendiendo mis pies para que mis piernas estén a cada lado de las suyas. Los dos estamos reflejados en el espejo frente a mí, y mi boca se hace agua.

—Quiero que mires —dice—. Mira mientras me hundo dentro de ti. —Mientras dice esto, presiona hacia abajo en mis caderas para guiarme hacia su regazo. Siento la punta de su polla tocar mi entrada, y mi cuerpo se abre para recibirlo—. Mira cómo encajo dentro de ti, cómo mi polla encaja perfectamente en tu dulce coño. —Comienza a empujar dentro de mí, y gimo, mis ojos se cierran—. No cierres los ojos —indica—. Quiero que mires. —Embiste más rápido, usando un brazo envuelto alrededor de mis caderas para guiarme mientras reboto en su regazo—. Eres tan hermosa cuando te follo —susurra en mi oído—. Mira lo increíble que eres. Mira lo que me haces. No puedo controlarme cuando estoy contigo. Quiero cada centímetro de ti, cada minuto de cada día. Dámelo. Todo. De ti.

Escucharlo mientras veo su polla deslizarse dentro y fuera de mi cuerpo me llena de una sensación de confianza y fortaleza como nunca he conocido. Estoy conectando conmigo misma tanto como con él. Apoyándome contra el pecho de Adam, comienzo a mover mis caderas para acompasar sus embestidas. Rodeo su cuello con un brazo, y Adam besa la curva de mi cuello y hombro. Al soltar mis caderas, Adam acuna ambos pechos con sus manos. Una mano luego se desliza por mi vientre y entre mis muslos. Observo cómo su dedo encuentra mi clítoris y comienza a masajearlo en círculos apretados.

Mi cuerpo ya está vibrando y anhelando la liberación cuando Adam me toma por las caderas nuevamente y me pone de pie. Nos

lleva al lado de la cama y usa una mano para empujarme hacia adelante para que me incline y aterrice sobre mis manos. Se hunde dentro de mí de nuevo, y jadeo ante la sensación. La nueva posición le permite golpear algo, un punto profundo dentro de mí, que envía escalofríos de sensación por todo mi cuerpo. Giro la cabeza y nos miro en el espejo de nuevo. Esta vez, observo la magnificencia de su cuerpo, el poder de sus músculos mientras se tensan y se mueven bajo su piel con cada embestida. Las yemas de sus dedos se clavan en la piel de mis caderas, y cada embestida en este ángulo me hace gritar.

Pronto, ya no puedo sostenerme más. Me dejo caer hacia adelante para descansar sobre mi pecho, mis brazos extendidos delante de mí, agarrando las sábanas con fuerza. Entierro mi cara en la cama, casi sollozando de placer mientras Adam me embiste más fuerte y más rápido. Rasca sus uñas ligeramente por mi espalda, y la sensación adicional me empuja al límite. No puedo controlarme mientras me derrumbo en el orgasmo más poderoso que he experimentado jamás. Estoy agradecida por las mantas que amortiguan mis gritos llamando a Adam, pero él puede oírme.

—Otra vez —gruñe.

Grito su nombre de nuevo, y él me embiste una vez más. Su polla palpita, y puedo sentirlo pulsando salvajemente, derramándose en el condón dentro de mí mientras deja escapar un rugido. Se deja caer sobre mí, y nos derrumbamos en la cama, enredados el uno en el otro mientras el placer continúa explotando a través de ambos. La piel de Adam está resbaladiza por el sudor, y su respiración es rápida y entrecortada. Me doy la vuelta lo suficiente para besarlo y siento que me chupa el labio inferior suavemente. No quiero moverme nunca de este lugar. Mis ojos se cierran, y me acurruco contra Adam, en posición de cucharita mientras me voy quedando dormida.

****

Dos días después...

—Es tan grande —digo, con los ojos muy abiertos—. Es realmente enorme. No puedo creerlo.

—Impresionante, ¿verdad? —dice Adam—. Pensé que te gustaría.

—Me gusta. Quiero tocarlo.

—Adelante.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—No creo que deba. Hay gente mirando.

—Solo estarán celosos. Sabes que todos están pensando lo mismo.

Echo un vistazo para ver si hay alguien más paseando por el patio del gran museo en el que estamos. Algunas personas miran en mi dirección, pero no parecen estar concentradas en mí. Adam me levanta y paso mis dedos por el duro mástil frente a mí. Miro a Adam a los ojos y una idea repentina trae una sonrisa aún más amplia a mis labios.

—Apuesto a que a Melissa también le gustaría. Le parecería increíble.

—Puedo tomarle una foto y enviársela —dice Adam—. ¿Quieres posar con él?

—Claro.

Acerco mi cara y Adam toma una foto, girando mi teléfono para mostrarme la pantalla.

—Tal vez enviarle eso no sea tan buena idea —dice Adam.

—¿Por qué no?

—Podría pedirme que lo proponga en la próxima búsqueda del tesoro.

Me río y se lo quito para escribir rápidamente un mensaje a Melissa.

«*La encontré*».

Presiono enviar y guardo el teléfono en mi bolsillo.

—Probablemente deberíamos irnos ya —dice Adam—. El avión nos está esperando. Quiero asegurarme de llegar al puerto deportivo con tiempo suficiente para revisar todo antes de que llegue Brandon.

Echo un último vistazo por encima de mi hombro, luego sacudo la cabeza mientras nos alejamos.

—Cuando dijiste que teníamos que parar en un lugar de Kentucky, pensé que era para ver a un cliente, no para ver la Navaja Suiza Más Grande del Mundo.

Adam me sonríe mientras subimos al coche que nos espera, y le dice al conductor que nos lleve de vuelta al aeropuerto privado donde aterrizamos hace unas horas.

—Quizá sea algo que podamos tachar de tu lista de deseos —dice.

Pienso en eso durante unos segundos.

—Si tuviera una lista de deseos, seguro que estaría ahí. Así que voy a contarlo. Lo has hecho bien. Estoy muy satisfecha con tus servicios.

Adam se inclina y me besa.

—Hay algunos servicios más que me gustaría ofrecerte más tarde.

Casi me avergüenza lo rápido que me he acostumbrado a tener chóferes esperándonos y a viajar en un avión privado. Solo he volado en líneas comerciales un par de veces, pero ahora me lo han estropeado. Estoy bastante segura de que no encontraré cómodos sillones de cuero, un bar completo, una cama y un sistema de entretenimiento mucho más impresionante que el de mi casa en un vuelo de Delta Airlines que salga del aeropuerto local.

Entramos en el avión, e inmediatamente me dirijo al bar para tomar un refresco. El lujo del avión privado puede haberme malcriado, pero volar sigue siendo mi medio de transporte menos favorito. El despegue en particular. El resto no está mal, pero rodar por la pista me provoca un sentimiento de anticipación y ansiedad.

En el segundo en que las ruedas se levantan, mi estómago empieza a revolverse. Una vez que alcanzamos altitud estoy bien, y he descubierto que tomar un refresco durante esos minutos ayuda.

—Así que, cuéntame otra vez qué va a pasar en el puerto deportivo —digo mientras abro la botella y la llevo a mi asiento.

El avión no despegará hasta dentro de unos minutos, pero aun así me abrocho el cinturón y tiro de él un par de veces.

—Bueno, con suerte, ayer empezaron a mover todos los barcos que podían para hacer espacio. Los que no se fueron se van a decorar.

—¿Y los dueños están de acuerdo con eso? —pregunto.

—Sorprendentemente, sí —dice Adam—. De hecho, quieren formar parte de todo esto. Al principio pensé que se reirían en mi cara y me dirían que era ridículo cuando les pregunté si podían desalojar el lago por un día para que pudiera escenificar una batalla de piratas.

Me río.

—Creo que esa sería una respuesta bastante lógica a esa petición.

Adam se encoge de hombros.

—No sería la primera vez que alguien reacciona así ante una petición como esa. Pero por eso soy tan bueno en lo que hago.

—¿Por qué? —pregunto.

—Perseverancia —dice.

Sonrío y asiento.

—Ciertamente tienes mucho de eso —digo.

—Cuando se lo pregunté me pidieron más información. Les expliqué la situación, y varios de ellos dijeron que sonaba muy divertido, y querían participar. Se ofrecieron a dejarnos usar sus barcos como decoración, siempre y cuando pudieran estar en la cubierta mirando y gritando palabrotas —dice Adam.

—¿Palabrotas? —pregunto.

—Creo que solo quieren hablar como piratas y no sentirse raros por ello.

Asiento. Nunca habría pensado que un grupo de adultos se emocionaría tanto por jugar a ser piratas, pero al mismo tiempo, no me sorprende. Todo el mundo sabe que las personas más entusiastas de Halloween son los adultos, y Adam dijo que muchas de las peticiones de la lista de deseos que recibe provienen de lo que una persona quería hacer con su vida, pero nunca pudo hacer. Tal vez este cliente solo está expresando su deseo interior de aventura y desconexión.

Tan pronto como comenzamos a aterrizar poco más de dos horas después, empiezo a sentirme un poco triste. El puerto deportivo es la última parada en nuestra lista de deseos. Eso significa que mis aventuras con Adam están casi llegando a su fin, y no creo que esté preparada para dejarlo ir. Ha sido tan increíble pasar este tiempo con él durante las últimas semanas, y no quiero volver al mundo real todavía. Estar de viaje con Adam, aunque evidentemente sea por trabajo, ha sido como dar un vistazo a su vida y al mundo en el que vive. Siempre supe que tenía una vida que estaba más allá de cualquier cosa que pudiera imaginar, y que a medida que envejeciera, solo se volvería más increíble. Ir de un lugar a otro, viajar en su avión privado y el interminable número de elegantes coches negros que siempre están disponibles para llevarnos a donde necesitemos, y alojarnos en hoteles tan lujosos que parecen sets de película, ha sido un sueño. Estoy experimentando el mundo del lujo, la indulgencia y la oportunidad como nunca antes.

Las oportunidades son lo que más me atrae. La pura frivolidad de gastos que he visto en los clientes, y la indulgencia que he disfrutado, han sido divertidas, pero no son algo sin lo que no pueda vivir. Eso sí, me siento muy atraída por la sensación de que el mundo entero está abierto para mí. No solo el pequeño microcosmos representado por Adam, sus hermanos y sus clientes, sino el mundo entero. Mi padre siempre me decía que todo era posible si te lo

proponías. Ese era un adagio que tenía cerca, y que se convirtió casi en mi mantra personal mientras avanzaba a través de cada nueva etapa de mi vida. En las últimas semanas, un parpadeo en comparación con el resto de mi vida, eso ha cambiado completamente. Cuando estoy con Adam, siento que *todo* es posible.

Es una diferencia sutil, y una que muchas personas ni siquiera reconocerían. Yo sí. La sensación de poder perseguir y lograr lo que quiera, ver y hacer y experimentar cualquier cosa que pueda surgir en mi mente es poderosa. Voy a echar de manos sentir que puedo tomar decisiones sin dudarlo. Estar junto a Adam me ha dado esa confianza. Claro, la inimaginable riqueza que Adam tiene a su disposición facilita las cosas, lo cual es el objetivo de su negocio. Pero, el dinero no es lo que me da esta sensación, es el puro poder y la seguridad en sí mismo que irradia Adam. Entra en una habitación y puede captar la atención sin decir una palabra. Es embriagador.

Me doy cuenta mientras conducimos hacia el puerto deportivo de que no he pensado en Dex —hasta ahora, claro— en más de una semana. Ha sido efectivamente desplazado de mi mente por pensamientos sobre Adam, junto con las increíbles experiencias que hemos tenido. No tener que lidiar con mi ex mientras hemos estado fuera ha acabado siendo un beneficio adicional. No sé si seguirá allí cuando volvamos a Sunborn View, pero incluso si es así, me siento preparada y cargada de energía. Adam me ha fortalecido, y cada absurdo y patético espectáculo que monte Dex, puedo afrontarlo con un recuerdo de los labios de Adam sobre los míos, y sus manos sobre mi cuerpo. Los recuerdos que hemos creado me hacen sentir que puedo soportar cualquier cosa.

Por mucho que tema tener que volver a la realidad y enfrentarme de nuevo a mi vida cotidiana, estoy deseando que llegue la Navidad. Alice y Grace no estarán allí, y las echaré de menos, pero estoy emocionada por pasar ese tiempo con mamá. Siento que, en los últimos años, me he dejado arrastrar por todo lo que sucedía en mi

vida y no he podido disfrutar de las fiestas como solía hacerlo. Por primera vez en mucho tiempo, tengo esa sensación de emoción que acompaña al espíritu navideño. Incluso podría hacer una casa de jengibre este año. La mayoría de los caramelos suelen acabar en mi boca o en el suelo, pero he conseguido convencerme a mí misma de que un enfoque arquitectónico minimalista y un atractivo exterior simplificado es lo que todas las familias de muñecos de jengibre quieren hoy en día.

Adam parece aliviado al ver que los preparativos están casi completos cuando llegamos al puerto deportivo. Varios cortes de tráfico similares a los que se montan durante un rodaje mantienen alejados a los curiosos, pero a nosotros nos escoltan directamente hasta el centro de la acción. Caminamos hasta el borde del muelle para examinar más de cerca el barco pirata espectacularmente preciso que tenemos delante.

—¿Dónde encontraste algo así? —pregunto.

—No lo encontré yo —dice él—. Lo encontró Luke.

—¿Tu hermano Luke? —pregunto.

Adam asiente.

—Vive en Los Ángeles y se encarga de muchas de las peticiones más extremas. Iba a dejarle esta a él por completo, pero Brandon insistió en quedarse conmigo.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. No parece que le caiga particularmente bien —admite Adam—. Pero creo que tiene algo que ver con que dice que soy el original, y quiere solo lo mejor de la empresa.

—Tiene sentido —digo—. Hermano original. Fundador original de la empresa.

—Luke debería andar por aquí, de hecho.

Como si hubiera escuchado a Adam hablar, Luke aparece de repente por encima de la cofa del vigía en lo alto del mástil. Lleva un

sombrero de pirata negro con un plumaje suntuoso, y su cara refleja nada menos que puro júbilo. Nos saluda con la mano desde arriba.

—¡Adelante, grumetes de agua dulce! —grita.

Adam menea la cabeza ante su hermano pequeño, pero puedo ver un destello de picardía en sus ojos.

Debe de ser cosa de chicos.

—¿Qué haces ahí arriba? —pregunta Adam.

—Revisando el barco —dice Luke—. Le hice algunas mejoras hace un par de semanas, y todavía no he tenido la oportunidad de comprobarlas todas.

—Gracias por hacer esto por mí.

—Por supuesto. Un placer ser de ayuda.

Desaparece de la vista, y me río.

—¡Eh, Adam! —llama una voz de barítono.

Adam se gira hacia la voz, y puedo ver que lucha por no dejar que una mueca se apodere de su rostro.

—Brandon —dice a modo de saludo—. ¿Estás listo?

—Solo tengo que ponerme mi disfraz —dice Brandon.

—De acuerdo. —Veo que Brandon me mira fijamente. Su lengua recorre sus labios mientras me examina de arriba abajo, y Adam da medio paso para interponerse entre nosotros—. Esta es Emily —dice.

—Hola, Emily —dice Brandon, sonando como si no fuera un hombre adulto a punto de disfrazarse.

Parece estar a un segundo de ofrecerme un puesto como su moza.

Sí, no.

—Cariño —digo, mirando a Adam y apoyando mi mano en su brazo—. Voy a buscar algo de café. Tiene que haber por aquí, ¿verdad?

Los ojos de Adam parpadean con una risa contenida, pero me rodea la cintura con su brazo.

—Muy bien, cielo —responde—. Si no encuentras, seguro que alguien puede ir a buscarte un poco.

Me alejo, sin tener ni idea de dónde *empezar* a buscar café, y dejo escapar un gritito cuando Adam me da una ligera palmada en el trasero. Le lanzo una mirada fulminante por encima del hombro, y él me devuelve una sonrisa.

Unos minutos después, vuelvo caminando al lugar donde los dejé. He conseguido encontrar una cafetera americana en una mesa que habían preparado para el desayuno del equipo antes de que llegáramos, y llevo con cuidado una pequeña taza de café. Tengo la sensación de que me están ocultando algo. Brandon está haciendo estiramientos, y Adam lo observa con una expresión divertida.

—¿Cómo va todo? —pregunto.

Adam se encoge de hombros.

—Tengo que admitir que parece más adecuado para esto que para la actividad de bombero.

Brandon se acerca a nosotros, y esta vez sus ojos se mantienen firmemente alejados de mí. Me pregunto si Adam le dijo algo mientras yo no estaba.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta Brandon.

—Debería ser en cualquier momento —le dice Adam—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento bien. Creo que estoy listo.

—Estupendo. Recuerda, puede parecer intimidante al principio, pero el resto de piratas son actores. Seguirán tu ejemplo. Solo guíales con tu espada.

Palabras para recordar.

Hora y media más tarde, me acerco a Adam, que está sentado en una de las mesas de picnic instaladas a lo largo del borde del puerto

deportivo. El sombrero de pirata de Luke está colocado frente a él, y parece estar contemplándolo profundamente.

Paso la pierna por encima del banco y me siento a horcajadas mirando hacia Adam.

—¿Ocurre algo malo? —pregunto.

—¿Aparte de lo que acabamos de presenciar, y el hecho de que Ellis no formara parte de ello?

—Le habría encantado —coincido—. Apuesto a que el *Caray* habría llevado a la flota a la victoria. Hablando de eso, ¿no se suponía que Brandon era el que iba a ganar?

—Sí, pero creo que los actores se estaban cansando de él. Aunque no sé si él se dio cuenta siquiera. Parece bastante entusiasmado con todo el asunto.

—Eso es bueno. Aparte de todo eso, ¿te preocupa algo más?

—No —dice—. Estoy bien. Solo estaba pensando en lo que pasará cuando volvamos a Sunborn View.

—¿Qué quieres decir?

—Eso es lo que pasa, que no lo sé.

Le sonrío.

—Supongo que ya lo iremos viendo.

Adam alza la mano y pasa la yema de su pulgar sobre mis labios, enviando una oleada de emoción a través de mí. Ese gesto tierno es tan simple, y sin embargo parece llevar tanto significado.

—Sí —dice en voz baja—. Supongo que así será.

Capítulo Doce

Adam

Una semana después...

Las palabras que Emily me susurra al oído mientras conducimos hacen que sea *muy* difícil concentrarme en la carretera. Ya fue bastante complicado ocultar su mano dentro de mis pantalones durante el viaje en ferry hasta la isla, pero esto es peor. Ahora estoy intentando conducir por los caminos secundarios de nuestro vecindario sin distraerme y llevándome por delante alguno de los muñecos de nieve iluminados de las decoraciones de los jardines. Todo se vuelve aún más difícil cuando veo a Emily deslizar la mano bajo su falda y bajar sus bragas de encaje rojo por sus muslos. Se las termina de quitar por los pies, las balancea en un dedo y luego las lanza al asiento trasero. Ahora sé que su cuerpo perfecto está completamente desnudo bajo esa falda, y no hay nada que me impida inclinarla sobre la mesa del comedor en cuanto entremos.

Tan pronto como giramos hacia la calle donde vivimos Emily y yo, tengo la sensación de que eso no va a ocurrir. El coche de Melissa está aparcado frente a la casa de Emily. Adoro a Melissa, pero por el amor de Dios, ahora no. Mientras aparco, echo un vistazo a la casa que Dex está subarrendando y me siento aliviado al ver un cartel de «se alquila» en el jardín delantero. No estoy seguro de por qué la hija de la señora Palmer aún no se muda allí, pero seguro que escucharé la historia más tarde. Los cotilleos y rumores son como el virus de la gripe en Sunborn View. Cuando hace frío afuera y la gente permanece encerrada durante demasiado tiempo, se propagan mucho más rápido. Ahora mismo, lo único que me importa es que el ex marido de Emily no vive a unos cientos de metros de ella, y quizás ella tenga la oportunidad de respirar un poco mejor.

Emily ve el coche de Melissa fuera de su casa unos segundos después que yo. Vuelve a sentarse bien en su asiento y retira su

mano de mi regazo. Una expresión de preocupación cruza su rostro y me mira.

—¿Qué crees que está haciendo aquí? —pregunta.

Hago lo mejor que puedo para tranquilizarla.

—Seguro que todo va bien.

—No me llamó, ni nada —dice ella.

—Eso es porque dejaste tu teléfono aquí, ¿recuerdas? ¿No querías que te molestaran las llamadas de Dex?

—Pero le di tu número de teléfono —dice—. Si hubiera pasado algo grave, podría haberte llamado.

—Lo que me lleva a pensar que no ha ocurrido nada serio, Emily. Falta solo una semana para Navidad. Probablemente ha venido a hacer galletas, ensartar guirnaldas de colores y tejer calcetines.

Me mira con expresión divertida.

—¿Es eso lo que crees que hacemos las mujeres durante la temporada navideña? —pregunta—. ¿Nos sentamos en casa horneando galletas, ensartando guirnaldas y tejiendo calcetines?

Me encojo de hombros.

Emily se ríe e inclina sobre el coche para besarme. Cuando intento profundizar el beso, ella se aparta.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

—Es solo... —duda—. Es solo que no estoy segura de si quiero que ella nos vea besándonos. No creo que esté preparada para que otras personas sepan que hay algo entre nosotros.

—¿Qué *hay* entre nosotros? —pregunto.

Ella sabe a qué me refiero. Cualquiera que pasara por una de nuestras habitaciones de hotel durante la última semana podría decirte que está pasando algo entre nosotros, pero hay más en la pregunta que eso. Los ojos de Emily se suavizan, pero no dice nada. Levanta la mano y la desliza por el lado de mi mejilla, y yo vuelvo la

cara para besar su palma. Aunque dijo que no está lista para que otras personas sepan sobre nosotros, creo que en realidad quiere decir que no está lista para enfrentarlo ella misma. Salimos del coche y ella corre hacia su casa. Saca la llave de su bolso, pero antes de que pueda abrir la puerta, esta se abre de golpe y Melissa corre hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Emily! Me alegro tanto de que estés en casa. Te he echado de menos.

Emily le devuelve el abrazo.

—Yo también te he echado de menos —dice—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Camino detrás de ella, cargando sus bolsas, y Melissa me mira.

—Hola, Adam. ¿Cómo fue todo?

Emily y yo nos miramos, y puedo ver el brillo en sus ojos.

—Fue muy bien —respondo—. Gracias por preguntar. ¿Qué tal tus vacaciones de Navidad hasta ahora?

Ella asiente.

—Geniales —dice—. He hecho al menos una docena de tandas de galletas. Casi he terminado los últimos envoltorios para los regalos. —Sus ojos se iluminan—. ¡Ah! Y has llegado justo a tiempo para ayudarme. Estoy trabajando en una guirnalda de perlas de colores para el árbol de Navidad de Emily.

Me esfuerzo por no reírme, y Emily hace lo mismo. Sacude la cabeza lentamente, luego la inclina, mirando a Melissa con curiosidad.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí —dice.

Melissa se aparta para dejarnos entrar en la casa. El aire está impregnado con olor a canela, azúcar y palomitas, y es cálido y acogedor.

—Cucarachas —explica Melissa.

Mi mente sale bruscamente de su ensoñación navideña, y miro a Emily. Su expresión es de horror.

—¿Cucarachas? —pregunta Emily, elevando el tono de voz.

—Sí —dice Melissa—. Cucarachas por todas partes.

Emily mira alrededor frenéticamente.

—Oh, no. Dios mío. ¿Dónde?

—¡No aquí! —la tranquiliza Melissa—. En mi casa. ¿Por qué vendría a quedarme en una casa llena de cucarachas si la mía no tuviera ninguna?

Emily sacude la cabeza.

—No lo sé. ¿Quizás has establecido un vínculo con ellas?

Melissa la mira seriamente.

—No establezco vínculos con insectos asquerosos —dice.

—¿Pero por qué estás aquí? —pregunta Emily.

—¿No acabamos de establecer que tu casa no tiene cucarachas?

—¿Por qué tu casa está infestada? —pregunta Emily.

Melissa suelta un suspiro cargado mientras se deja caer en el sofá y alcanza la guirnalda casi terminada en la que ha estado trabajando. Toma un puñado de palomitas de uno de los grandes cuencos que tiene al lado.

—Aparentemente esos bichitos son viajeros. Según Randy el Exterminador, la combinación de una fuga en los cimientos y los restos de una fiesta en el sótano que nunca se limpió completamente resultó irresistible para toda la población de cucarachas de Sunborn View. Desafortunadamente para la abuela, y por extensión para mí, esa invasión en particular ocurrió en la casa de al lado. Decidieron adoptar un enfoque bricolaje para sus invitados no deseados, quienes rápidamente se dieron cuenta y comenzaron el éxodo hacia mi casa. Randy dice que, si iban a tratar su casa, deberían haber informado a la abuela y al vecino del otro lado, para que tuviéramos la oportunidad de tratar nuestra casa

también y hacerla menos acogedora para las cucarachas. Como no recibimos ese aviso, terminamos siendo la nueva Embajada de Cucarachas.

—Suena bastante prestigioso cuando lo explicas así —dice Emily.

Melissa entrecierra los ojos hacia ella, pero se mete una palomita en la boca.

—Suena espeluznante, así es como suena. —Su expresión cambia repentinamente a una sonrisa, y extiende sus manos para señalar la sala de estar—. Pero ahora estoy aquí.

Emily asiente.

—Me alegro —dice—. Debo decir que has dejado la casa muy bonita.

Miro alrededor a las decoraciones que obviamente Melissa ha añadido a la habitación. Un imponente abeto de plástico, a unos centímetros de ser demasiado grande para la habitación, ocupa una esquina previamente vacía, y luces centelleantes bailan alegremente entre las ramas. Melissa también ha colgado guirnaldas y espumillón por todo el espacio, y una fila de pequeños calcetines adorna la chimenea.

Dirijo mi mirada hacia ellos y luego de vuelta a Emily, que entrecierra los ojos hacia mí. Quiero abrazarla entre mis brazos y besarla, pero me resisto.

—Gracias. Había un ambiente demasiado Grinch-chic.

—¡No soy un Grinch! —protesta Emily—. Simplemente no había tenido la oportunidad de empezar a decorar todavía.

—Tuve que traer mi propio árbol y decoraciones —señala Melissa.

—Tampoco he tenido la oportunidad de comprar un árbol o decoraciones todavía —dice Emily—. Espera. ¿Dónde está tu bisabuela? ¿La has traído aquí también?

—No —dice Melissa—. Mi hermano vino a recogerla. Pero su casa solo tiene un baño para cinco personas, así que decidí venir aquí

hasta que terminen la fumigación. —De repente parece preocupada —. No te importa, ¿verdad? —pregunta.

—Claro que no —le dice Emily—. Será agradable tenerte por aquí unos días.

Melissa sonríe y vuelve a comer palomitas. Emily me mira, y sé, solo por la expresión de su cara, que hoy no vendrá a casa conmigo. Obviamente no podemos estar aquí, y ella no querrá que Melissa haga preguntas si va a mi casa durante largos períodos de tiempo sin invitarla. Algo me dice que voy a tener que sumergirme en mi trabajo aún más de lo habitual en los próximos días.

Los días pasan, y empiezo a preguntarme si la casa de la bisabuela de Melissa fue invadida por la reina de todas las cucarachas y ahora la ha declarado su propio país. Emily y yo nos las hemos arreglado para escabullirnos juntos algunos ratitos, pero no es ni de lejos suficiente. Solo ha pasado una semana, pero ya echo de menos abrazarla por la noche y despertar con su rostro en la mañana como lo hacía mientras viajábamos. Ahora por fin ha llegado el día en que Melissa debe regresar a su hogar recién desinfectado de cucarachas y, con la promesa de una visita en Navidad dentro de dos días, se ha marchado. Me dirijo a casa de Emily con planes de mantenerla ocupada hasta Nochebuena cuando suena mi teléfono. Quiero ignorarlo, pero algo me dice que conteste. Cuando lo hago, miro la pantalla y reconozco el nombre de un cliente con el que trabajé hace varios meses. Con diferencia el más rico e influyente de mis clientes, trabajar con Devin Berg ha sido interesante. Puede permitirse hacer prácticamente cualquier cosa en la faz del planeta y, sin embargo, sus peticiones para su lista de deseos son normalmente sencillas y directas. Algunas tenían giros intrigantes que las llevaban ligeramente por encima de lo normal, pero en general, Devin no era más que humilde y tranquilo. Me caía muy bien, y realmente disfruté trabajando con él. Aun así, no puedo imaginar por qué me está llamando ahora. Cumplimos con todos los elementos de su lista de deseos, e incluso añadimos algunos más al final. Parecía extremadamente feliz con el resultado de cada una de

sus experiencias y terminó recomendando DreamFactory a su amplia red de amigos y contactos personales. Varios se han convertido en clientes en los últimos meses.

La llamada me hace volver a mi casa, pero mientras me dirijo a mi ordenador para comenzar algunas investigaciones, envío un mensaje rápido a Emily. Tengo algo especial planeado para ella esta noche, y quiero asegurarme de que esté lista cuando pase a recogerla. La llamada del Sr. Berg puede haber cambiado mis planes para los próximos días, pero espero que Emily me acompañe.

Para cuando se pone el sol y estoy listo para recoger a Emily, ya estoy cansado de estar al teléfono y deseando no pensar en el trabajo durante unas horas. Cuando abre la puerta, Emily está tan guapa que me lleva unos segundos incluso saludarla. La beso y la suavidad de sus labios y su suave suspiro hacen que mi miembro cobre vida.

—¿Qué tienes planeado para esta noche? —pregunta, rodeándome la cintura con sus brazos e inclinándose hacia atrás para mirarme.

—Es una sorpresa —le digo—. Solo ten paciencia.

Nos subimos al coche, y la observo mirar a su alrededor mientras conducimos, intentando averiguar adónde vamos. Me pregunto cuánto tardará en reconocer el camino que estamos tomando, o si lo hará. Ha pasado mucho tiempo, y la última vez que vinimos por aquí era una época del año completamente diferente. Caminar durante una tarde de finales de verano no es lo mismo que conducir en la oscuridad de diciembre, y podría parecer lo suficientemente distinto como para que no pueda saber adónde nos dirigimos. Estamos a unos cientos de metros cuando detengo el coche. Estamos rodeados de árboles, y ella me mira con vacilación.

—¿Aquí? —pregunta.

—Aún no hemos llegado —le explico—. Vamos a hacer a pie el resto del camino.

Emily asiente y espera mientras camino hasta su puerta para abrirla y ayudarla a salir del coche. Cogidos de la mano, la guío por el sendero poco transitado. Es casi invisible, pero lo he recorrido tantas veces que no necesito verlo. Mis pies conocen esta parte de Sunborn View mejor que nadie, y puedo guiarla a través de él. Llevamos caminando unos minutos cuando ella me mira, con una sonrisa de complicidad en sus labios. Asiento para confirmar sus sospechas, y ella me aprieta la mano en respuesta. Pronto, salimos de la protección de los árboles y llegamos a la cresta. Frente a nosotros, la hoguera que había pedido a Robert que preparara para nosotros crepita y lanza pequeñas chispas hacia el aire fresco de la noche. Más allá del borde de la cresta está el resplandor del autocine. Errol T. Whitman ha colocado todas las luces navideñas disponibles en el Teatro al Aire Libre, creando el ambiente perfecto para el concierto de villancicos previsto para esta noche.

Llevo a Emily hasta el sofá de mimbre para dos personas situado cerca del fuego, y nos acomodamos en él, envolviéndonos con las gruesas mantas colocadas sobre el respaldo. Emily se quita los zapatos para poder acurrucarse a mi lado y apoyar su cabeza en mi pecho. Le doy un beso en la coronilla.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Es increíble —dice—. Gracias por hacer esto por mí.

Coloco mi dedo bajo su barbilla para levantar su rostro hacia el mío.

—Gracias a ti por estar aquí —digo.

Debajo de nosotros, escucho charlas emocionadas mientras la gente entra en las gradas. Alcanzo la gran cesta de picnic escondida junto al sofá y saco un termo y dos tazas. Lleno una y se la doy a Emily, quien respira el aroma y sonríe ampliamente. Lleno mi taza y doy un largo sorbo al chocolate caliente con menta. Pronto, la música se eleva a nuestro alrededor, y comienza el canto. Y aunque rápidamente resulta obvio que la mayoría de las personas se pierden totalmente con la letra de los villancicos después de la primera línea

y empiezan a inventárselos sobre la marcha, me siento invadido de más espíritu navideño que desde que era un niño pequeño. Abrazo a Emily y beso sus dulces labios de vez en cuando. Me siento completamente satisfecho. Es una sensación a la que no estoy acostumbrado. Estoy acostumbrado al constante impulso y presión del trabajo, donde nada es nunca lo suficientemente bueno. Siempre estoy buscando lo siguiente y persiguiendo metas más altas y elevadas.

Esta noche no.

Esta noche, estoy total y completamente satisfecho. Soy feliz sentado aquí, sosteniendo a Emily en mis brazos y dejando que la interpretación artística de las canciones navideñas continúe tanto como sea posible. Demasiado pronto, la música se desvanece, y las familias con niños cansados por el frío y sobre estimulados por la emoción de la Navidad, abandonan el autocine en masa.

—Hay algo de lo que quería hablarte —le digo a Emily.

—¿De qué se trata? —pregunta.

Se sienta y me mira de frente, cubriéndose más con la manta.

—Sé que dijiste que esperabas tener una Navidad tranquila en casa con tu madre, y luego aprovechar para relajarte todo lo posible antes de que vuelvan las clases, pero hoy he recibido una llamada interesante.

—¿De quién?

—De un cliente con el que trabajé hace unos meses. Es uno de los clientes favoritos con los que he trabajado, y tiene una nueva petición. Pero es muy de última hora, y podría ser complicado. Agradecería mucho tu ayuda, si estás dispuesta.

—¿Qué tipo de petición?

—Al parecer, últimamente se ha encontrado con bastantes parejas prometidas. Lo que no me parece tan raro. Esta época del año suele estar llena de personas que se dejan llevar por el romanticismo de la

temporada y se comprometen. Varias parejas ya se han puesto en contacto conmigo en los últimos meses, de hecho.

—¿Por qué las parejas comprometidas se ponen en contacto contigo? —pregunta Emily.

—Porque quieren algo diferente —digo—. No quieren la misma boda que podrían haber copiado y pegado de los millones de revistas de novias que hay en el mundo. Normalmente no me ocupo de estas peticiones. No es exactamente mi especialidad. Me encargo si su solicitud es realmente compleja, o requiere mucha logística, pero generalmente si alguien quiere una boda creativa, lo dirijo a Jake. Él ha hecho cosas increíbles, pero mi llamada de hoy del señor Berg podría cambiar eso.

—¿Por qué? —pregunta Emily—. ¿Qué es lo que quiere hacer?

—Ha decidido que quiere oficiar una boda —digo.

—¿Quiere oficiar una boda? —pregunta Emily, sonando confundida—. ¿Esa es su aspiración?

—Eso parece —digo—. Me dijo que llevaba mucho tiempo pensándolo, y todas las parejas comprometidas que aparecen a su alrededor son un mensaje del universo. Es algo que realmente quiere hacer, pero no sabe cómo hacerlo. Así que se puso en contacto conmigo.

—No lo entiendo —dice Emily—. ¿Por qué querría oficiar una boda, especialmente si no es para alguien concreto como su hija o un buen amigo?

—No sé por qué quiere hacerlo —digo—. Pero, recuerda, no importa si entiendo lo que alguien quiere. Dice que le importa porque quiere ser parte de un momento que cambie la vida de alguien, y esa es explicación suficiente para mí. Solo quiere hacer algo impactante. Pensé, ¿qué podría ser más impactante que oficiar no solo una boda, sino una ceremonia masiva?

—¿Una ceremonia masiva? ¿Como... al estilo de las sectas? —pregunta Emily.

—No —respondo—. No voy a hacer que se ocupe de mil novias o que case a un grupo con el Universo ni nada por el estilo. Estoy hablando de las parejas que se han puesto en contacto conmigo, y las que él conoce. Quieren algo diferente y memorable. Así que, démosles algo diferente y memorable.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta.

—Ya he sentado algunas bases. Había empezado a pensar en organizar una boda para una de las parejas que se puso en contacto conmigo hace unos meses, pero no salió bien. Sin embargo, los planes básicos que inicié para ellos son perfectos para esto.

—¿Por qué esa pareja era diferente?

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Dijiste que no te ocupas de las bodas. No eres un planificador de bodas ni coordinador de fiestas, y no eres el creativo, así que no te encargas de las bodas. Pero estabas considerando trabajar con esta pareja. ¿Por qué?

—Querían casarse desnudos saltando de un helicóptero —le digo.

—Eso lo explica —dice.

Asiento.

—Ciertamente no era convencional.

—¿Por qué rompieron? —pregunta.

—Oh —digo—, no rompieron. Simplemente acabaron eligiendo otra boda.

—¿De qué tipo?

—Una boda ortodoxa griega.

—¡Vaya!

—Pero el lugar que había elegido para ellos podría ser perfecto. Lo había escogido porque tenía suficiente espacio libre y estaba cerca de un campo que podría usarse como plataforma de aterrizaje.

—Para el helicóptero —dice Emily.

—También es aislado y privado.

—Para la desnudez —dice.

—Exactamente. Es un lugar absolutamente precioso. Por suerte, no está demasiado lejos de Sunborn View, lo que nos va estupendamente. También será un telón de fondo realmente increíble para una boda invernal en Nochevieja, que es cuando ocurre.

Traté de soltar esa última parte lo más rápido posible, esperando que pudiera pasar desapercibida y que calara sin causar demasiada reacción adversa. No tuve tanta suerte.

—¿Nochevieja? —jadea Emily—. ¿Te refieres a esta Nochevieja? ¿La de dentro de una semana?

—Sí —digo—. Y sé que es muy pronto. Te dije que era de última hora. Pero el señor Berg me sorprendió con esa parte. Insiste en que ese es el plazo para hacerlo. Quiere tener completada su lista de deseos antes de fin de año. También le gusta mucho el simbolismo de que una pareja termine un año soltera y comience el nuevo año casada.

—Adam —dice Emily con desesperación, mirándome como si hubiera perdido completamente la cabeza por siquiera considerar aceptar tal petición.

—Lo sé —digo—. Es mucha organización para tan poco tiempo, pero parece que significa mucho para él, y quiero hacerlo realidad. Agradecería tu ayuda, si estás dispuesta.

Me mira durante unos segundos, y sus hombros caen mientras deja escapar un suspiro.

—Por supuesto que te ayudaré —dice. Una sonrisa juguetea en sus labios—. Tú sí que sabes cómo mantener a una chica alerta, ¿verdad? ¿Hay *algo* predecible en ti?

Tomo su barbilla con mi dedo índice y pulgar y la guío hacia mí para darle un beso.

—Probablemente puedas predecir que haré eso muy a menudo —digo.

—Ese es un plan que me encantaría cumplir —dice, inclinándose para otro beso.

Emily se acurruca de nuevo entre mis brazos, apoya su cabeza contra mi pecho y mira a las estrellas. Las miro con ella, pensando en cómo las estrellas una vez guiaron a aquellos que navegaban por la bahía que rodea Sunborn View, y hacia el océano. Ellos fueron los primeros en establecerse en la isla, reconociendo el valor del fácil acceso al agua para los comerciantes, así como los ricos caladeros. Hoy se realiza el mismo trabajo, pero con la ayuda de la tecnología moderna. He visto barcos pesqueros que parecen que no serían capaces de encontrar el camino fuera de la marina si no hubiera al menos cincuenta sistemas diferentes parpadeando, pitando y tranquilizándolos a cada segundo. Pero todos aquellos años atrás, lo único que tenían para navegar eran estas estrellas.

No puedo evitar sentir una conexión con ellos. Son las mismas estrellas que mi abuelo solía mostrarme a través de su enorme telescopio en el balcón de la casa. Las mismas estrellas que solía ver brillando sobre mí cuando jugaba al fútbol americano en el instituto. Y, eran las mismas que brillaban sobre nosotros la primera noche que traje a Emily aquí. Ahora he encontrado el camino de regreso a este mismo lugar. La primera vez que estuve aquí con ella, era difícil imaginar lo que la vida nos deparaba y el pensamiento de despedirnos. Ahora que tengo a Emily en mis brazos otra vez, no puedo imaginar una vida sin ella.

Quiero decirle lo que siento, pero me guardo las palabras para mí mismo. Le hice una promesa. Me comprometí a que ella fuera quien decidiera lo que pasaría después. La herí antes al tomar esa decisión por ella y no decirle lo que realmente sentía. Le dije que esta vez sería diferente, y lo decía con todo mi ser. Todo lo que puedo hacer ahora es demostrarle lo mucho que significa para mí y esperar que un día, me crea de verdad.

Capítulo Trece

Emily

Nochebuena...

Melissa y yo estamos sentadas en extremos opuestos del sofá, cada una trabajando con un ganchillo en el borde de una manta afgana roja y blanca. Ella ya ha terminado su fila, pero espera pacientemente hasta que yo termine la serie de lazadas.

—Dale la vuelta —me indica.

Cogemos la manta y la volteamos para trabajar la siguiente fila. Empezamos este proyecto hace varias semanas, sentadas una al lado de la otra en el centro del sofá, y a medida que la manta ha ido creciendo, nos hemos ido separando gradualmente. Ahora nos cubre a ambas casi hasta el pecho. Solo faltan unas pocas filas y habremos terminado. Espero que podamos acabarla lo suficientemente rápido. Se supone que es un regalo de Navidad para el hermano de Melissa, y ella se irá a su casa para las fiestas hoy mismo.

—¿Cuándo tienes que irte? —le pregunto.

—Quiero estar en el ferry a las dos —dice—. La cena de Nochebuena estará en la mesa a las seis, así que quiero tener tiempo de sobra para llegar a casa y acomodarme.

—¿Estás contenta por ver a todos? —pregunto.

Asiente con una sonrisa entusiasmada extendiéndose por su rostro.

—Sí —dice—. Hace mucho tiempo que toda la familia no está así reunida, y siempre nos divertimos tanto en Navidad. Mi madre todavía cuelga nuestros calcetines frente a la chimenea, y están vacíos en Nochebuena cuando todos nos vamos a dormir. Todavía me siento como una niña pequeña cuando me despierto y bajo sigilosamente las escaleras para verlo todo lleno por la mañana. Creo que estoy tan metida en la magia como mis sobrinas y sobrino. No hay nada como ver a cuatro niños menores de diez años y dos

adultos intentando asomarse por la esquina de una escalera para pillar a Papá Noel.

—¿Dos? —pregunto.

Me mira como si acabara de decir la cosa más ridícula que jamás ha escuchado.

—Puedes estar segura de que Nathan está ahí también. No puede dejar que yo vea lo que Papá Noel ha metido en su calcetín antes que él.

Me río al imaginar a Melissa y a su hermano mayor apartando a los niños para poder vigilar sus calcetines navideños. De repente siento una punzada al pensar en Alice. Cuando éramos niñas, siempre dormíamos en la misma cama en Nochebuena. De ese modo, si una de nosotras oía el sonido de cascos y campanillas en el tejado, podíamos despertar a la otra y ver juntas a Papá Noel. Todavía recuerdo el año en que llegué a esa incómoda edad en la que aún quería ser pequeña, pero empezaba a entender las cosas y a cuestionar la Navidad. Me esforcé tanto por seguir sintiéndome emocionada y mantener esa misma fe en la magia de la temporada, y cada vez que sentía que flaqueaba, me sentaba en mi habitación y lloraba. No quería decirles nada a mis padres. Ambos se entusiasmaban tanto, y esta era la época del año en que estaban más felices, aunque a veces parecían más cansados y estresados de lo habitual. Alice fue la única con quien compartí mis dudas, y ella me tranquilizó una y otra vez diciéndome que estaba siendo tonta. En Nochebuena, me metí en su cama como siempre hacía, agarrando contra mi pecho el osito de peluche que tenía desde que era bebé, y esperé. No sé cuándo me quedé dormida, pero lo siguiente que recuerdo fue que Alice estaba sacudiendo mi hombro y susurrando fuerte en mi oído, diciéndome que había oído algo en el tejado. Me esforcé por escuchar de lo que hablaba y, en mi corazón, creí que lo oía.

Muchos años después, al recordar esa Nochebuena, me di cuenta de que, como Alice es dos años mayor que yo, ya debía haber

pasado por esa transición. Pero no me lo había dicho. En cambio, me había regalado un año más de inocencia.

—Dale la vuelta —digo.

—¿Y tú? —pregunta Melissa—. ¿Cuáles son tus planes?

Sé que me está preguntando por Adam. Ahora firmemente establecida como mi mejor amiga, Melissa es muchas cosas, pero sutil no es una de ellas.

—Adam se supone que vendrá un rato esta tarde —digo—. Pasará esta noche y mañana con su familia, y luego mamá y yo nos atrincheraremos para un maratón épico de películas.

Mantengo los ojos enfocados intensamente en las puntadas de lana que se forman bajo mi ganchillo en lugar de mirarla. Puedo sentir que me está observando. Sabe que le estoy ocultando algo. Me siento culpable por no ser completamente honesta con ella sobre mi relación con Adam. El problema es que ni siquiera sé cómo ser honesta con ella, o con cualquier otra persona, sobre mi relación con Adam. Ni siquiera yo misma sé realmente qué es. No la engaño. Dejo escapar un suspiro.

—Vale —digo—. Pero tienes que mantener esto en secreto. Ni siquiera sabes lo que te estoy diciendo, ¿entendido? Esto no está pasando. Todo esto es producto de tu imaginación.

—Puedo vivir con eso —dice Melissa, acurrucándose más profundamente en los cojines del sofá mientras se prepara para escuchar un buen chisme navideño a la antigua usanza.

Dejo escapar un largo suspiro y me sumerjo en toda la historia. Para cuando llego a la parte de su pulgar rozando mis labios hace un par de días, estoy casi al final de la última fila de la manta, y Melissa me mira con una expresión de incredulidad en su rostro.

—Será mejor que te pongas al día —digo, señalando con mi ganchillo su fila a medio terminar—. Va a quedar muy raro si se lo das a Nathan así.

—¿Eso es lo que tienes que decir? —pregunta—. Acabas de contarme más secretos que los que guarda el Pentágono, ¿y vas a terminar regañándome por mi velocidad para tejer a ganchillo?

—Eso es lo que iba a decir, sí —respondo.

—No tengo ni idea de cómo responder a todo eso, Em. Quiero decir, está pasando algo maravilloso entre vosotros dos. Cualquiera que os mire puede ver que estáis completamente embobados el uno con el otro. Joder, incluso Bárbara la Ciega me hizo un comentario al respecto hace menos de un mes cuando estuve en la peluquería deshaciéndome de mi pelo demasiado navideño.

—No creo que debas referirte a ella como Bárbara la Ciega —le digo.

—La mujer tiene eso tatuado en letra gótica sobre su escote. Estoy bastante segura de que no le importa. Pero ese no es el punto. Deja de intentar distraerme. Todo el mundo sabe que algo está pasando entre vosotros dos.

—¿Todo el mundo? —pregunto.

Ella asiente.

—Sí, todo el mundo. Pero el rumor que corre por el pueblo es que era una situación de «podría haber sido», no de «ahora es». Soy la única que realmente sabe que también fue un «solía ser». ¿Por qué no me lo contaste?

—Simplemente sucedió —digo—. Intenté convencerme de que no iba a pasar, y que podía controlar que mis sentimientos no volvieran.

—¿Por qué querrías eso? —pregunta Melissa—. Ya hemos tenido esta conversación. Lo que pasó hace diez años no fue agradable, pero no hay razón para que siga frenándote. Ambos sois adultos ahora, Emily.

—También éramos adultos entonces, Melissa. Yo tenía 18, él 22.

—Eso es apenas ser adultos, y lo sabes. Es como ser adultos en prácticas, pero ahora sois adultos de pleno derecho. La vida pasó e, *incluso así,* lograsteis encontraros de nuevo.

—Adam dijo exactamente lo mismo —digo.

—¿Y qué le dijiste? —pregunta Melissa.

—Le dije que él no había encontrado su camino de vuelta a mí; que simplemente aceptó un trabajo. No sabía que yo iba a estar aquí más de lo que yo sabía que él estaría. Volví a Sunborn View porque era mi último recurso. Me había quedado sin opciones, y lo único que me quedaba era volver a casa e intentar empezar de nuevo. Adam siempre ha ido y venido del pueblo, y solo ha vuelto por más tiempo esta vez por trabajo. No es como si estuviera haciendo un gesto altruista por el pueblo, o la escuela. Le están pagando una cantidad ridícula de dinero para organizar este baile. Es solo un trabajo para él, como todos sus proyectos. Si no hubiera recibido esa llamada de la señora Hannigan, no estaría aquí, y nunca hubiéramos coincidido de nuevo.

—¿Y qué? Aun así, os habéis encontrado —dice Melissa—. Los dos estabais en el lugar correcto en el momento adecuado.

—¿Y qué pasará dentro de unos meses? Cuando todo esto termine, y no haya razón para que él esté en Sunborn View tan a menudo. Lo que ocurrió hace diez años está sucediendo de nuevo. Aparecerá algún otro trabajo, y Adam me deseará suerte con el resto de mi vida y se marchará para siempre.

—Puede que tengas razón —dice—. Realmente no sé qué va a pasar con vosotros dos. Pero, si Adam se marcha, es un completo idiota, aunque esté más bueno que el pan francés. —Mira la hora—. De verdad tengo que irme ya. La última vez que lo comprobé, la abuela no había hecho ni una maleta.

Recoge la manta y ambas nos ponemos de pie.

—No has terminado la manta de Nathan —digo.

—Trabajaré en ella durante el camino —dice. Me envuelve en un fuerte abrazo—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —le digo. Se pone su abrigo, coge su bolso y el regalo que le di, y sale por la puerta principal—. Asegúrate de

trabajar en ella solo cuando estés en el ferry —le grito—. Las amigas no dejan que las amigas tejan y conduzcan.

Lo que Melissa dijo permanece sobre mí después de cerrar la puerta, y estoy tan distraída que no me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado mientras deambulo por la casa, ultimando los detalles navideños de última hora. Cuando finalmente miro la hora, queda menos de media hora para que Adam venga. Espero tomar prestado algo de ese efecto de continuo espacio-tiempo del trineo de Papá Noel para mí misma y me apresuro a darme una ducha. Me pongo un conjunto nuevo de lencería y el vestido que compré para esta tarde, y me maquillo un poco. Justo estoy soltándome el pelo de los rulos que apenas tuvieron efecto en los cinco minutos que estuvieron puestos cuando se abre la puerta principal.

—¿Emily?

Veo a Adam de pie en la puerta mientras bajo las escaleras, y siento que se me corta la respiración. Lleva el abrigo largo negro que llevaba en Acción de Gracias, pero ha cambiado la camisa negra por un jersey color vino más apropiado para la temporada que acentúa su amplio pecho y hombros, y la estrechez de su cintura. Sostiene un regalo envuelto en papel plateado brillante en una mano y una flor de Navidad en la otra. Adam parece sacado de una imagen promocional de una de esas cursis películas de Hollywood que mamá y yo planeamos ver toda la noche.

Una sonrisa curva sus labios mientras me ve bajar las escaleras y acercarme a él.

—Estás preciosa —dice.

Una parte de mí espera que me tome en sus brazos y me lleve escaleras arriba directamente a mi dormitorio. En su lugar, desliza sus dedos por la curva de mi cara, enviando hormigueos a lo largo de mi piel.

—Feliz Navidad —digo suavemente.

—Feliz Navidad. —Inclina su cabeza para un suave beso, y siento que me derrito en él. Cuando nuestros labios se separan, me guía

hasta el sofá y nos sentamos. Me ofrece la flor de pascua—. Esto es para tu madre —dice.

—Gracias. Sé que le encantará. Se la llevaré esta noche.

—Y esto es para ti.

Me ofrece la caja plateada, y dejo la flor en la mesa de centro para poder aceptarla.

—Un segundo —digo.

Me levanto y corro hacia el árbol de Navidad. Unos cuantos regalos descansan en una ordenada pila bajo las ramas centelleantes, y recojo una caja estrecha envuelta en papel decorado con muñecos de nieve. Vuelvo a sentarme en el sofá junto a Adam y le ofrezco el regalo. Sonríe mientras lo toma.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Creo que se supone que debes abrirlo —digo—. Tú primero.

La idea de elegir un regalo de Navidad para él había sido intimidante, pero en cuanto lo vi, supe que era lo que quería regalarle. Rasga el papel y evalúa la caja de cartón blanca y sencilla. Cuando ve que no hay nada escrito en ella, abre uno de los extremos y saca el objeto envuelto en plástico de burbujas. Me mira con curiosidad, despega el pequeño trozo de cinta que mantiene cerrado el envoltorio transparente y lo desenvuelve. En cuanto ve el regalo, se ríe.

—Pensé que, aunque sabes mucho sobre navajas suizas gigantes, tu juego de cucharas era un poco deficiente.

Da vueltas a la cuchara de recuerdo en su mano, mirando todos los detalles. Es de una de nuestras paradas de la lista de deseos, conseguida en una tienda de regalos donde paramos después de hacer un desvío por capricho de un cliente.

—Es fantástica —dice—. Gracias.

Me besa y luego señala con la cuchara hacia la caja que hay en mis manos.

—Tu turno.

No sé qué esperar mientras abro el regalo. Al quitar el papel descubro una caja de joyería, y mi mano tiembla ligeramente mientras abro la tapa. Anidada en una almohadilla de terciopelo hay una pulsera preciosa. Mi garganta se tensa cuando veo la única pieza colgando de la delicada cadena de oro. Adam toma la caja de mi mano y saca la pulsera. Con suavidad la asegura alrededor de mi muñeca y gira mi mano para besar el centro de mi palma. Mientras se incorpora, paso la punta de mi dedo por el pequeño cono de helado incrustado con diamantes.

—Me encanta —digo—. Gracias.

Nuestros ojos se encuentran, y puedo sentir el peso de las palabras no dichas flotando entre nosotros.

—Me alegro —dice—. La mandé hacer para ti.

—Es perfecta.

Me besa de nuevo y apoya su frente contra la mía.

—Te echaré de menos mañana —dice.

Es inesperado, y mi corazón involuntariamente se salta un latido.

—Yo también te echaré de menos —le digo—. Pero mira el lado positivo: quizás tu padre os ha comprado a todos trajes de elfo.

—Esa sí que es una visión —dice con una risa.

—Y pensar que, cuando termine la Navidad, tenemos cinco días de lujo para terminar de planificar esta boda masiva.

—Bueno... —dice él.

—¿Bueno? ¿Qué quieres decir con «bueno»? No me vas a decir que ahora es una boda navideña, ¿verdad?

Adam se ríe.

—No —dice—. Sigue siendo en Nochevieja. Solo que ya no es una boda masiva.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer, todas esas parejas que decían querer algo interesante y diferente decidieron que se referían más bien a tener pastelitos veganos en su recepción y no una ceremonia espontánea en Nochevieja.

—Pastelitos veganos —digo—. Viviendo al límite.

—Puede que incluso se atrevan a más de un sabor. Pero todavía lo están debatiendo. Sin embargo, hay una pareja que está totalmente decidida. Están muy emocionados. Ya me han enviado su lista de invitados, y por lo que parece, sus amigos y familiares también están entusiasmados.

—Eso es genial. Espero que podamos darles la boda de sus sueños.

—Creo que lo conseguiremos —dice—. Todo ha encajado bien. Creo que el Sr. Berg estará muy contento.

****

Nochevieja...

—El Sr. Berg va a estar furioso.

—Lo sé.

Me giro para mirar a Adam.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Al parecer han tenido una discusión enorme.

—Justo ayer estaban recorriendo el lugar diciendo que era el espacio más bonito que habían visto nunca, y hablando de las ganas que tenían de compartir estos recuerdos con sus hijos algún día... No lo entiendo.

—Por lo que tengo entendido, ella quiere llamar Ned a su primer hijo, y eso ha sido la gota que ha colmado el vaso para el novio. Ahora está convencido de que ella lo está preparando para una vida de miseria.

—¿Está embarazada? —pregunto, preocupada por las varias copas de champán que la vi bebiendo mientras paseaba por el

precioso lugar al aire libre que Adam eligió.

—Hmm... No que yo sepa —responde.

Parpadeo varias veces, esperando el resto de la historia. Nunca llega.

—¿En serio han roto su compromiso la mañana de su boda porque no estaban de acuerdo sobre el nombre de su futuro de su hijo inexistente? —pregunto.

—Eso es lo que entendí del chillido en el mensaje de voz.

—¿Ella estaba muy disgustada?

—Era del novio.

—Fantástico. —Me paso los dedos por el pelo—. Entonces, ¿qué hacemos ahora? Supongo que tenemos que ir a decirle al Sr. Berg que la boda se cancela.

—No podemos.

—¿Qué quieres decir con que no podemos? —pregunto.

—Esta petición significa mucho para él —dice Adam—. Hemos hecho muchas cosas para organizarla y asegurarnos de que pueda completar su lista de deseos. Tendrías que haber visto lo feliz que estaba esta mañana cuando fui a hablar con él. Lleva días practicando el discurso que ha preparado. Incluso ha escrito un par de chistes para romper la tensión. No tienen ningún sentido, pero él piensa que son muy divertidos, así que eso es lo único que importa. No podemos decirle que se cancela sin más.

—Adam, entiendo que esto significa mucho para el Sr. Berg. Y odio la idea de disgustarlo. Es posiblemente el anciano más adorable que he conocido en mi vida, y no querría nada más que verlo feliz. Pero eso no cambia el hecho de que la novia y el novio han roto. No tenemos una pareja que se case. No puede oficiar una boda si no hay novio y novia.

La expresión de Adam cambia, y juro que puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—La boda puede seguir adelante —murmura.

—No sé por qué, pero no me gusta cómo suena eso.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Puede que esa novia y ese novio hayan roto, pero eso no significa que no podamos tener una boda —dice.

—No te sigo —digo.

—En realidad —dice, agarrándome la muñeca y sacándome de la habitación—, es exactamente lo que vas a hacer.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras corremos por el pasillo y salimos del pequeño hotel que estamos usando como base para la boda.

—Tendrás que confiar en mí —dice.

—Eso no es lo que dice alguien antes de hacer algo digno de confianza —señalo—. Tenemos que hablar con el Sr. Berg. La boda se supone que es en diez horas. No podemos permitir que siga practicando su discurso y contándose malos chistes a sí mismo. Tenemos que explicarle que esto no va a suceder.

—Sí va a suceder —dice Adam—. Tendrá una boda que oficiar esta noche. Diez horas es tiempo de sobra para que lo hagamos posible. Ya tenemos el hotel, el lugar de la ceremonia y el oficiante. Todo lo que necesitamos son dos personas que se pongan frente al Sr. Berg y repitan unas palabras que él diga.

—Qué romántico —digo. Salimos al aparcamiento y subimos al coche de Adam—. ¿Dónde crees que vamos a encontrar una pareja dispuesta a casarse en pocas horas? Y aunque encontremos una pareja tan espontánea, sigue siendo Nochevieja. No vamos a poder conseguirles una licencia de matrimonio a tiempo.

—En Sunborn View sí podemos —dice Adam.

Sus ojos permanecen enfocados en la carretera durante todo el viaje de vuelta a Sunborn View. No está lejos, pero mi ansiedad y curiosidad aumentan con cada momento que pasa. Adam está

completamente decidido a asegurarse de que el Sr. Berg obtenga exactamente lo que quiere, pero no veo cómo es posible arreglar esto. Sin embargo, sé que tiene razón sobre poder conseguir la licencia de matrimonio en Sunborn View. Molly, en el juzgado, se toma sus responsabilidades extremadamente en serio y no cierra la oficina del secretario por nada. Todos los días del año, se sienta ahí detrás de su escritorio, esperando que alguien necesite una licencia o un permiso. Siempre le gusta decir que la ley nunca duerme, así que ella tampoco. Eso no es del todo cierto. Sé a ciencia cierta que tiene un colchón en la habitación trasera y es conocida por meterse debajo de su escritorio para echarse una siesta rápida cuando hay poca actividad.

Como en Nochevieja.

Sigo esperando a que Adam coja su teléfono y llame a alguien. Nunca mencionó a quién tiene en mente para el reemplazo de última hora, y no ha contactado con nadie desde que empezamos a conducir. Estoy empezando a tener una extraña sensación en el estómago mientras el ferry nos lleva a la isla, y solo aumenta cuando derrapamos en el pequeño aparcamiento público que permite a la gente estacionar sus coches antes de dirigirse a la calle principal. En cuanto se quita el cinturón, Adam sale disparado del coche y corre alrededor hasta mi puerta.

—Vamos —dice.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto.

Corro con él mientras subimos las escaleras hasta la puerta del juzgado, y él se detiene. Se vuelve hacia mí, toma mis manos y me mira a los ojos.

—Nos vamos a casar —dice.

****

Adam

Todo el color desaparece del rostro de Emily, y su expresión se vuelve casi de pánico. Probablemente debería haber elegido mejor

mis palabras.

—No casarnos en serio —añado apresuradamente—. No, así como, de verdad.

—Vaya, eso sí que es romántico —dice—. ¿Quieres retroceder unos años más, quizás? ¿Pedirme que pase el recreo contigo?

—No me ha salido como pretendía. Te prometo que esta no ha sido tu petición de mano. —Nos miramos a los ojos por un momento antes de que alcance el pomo de la puerta—. Vamos a arreglar esta situación, Em.

—No te sigo, Adam. Ni en lo que dices *ni* dentro de ese edificio.

Empieza a bajar los escalones de nuevo, pero le tomo la mano y la subo para que se sitúe a mi lado.

—Tú misma lo has dicho. No podemos tener una boda sin una pareja, y actualmente nos faltan una novia y un novio para el último elemento de la lista de deseos del Sr. Berg. No estoy dispuesto a rendirme. Nunca he fracasado en una petición de la lista de deseos. Nunca he aceptado hacer algo y no he podido llevarlo a cabo. No tengo muchas ganas de empezar con ese hábito ahora. Solo está pidiendo una cosa.

—Lo haces sonar como si no estuviera pidiendo unir a dos personas en un compromiso de por vida —dice Emily.

—Eso es precisamente —digo—. No tiene que ser un compromiso de por vida.

—Fantástico —dice—. Tal vez puedas encontrar un cliente que quiera ser abogado de divorcios por un día y matar dos pájaros de un tiro.

—Emily, eso no es lo que quiero decir. Nunca te pediría que te casaras conmigo con la intención de divorciarme. Lo que digo es que no tiene que ser un matrimonio real. El Sr. Berg solo quiere ser el oficiante de una boda. Solo quiere levantarse, dar su discurso y escuchar a la gente recitar sus votos. Eso es todo. Puede hacer todo eso sin que tenga lugar un matrimonio real. Tú y yo podemos decirle

que decidimos aprovechar esta oportunidad para casarnos y mostrarle una licencia para que parezca legítimo. Seguimos adelante con la ceremonia, pero nunca firmamos ni presentamos la licencia.

—¿No te parece poco ético? —pregunta.

—No lo creo. Él nunca sabrá que no es real. Esto es como una de esas obras de teatro en las que actuabas. Solo estamos interpretando el papel de la pareja casada. De esta manera, Bergie sigue siendo feliz.

—¿Bergie? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Siento que necesita un apodo. Es realmente adorable.

Ella suspira.

—Maldita sea —finalmente cede—. Tienes razón. ¿Por qué tiene que ser tan mono? —Me mira—. ¿Y si alguien en Sunborn View se entera?

—¿Quién se va a enterar? —pregunto—. Nadie de aquí conocía a la pareja. No estaban invitados a la boda. A menos que decidamos poner un anuncio de boda en el periódico local, no sé cómo se enterarían.

—¿No será real?

—No.

Puedo sentir los segundos pasando y sé que nos estamos quedando sin tiempo para volver al lugar a tiempo para la ceremonia. Finalmente asiente.

—De acuerdo —dice—. Lo haré. —Comenzamos a atravesar la puerta, pero de repente me agarra del brazo. Miro su expresión sobresaltada

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¿Qué me voy a poner?

****

Bobby estuvo más que feliz de ayudar cuando lo llamé para hacerle saber que necesitaba un vestido, especialmente después de mencionar que habría una generosa propina de por medio. Por la cantidad de purpurina en su piel cuando apareció en *Gownstravaganza* media hora después, parecía que lo habíamos apartado de un evento especial. Después de convencerlo de que el evento de trabajo a la que asistíamos tenía un estricto código de vestimenta en blanco y negro, salimos de la tienda con un vestido blanco que ella había ocultado en una bolsa de ropa negra.

Faltan menos de veinte minutos para la ceremonia cuando ya estoy vestido con un elegante esmoquin negro. Después de abrocharme los gemelos, me dirijo hacia la pequeña carpa que dispuse para que el Sr. Berg la usara mientras se preparaba para la ceremonia.

Mientras entro tranquilamente, el Sr. Berg me mira, sus ojos abiertos con sorpresa.

—¿Está listo para oficiar la ceremonia? —pregunto.

—Creo que sí —dice—, pero estoy confundido. ¿Por qué llevas esmoquin? ¿Dónde están la novia y el novio, y sus invitados?

—Lo sé —digo, rodeando sus hombros con mi brazo para empezar a guiarlo hacia el altar—. Ha habido un cambio de planes, y la pareja original que iba a casarse esta noche decidió que no estaban del todo preparados para dar ese paso en su relación. Pero su cancelación nos dio una oportunidad increíble, y decidí aprovecharla.

—¿Con quién? —pregunta.

—Emily.

—¿Emily? ¿De verdad? —pregunta—. No me había dado cuenta de que vosotros dos erais...

—¡Oh, lo somos! —digo antes de que pueda darme algo con lo que estar de acuerdo—. No habíamos hablado realmente de

casarnos, pero en cuanto se presentó la oportunidad, supimos que era lo correcto. Esperamos que le parezca bien.

—¿Tenéis licencia? —pregunta.

—Claro —digo.

Su arrugada carita se transforma en una amable sonrisa.

—Perfecto. Empecemos.

El Sr. Berg y yo tomamos nuestros lugares en la cabecera del pasillo. Unos segundos después, la música se eleva a nuestro alrededor, y levanto la vista para ver a Emily aparecer frente a mí. Me sorprende el escalofrío que me recorre cuando la veo con el vestido de novia. Ella y Bobby habían sido tan sigilosos mientras rebuscaban entre los percheros de vestidos, y luego desaparecieron en la misteriosa trastienda hacia lo que solo podía imaginar eran los alijos de vestidos ultrasecretos que él mantiene ocultos de los ojos del comprador común. Ahora sé que valió la pena la espera.

El vestido que Emily eligió le queda como si estuviera hecho a medida. La silueta de encaje abraza sus hermosas curvas, acentuando su cintura y la exuberante curva de sus caderas. La temperatura ha bajado considerablemente desde esta tarde, y Emily se ha preparado para el frío con una gruesa capa blanca sobre sus hombros, abrochada al frente con un elaborado broche dorado.

Cuando camina, se desliza moviendo su cuerpo con calma y completo control. Emily parece etérea y hermosa mientras viene hacia mí. Aunque todo esto sea una farsa y para beneficio del anciano que resplandece a mi lado mientras sujeta un pequeño libro lleno de notas y bromas terribles, es una novia verdaderamente impresionante.

La música se desvanece mientras ella se coloca a mi lado en el altar. No hay nadie que pueda tomar el pequeño ramo de rosas rojo oscuro que sostenía mientras avanzaba hacia mí, así que Emily lo coloca cuidadosamente en el borde de la mesa frente al señor Berg y pone sus manos en mis palmas abiertas. Cierro mis dedos alrededor de los suyos, y ambos damos un paso el uno hacia el otro.

Sé que el señor Berg está hablando. Puedo oírlo débilmente en el fondo de mi mente, pero no puedo distinguir bien las palabras. Estoy demasiado concentrado en mirar a los ojos de Emily, y en observar el indicio de una sonrisa que se dibuja en sus labios. Una tensa oleada de risas recorre la multitud de camareros y coordinadores del evento que asisten. Eso significa que casi es hora de nuestros votos. No sé si la otra pareja escribió los suyos propios o si planeaban algo más tradicional. Supongo que a estas alturas ya no importa.

—¿Tenéis los anillos?

Es el primer conjunto de palabras que entiendo completamente, y me giro para mirar al señor Berg. Me mira expectante, y meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta para sacar la sencilla alianza que compré antes de dejar Sunborn View. Es increíble cómo muchos negocios en la isla, cerrados a cal y canto por las fiestas, vuelven a abrir después de que se les prometa una suma considerable para sacarlos de su déficit inducido por las vacaciones. Observo a Emily desatando suavemente una alianza más grande de una estrecha cinta azul atada alrededor de su muñeca. Cuando ambos sostenemos las alianzas, el señor Berg comienza con los votos. Son sencillos y tradicionales, y extrañamente me conmueven. Había intentado pensar lo que diría si se esperaba que recitáramos nuestros propios votos, y estaba preparado para ponerme poético. Aunque ahora, mientras escucho esas palabras tantas veces repetidas, me siento inexplicablemente contento de que esto sea lo que Bergie eligió para la boda.

Noto que Emily está mirando justo al lado de mí mientras repite las palabras que dice el señor Berg, como si no quisiera mirarme a los ojos mientras las dice. Yo hago lo mismo cuando es mi turno. Eso hace que parezca más una actuación, como los novatos del departamento de teatro que ponen sus pulgares sobre la boca de sus compañeros cuando se requiere un beso en cualquiera de las producciones. En lo que parece cuestión de segundos desde que todo comenzó, nos hemos deslizado los anillos en los dedos del otro, y el señor Berg, con lágrimas brillando en sus ojos, nos declara

marido y mujer. Mientras me inclino hacia Emily para cumplir con su declaración de que puedo besar a mi novia, me pregunto si Emily podría haber tenido razón cuando preguntó si esto era poco ético. De repente, me siento impulsado a presionar mis pulgares sobre sus labios.

Es una sensación maravillosa cuando nuestros labios se encuentran, y me doy cuenta de que sabe a menta. Aún había bastones de caramelo colgando en las ramas de un pequeño árbol en la esquina de la suite nupcial, y debe haber cogido uno antes de venir a la ceremonia. Nuestros ojos se cruzan cuando nuestros labios se separan, pero tomo su mano y nos giramos para enfrentar a la falsa audiencia. Nos sonríen, y guío a Emily por el pasillo hacia la carpa instalada para la antigua pareja, ahora para nosotros, después de la ceremonia. Tan pronto como entramos, la mano de Emily se separa de la mía.

—¿Y ahora qué? —pregunta ella.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—¿Qué hacemos ahora? Hicimos la ceremonia. ¿Pero qué sigue?

—Creo que el banquete —digo.

—¿El banquete? —pregunta Emily—. Somos las únicas personas aquí, Adam. Nuestros «invitados» son los del catering y tu personal. Esta boda no fue planeada para nosotros, ¿recuerdas?

—Fue planeada para dos personas que ya no quieren casarse, ¿recuerdas? Al menos ya pagaron por el evento.

—¿Pagaron? —pregunta—. ¿Aunque no siguieran adelante con la boda?

—Una cosa que aprendí muy rápidamente en esta industria es no esperar hasta después de cumplir un sueño para pedir el pago. No solo te pone en la posición de que tu cliente te dé esquinazo, sino que tener dinero invertido en la experiencia tiende a motivar a las personas a cumplir realmente con ella.

—Y no hay devoluciones —dice, una afirmación y no una pregunta.

—Ni siquiera las considero. Desde el momento en que se ponen en contacto conmigo, estoy trabajando, y recibo una compensación. Si deciden después de todo lo que he invertido en crear su experiencia que no quieren seguir adelante con el plan, es su elección.

—Así que la fiesta va a seguir ocurriendo.

—Con todos los canapés incluidos —digo. Siento una sonrisa curvarse en mis labios, y doy un paso más cerca de Emily. Rodeo su cintura con mis manos, la acerco más a mí y beso sus labios con sabor a menta otra vez—. Si vamos a fingir esto, hagámoslo bien. No tiene sentido contenerse ahora. Disfrutémoslo de verdad, aunque sea solo esta noche.

—¿Porque a medianoche me convertiré en una calabaza?

Me inclino más cerca y paso la punta de mi lengua por el lado de su cuello hasta su oreja.

—En un pastel de calabaza, quizás —murmuro. Ella se ríe, y yo le sonrío—. Vamos. Celebremos nuestro matrimonio, mujercita.

****

Emily

1 de la madrugada...

—La leche y las galletas a medianoche fueron un buen detalle —digo mientras Adam y yo entramos tambaleándonos en la suite nupcial—. Nunca antes había brindado el Año Nuevo con un chupito de leche en una copa de galleta.

—Estaba riquísimo —dice Adam.

—¿Qué mantiene la leche en la copa? —pregunto—. Quiero decir, las copas estaban hechas de galletas con trocitos de chocolate, y la gente moja sus galletas con trocitos de chocolate en la leche para

que se ablanden y se desmoronen. Entonces, ¿cómo se mantuvo la leche en las copas?

—El interior estaba pintado con chocolate —dice Adam—. ¿No te diste cuenta?

—No —me río—. Y brindé por el Año Nuevo unas cuatro veces.

Sé que he bebido un poco más de la cuenta. No llegaría tan lejos como para decir que estoy lo suficientemente borracha como para besar a un duende en la boca y bailar salsa, pero tampoco voy a apostar todas mis fichas a mi capacidad para caminar en línea recta. No estaba del todo convencida cuando Adam sugirió que siguiéramos y disfrutáramos del banquete, pero para cuando volvimos al hotel y entramos en el salón de baile, me alegré de que lo hiciéramos. El banquete fue una fiesta en toda regla, y había suficientes máscaras brillantes y bolas de disco giratorias y centelleantes que no pude resistirme a dejarme llevar por la emoción de la Nochevieja.

Adam y yo nos habíamos entregado por completo a ser la feliz pareja de recién casados en el banquete. Los «invitados» estaban entusiasmados por celebrar, sin importar lo que estuvieran celebrando, y Adam y yo nos entregamos en serio a ello. Aceptamos cada brindis. Nos besamos en respuesta cada vez que un invitado golpeaba el mango de su tenedor contra una copa de champán, y Adam me mantuvo cerca mientras bailábamos cada canción. La risa y la energía de la noche hacen que mi cuerpo vibre, y no estoy cerca de querer terminar la noche.

Adam parece tener el mismo pensamiento. Solo estamos a unos pasos de la habitación cuando sus manos toman mi cintura y me giran para quedar frente a él. Su rostro se inclina, y su boca atrapa la mía. Su lengua sabe a chocolate y champán mientras se desliza entre mis labios. Dejo caer los tacones que colgaban de mis dedos y rodeo su cuello con mis brazos para mantener a Adam más cerca. Nuestro beso se profundiza, y él me guía hacia atrás hacia la cama.

Alguien había creado el perfecto cliché de un corazón con pétalos de flores en medio del edredón blanco, y Adam los aparta con un solo movimiento de su brazo.

—Ni siquiera tomaste una foto —digo.

—Haré un photoshop —dice—. Ahora mismo, creo que es hora de que celebremos nuestro matrimonio.

Adam me gira, y siento sus dedos desabrochar rápidamente los botones de satén que van desde mi cuello hasta el dobladillo de mi vestido. Siento el aire fresco de la habitación del hotel en mi espalda, y las manos de Adam se deslizan dentro de mi vestido. Se deslizan por mis costillas, y suben hasta mis pechos, acariciándolos y amasándolos. Mi cabeza cae hacia atrás contra su hombro, y gimo ante su tacto. Adam hace rodar mis pezones hacia adelante y hacia atrás entre sus dedos, sus labios rozando la curva de mi cuello y hombro. Agarro la tela por mis hombros y despego el encaje de mis brazos. Una vez suelto, el vestido se desliza por el resto de mi cuerpo, deteniéndose en mis caderas solo el tiempo suficiente para que me retuerza para liberarlo. Salgo del charco de tela, y Adam emite un sonido de apreciación mientras da un paso atrás. Miro por encima de mi hombro y lo veo recorriéndome de arriba abajo con la mirada, sus ojos observando la lencería blanca que llevo debajo del vestido. Sus ojos se encuentran con los míos, y puedo ver el hambre y el deseo ardiendo en ellos.

Adam pasa una mano por la parte posterior de mi muslo y sobre mi cadera hasta mis bragas. Desliza sus dedos bajo el elástico de una nalga y levanta mis bragas, apartándolas. Ya estoy húmeda, y el aire que me roza envía un escalofrío por mi columna vertebral. En un instante, el aire fresco es reemplazado por el aliento cálido de Adam, y siento su lengua deslizarse por mis partes más sensibles. Mi cabeza cae hacia atrás, y grito por la intensa sensación. Se acerca más, y su boca se posa sobre mi sexo. Adam comienza a lamerme y provocarme hasta que mis piernas tiemblan a cada lado de él. Mis manos agarran el edredón mientras intento mantener el control sobre mis reacciones. No quiero ceder a las sensaciones demasiado

pronto, pero no puedo soportar su magistral atención, y en segundos, mi cuerpo se estremece con un poderoso orgasmo. Adam continúa girando su lengua sobre mi clítoris hinchado antes de ponerse de pie. Escucho que el cajón de la mesita de noche se abre y se cierra, y me llega el sonido distintivo de un envoltorio de condón abriéndose. La punta de su miembro toca mi entrada, y con un empujón brusco, Adam me llena.

Mi cuerpo lo recibe, abriéndose para él como si hubiera sido creado para este mismo propósito. Empujo mis caderas hacia atrás contra él, obligándolo a penetrar más profundamente hasta que hay un indicio de dolor agudo y delicioso. Las manos de Adam agarran mis caderas con fuerza, dándole impulso para empujar dentro de mí con fuerza y rapidez. Es implacable mientras responde a mis gritos con mayor intensidad y pasión. No hay nada suave o cauteloso en sus movimientos. Me desea con la misma hambre primigenia que yo siento. Puedo sentir la suave tela de su esmoquin contra la parte posterior de mis muslos, y los gemelos de sus puños clavándose en mis caderas. Algo en que él esté completamente vestido hace que la situación sea aún más sexy, y separo más mis piernas para abrirme más a él.

No pasa mucho tiempo antes de que Adam esté gimiendo detrás de mí. Los sonidos retumban en su pecho, y cuando miro hacia atrás por encima de mi hombro, veo que tiene los ojos cerrados y los dientes apretando su labio inferior. El resplandor posterior de mi primer orgasmo aún persiste dentro de mí, pero otro se está formando rápidamente. Me bajo hasta mis antebrazos, arqueando mi espalda para darle aún más impulso. El nuevo ángulo hace que cada empuje sea más intenso, y jadeo cuando una nueva ola de placer me invade.

De repente, se estrella dentro de mí tan profundo como puede, y siento su miembro pulsando mientras se derrama en el condón. Su rugido animal apenas ahoga mi grito mientras mi cuerpo se tensa a su alrededor. Nos detenemos justo así, ninguno de nosotros se mueve, nuestros cuerpos se funden mientras nuestras mentes se

alejan durante unos segundos de felicidad. Finalmente, nuestros cuerpos caen hacia adelante sobre la cama. El peso y el calor de él me envuelven por completo, y siento que podría quedarme aquí para siempre.

Entro y salgo del sueño durante unos minutos, pero no puedo quedarme dormida del todo. Adam se desliza fuera de mí y sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Estás cansada? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

Él niega con la cabeza.

—Es Año Nuevo —dice.

—Ya no es nuestro día de boda —bromeo.

—Bueno, entonces celebremos ser un viejo matrimonio.

Me río, y ambos nos bajamos de la cama para vestirnos. Una vez que estoy completamente vestida, me giro para ver a Adam saliendo de la segunda habitación de la suite hacia mí. Él también se ha cambiado, y trae dos copas de champán.

—¿Otro brindis? —pregunto, tomando una de las copas.

—Por supuesto —dice—. Tenemos todo este champán que Brandy y Ethan dejaron ahí abandonado.

Asiento y tomo un sorbo de la efervescente bebida.

—Y todos sabemos lo mal que responde el champan al paso del tiempo —digo.

—Exacto, es muy frágil. Hay que consumirlo rápido.

En aras de no desperdiciarlo, Adam y yo terminamos la botella antes de salir. Antes de darme cuenta, estamos en la parte trasera de su coche, su lengua deslizándose por mi cuello mientras el conductor nos lleva a la ciudad más cercana con la esperanza de

encontrar una celebración no apagada por un malhumorado gerente de hotel. Ni siquiera lanzarle confeti lo animó, muy decepcionante.

El conductor de repente se detiene en una acera, y los dos salimos a trompicones a la concurrida acera. Adam se inclina por la ventanilla, dice algo al conductor, y luego se gira para mirarme. Tomo la mano que me ofrece, y nos unimos a la multitud que va de bar en bar a lo largo de la calle. Adam finalmente elige un local y me lleva a un club pequeño y estrecho lleno de luces de neón parpadeantes. Es emocionante y desorientador, y siento como si hubiera perdido el contacto con la realidad.

—¡Feliz Año Nuevo! —grita alguien detrás de nosotros.

—¡Nuestra boda fue anoche! —grita Adam.

Siento que mis mejillas arden, pero no puedo evitar disfrutar de la ovación que se eleva a nuestro alrededor. Adam me levanta en brazos, y de repente estoy sentada en la barra, con otra bebida en mi mano, y personas a mi alrededor gritando sus felicitaciones. Es embriagador y emocionante, y dejo de lado mi última pizca de precaución. Ya que solo voy a ser la esposa de Adam por una noche, bien podría aprovecharla al máximo.

Capítulo Catorce

Emily

Día de Año Nuevo

Me despierto completamente desorientada. No tengo ni idea de qué día es, mucho menos qué hora es, y siento como si mi cabeza estuviera llena de algodón y hubiera sido golpeada contra una pared varias veces. Las mantas y sábanas están enredadas alrededor de mis piernas, y siento como si una horquilla se hubiera clavado en la parte posterior de mi oreja. Oigo a Adam gemir a mi lado.

Al menos no estoy sola en mi sufrimiento.

Intento desenredarme de las mantas y deslizarme fuera de la cama sin despertar a Adam, pero en cuanto me muevo, abre los ojos. Su primer segundo de consciencia parece optimista, pero luego su cara se contrae, y supongo que está experimentando el mismo dolor que yo.

—Buenos días —suspira—. Creo.

Se gira sobre su espalda y golpea con la mano la mesita de noche, luego agarra su móvil. Entrecerrando los ojos, gira la pantalla hacia mí.

—Buenas tardes —digo.

—¿Crees que el servicio de habitaciones me traerá huevos fritos y beicon a estas horas? —pregunta.

Le miro de reojo.

—¿Hay alguien que no te haya dado lo que quieres? —pregunto.

—Sí —dice—. No a menudo, pero sí.

—Bueno, después de la cantidad de dinero que has invertido en este hotel, estoy bastante segura de que te traerían lo que quisieras. Podrías llamar y pedir una cena completa de Acción de Gracias, y se desesperarían por complacerte.

Adam sale de la cama y camina lentamente hacia el baño. Cuando sale, ocupo su lugar, evitando oírle mientras llama al servicio de habitaciones. Por el rabillo del ojo, veo un reflejo de mí misma, y mi corazón se detiene brevemente. El elegante y sofisticado peinado que llevaba para la ceremonia se ha transformado en un nido de pájaros con algunas horquillas sobresaliendo por lugares donde estoy segura que no estaban originalmente. El maquillaje de la mitad de mi cara se ha corrido, y la máscara de pestañas me ha dejado unos profundos ojos de mapache.

—Maldita sea —murmuro para mí misma—. Realmente me he dejado llevar.

Esto iba a ser una visita breve, pero eso no va a ser suficiente. Esto es una verdadera misión de rescate. Abro la ducha y me quito un pijama que no recuerdo haberme puesto. Me saco todas las horquillas del pelo y las tiro sobre la encimera antes de meterme en la ducha y dejar que el agua caliente fluya sobre mí. Parece disipar parte de la niebla, y cuando he eliminado todo el maquillaje y he liberado mi pelo de la laca, pienso con más claridad. No he traído nada de ropa al baño, así que me cubro con uno de los esponjosos albornoces colgados en la puerta y vuelvo a la habitación, todavía cepillándome el pelo. Desearía tener maquillaje puesto, pero no parece práctico salir corriendo de la habitación, agarrar mi neceser y volver al baño antes de que Adam me vea. Voy a tener que mostrarle mi cara en todo su esplendor al natural.

El servicio de habitaciones ya ha llegado cuando vuelvo a la habitación, y Adam está bebiendo un vaso de zumo de naranja como si eso le devolviera la vida.

—Te dije que no te fallarían —digo.

Me ofrece un vaso de zumo, y extiendo la mano para cogerlo. Al agarrar el vaso, noto la alianza brillando en mi dedo. Los recuerdos de nuestra falsa boda vuelven a mí, y no puedo evitar sonreír. Doy un sorbo al zumo y me sorprende lo mucho que me anima. Cojo un trozo de tostada de la bandeja, le doy un mordisco primero, y luego la llevo a la cama. Al sentarme, me doy cuenta de que *algo* me está

molestando. No puedo identificarlo exactamente, pero algo está pinchando en el fondo de mi mente. Mientras me como la tostada, miro de nuevo la alianza en mi dedo anular izquierdo. Por alguna razón, parece diferente de lo que recordaba. Adam había elegido deliberadamente las más sencillas porque íbamos con prisa. Lo único que el joyero tuvo que hacer fue sacarlas de la vitrina, ponerlas en una caja, y ya estábamos saliendo de la tienda.

La alianza alrededor de mi dedo ahora, sin embargo, no parece una sencilla banda de oro. Al contrario, tiene pequeños diamantes incrustados, que me recuerdan a los del cucurucho de helado del brazalete que Adam me regaló por Navidad. Paso el dedo por los diamantes y miro a Adam.

—¿Cuándo conseguiste este anillo? —pregunto.

Adam me mira desconcertado.

—Ayer en Sunborn View —dice—. Estabas allí.

Niego con la cabeza.

—No —digo—. No esa alianza. Esta.

Levanto mi mano para mostrarle el anillo de diamantes.

Adam lo mira, y puedo ver la misma expresión de confusión en su rostro. Él tampoco recuerda haberlo comprado. Me levanto para volver a por la bandeja del desayuno justo cuando él saca una tarjeta doblada del lateral del carrito. La abre, y veo cómo sus ojos se abren ligeramente.

—Quizás tenga algo que ver con esto —dice. Me tiende la tarjeta, y la tomo. La leo varias veces antes de que un detalle en particular me llame la atención.

—«¡Felicidades, Sr. y Sra. Conway! Casados el 1 de enero». —Leo. Le miro—. ¿1 de enero? —pregunto—. La boda fue en Nochevieja. El 31 de diciembre. ¿Por qué pone 1 de enero?

—No estoy seguro —dice Adam—. ¿Qué recuerdas de anoche?

Esa no es una pregunta aterradora en sí. Pedirme un repaso rápido de la noche no debería asustarme tanto como lo hace y, sin embargo, está haciendo que mi estómago experimente como si una bandada de mariposas estuviera practicando maniobras evasivas.

—Recuerdo la ceremonia —digo—. Recuerdo la recepción. Recuerdo... después de la recepción. —La forma en que los ojos de Adam bajan hacia donde mi escote se asoma por el albornoz me dice que él también lo recuerda—. Después de eso, las cosas se vuelven un poco borrosas. Sé que no habíamos terminado de celebrar, así que nos dirigimos al pueblo. —Mi voz empieza a ralentizarse a medida que los recuerdos de anoche se vuelven difusos—. Había un bar. Creo que había un vaso con alguna bebida afrutada. Quizás había un perro. Aunque eso también podría haber sido parte de un sueño. Encontré una pegatina de mango en mi trasero, así que aparentemente conseguimos comida saludable en algún momento de la noche. —Dejo escapar un suspiro—. ¿Y tú?

—Has tocado todos los puntos destacados que puedo recordar —dice. Toma la tarjeta de mi mano y la mira de nuevo—. No está firmada por el gerente —dice.

—¿Qué? —pregunto.

—La tarjeta. Está firmada por un tal Samuel Shaw, que no es el gerente del hotel. —Gira la tarjeta para mostrarme—. Esto —señala la firma—, no es el gerente.

—¿Quién es, entonces? ¿Y por qué nos está enviando una tarjeta de felicitación con el desayuno?

Adam niega con la cabeza.

—No lo sé. —Saca su teléfono y comienza a desplazarse por él—. ¿Tienes alguna foto de anoche?

De repente me doy cuenta de que no sé dónde está mi móvil. Miro alrededor de la habitación, esperando verlo sobre alguna de las superficies, pero no lo veo. Busco entre el montón de ropa a los pies de la cama, luego bajo la chaqueta colgada sobre la cómoda. Sin más opciones, empiezo a mirar en los cajones. Cuando llego a la

mesita de noche, echo un vistazo y encuentro no solo mi teléfono, sino también el papel sobre el que está apoyado. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y mis manos tiemblan mientras alcanzo el papel y lo recojo.

—Adam —digo.

—Tengo unas 200 fotos de anoche —dice—, pero la mayoría están borrosas y oscuras.

—Adam —digo de nuevo, tratando de mantener mi voz calmada, pero queriendo captar su atención.

—Oh —dice—. Ahí está el vaso luminoso. ¿De dónde salió? Ojalá pudiera recordar qué contenía. Parece bueno.

—Seguro que podríamos encontrarlo si buscamos bien, pero ahora mismo, necesito que mires esto.

Él levanta la vista.

—¿Has encontrado una foto?

—No, pero puede que haya descubierto quién es Samuel Shaw.

El nombre no me sonaba para nada cuando lo leí, y sigue sin sonarme, a pesar de verlo escrito con gran floritura en la parte inferior del certificado que sostengo.

—¿Qué es eso? —pregunta Adam, acercándose a mi lado.

Le miro.

—Creo que tenemos que hacer una llamada telefónica.

Unos minutos después, dejo caer mi teléfono sobre la cama.

—¿Qué pasa? —pregunta Adam.

—Cerrado —digo—. El mensaje dice que no abrirá hasta mañana. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperamos —digo—. Realmente no hay nada más que podamos hacer.

Cuando nos detenemos frente a la dirección a la que nos guio el teléfono de Adam a la mañana siguiente, agarro el papel con fuerza

en mi mano.

—Bueno, hemos confirmado que NO es una imprenta de broma —dice Adam.

—¿De verdad pensabas que había alguna posibilidad de que lo fuera? —pregunto.

Adam deja escapar un largo suspiro.

—Supongo que deberíamos entrar.

El hombre en la recepción del edificio levanta la mirada cuando Adam abre la puerta, y entramos.

—¡Hola! —exclama inmediatamente—. ¡Sr. y Sra. Conway! —Me mira con un brillo travieso en los ojos—. ¿Ya te estás acostumbrando a eso?

—Oh, todavía no —digo—. ¿Sr. Shaw?

—¿Qué es esto de Sr. Shaw? —pregunta, saliendo por un lado de la recepción hacia mí—. Samuel. Samuel. No mantengas tanta formalidad con alguien con quien has compartido un momento tan especial.

—¿Tienes fotos de ese momento especial? —le pregunto a Adam por la comisura de la boca.

—No creo —dice justo cuando Samuel llega hasta nosotros.

Está a punto de coger mis manos, pero Adam le muestra el papel que encontré en el cajón de la mesita de noche.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Samuel lo mira extrañado.

—Es vuestra licencia de matrimonio —dice—. No la oficial, por supuesto. No la que firmasteis después de la ceremonia. Es vuestro certificado de recuerdo de la Pequeña Capilla Rosa del Amor.

Pequeña Capilla Rosa del Amor. Sí. Eso es lo que pensé que había leído en ese papel.

—¿Firmamos una licencia después de la... ceremonia? —pregunta Adam.

—Por supuesto que sí —dice Samuel—. Sabéis, vosotros dos llegasteis justo a tiempo. Estaba a punto de cerrar. Siempre mantengo abierto unas horas extra en Año Nuevo para parejas, como vosotros, que se dejan llevar por la emoción de las fiestas. Si hubierais llegado unos minutos más tarde, habría estado cerrado.

—Qué suerte la nuestra. ¿Estás seguro de que no es este del que hablas? —pregunta Adam, mostrándole las firmas garabateadas en la parte inferior del certificado que tiene en la mano.

—No —dice Samuel.

—¿Te dimos ese? —dice Adam.

Hay un tono esperanzador en su voz mientras habla lentamente, como si esperara guiar a Samuel a través de la conversación.

—Sí —dice Samuel.

—Fantástico. Entonces, ¿tienes ese?

—Lo dejé en el juzgado esta mañana.

Veo cómo la cara de Adam se desanima.

—¿El juzgado? Pero ¿no están cerrados por las fiestas? —pregunto.

—Normalmente, pero a veces Claire decide abrir por si acaso —dice Samuel—. Quería asegurarme de que se registrara lo antes posible, así que cuando vi que estaba abierto, fui y lo dejé.

—Mierda —murmura Adam.

—¿Qué pasa? —pregunta Samuel, sonando como si estuviera al borde de desmoronarse.

—Nada —digo, tratando de tranquilizarlo mientras tomo a Adam por el codo y empiezo a guiarlo hacia atrás—. Gracias de nuevo. Y gracias por la tarjeta. Fue un gesto encantador.

Arrastro a Adam de vuelta a través de la puerta, y nos metemos en el coche.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Adam.

—¿No quieres intentar recuperar la licencia? —pregunto—. Él no puede recuperarla. Ya la llevó al juzgado. No hay manera de que podamos arrebatar esa cosa al funcionario. Y si lo intentamos, estaremos añadiendo cargos federales a nuestro error matrimonial.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Adam.

—Vamos al juzgado e intentamos evitar que registren la licencia.

****

Adam

—¿Qué quiere decir con que no puede dárnosla? —pregunta Emily.

—Lo siento, señora, pero es la política oficial. La licencia ya ha sido registrada, así que no puedo devolvérosla.

—Pero es *nuestra* licencia de matrimonio —dice ella.

Los ojos de la mujer se iluminan, y sonríe.

—¡Enhorabuena! —exclama—. ¡Eso es maravilloso!

—Sí, gracias —dice Emily—. Un momento mágico en mi vida. Pero, de verdad necesito esa licencia.

Si no fuera una situación tan seria, me reiría de su intensidad.

—Lo siento —dice la mujer de nuevo—. No puedo hacer nada. Ya ha sido entregada por el oficiante y fue procesada poco después de que abriera esta mañana.

—¿Qué significa eso? —pregunta Emily, aunque sé que ya sabe lo que significa.

—Significa que estáis oficialmente casados —dice la funcionaria—. Felicidades.

Ninguno de los dos parece saber qué decir mientras salimos del juzgado y regresamos al coche. Emily se deja caer pesadamente en

el asiento del copiloto, su cabeza cae hacia atrás contra el reposacabezas y sus ojos giran hacia el techo como si buscara guía divina.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta—. Esto no es exactamente cómo imaginaba el primer día de un matrimonio feliz.

—¿Corriendo de un lado a otro intentando averiguar si podemos anularlo? —pregunto—. Sí, yo tampoco.

—¿Cómo ha pasado esto? Conseguimos esa licencia solo para que la ceremonia con el señor Berg pareciera legítima. El plan era no hacer que la firmara, actuar como si lo hubiéramos olvidado, y luego desaparecer, lo que, en retrospectiva, es un plan muy mal elaborado.

Se cubre los ojos con el dorso de las manos, y veo que está respirando profundamente.

—Todo va a ir bien —le digo—. Esto es solo un pequeño contratiempo, y dentro de unos meses miraremos atrás y nos reiremos de ello.

—Eso es lo que dice la gente cuando sabe que nunca, jamás, mirarán atrás a una situación y se reirán de ella —dice Emily.

—Bueno, ahora mismo, no tenemos muchas opciones —le digo—. Nuestro buen amigo Samuel presentó la licencia esta mañana. Ambos la firmamos, y él también. Eso la hace válida. Lo que significa que, al menos por ahora, estamos legalmente casados.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —gime Emily.

—No creo que haya mucho que podamos hacer ahora mismo —digo.

—¿Por qué? —pregunta.

—¿Te das cuenta de lo horrible que sería para mi negocio, y para nosotros, confesar que esto era un matrimonio falso desde el principio?

—Tu intento de hacer feliz a tu cliente es lo que nos metió en este lío en primer lugar —dice Emily—. En algún momento, tenemos que

hacer lo que es mejor para nosotros.

—¿De verdad aceptarías decirle al señor Berg que le mentimos, fingimos nuestra boda, y ahora queremos divorciarnos?

Puedo ver la reticencia en la expresión de Emily.

—No —dice—. No quisiera herirle así. No hay razón para que lo sepa.

—Me alegra que estés de acuerdo —digo—. Porque hay un período de espera para conseguir un divorcio. Probablemente podríamos intentar solicitar una anulación, pero honestamente esas cosas tardan una eternidad, y suelen ser tan complicadas, si no más, que conseguir un divorcio. Y se vería igual de mal. Supongo que tendremos que seguir casados por un tiempo.

Los ojos de Emily se deslizan hacia mí.

—Vaya —dice—. Eso es casi tan romántico como tu propuesta.

Sonríe, y siento que me relajo. Me inclino y la beso.

—Nadie tiene por qué saberlo —digo—. Por lo que cualquiera en Sunborn View sabe, simplemente vinimos aquí por un viaje de negocios, y volvemos igual que como nos fuimos. Nada ha cambiado. Lo mantendremos así y averiguaremos qué hacer por nuestra cuenta, y seguiremos viviendo nuestras vidas.

Un destello de incertidumbre cruza el rostro de Emily.

—¿Y qué hay de nosotros?

—Nada ha cambiado —digo de nuevo.

******

Adam

El teléfono de Emily suena mientras estamos de regreso a Sunborn View esa tarde. Envié a mi conductor a casa ayer, así que estamos solo nosotros dos mientras conducimos a través del día frío y despejado. Ella contesta y activa el altavoz para poder hablar mientras va picoteando de la bolsa de palomitas saladas que descansa entre nosotros.

—Hola, Melissa —dice.

—No te hablo —dice Melissa.

Emily mira su teléfono de forma extraña.

—¿Melissa? —dice.

—No te hablo —repite Melissa.

—Tú me has llamado —dice Emily. Hay un largo tramo de silencio —. Entonces, ¿me has llamado para hacerme saber que no me hablas?

La llamada termina. Emily me mira con una expresión interrogante en sus ojos.

—¿De qué iba *eso*? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? —pregunto—. Es tu amiga.

—Ni lo intentes —dice Emily—. No creas que no te escuché hablando con ella por teléfono la otra noche sobre ese programa de cocina que veis juntos.

—No lo vemos juntos —digo.

—Lo veis simultáneamente y os enviáis mensajes al mismo tiempo —dice—. Lo veis juntos... vía satélite.

Me río, recordando a la señora Hannigan tan orgullosa de sí misma cuando describió nuestra llamada de esa manera.

—De acuerdo, lo admito. Pero ella es tu mejor amiga, así que tú eres la principal responsable.

Emily mete la mano en la bolsa de palomitas y saca varios de los esponjosos granos. Abro la boca y me lanza algunos. Mientras mastico, pienso en el patrón casual en el que hemos caído juntos. El estado de nuestra relación no es algo que hayamos discutido o definido. Emily todavía no ha dado ese paso adelante, y una parte de mí se está arrepintiendo de la sugerencia que hice sobre cómo abordar esta situación.

No estamos lejos del ferry cuando suena mi teléfono. Emily lo coge y activa el altavoz. He aprendido rápidamente que no ve ninguna zona gris cuando se trata de hablar por teléfono mientras se conduce.

—¿Hola?

—Al menos podrías haber llamado.

—Hola, Terry —digo—. Un placer oírte, como siempre. ¿Sobre qué debería haberte llamado?

Mi hermano se burla.

—Así que, ¿vas a actuar como si no fuera nada más que otra cita para ti?

—¿De qué estás hablando?

—Supongo que debería darte un respiro —dice Terry—. Oí que fue bastante impulsivo. Pero al menos podrías haber llamado después. Mamá está muy disgustada.

—¿Adam? —dice la voz de Jake antes de que pueda responder a Terry.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—No hagas caso a Terry —dice Jake—. Solo está de muy mal humor porque su último cliente era un llorón. No se dio cuenta lo suficientemente rápido y acabó atrapado en un torbellino emocional mientras decoraban juntos una aldea de pan de jengibre.

—Le dije que siempre tuviera cuidado con los de la temporada navideña, pero ese no es mi error. No he oído hablar de nadie con un fetiche del pan de jengibre que quiera nuestros servicios. Incluso si lo hubiera hecho, probablemente lo habría enviado en tu dirección.

—No, no es eso. No estaba hablando del cliente.

—¿Entonces de qué estaba hablando?

—Mira, no tengo mucho tiempo. Terry y yo tenemos que ir a una fiesta. Una fiesta, por cierto, a la que se supone que deberías estar.

Pero supongo que tienes una buena excusa para no estar aquí. Te hemos estado esperando para que nos llames, y no lo has hecho, así que pensamos en hacerte una llamada rápida para decirte que te jodan por no avisarnos, pero bien hecho. Te veremos cuando regreses a Sunborn View. Mamá insiste en cenar en casa.

Como suele hacer, Jake cuelga sin terminar la llamada. A veces me pregunto si lo hace a propósito. Emily me mira de forma extraña mientras coloca mi teléfono de nuevo en su sitio en la consola.

—Parece que estamos superando nuestra cuota de llamadas extrañas hoy —dice.

—Así es —estoy de acuerdo—. ¿No creerás que lo saben, verdad?

—¿Cómo podrían saberlo? —pregunta Emily—. Como dijiste, piensan que estábamos en un evento de negocios. No tenían ni idea de cuál era el elemento de la lista de deseos. ¡Oh no, Melissa sí!

—¿Qué quieres decir?

—Melissa lo sabía. Le conté sobre la boda. Sabe que hemos estado planeando la boda para que el señor Berg oficiara, y que eso es lo que estábamos haciendo en Nochevieja. Incluso habíamos hecho un pacto para llamarnos a medianoche para hacer un brindis. Lo cual, olvidé. Por supuesto.

—Pero eso no significa nada —digo—. Solo porque sepa que estábamos planeando una boda no significa que tenga idea de cómo terminó.

—Tienes razón —dice—. Me siento fatal por no haberla llamado. Probablemente por eso no me quiere hablar.

Asiento en acuerdo, pero no estoy completamente convencido. Estoy seguro de que hirió los sentimientos de Melissa que Emily olvidara llamarla en Nochevieja, pero no me parece el tipo de persona que se molestaría tanto por algo así. Incluso si lo estuviera, no habría esperado tanto tiempo para informar a Emily que ya no le habla. Y el que Emily se perdiera un brindis a distancia no explicaba lo de mis hermanos. Hay algo más aquí.

Quince minutos después, llegamos al ferry. El empleado nos sonríe ampliamente cuando bajamos al aire frío para observar el cruce a la isla como siempre hacemos.

—¡Felicidades!

—Gracias —digo, mirando de reojo a Emily.

Algo pequeño y duro me golpea en un lado de la cara, y miro hacia abajo para ver lo que parecen cereales esparcidos a mis pies. Estoy a punto de inclinarme para recoger uno de los trozos cuando recibo más bombardeos desde el lateral del ferry. Agarro un trozo en el aire y lo examino, luego miro hacia abajo para ver a Ellis sentado en su barco de vacaciones. Las piernas delgadas que sobresalen de su gruesa parka negra son mucho más pálidas de lo que cabría esperar de un hombre que vive su vida en la cubierta de su casa flotante. Una vez me explicó que la crema solar es una parte importante de su rutina diaria. «*Pertenezco al mar*», me dijo. «*Y es el mar el que acabará conmigo. No voy a terminar como un idiota por culpa de un estúpido cáncer de piel*».

Después de ese día solo podía imaginar a Ellis concibiendo el final de su vida como una especie de mito nórdico.

Por ahora, la evidencia de su lealtad al mar yace en la blancura lechosa de sus rodillas expuestas. Lleva sus pantalones cortos holgados como si fueran el uniforme requerido de cualquiera que viva en una casa flotante, pero la parka proporciona aislamiento del frío día de invierno, que solo puedo suponer es aún más amargo tan cerca del agua.

—¡Feliz Año Nuevo, Ellis! —le grito.

—¡Felicidades! —dice Ellis, lanzándome más cereales.

Atrapo más de los granos de arroz inflados y los examino.

—¿Qué demonios es esto?

—Krispies —dice Ellis—. No puedo lanzarte arroz normal. Es malo para los pájaros, ¿sabes? No quiero que exploten por todas partes, o

simplemente caigan muertos al agua. Crea una imagen bastante sombría flotando.

Me deslizo hacia atrás alejándome de la barandilla del ferry y me giro para mirar a Emily. Ella está negando lentamente con la cabeza, y regresamos al coche sin decir palabra. Tan pronto como cerramos las puertas a ambos lados, me mira con agudeza.

—Dudo sinceramente que le falten caramelos y quiera que le des una bolsita —dice—. Sabe que estamos casados.

—¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé —dice Emily—. Pero si él lo sabe, no hay una sola persona en Sunborn View que no lo sepa.

Mientras salimos del ferry y nos dirigimos hacia nuestra calle, es obvio que tiene razón. Todos los que nos cruzamos nos saludan con entusiasmo y gritan sus felicitaciones. Algunos tienen expresiones ligeramente amargas que se transparentan en sus buenos deseos, y supongo que están en el mismo equipo que mis heridos hermanos porque no participaron en la boda.

Espero tener algo de tranquilidad y la oportunidad de hablar sobre esta situación cuando lleguemos a una de nuestras casas, pero casi tan pronto como doblo la esquina para bajar por la calle, sé que eso no va a suceder ahora mismo. Un gran tractor con un remolque plano detrás está aparcado frente a la casa de Emily. Inmediatamente lo reconozco como el de Zach, el novio de Melissa. No lo he visto desde entonces, pero aquí está, recostado contra la rueda del tractor, observando cómo una corriente de hombres sale de la casa de Emily cargando cajas y muebles.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Emily—. ¿Por qué están sacando todo de mi casa?

Intenta desabrocharse el cinturón de seguridad antes incluso de que lleguemos a la casa, y se lanza a través de la puerta mientras las ruedas aún están en movimiento. Rápida y eficazmente, cruza su jardín hacia una mujer con un traje gris y un jersey color avena.

—¿Qué está pasando aquí? —exige.

Salgo del coche y la sigo a través del jardín. La mujer se ha girado para enfrentarla, y la reconozco como la señora Williamson, la madre del hombre que vivía en la casa antes de que Emily se mudara. Mira a Emily con calma como si no le estuvieran gritando.

—Hola, Emily —dice—. No esperaba verte por aquí hoy.

—Naturalmente —dice Emily con un ligero aspaviento—. No querrías que estuviera aquí mientras mi casa es saqueada.

La señora Williamson se ríe.

—Hola, señora Williamson —digo mientras me acerco junto a Emily.

Me sonríe. Una mujer de mediana edad con cabello grueso color miel y amables ojos marrones de aspecto agradable; se rumorea que fue muy guapa cuando de joven.

—Hola, Adam.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto que va todo bien —dice ella—. Pensé que vosotros dos agradeceríais no tener que ocuparos de esta molestia cuando regresarais.

—¿Molestia? —pregunta Emily—. La única molestia que veo es que están sacando todo de mi casa. No entiendo lo que está pasando. Ya he pagado mi alquiler. Por adelantado, de hecho.

—Lo sé —dice—. Y lo agradezco. Mi hijo podría aprender algunas lecciones de ti cuando se trata de pagar el alquiler a tiempo. Por eso no me importa en absoluto que rompas tu contrato antes de tiempo.

—¿Romper el contrato?

La señora Williamson me mira con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Bueno, sí. Simplemente asumí... Quiero decir, ¿vosotros queréis vivir los dos en tu casa, ¿verdad, Adam? Después de todo, es de tu propiedad, y tiene una distribución ligeramente más amplia que esta.

Ahora que estáis casados, tiene sentido que viváis en tu casa, y que yo ponga esta en alquiler de nuevo.

Y ahí está.

—Tienes razón —digo—. Eso tiene sentido. —Rodeo con mi brazo los hombros de Emily—. Y qué maravilloso por tu parte haber organizado lo de los transportistas para ayudar a mi encantadora esposa a instalarse en su nuevo hogar.

La señora Williamson asiente.

—Quiero poder poner la casa en alquiler lo antes posible —dice—. Ya hay algunas personas interesadas. No quería que la mudanza quedara olvidada en vuestra... dicha de recién casados.

La mezcla algo desigual de sus emociones resulta incómoda, pero sigo sonriéndole. A nuestro alrededor, los jóvenes, que parecen haber sido sacados directamente del equipo de fútbol del instituto, continúan correteando, sacando cosas de la casa de Emily y apilándolas en el camión. No sé por qué no las llevan directamente a través de nuestra pequeña franja compartida de césped hasta mi puerta, pero parecen estar en una misión. Emily corre dentro para supervisar la recogida del resto de sus pertenencias, pero vuelve a salir al porche unos minutos después, sacudiendo la cabeza derrotada.

—Está todo en cajas —dice—. Es como magia. Me llevó semanas hacer las maletas antes de volver a mudarme aquí. ¿Cómo han condensado toda mi vida en dos días?

—Hablando de eso —digo—. Señora Williamson, ¿cómo se enteró de que nos habíamos casado?

Antes de que pueda responder, el coche de Melissa frena bruscamente detrás del camión.

Capítulo Quince

Emily

Melissa se detiene tras dar unos pasos en el jardín y dirige una mirada furiosa hacia Zach. No sé qué ha pasado entre ellos dos en los pocos días que hemos estado fuera, pero está claro que están enfadados. Estaba convencida de que serían ellos quienes tendrían una boda sorpresa. No yo.

Mierda.

De repente, parece que Melissa ha descargado suficiente de su ira silenciosa sobre Zach y se gira hacia mí. Intento transmitirle sin hablar que hay más detrás de esta historia.

—El señor Berg —dice con calma, sin molestarse en dar más explicaciones.

Me vuelvo para mirarla.

—¿El señor Berg? —repetimos Adam y yo al mismo tiempo.

—¡Oh, sí! —dice Melissa mientras llega al final de las escaleras que conducen al porche—. El señor Berg. Todos lo sabemos por el señor Berg. Es culpa suya, ¿verdad? Él es el responsable de esto.

—Melissa, ¿por qué no entráis tú y Emily en mi casa? —propone Adam—. Estaréis más tranquilas ahí dentro y podéis hablar en privado.

Melissa no dice nada, pero se marcha pisando fuerte en dirección a la casa de Adam. Tomo la llave que él me ofrece y le miro a los ojos. Él niega con la cabeza. Sabe lo que estoy pensando.

¿El señor Berg?

Melissa se niega a mirarme mientras abro la puerta principal. Entramos en la casa de Adam, y rápidamente cierro la puerta detrás de mí y la bloqueo. No quiero dar a la improvisada brigada de mudanza la oportunidad de colarse en la casa. Si lo hago, tendremos

que esperar a que terminen de apilar todas mis pertenencias en la casa de Adam antes de que pueda hablar con Melissa.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —pregunta Melissa.

—Pensaba que no me hablabas —digo.

—No intentes hacerte la graciosa —dice—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Melissa...

—¿Cómo pudiste no solo olvidarte de llamarme a medianoche, sino ni siquiera molestarte en decirme que te ibas a casar?

—Melissa...

—Pensaba que éramos amigas, Emily. Pensaba que estábamos unidas.

—Lo somos, Melissa...

Esto empieza a parecerse a una conversación con Adam.

—Tenía *planes*, Emily. Lo tenía todo pensado. Mira, tú no sabías que yo lo sabía. Pero yo lo sabía. Y sabía que tú no sabías que yo lo sabía. Así que simplemente seguí sabiendo y planeando.

—¿Qué sabías?

—Sobre tú y Adam. Dijiste que no había nada entre vosotros dos. Luego dijiste que no sabías lo que era.

—¿Pero tú lo sabías?

—Exacto. Pude verlo desde el principio. Vosotros dos intentabais fingir que no estabais locamente enamorados el uno del otro. Desde la primera vez que os vi juntos en la misma habitación, pude verlo. Incluso cuando actuabas como si no quisieras estar cerca de él, vi cómo le mirabas. Y también cómo te mira él. No podíais engañarme. Podía ver venir esto desde lejos, así que empecé a planificar.

—Melissa...

—Planifiqué la fiesta de compromiso. Planifiqué la despedida de soltera. Y habría sido preciosa. ¡Puedo asegurártelo! Toda la comida

diminuta de la despedida de soltera iba a tener temática.

—Melissa...

—¿Por qué? —gime Melissa de repente—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me negaste la oportunidad de presentar mis argumentos convincentes sobre por qué debería ser tu dama de honor en lugar de Alice, y luego ir a Bobby para mi vestido y zapatos a juego? ¿Por qué arruinaste tu despedida de soltera en *La Casa de Arte de Penélope*? ¿Por qué le robaste a mi sobrinita Natasha su gran oportunidad de llevar las arras junto a Grace?

—¿Tienes una sobrinita llamada Natasha? —pregunto.

—Sí —responde Melissa—. Tiene tres años. Es la hija de la nieta de la prima de mi abuela. Nunca ha llevado las arras en una boda, y habría estado adorable con el vestido rosa palo, con guantes blancos, llevando esa canastita de satén blanco llena de pétalos.

Se está ahogando, y su voz está alcanzando rápidamente un tono de adiestramiento canino.

—Todo eso suena adorable —le digo.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? —pregunta.

—Porque no había nada que contar —digo.

—¿Nada que contar? ¿Cómo puedes decir que no había nada que contar? Te casaste, Emily.

—Lo sé —digo—. Pero... no en realidad. Es decir, sí, estamos realmente casados, pero... no se suponía que pasara así. Melissa, escúchame. No te dije que me iba a casar porque no lo estaba planeando. Te contaré toda la historia, pero tienes que prometer que no se lo dirás a nadie. Esto tiene que seguir siendo un secreto, ¿lo prometes?

—Entonces, ¿no pretendías excluirme de tu boda? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Por supuesto que no —digo—. Nunca seguiría adelante con algo así sin que estuvieras allí conmigo. —Suelto un suspiro—.

Probablemente deberías sentarte —digo—. Esta historia es un poco complicada.

Nos acomodamos en el sofá, y le cuento toda la historia de lo que sucedió, desde que dejamos Sunborn View para la boda de Nochevieja hasta que volvimos aquí. Incluso al contar la historia me siento mareada y ansiosa. No sé si debo ceder ante el sentimiento de agitación y nerviosismo en mi corazón, o si debo prestar más atención a la pesada piedra que se asienta en el fondo de mi vientre. De alguna manera, es un alivio hablar de todo esto con Melissa. El simple hecho de exponerlo me obliga a enfrentarme a la situación y me permite comenzar a entender cómo me siento y cuáles deberían ser mis próximos pasos.

Cuando termino, miro a Melissa expectante.

—¿Así que estáis legalmente casados? —pregunta.

—Sí —digo—. Legalmente.

—¿Pero no pretendías casarte?

—No —digo.

—¿E ibais a volver y fingir que no estabais casados?

—Sí —digo.

—¿Pero ahora todos saben que estáis casados, así que no quieres que ninguno de ellos sepa que no pretendías casarte?

—No —digo.

Melissa asiente una sola vez, lentamente.

—Puedo trabajar con eso —dice—. No me lo creo del todo, pero puedo trabajar con eso.

—¿Qué quieres decir con que no te lo crees?

—Que no pretendías hacerlo —dice—. No me importa cuánto digas que las bebidas te hicieron hacerlo. Esas pequeñas burbujas no son lo suficientemente fuertes como para obligarte a ti o a Adam a hacer nada.

—Ahora mismo, eso no importa. Solo necesitamos asegurarnos de que nadie más descubra lo que realmente sucedió, y después de un tiempo, dejaremos que todos piensen que la cosa se enfrió y presentaremos la demanda de divorcio. Es así de fácil.

—Claro —dice Melissa—. Así de fácil.

Asiento.

—Tengo que hacerte una pregunta —digo.

—¿Sobre Zach? —pregunta.

Asiento de nuevo.

—Sí —digo—. Necesito saber qué ha pasado. Parecías tan feliz cuando hablabas de él la semana pasada. ¿Qué ocurrió? Es un chico tan agradable.

—Exactamente —dice con el veneno de alguien que ha sido profundamente traicionada.

—¿Qué quieres decir con exactamente?

—Bueno, déjame contarte lo que me hizo el otro día —dice.

Siento que mi pecho se tensa. Apoyo mi mano en su brazo.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Nada —dice con un sollozo.

—Puedes contármelo, Melissa. Puedes confiar en mí. ¿Qué te hizo?

—En serio —dice—. Nada. No me hizo nada. Ese es el problema.

Parpadeo varias veces. Estoy segura de que tiene que haber más en esta historia que de alguna manera me perdí y quizás, si espero, ella retrocederá y llenará todos los vacíos. Pero no tengo suerte.

—¿Qué? —pregunto.

—Sí. La otra semana, yo estaba toda jugosa y desinhibida por los mimosas de antes del almuerzo y después del brunch, y él ignoró todos mis *muy* sensuales avances. Ni siquiera intentó nada. Ni un beso, ni siquiera un pequeño manoseo casual.

—Así que, ¿estás enfadada con él porque no se aprovechó de ti cuando estabas achispada? ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso? Este es un hombre que realmente te aprecia —digo—. Uno que se preocupa por ti y quería asegurarse de que te sintieras segura.

La mandíbula de Melissa cae. Un segundo después, se levanta de un salto del sofá y corre hacia la puerta principal.

—¡Zach! —grita—. ¿Hay espacio en ese tractor para una más?

Salgo al porche para verla intentar subirse al asiento detrás de Zach. Él no se mueve, pero puedo ver una leve sonrisa en sus labios. Adam sube al porche a mi lado y asiente hacia el tractor.

—¿Una gran reconciliación?

—Parece que podría serlo —digo.

Melissa baja rápidamente del tractor y corre hacia mí con los brazos abiertos. Me recoge en un fuerte abrazo y acerca su cabeza a mi oído.

—Gracias, Emily. Me aseguraré de que nadie en el pueblo se entere de vuestro pequeño secreto.

Me aprieta un poco más fuerte, y yo le devuelvo el abrazo.

—Gracias —digo.

Vuelve corriendo hacia Zach y se sube detrás de él. Él dice algo a uno de los hombres que está cerca, y el joven separa el tractor del remolque. Se alejan traqueteando por el camino hacia su casa, dejando el remolque lleno de mis pertenencias varado al lado de la carretera. Puedo lidiar con eso. Si significa que Melissa tiene la oportunidad de ser feliz, puedo soportar un remolque en mi jardín. Mirando el lado positivo, si Zach nunca vuelve a por su remolque, puedo arrastrarlo hasta el jardín y convertirlo en un espectacular adorno para el césped.

—Resulta —dice Adam en un susurro conspirador, acercándose a mí—, que el señor Berg es de Sunborn View.

—¿Lo es? —pregunto con sorpresa aturdida—. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Su familia se mudó hace mucho tiempo —dice Adam—. Pero así es como me conocía a mí y a mi empresa. Todavía mantiene contacto con algunas personas por aquí, y le hablaron del negocio. Le interesó y elaboró su propia lista. Cuando acabó casándonos en Nochevieja, no pudo resistirse. Tuvo que contárselo a sus amigos de aquí. Y ya sabes lo que pasa con cualquier información que llega a alguien en Sunborn View.

—Se extiende como la pólvora —digo. Dejo escapar un suspiro, pero luego le miro con curiosidad.

—¿Por qué no te lo mencionó? ¿No crees que te diría que es de tu pueblo natal y conoce a muchas personas que tú conoces? Especialmente si es tan importante para él que aún mantiene contacto con gente de aquí y decidió hablar sobre nuestra boda.

—Al parecer, ser de Sunborn View es algo con lo que es bastante sensible. Aunque mantiene contacto con gente que sigue aquí, no ha vuelto a la isla desde que se mudó hace muchos años. Según la señora Williamson, quien lo conoce desde que era una niña gracias a su abuelo, no le gusta hablar de vivir aquí porque le trae algunos malos recuerdos.

—¿Qué tipo de malos recuerdos? —pregunto.

—Parece que su experiencia del último año de instituto se vio truncada.

Siento que mis labios se separan en un jadeo silencioso.

—El baile de graduación —digo—. Se suponía que iba a asistir al mismo baile que el señor Schroeder.

Adam asiente.

—Sí. Él y Schroeder eran amigos en aquella época. Todavía lo son, evidentemente.

—¿Así que no poder ir a su baile de graduación fue un recuerdo lo suficientemente malo como para que dejara Sunborn View y nunca

volviera?

Adam se encoge de hombros.

—No lo sé —dice—. Eso es todo lo que saqué de la señora Williamson. Pero ahora sabemos cómo todos en Sunborn View saben que nos hemos casado.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto—. Porque nuestro plan de mantenerlo todo en secreto hasta que descubramos qué hacer obviamente no va a funcionar.

—A estas alturas —dice Adam—, ya estamos bastante metidos en esto. Creo que nuestra única opción es seguir la corriente durante un tiempo. —Toma mis manos y las sujeta entre las suyas—. Por ahora, interpretaremos a la feliz pareja de recién casados. Trabajamos. Planificamos el baile de graduación. Con el tiempo, el fervor por nuestro final de cuento de hadas se calmará, y entonces podremos tomar una decisión.

Asiento con la cabeza, y mi mirada se dirige hacia el final de la calle, a la esquina que dobla hacia donde está la casa de mi madre.

—Probablemente deberíamos ir a hablar con nuestras familias —digo—. Ni siquiera he tenido noticias de mi madre. Eso significa o que está tan furiosa conmigo que ni siquiera puede hablar, o que no quiere decir nada porque espera que vaya a sorprenderla.

—Esperemos que sea lo segundo —dice Adam—. ¿Deberíamos ponerlos al tanto de la situación?

Niego con la cabeza.

—No —digo—. Ya se lo he contado a Melissa, pero solo porque estaba a punto de tirarse por un precipicio de la desesperación. Cuanta más gente lo sepa, más posibilidades hay de que se entere todo el mundo. Además, no quiero escuchar todas sus diferentes opiniones ni empezar a sentirme presionada.

—Quieres poder tomar tu propia decisión —dice Adam.

—Sí —respondo—. Si nuestras familias descubren lo que realmente está pasando, nunca dejaremos de oír sobre esto. Solo

tenemos que mantener la calma por ahora.

—Entonces, ¿qué les decimos mientras tanto? —pregunta Adam.

—Les decimos la verdad —digo—. No hay razón para mentir sobre eso.

—¿La verdad? —pregunta Adam.

—Sí, la verdad. Hubo un cambio de planes de última hora en la boda, y tomamos la decisión impulsiva de sustituir a la pareja.

—¿Y pasamos por alto el resto?

—Suave como la seda. —Vuelvo a mirar hacia la esquina—. Probablemente deberíamos terminar con esto de una vez —digo—. Primero mi madre. Solo es una, y debería ser más fácil. Luego tu familia.

—De acuerdo —dice Adam. Mira hacia donde todavía está la señora Williamson. De vez en cuando ella mira en nuestra dirección por encima de su hombro, de esa manera sutil que tiene la gente cuando no quiere parecer entrometida.

—Señora Williamson, ¿puede mantener todo bajo control hasta que volvamos?

Ella asiente brevemente.

—¡Muy bien, chicos! ¡Es hora de empezar a trasladar las pertenencias de la señora Conway a su nuevo hogar!

Dios mío. No sé si alguna vez me acostumbraré a eso.

—¿Vas a dejar que entren y salgan de tu casa sin que estés aquí? —pregunto.

Adam me guía hacia la calle para que podamos caminar hasta la casa de mi madre.

—Ya han hurgado en cada rincón de tu casa y han desmantelado todo lo que posees. Estaremos en paz.

La conversación con mi madre no es tan mala como pensaba que sería, pero aun así estoy exhausta cuando regresamos a mi calle.

Tenía a Alice en el altavoz, lo que significó que tuve que escuchar a las dos practicar la honorable tradición de felicitarme *y* hacerme sentir culpable simultáneamente. No poder ver la expresión en el rostro de mi hermana hizo mucho más difícil determinar cómo se siente realmente sobre la situación. Me dirijo hacia mi casa, pero Adam me llama.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—A casa —digo—. Necesito un largo baño y unos tres años de sueño.

Él señala hacia su casa.

—Te has pasado de casa —dice.

Mierda.

Agacho la cabeza y regreso cruzando el césped hacia él, que me espera en el porche. Entro, pero solo llego a unos pocos pasos de la puerta principal.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto.

Todas mis pertenencias han sido apiladas de cualquier manera en el suelo y en cualquier otra superficie disponible, empujadas hacia las esquinas y amontonadas en el sofá. No puedo ver más allá del salón, pero solo puedo imaginar que lo que no cabía en esta habitación se ha ido filtrando por el resto de la casa. Una vez más, me encuentro en la situación de no saber dónde encontrar mi ropa interior.

—No creo que pueda hacer esto —digo.

—Claro que puedes —dice él—. Míralo como un laberinto. Haremos un camino a través del salón, luego avanzaremos hacia la parte delantera de la casa.

—No me refiero a eso —digo—. No creo que pueda hacer esto, este matrimonio falso. ¿Viste cómo nos miraba mi madre?

Adam asiente.

—Fue un shock para ella —dice—. Pero ¿viste cómo sonrió cuando preguntó si eras feliz? Puede que no le guste la idea de no haber estado en la boda, pero está aliviada de pensar que finalmente has encontrado tu lugar. ¿Has pensado en cómo se sintió viendo a su hija pasar por tanto dolor en los últimos años? Estuvo a tu lado cuando dejaste Sunborn View, y cuando te casaste con Dex. Incluso tú dijiste que la boda fue el sueño de toda madre. Cuando todo se vino abajo, tuvo que ver cómo su hija se estrellaba y se quemaba, y no había nada que ella pudiera hacer.

—Estaba feliz cuando me divorcié de Dex —digo.

—Quizás se alegró de que no tuvieras que seguir tratando con él —dice Adam—, pero ¿crees que estaba feliz de que te divorciaras? ¿De verdad crees que le alegró verte herida, frustrada, decepcionada y asustada? Tuvo que verte luchar sabiendo que no había nada que pudiera hacer para ayudarte. Imagina lo duro que fue para ella. Ahora tiene la oportunidad de verte feliz de nuevo. Puede que no haya estado allí para ver la boda, pero en su corazón, siente que tienes otra oportunidad y que puede relajarse otra vez.

Un peso presiona mis hombros. No había pensado en nada de eso, y ahora que Adam lo ha dicho, sé que no hay vuelta atrás. Hemos llegado hasta aquí y no podemos borrarlo ahora. Todo lo que podemos hacer es seguir adelante hasta el final, dondequiera que nos lleve.

—¿Podemos esperar hasta mañana para hablar con tu familia? No creo que tenga energía para tener otra de esas conversaciones.

—Está bien —dice Adam, frotándome la espalda—. Ve a prepararte un baño y relájate. Yo intentaré empezar a poner algo de orden en este desastre. —Doy un paso adelante, pero no sé hacia dónde ir desde ahí. Miro a Adam con impotencia y él maniobra a mi alrededor—. Aquí —dice—. Déjame abrirte camino.

Me río mientras él comienza a cruzar la habitación, levantando las piernas por encima de las cajas y empujando bolsas para crear un sendero que yo pueda seguir.

Después de un generoso baño, caigo en la cama y me quedo dormida.

Me despierto a la mañana siguiente sintiéndome más relajada, y mientras me dirijo a la cocina, puedo oler que Adam ya está preparando café. Me entrega una taza cuando entro en la habitación y doy un sorbo, agradecida.

—¿Viniste a la cama anoche? —pregunto.

La cama estaba fría y vacía cuando me desperté, y me niego a admitirle que intenté acurrucarme junto a él en la luz del amanecer.

—No —dice, señalando hacia un montículo precario de ropa, cojines de muebles y otros objetos de mi casa que todavía son visibles en la mitad del salón—. Me quedé dormido un par de horas en ese montón de allí.

Me río y doy otro sorbo a mi café.

—¿Has hablado con tus padres?

—Les llamé hace un rato —dice—. Sugerí que fuéramos esta noche, pero están ocupados.

Me siento inesperadamente molesta por esta revelación.

—Ajá —digo.

Adam me mira con una sonrisa burlona.

—¿Estás enfurruñada? —pregunta—. Eras tú quien quería mantener todo esto en silencio y no llamar la atención, ¿y ahora estás molesta porque mi familia no está ansiosa por dar la bienvenida a la nueva pareja feliz?

—Podrían haber hecho al menos un pequeño esfuerzo —digo tímidamente contra el borde de mi taza.

Adam se ríe y me da un beso en la coronilla.

—Voy a darme una ducha —dice. Se detiene justo fuera de la puerta de la cocina—. Estás invitada a unirte si quieres, señora Conway.

Le hago una mueca, y él vuelve a reírse mientras desaparece en el interior de la casa. Cuando se ha ido, entro en el salón y contemplo los restos dispersos de la vida que había empezado a construir para mí. Pensaba que estaba en el camino correcto, pero esto es sin duda un desvío importante.

Estoy rebuscando en una de las bolsas de mi ropa, con la esperanza de encontrar algo para reemplazar la camisa de Adam que llevo debajo de mi bata, cuando suena mi teléfono. Lo saco del bolsillo de la bata y sonrío al ver el número de Melissa en la pantalla.

—Buenos días —digo—. ¿Ya me has perdonado ahora que te has encontrado envuelta en los dulces y estoicos brazos de Zach?

—¿Tienes algo elegante para ponerte?

Bueno, esa no era la respuesta que esperaba.

—¿Por qué? —pregunto.

—Vamos a salir esta noche, y necesitas vestirte bien. ¿Tienes algo elegante para ponerte?

Suena extrañamente insistente y asiento con confianza, aunque no pueda verme.

—Probablemente —digo—. También estoy temporalmente casada con un multimillonario, así que seguro que puedo conseguir algo elegante si lo necesito.

—Estupendo.

Cuelga, y unos segundos después, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Sí?

—Solo elegante normal, ¿vale? No elegante multimillonaria. Quizás incluso un poco menos que eso. No te presentes con un vestido incrustado de joyas ni nada por el estilo.

—Te prometo que evitaré cualquier cosa demasiado inspirada en princesas —le digo.

—Bien.

Cuelga, y unos segundos después, el teléfono vuelve a sonar.

—Es tan agradable saber de ti. Ha pasado tanto tiempo —contesto.

—Te recogeré a las siete.

Todavía estoy riéndome cuando Adam entra en la habitación.

—¿Ya has terminado con tu ducha? —pregunto.

—No —dice—. Ni siquiera me he metido. Mi padre acaba de llamar. Quiere que cenemos con ellos esta noche.

—Pensaba que ya tenían planes.

—Al parecer ha habido un cambio de planes.

—Bueno, para mí también. Voy a salir con Melissa. Acaba de invitarme.

Conozco este momento muy bien. Aquí es donde la conversación estalla en una discusión. Espero que los ojos de Adam se oscurezcan y que sus manos se cierren con furia a sus costados antes de exigirme que cancele con Melissa para poder ir con él. En cambio, saca su teléfono de nuevo.

—Les llamaré otra vez —dice.

Aliviada, y un poco desconcertada, agarro un puñado de ropa que he desenterrado y me dirijo al baño para vestirme. Cuando estoy vestida con leggins y un jersey azul oscuro que me protege del frío del ambiente, pero no hace nada por mi sentido de la mística femenina, vuelvo al salón.

—¿Qué han dicho? —pregunto.

—Voy a reunirme con ellos esta noche —dice—. Pero iremos a verlos juntos mañana.

—Suena bien —digo.

—¿A qué hora te recoge Melissa?

—A las siete —digo.

—¿Qué hay en el programa para el resto del día?

—Bueno, dice que tengo que ir elegante, así que eso me va a ocupar una buena parte de la tarde. Aparte de eso, supongo que estaré clasificando este desastre y preparándome para las clases que empiezan de nuevo en un par de días.

—Así que, vuelta a la vida normal —dice él.

Asiento.

—Vuelta a la vida normal.

****

Esa noche...

—¿A dónde vamos? —le pregunto a Melissa mientras avanzamos por la acera.

El aire a nuestro alrededor es mordazmente frío y, aunque aparcamos su coche al final de la calle principal y solo llevamos caminando unos minutos, estoy helada hasta los huesos.

—Ya lo verás —dice ella.

Está conteniendo una sonrisa, y tengo la clara sensación de que está tramando algo. Finalmente llegamos a la biblioteca, e inmediatamente noto que todas las luces del interior están encendidas. La Sociedad de Damas siempre mantiene al menos algunas bombillas encendidas cuando cierran por la noche para que el edificio no quede completamente a oscuras, pero nunca lo había visto tan iluminado después del horario de cierre.

—¿Qué pasa en la biblioteca? —pregunto—. ¿Hay algún tipo de ciclo de conferencias?

—¿Un ciclo de conferencias requeriría vestirse elegante? —pregunta Melissa.

—No lo sé. Depende del tema, supongo.

Ella niega con la cabeza.

—No, no es un ciclo de conferencias.

Llegamos a lo alto de las escaleras, y escucho voces susurrantes desde el interior. Melissa agarra el pomo de la puerta y la abre de golpe.

—¡Sorpresa! —grita mientras entro y la gente se acerca a mí desde todos los rincones de la sala.

Sobresaltada, retrocedo unos pasos.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Melissa.

—¡Es tu recepción! —exclama entusiasmada.

—¿Mi qué?

—¡Enhorabuena, Emily! —dice una voz justo antes de que unos brazos suaves y acolchados envueltos en terciopelo me rodeen en un fuerte abrazo.

—¡Felicidades! —dice otra voz, y me veo envuelta en otro abrazo.

—¿Qué has hecho? —le pregunto a Melissa en un susurro áspero.

—Dijiste que no querías que nadie supiera que no tenías intención de casarte —dice ella.

—Así que... ¿me has organizado una recepción? —pregunto.

—Sí —responde como si fuera lo más obvio—. Quieres que todo parezca legítimo y no revelar tu tapadera.

—Eso no significa organizar una fiesta.

—Tú y Adam dejasteis fuera de vuestra boda a todos en la isla. Sin importar las circunstancias de la ceremonia, sabes que eso va a molestar a la gente. Es sospechoso que un miembro de la familia más prominente de la isla se fugue para casarse y luego regrese aquí intentando volver a la vida cotidiana como si nada hubiera ocurrido. Así que... ¡fiesta!

Me sorprende lo lógico que es en realidad su razonamiento, pero no tengo mucho tiempo para analizarlo antes de darme cuenta de que Adam no está aquí.

—¿Por qué mi marido no está en esta celebración de nuestro matrimonio? —pregunto—. ¿No crees que es un detalle importante?

—Eso era parte de la sorpresa —dice alegremente—. Viene con sus padres. Pensé que sospecharías algo si os pedía a los dos que os arreglarais y vinierais a algún sitio. Así que llamé a sus padres y lo planeamos todo.

—¿Emily?

La voz me resulta familiar, incluso después de todos estos años, y me giro para ver a Jake de pie en la entrada de la cocina.

—Jake —digo, con una cálida sonrisa extendiéndose por mi rostro —. Me alegro mucho de verte.

—Yo también —dice. Me envuelve en un abrazo amistoso—. ¡Y enhorabuena! Me han dicho que ahora eres mi hermana.

No esperaba el rubor que me sube por las mejillas, y aparto la mirada para recuperar el control.

¿A qué ha venido eso?

—Pensé que al menos me lo mencionarías cuando os vi —dice otra voz detrás de mí.

Luke entra en la habitación, y trato de no sentir que me están tendiendo una emboscada.

—No sabíamos que iba a suceder entonces —le digo—. Fue una... sorpresa también para nosotros.

Luke me mira con sospecha, como si no estuviera seguro de lo que le he dicho. Le devuelvo la mirada con toda la franqueza que puedo, y finalmente, sonríe.

—Supongo que te perdonaré por esta vez —dice juguetonamente —. Felicidades.

Me abraza afectuosamente.

—Gracias —digo—. Seguro que sabrás más de la historia cuando Adam y yo vayamos a verte mañana.

—Hablando del tema, ¿dónde está Adam?

Una versión más mayor del Terry de mis recuerdos entra en la habitación. Parece tan serio como lo recuerdo.

—¿No está con vosotros? —pregunto—. Melissa dijo que sus padres lo traerían. Supuse que eso significaba que todos vendríais juntos.

Jake niega con la cabeza.

—No —dice—. Se suponía que se reuniría con nosotros aquí.

—Seguro que llegará pronto —digo.

Incluso mientras lo digo, un destello de preocupación me atraviesa el estómago.

Durante la siguiente media hora, recorro las diferentes salas de la biblioteca, saludando a los invitados y fingiendo estar felizmente casada. Estoy a punto de intentar escabullirme para llamarle cuando Adam entra en la biblioteca. Es bombardeado con la misma oleada de felicitaciones que yo, pero sus ojos se encuentran con los míos a través de la sala, y puedo ver que necesita hablar conmigo. Nos dirigimos el uno hacia el otro, y él toma mi mano, tirando de mí mientras nos abrimos paso entre la multitud. Me inclino hacia Melissa al pasar.

—Cúbrenos —susurro.

—¡Todo el mundo! —grita ella—. ¿Qué tal una ronda de Los Pajaritos? Seguro que alguien puede encontrarlo en su móvil. ¿Laura? ¿Curtis?

Adam nos lleva a la tranquilidad de una oficina trasera y cierra la puerta.

—¿Dónde has estado? —pregunto—. Pensaba que ibas a cenar con tus padres.

—Iba a hacerlo —dice—. Pero al parecer la cena era en realidad una excusa para venir aquí. Chafaron la sorpresa cuando les dije que me reuniría con ellos mañana en lugar de ir a casa esta noche.

—¿Por qué?

—Bueno, decidí ir a hablar otra vez con la señora Williamson.

Capítulo Dieciséis

Adam

—¿Por qué hablaste de nuevo con la señora Williamson? —pregunta Emily.

—No podía dejar de pensar en lo que me contó sobre el señor Berg. Sabía que tenía que haber algo más que solo el baile de graduación. O sea, entiendo que fue algo importante y que causó mucho revuelo en Sunborn View, pero no pudo haber sido solo eso. Tenía que haber más en esa historia.

—No tiene sentido —dice Emily—. Incluso si estaba molesto y desilusionado por perderse el baile y por el incendio, ¿por qué se marcharía para no volver nunca más? ¿Y por qué nadie hablaría *nunca* de él?

—Exactamente —digo—. Sencillamente no me cuadra. Ayer tuve la sensación de que la señora Williamson sabía más de lo que me estaba contando. Así que hoy tuve una charla con ella.

—¿Descubriste algo?

Sonrío y asiento.

—Por supuesto que sí —digo—. Pero creo que no deberíamos hablar de ello aquí. La gente empezará a preguntarse por qué hemos desaparecido de nuestra propia fiesta sorpresa. Terminemos con esto y luego en a casa te lo contaré todo.

Emily parece reticente al principio, pero finalmente asiente.

—De acuerdo —dice.

Volvemos a la sala principal de la biblioteca justo a tiempo para ver a Melissa dirigiendo a los invitados mientras revolotean por la habitación. Parece que el baile Los Pajaritos ha llegado a su glorioso final entre los aplausos de los espectadores. Melissa y Emily cruzan miradas, y Melissa parece visiblemente aliviada. Se apresura hacia nosotros.

—Gracias a Dios que podemos parar —dice—. ¿Está todo bien?

Emily y yo asentimos.

—Perfecto —dice Emily. Me toma de la mano—. Sigamos celebrando.

Emily me lanza miradas curiosas durante el resto de la velada. Puedo ver cómo su mente da vueltas con preguntas, y estoy deseando hablar con ella sobre lo que he descubierto. Por fin, después de devorar el banquete que trajeron los invitados, cortar la tarta que Melissa preparó porque no pudo convencer a la nieta de Lydia para que hiciera una tarta nupcial en veinticuatro horas, y aceptar *demasiados* abrazos y felicitaciones de nuestros invitados, cuando el último fiestero ha abandonado la biblioteca, cierro la puerta y me vuelvo hacia Melissa.

—¿Crees que ha sido convincente? —pregunta ella.

No puedo evitar sonreírle.

—Creo que les hemos engañado —digo con el mismo susurro conspirativo. Ella sonríe y se dirige a la cocina para limpiar. Me sorprende que haya podido convencer a la Sociedad de Damas para que le permitiera usar la biblioteca para la fiesta. Normalmente son ferozmente protectoras con los libros, y ni siquiera les gusta cuando alguien entra chupando un caramelo de menta. Que Dios te ayude si estás mascando chicle.

—¿Quieres que nos quedemos a ayudar? —le grita Emily.

—¡Oh, no! —responde Melissa—. No os preocupéis, lo tengo todo controlado. Además, tuve que dar mi solemne juramento de que sería yo quien limpiaría y pediría disculpas apropiadamente a cualquier libro que hubiera sido dañado o tocado de forma inapropiada.

No estoy completamente seguro de cómo se toca un libro de forma inapropiada, pero por miedo a que Melissa me lo explique, nos despedimos de ella y abandonamos la biblioteca. Emily se ajusta el abrigo y se acerca más a mí. Me encanta la sensación de tenerla

apoyada contra mí mientras caminamos hacia mi coche. El trayecto a casa es corto, y Emily prácticamente vibra de anticipación. En cuanto cierro la puerta principal, echando el cerrojo tras nosotros, Emily se vuelve hacia mí.

—¿Qué te contó? —pregunta.

—¿Quieres cambiarte antes de que hablemos?

Emily baja la mirada como si hubiera olvidado el vestido negro de cóctel y los tacones de aguja que lleva esta noche.

—¡Oh! —dice—. Probablemente debería. Te veo aquí en unos minutos.

Ha dado unos pasos hacia el salón cuando se da cuenta de que la estoy siguiendo. Me mira por encima del hombro, y sonrío.

—Mismo dormitorio —señalo.

Asiente, su expresión me dice que aún no ha aceptado del todo la idea de que ahora vivimos juntos. Emily coge un montón de ropa de un cesto y desaparece en el baño. Oigo correr el agua, y sé que está limpiando su maquillaje y lavándose la cara. Cuando vuelve a entrar en la habitación, Emily lleva leggins y una sudadera, su cara está limpia, y su cabello rubio dorado está recogido en un moño con una pinza de carey en la parte posterior de su cabeza.

Yo me he cambiado a un pantalón de algodón para estar cómodo, pero no me he puesto camisa, y los ojos de Emily recorren sutilmente mi cuerpo. Al menos sé que aprecia una cosa sobre nuestro matrimonio.

Cojo un plato de galletas que traje de la recepción y me reúno con Emily en el salón. Se ha hecho un sitio en el sofá desordenado, pero no puede estar cómoda.

—Quizá este no sea el mejor lugar para hablar —digo.

—¿Qué? —pregunta—. Es perfecto. Tú puedes sentarte sobre ese sillón de ahí.

—Por muy tentador que parezca, creo que podríamos estirarnos más si hablamos en el dormitorio. —Me mira con recelo, y hago mi mejor esfuerzo por mantener una expresión lo más neutral posible —. Me sentaré en la silla —ofrezco.

Se levanta y me sigue al dormitorio. Dejo el plato de galletas en la mesita junto a la cama mientras Emily se recuesta contra el cabecero acolchado. Coge una galleta de la parte superior de la pila y me mira expectante. Me tomo mi tiempo examinando las galletas, contando pepitas de chocolate, evaluando la regularidad de su forma. Por el rabillo del ojo, veo que Emily se pone cada vez más nerviosa. La paciencia no es uno de sus puntos fuertes.

—¡Coge una galleta de una vez! —espeta.

Intento contener la risa mientras selecciono una galleta y le doy un mordisco.

—Están deliciosas —digo.

—Le pediré la receta a mi madre —dice.

—¡Wow! —digo—. ¿Vas a quedarte en casa y hornear galletas para mí?

—No tientes a la suerte —dice—. Cuéntame sobre la señora Williamson. Con toda esta expectación, más vale que sea bueno. Del tipo misterio de asesinato, aventura sórdida o algo así.

—Pensé que me costaría más convencer a la señora Williamson para que me revelase sobre lo que sabía, pero resultó que no tuvo ningún problema en soltar *todo*. Según ella, su abuelo solía contar historias sobre el señor Berg. No lo decía explícitamente, pero se entendía perfectamente que no eran cosas de las que se debiera hablar fuera de casa porque tenían que ver con otras personas que no estaban para defenderse.

—¿Defenderse? —pregunta—. ¿Qué significa eso?

—Exactamente la misma pregunta que hice yo. Según la historia que el abuelo de la señora Williamson le contó, la cancelación del baile no fue la razón principal por la que el señor Berg dejó Sunborn

View y no regresó. Se rumorea que nuestro querido Bergie tenía una novia. Desafortunadamente, sus familias no aprobaban la relación.

—¿Por qué no? —pregunta Emily.

—Digamos que venían de lados opuestos del confesionario —le digo—. Salieron juntos durante todo el instituto y esperaban que sus padres aceptaran su relación cuando vieran cuánto tiempo llevaban juntos y lo enamorados que estaban.

—Déjame adivinar, no funcionó.

—Exacto —confirmo—. El señor Berg fue a ver al padre de ella para pedirle permiso para proponerle matrimonio. Quería casarse con ella, y con la guerra avanzando y más gente enviada al extranjero, no tenían tiempo que perder. Fue a su casa con la esperanza de que su padre viera lo en serio que iba con ella y le diera su bendición. Según el abuelo Williamson, ni siquiera llegó a subir al porche. El padre de su chica se había enterado de la inminente conversación y decidió atajarlo. Lo encontró en la acera, y antes de que el señor Berg pudiera empezar a decir algo, le dijo sin rodeos que no habría ni bendición ni boda. El señor Berg discutió, pero no hubo forma de hacerlo cambiar de opinión. Para el padre, la conversación había terminado.

—De alguna manera, no creo que vayas a terminar esta historia con... y eso es lo que ocurrió, y estaba tan frustrado que se marchó del pueblo.

—Tienes razón —digo—. Ojalá hubiera sido tan simple. Por desgracia, no lo fue. Como puedes imaginar, no estaban muy contentos con la decisión de su padre. Pensaban que estaba siendo completamente injusto y decidieron que no iban a escucharlo. Ambos estaban a punto de cumplir dieciocho años, y sabían que él ya no tendría ningún control sobre ellos. Decidieron usar el baile de graduación como su tapadera. Faltaban unos meses, pero para entonces ambos habrían cumplido los dieciocho y podrían dejar la escuela y Sunborn View, y nadie podría decir nada al respecto. Su plan era asistir al baile por separado y encontrarse allí. Desde allí, se

marcharían y se casarían. Dorothy, su novia, se apuntó para formar parte del comité de planificación del baile. Eso le daría la oportunidad de estar en la escuela colocando decoraciones, lo que significaba que podría comenzar a esconder las cosas que querían llevarse. Lo tenían todo planeado.

—Y entonces la escuela se incendió —dice ella.

Asiento.

—Se suponía que Dorothy estaría decorando la escuela el día del incendio. El señor Berg no supo de ella en todo el día, y cuando llegó a la escuela, los bomberos no le dejaron acercarse más. Buscó a Dorothy, pero no pudo encontrarla. Preguntó a todos los que habían estado en la escuela dónde estaba y si había salido, pero nadie lo sabía. Trató de decirles a los hombres que luchaban contra las llamas que podía haber alguien dentro, pero no lo escucharon.

—¿Qué le pasó a Dorothy? —pregunta Emily.

—Ahí es donde las cosas se ponen interesantes —digo—. Según el abuelo Williamson, nadie lo sabe. Nadie más había sabido de ella ese día tampoco. Unas pocas personas dijeron que creían haberla visto por la escuela, pero nadie pudo demostrar que estuvo allí. Nadie volvió a verla nunca.

Veo cómo el color desaparece del rostro de Emily.

—¿Nadie la volvió a ver? —pregunta—. ¿Simplemente... desapareció?

—Algunas personas dijeron que estaba en la escuela ese día y murió. Pero nunca encontraron su cuerpo. Algunos comenzaron a susurrar que su cuerpo había sido sacado de entre los escombros. Algunos incluso sugirieron que el incendio había sido provocado intencionadamente por alguien que sabía que ella iba a quedar atrapada dentro.

—Acusaron al dulce señor Berg —dice Emily.

—Algunos lo hicieron. Algunos incluso sugirieron que la había secuestrado y la mantenía cautiva en algún lugar donde su padre no

pudiera encontrarla. Otros dijeron que quizás Dorothy provocó el incendio ella misma para poder escapar.

—¿Qué quieres decir con escapar?

—Al parecer sus padres no eran los únicos que no aceptaban la idea de que estuvieran juntos. Algunas personas creían que ella no quería estar con el Sr. Berg, y que él la controlaba o la obligaba a estar con él. No podían creer que ella realmente quisiera casarse con él. Otro joven desapareció por la misma época. Sus padres afirmaban saber dónde estaba, pero nunca dieron detalles a nadie. El rumor empezó a extenderse, y pronto buena parte del pueblo creía que Dorothy se había fugado con él, y que habían decidido escaparse juntos, pero no querían enfrentarse a las represalias.

—¿Así que pensaban que ella quemó una escuela para escapar sin que nadie lo supiera? ¿Cómo podían pensar que eso era más fácil que romper su relación con el Sr. Berg?

—Las cosas eran diferentes entonces —digo—. Tu reputación y lo que la gente pensaba de las decisiones que tomabas en tu vida eran muy importantes. Si Dorothy ya no quería estar con el Sr. Berg, y se había enamorado de alguien mayor e inadecuado para ella, no querría ser avergonzada. Sería más fácil desaparecer y comenzar una nueva vida en otro lugar que enfrentarse al juicio de los demás. Especialmente si eran tan amables entre ellos como algunos dicen que eran. Era un mundo completamente diferente en aquella época. No podías rastrear a alguien con Internet, o con las imágenes de cámaras de seguridad colocadas cada cinco metros. Una persona que no quería ser encontrada, podía escabullirse y empezar de nuevo.

—Vaya —dice Emily—. Me has entregado un posible cadáver *y* un tórrido romance. Estoy impresionada.

—¿Verdad? —digo—. Y aún no he terminado. El Sr. Berg nunca creyó que Dorothy lo había abandonado. Decía que la conocía demasiado bien y que, por encima de todo, eran honestos el uno con el otro. Si ella hubiera dejado de amarlo, se lo habría dicho. Él le

dio todas las oportunidades para elegir el camino más fácil. Ella provenía de una familia muy acomodada y no le faltaban hombres que habrían estado felices de aparecer y casarse con ella justo después de la graduación. Habría tenido una vida mucho más fácil si hubiera decidido terminar su relación y respetar lo que su padre había decidido. Pero no lo hizo. Fue ella quien tuvo la idea de marcharse durante el baile. Fue ella quien se apuntó al comité de decoración.

—Así que el Sr. Berg nunca aceptó lo que pasó ni perdió la esperanza —dice Emily.

—Nunca creyó que ella le haría daño de esa manera. Estaba decidido a descubrir qué le había pasado. Pero entonces, como tantos otros hombres en Sunborn View en esa época, Bergie fue llamado afilas.

—¿Qué pasó después? —pregunta Emily.

—No lo sé —digo—. Eso era todo lo que sabía la Sra. Williamson. Él se fue a la guerra y nunca regresó. Por supuesto, hubo más rumores y especulaciones. Algunas personas todavía creen que él tuvo algo que ver con su desaparición.

—¿Qué dijeron sus padres al respecto? ¿También creían que el Sr. Berg tenía algo que ver?

—Fueron sospechosamente evasivos sobre toda la situación, según la Sra. Williamson. Su abuelo le contó que nunca dijeron realmente lo que pensaban que había sucedido. Hubo muchas insinuaciones, por supuesto. Pero, aunque uno pensaría que inmediatamente lo acusarían de juego sucio, prácticamente lo dejaron en paz cuando Dorothy desapareció. Supuestamente, estaban mucho más interesados en la idea de que algo le había ocurrido en la escuela. Y escucha esto, ¿recuerdas que te dije que el recinto de la escuela original está en terreno privado, y que la familia que lo posee no quería que nadie tuviera acceso?

—Sí —dice Emily.

—Adivina quiénes son los propietarios.

Sus ojos se abren como platos.

—Los padres de Dorothy —dice.

—Técnicamente, sus abuelos. Eran dueños del terreno donde se había construido la escuela, y recuperaron los derechos sobre él después del incendio. Sus abuelos eran bastante huraños y no tenían mucho contacto con nadie más, pero sus padres eran figuras mucho más prominentes en la comunidad.

—Pero eso significa que fueron ellos quienes no permitieron que la policía realizara una investigación completa —dice Emily—. ¿Cómo puede ser? Si pensaban que algo le había pasado a su hija en la escuela, ¿por qué evitarían una investigación? Y si existía alguna posibilidad de que alguien hubiera resultado herido en el incendio, mucho menos asesinado, la policía no debería tener que pedir permiso al propietario del terreno para investigar el lugar.

—Eso sería lo lógico —digo—. Pero de nuevo, las cosas eran diferentes en esa época. Sunborn View era aún más pequeño de lo que es ahora, y las lealtades eran profundas. Aunque los padres y abuelos de Dorothy estaban distanciados del resto de la isla, su padre tenía suficiente influencia como para convencer a la policía de que renunciara a una investigación. Acordaron permitir que su padre registrara la zona con un oficial acompañándolo, y que esos hallazgos se consideraran oficiales. Supuestamente, no encontraron ningún rastro de Dorothy, y eso fue todo.

Emily parece aturdida.

—No puedo creer que nunca haya oído nada de esto antes. ¿Cómo es posible? Sé de qué color eran las cintas en la enagua de la esposa del fundador de Sunborn View el día de la inauguración. Amarillo, por cierto, por si te lo preguntabas. Pero, por alguna razón, ¿*esto* no se transmite de generación en generación?

—Creo que tiene que ver con la forma en que las generaciones mayores todavía piensan sobre esa época. Fue muy duro para todos, y es mucho más fácil simplemente romantizar y endulzar todo lo posible. Para muchos de ellos, y las personas a su alrededor, era una

falta de respeto difundir una historia así sobre un hombre que sirvió tan valientemente como lo hizo. Aunque probablemente se alegraron de que Bergie se fuera del pueblo, su forma de mostrar respeto fue dejar que la historia muriera. No tenía sentido hablar de una persona que ya no estaba.

Emily se remueve incómoda. La galleta que cogió solo tiene un bocado.

—Odio pensar que alguien de Sunborn View pudiera ser así —dice.

—Hay personas menos fantásticas en todas partes, Emily. Pero afortunadamente, los tiempos han cambiado. Cosas como esa ya no suceden aquí.

—Pero eso no significa que debamos olvidar que ocurrieron.

—Tienes razón —digo—. Por eso este baile ya no es solo para el Sr. Schroeder.

—¿Vas a invitar al Sr. Berg? —pregunta Emily.

Doy otro mordisco a mi galleta.

—Voy a invitar a Dorothy.

****

Emily

No es posible que haya oído bien a Adam. Espero a que elabore más, pero no lo hace.

—¿Dorothy? —pregunto—. ¿Vas a invitar a Dorothy?

—Sí —dice—. Le dije a la Sra. Hannigan que estaba organizando este baile para honrar a toda la clase y todo lo que habían pasado, y ella es parte de eso.

—¿Cómo vas a hacer eso? Nadie sabe qué pasó con Dorothy. Nadie ha sabido de ella en décadas.

—Nadie ha tenido la capacidad de buscarla, tampoco. Hasta ahora. Tengo muchos recursos a mi disposición, Emily. Si Dorothy

está ahí fuera, esperando a ser encontrada, voy a encontrarla. ¿No lo ves? Esta es la respuesta a todas las preguntas que teníamos sobre el Sr. Berg. Todos los elementos de su lista de deseos, todo lo que quería hacer, nos lleva a Dorothy. No creo que él se haya rendido. Creo que ha llevado a Dorothy con él todo este tiempo, y nunca perdió la esperanza de descubrir qué le pasó. Pero ahora que se ha hecho mayor, sus posibilidades son cada vez más escasas. Por eso quería oficiar una boda. No tuvo la oportunidad de vivir su vida con Dorothy, pero quería ayudar a otra pareja a hacer lo que él no pudo.

—Pero no sabes casi nada de ella —digo—. Ni siquiera sabíamos que el Sr. Berg tuviera algo que ver con Sunborn View hasta hace unos días. Incluso la Sra. Williamson tuvo que tener una reunión clandestina para contarte lo que había oído de su abuelo. La gente no va a hablar de ello.

—Puede que la gente de por aquí no hable de ello —dice Adam—. Pero el Sr. Berg podría hacerlo.

—¿Vas a preguntarle sobre la época más oscura de su vida?

—Tal vez esté listo para hablar ahora —dice Adam—. Quizás finalmente lo ha asimilado. No voy a decirle por qué quiero saberlo. Solo le haré algunas preguntas sencillas y dejaré que me cuente lo que quiera. Continuaré a partir de ahí.

Puedo ver la determinación en los ojos de Adam, y hace que mi corazón tiemble. Era tan egoísta y arrogante cuando regresó aquí al principio, y de repente, se ha abierto a este hombre que solo era un cliente, pero con quien se ha encariñado tanto. Me atrae aún más hacia él, pero lo siguiente que dice me devuelve a la realidad.

—Lo llamaré cuando regrese a la oficina.

—¿De vuelta a la oficina?

—Sí —dice—. Tengo que volver al trabajo pasado mañana. Mi agenda está completamente llena, pero moveré cosas para hablar con él cuando tenga tiempo.

—Eso es lo que dijiste —le digo.

—¿Cuándo? —pregunta Adam.

—En Nochevieja —le digo—. Acabo de recordarlo. Cuando estábamos en el bar, hablamos sobre qué sería lo próximo para nosotros, y dijiste que tenías que volver al trabajo. Fue como el día que me dijiste que volvías a la universidad. Dijiste que volvías a la oficina, y que esperabas que tuviera una buena primera semana de vuelta al trabajo.

Su rostro decae ligeramente, y me pregunto si está recordando el mismo momento. De repente, el misterio de lo que nos llevó a Samuel y a la *Pequeña Capilla Rosa del Amor* ya no es un misterio. Nos habíamos encontrado de nuevo en el mismo momento de hace diez años, y en lugar de verlo alejarse de mí, me negué a dejar que sucediera. Le había dicho a Adam que nada pasaría entre nosotros hasta que yo dijera que sí.

Al parecer, dije que sí.

—Volveré al menos cada dos fines de semana —dice—. Y estaremos en contacto todo el tiempo.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Está bien —digo—. Tienes que trabajar. Ya has estado bastante tiempo alejado de la oficina. Estoy segura de que tus clientes se están impacientando. Solo quiero asegurarme de que no perdemos impulso con la planificación del baile. Sé que parece que está lejos, pero en realidad va a llegar más rápido de lo que piensas.

—Lo sé —dice Adam—. Lo conseguiremos. Confío en ti.

Asiento, colocando mi galleta a medio comer de vuelta en el plato.

—Voy a buscar en la sala de estar para intentar encontrar mis planes de clase. Necesito finalizarlos antes del primer día de vuelta.

Puedo sentir los ojos de Adam sobre mí mientras me levanto de la cama y salgo de la habitación. De repente me siento sin aliento, y mis ojos pican con lágrimas contenidas. No quiero pensar en las

emociones que me invaden. Tal vez si no las reconozco, desaparecerán.

****

Dos semanas después...

Agradezco lo ocupadas que son estas primeras dos semanas de vuelta al colegio. Me ayuda a distraerme de lo mucho que echo de menos a Adam. No quiero echarle de menos. Quiero pensar que mi nueva vida en Sunborn View está bien sin él. Vine aquí creyendo que era mi oportunidad para pulsar el botón de reinicio y recuperar mi vida, y no tener que preocuparme por nadie más. En el fondo de mi mente sé que no es lo que ocurrió. Para nada. Adam está en mis pensamientos cuando abro los ojos cada mañana. A medida que voy organizando mis pertenencias e intento acomodarlas en la casa, no puedo evitar pensar en cómo nuestras vidas están entrelazadas. A veces, miro las paredes vacías y visualizo fotos nuestras enmarcadas y colgadas para que los invitados las vean.

Cuando esos pensamientos no deseados pasan por mi mente, intento distraerme con otra cosa. El frío del invierno sigue en el aire, y lo estará durante varias semanas más, pero puedo sentir la inquietud ansiosa de la primavera a mi alrededor. Tal como le dije a Adam, el baile de graduación parece lejano, pero sé que no podemos perder el ritmo si queremos tenerlo todo listo a tiempo. Es hora de finalizar todo y concretar los detalles. Mantener el secreto se ha vuelto cada vez más difícil con el paso del tiempo. A cada proveedor que contactamos tenemos que hacerle jurar confidencialidad, y cada vez que hablo con otros profesores sobre el final del curso, me encuentro diciendo alguna mentira rebuscada para frenarme antes de revelar la sorpresa.

La señora Hannigan dice que involucraremos a los otros profesores unas semanas antes del evento, pero por ahora, le gustaría que todo siga siendo un secreto. Se ha resistido a hablar mucho con nosotros sobre nuestros planes, e incluso me hace señas para que me aleje cuando intento obtener su opinión. Siempre dice que sabe que haremos de este evento algo que todos atesorarán y

recordarán durante años. Quiere que sea tanto una sorpresa para ella como lo es para el señor Schroeder y el resto de su clase.

Sin presión.

Con los ensayos del musical de primavera en el horizonte, y los alumnos de último año acudiendo a mí histéricos porque no se sienten preparados para sus audiciones, a veces siento que no tengo ni un momento para respirar durante el día. No importa lo ocupada que esté, no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo Adam. Tiene planes que no me ha contado, y cada vez que le pregunto si está haciendo algún progreso, me dice que está trabajando en ello. Intento no sentirme excluida, pero cuanto más tiempo pasa en la oficina, más grande parece la brecha entre nosotros.

Esta noche, estoy tan cansada después de un día particularmente cargado de emociones que casi no me doy cuenta del coche aparcado en la entrada cuando llego frente a la casa. Gran parte de eso es probablemente porque, por cuarta vez en la última semana, me detuve frente a mi antigua casa sin pensar. Al menos esta vez me di cuenta antes de llegar al porche y empezar a gritar al pomo de la puerta porque mi llave no entra. Mientras me doy cuenta de mi error y me dirijo hacia la otra casa, veo su coche negro, y mi corazón da un vuelco.

Adam está en casa.

Me recibe en el salón tan pronto como cruzo la puerta, y la combinación de verle y finalmente poder quitarme los zapatos arranca un suspiro de mis labios.

—¿Día largo? —pregunta.

—Un par de semanas largas —respondo.

Incluso mientras lo digo, no sé si es por lo ocupada que he estado o porque no le he visto. Decido no elaborar más.

—Bueno, entonces ¿por qué no vas a cambiarte a algo menos escolar, y tendré la cena esperándote?

—¿Cena?

—No te preocupes, no intenté usar la olla a presión otra vez. Compré comida tailandesa de camino a casa. La calentaré.

Otro suspiro.

—Eso suena maravilloso.

Dejo mi bolso en el salón ahora mucho menos desordenado y me dirijo al dormitorio, donde me esperan los pantalones de chándal.

Capítulo Diecisiete

Adam

Emily echa la cabeza hacia atrás, riendo. Está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, con un bol de fideos con sésamo en su regazo y palillos en la mano. Su coleta rebota cuando vuelve a incorporarse.

Joder, me encanta esa risa y cómo me hace sentir.

—Eso es increíble —dice—. No puedo creer que no aceptara la oferta de la profesora de hacer un solo.

Niego con la cabeza.

—No —digo—. Insistió en actuar con su clase.

—¡Pero todos tenían tres años! —exclama Emily.

—Lo sé —digo—. ¿Sabes lo difícil que fue para la directora artística del estudio encontrar un tutú con lentejuelas lo suficientemente grande para ella?

Emily vuelve a reír.

—Supongo que hay que respetarla por ser auténtica —dice—. Cuando dijo que se había perdido las clases de ballet cuando era pequeña y quería compensarlo, lo decía en serio.

—Completamente —asiento—. Compensó con la actuación en el recital con su clase. Lo mejor de todo es que ni una sola persona del público se burló de ella. Nadie se rio ni la juzgó. No escuché ni un solo comentario desagradable.

—Me alegra oír eso —responde—. Parece que se lo tomó con mucha deportividad. Hace falta mucho valor para subirse a un escenario con trece niños pequeños y hacer una actuación de ballet para principiantes solo porque nunca lo hiciste cuando tú tenías tres años. No creo que yo tuviera el valor de hacer algo así.

—Estoy seguro de que lo tendrías —digo—. Te menosprecias demasiado, Emily. Te he visto lanzarte a cosas que probablemente nunca pensaste que ibas a hacer, y ser fantástica en ellas.

Emily se encoge de hombros, mirando su bol tailandés y removiendo los fideos fríos con los palillos.

—Incluso así, no creo que pudiera hacer algo por el estilo. No tengo lo que hace falta para hacer algo tan vulnerable.

—¿Crees que eso es vulnerable? Tengo la sensación de que ella preferiría estar en un escenario con un tutú rosa brillante junto a un montón de niños pequeños que pasar por algunas de las mierdas por las que tú has pasado. No te menosprecies, Emily. Vales mucho más de lo que crees. Y haces conos de helado mejor que cualquier persona que haya conocido.

Ella sonríe.

—Es una habilidad que estoy considerando añadir a mi currículum —dice.

Comemos durante unos segundos más antes de que vuelva a mirarme a los ojos.

—¿Y tú?

Niego con la cabeza.

—No sé hacer conos de helado —digo.

—Sabes que no me refería a eso.

—¿Qué hay de mí?

—¿Hay algo que no hayas hecho todavía y que desearías haber hecho?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no se me ocurre nada —digo.

—Vamos —dice—. Tú eres quien me dijo que todo el mundo tiene una lista de deseos. ¿Qué hay en la tuya?

—Desearía saber lo que es no crecer en la familia más observada de la comunidad —digo.

Emily me dirige una expresión agria.

—Oh, sí, crecer con todo el dinero del mundo y todas las oportunidades que pueden existir debió de ser horrible.

—No estoy diciendo que lo fuera —digo—. Sé que he tenido muchos privilegios. No voy a fingir que tuve que luchar o sufrir, pero eso no significa que necesariamente me encantara formar parte de la famosa familia Conway. Puede que no sea exactamente un punto de mi lista de deseos, porque no es posible, pero creo que sería eso.

—¿Por qué?

—Cuando estás en una familia como la mía, siempre hay alguien observándote y evaluando todo lo que haces. Incluso si dicen que no lo hacen, sabes que lo hacen. Tienes todas estas expectativas pesando sobre ti. Hay un extraño sentido de propiedad, como si fuéramos los representantes de Sunborn View, y por eso, se nos exige un nivel más alto que a cualquier otra persona.

—Todo el mundo siempre te ha querido, Adam. La gente adoraba el suelo que pisabas cuando estábamos en el instituto, y parece que no han dejado de hacerlo.

—Por mucho que me admiraran y me elogiaran por todo lo que hacía bien, había tantos otros que secretamente esperaban que fracasara. Es la naturaleza humana. Todo el mundo se compara con las personas que le rodean. Es así como te empujas a ti mismo a ser mejor. Te comparas con las personas que te rodean y te ajustas en consecuencia para asegurarte de que eres mejor. Si no puedes ser mejor, una parte de tu cerebro siempre esperará que el otro fracase.

—Esa es una visión del mundo bastante amarga —dice Emily.

—Es ser realista —digo—. No estoy amargado por ello. ¿Por qué debería estarlo? No es como si yo nunca lo hubiera hecho con otras personas también. Forma parte del ser humano.

—¿Realmente crees que querían que fracasaras? ¿No puedes creer que la gente de verdad quisiera que te fuera bien y que estuvieran contentos por ti?

—Por supuesto que lo estaban. Y no me lo tomo como algo personal. Pensaban lo mismo de todos mis hermanos. De mi padre. Es así como es. No quieren que yo fracase. Bueno, algunos quizás. La mayoría de ellos solo quieren ver que soy humano. Hubo momentos en los que solo quería hacer algo completamente absurdo para descolocar a todos. Hacer algo completamente ridículo e inesperado.

—Creo que lo hiciste —dice Emily.

Niego con la cabeza.

—La gente siempre esperaba que me casara —digo.

—No estaba hablando de eso, pero gracias por hacerme sentir como tu rebeldía adolescente que llega con una década de retraso.

Me río.

—No es lo que quería decir. Lo siento.

Ella se encoge de hombros.

—Créeme —dice Emily—, a la gente le gusta cuando fracasas, aunque no formes parte del famoso clan Conway. Pero supongo que entiendo lo que dices. Hay algo agradable en sentirse anónimo. Incluso en un lugar como Sunborn View, donde todos conocen a todos, yo todavía podía seguir con mi vida. Las expectativas sobre mí siempre fueron bastante bajas. Eso me enfadaba cuando era más joven, pero en retrospectiva, quizás no fue tan malo. Al menos la gente no estaba encima de mí, y podía sorprenderles de manera positiva. No estoy segura de haberlo hecho en realidad, pero tenía la oportunidad.

Me río.

—Creo que sorprendiste a la gente —digo—. Definitivamente me sorprendiste a mí.

—¿Cómo? —pregunta.

Extiendo la mano para limpiar una gota de salsa de su labio inferior.

—De muchas maneras —digo suavemente.

Emily aparta la mirada, y dejo caer mi mano.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto—. ¿Qué cosas hay en tu lista de deseos?

Mira hacia arriba como si estuviera pensando.

—Cosas aburridas, en realidad —dice—. Quiero escalar una montaña. Correr un maratón. Ver el primer amanecer del mundo en el Día de Año Nuevo.

—¿De verdad quieres escalar una montaña o correr un maratón? —pregunto.

Ella niega con la cabeza inmediatamente.

—No. Pero suenan como buenas cosas para completar tu vida.

—Supongo que nunca lo pensé realmente. Las cosas que quería en la vida siempre fueron más prácticas. Eran las metas que tenía, y las perseguía. Y las conseguí —señalo—. En serio, ¿qué más?

Emily parece avergonzada.

—Está bien. Hay una cosa. Pero me parece tonto incluso decirlo.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—Vas a pensar que es ridículo.

—¿Qué es? Vamos. Dímelo.

—Nunca fui al baile de graduación.

Me río, y Emily me lanza un fideo. Intento esquivar la hebra con sabor a sésamo que vuela, pero al final se pega a mi mejilla. Niego con la cabeza mientras me lo quito.

—¿En serio? —pregunto.

—Sí —dice Emily—. En serio.

—Está bien, lo siento. No pretendía reírme de ti.

—Sí lo pretendías, pero te perdono.

—¿De verdad no fuiste al baile de graduación? —pregunto.

—No —dice—. Y lo lamento. Es por eso que entiendo perfectamente el dolor que el señor Schroeder sigue cargando por no haber podido ir al suyo, y por qué significaría tanto para él tener esa oportunidad de nuevo.

—¿Por qué no fuiste?

Emily suspira.

—Por varias razones —dice—. Empezó con el chico que me pidió que fuera con él. Mi novio de entonces y yo estábamos en medio de una de nuestras famosas rupturas, así que no tenía pareja. Este chico estaba en una de mis clases, y habíamos estado mirándonos con coqueteo durante un tiempo. Me pidió que fuera, y estaba emocionada hasta que me di cuenta de que en realidad no me estaba pidiendo que fuera con él como su pareja, sino como parte de un grupo. Fue muy vergonzoso cuando me di cuenta, pero logré disimular como si no fuera gran cosa. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, menos entusiasmada estaba. ¿Recuerdas el vestido que llevé como la Virgen Frambuesa para el baile de Halloween? ¿Sí? Ese era *supuestamente* mi vestido para el baile de graduación. Lo había comprado en una tienda de segunda mano y lo había metido a escondidas en mi armario para que mi madre no lo viera y me prohibiera usarlo. Luego, cuando surgió la posibilidad de ir, lo miré de nuevo y supe que sencillamente no era una opción. No me quedaba bien. Parecía anticuado. Eso inició una cascada de problemas. Mi familia no podía permitirse el gasto de un vestido decente, arreglarme el pelo y las uñas, o pagar la cena en el caro restaurante que el grupo había decidido. Así que decidí no ir. Pero, fui a una fiesta después del baile. De hecho, fue en el hotel en el que me alojé cuando venía a mudarme aquí.

—¿Cómo fue? —pregunto.

—Probablemente podrías añadirlo directamente a la lista de cosas que he hecho pero que desearía no haber hecho —dice con una risa —. Fue un desastre total.

Puedo ver cuánto le molesta el recuerdo, pero Emily intenta hacer avanzar la conversación.

—Tal vez podría reconsiderar lo de escalar una montaña. Eso podría no estar tan mal. Quiero decir, no voy a ir directamente al Kilimanjaro o al Everest, ni nada de eso. Ahí es donde van a morir los sueños y las personas mal preparadas. Pero si pudiera encontrar una montaña un poco más pequeña, quizás una con un bonito sendero para caminar, podría considerar convertir eso en un punto real de mi lista de deseos.

—Así que lo que realmente quieres es ir de excursión.

—No. Quiero algo con cierta inclinación. Algo montañoso.

—Tal vez Space Mountain podría averiarse mientras estás en él y tendrías que ser evacuada por las escaleras de emergencia.

—Creo que podría funcionar con eso.

Emily parece relajarse mientras enumera algunas cosas más que le gustaría hacer. Son bastante predecibles, pero cuanto más habla, más aventureras se vuelven las ideas. Para cuando llega a querer ir de safari y dormir en una tienda de campaña, siempre que tenga muy buena mosquitera, sé que está empezando a sentir el espíritu. Dejo mi plato vacío y me acerco a ella en el sofá.

—Son muy buenas ideas —le digo.

—Son bastante aburridas —dice.

Niego con la cabeza.

—Empieza por lo pequeño y ve avanzando. Da la casualidad de que conozco a algunas personas que pueden ayudarte con esas cosas. Y con cualquier otra cosa que te interese.

—¿Ah, sí? —pregunta.

Asiento, inclinándome más cerca de ella.

—Ajá. Y puedo hacerte el descuento de esposa.

Emily inclina su cabeza hacia mí, y acepto su invitación. Mi boca se posa sobre la suya, y siento que sus labios se separan para recibir mi lengua. Mi hambre por ella arde en mi vientre después de tanto tiempo alejados, y no deseo nada más que devorarla aquí mismo en el sofá, pero me obligo a ir más despacio. Quiero experimentar cada parte de ella.

Agarro la parte inferior de su camiseta y se la quito. La dejo caer a un lado, rozo con mis labios un lado de su cuello y luego el otro. Mis manos encuentran la cintura de sus pantalones, y los bajo suavemente por sus caderas. Me mantengo intensamente consciente de ella, pero no duda. Una vez que su hermoso cuerpo desnudo queda descubierto, me alejo del sofá y me apresuro a ir al baño a buscar un condón, luego regreso a la sala. Emily se ha soltado el pelo, y extiendo la mano para pasar mis dedos por sus suaves mechones. Me bajo de rodillas en el suelo frente a ella y comienzo a explorar su cuerpo con mi boca.

Puedo sentir a Emily temblando bajo mi tacto. Todo lo demás desaparece mientras venero cada centímetro de ella. No sé cuánto tiempo ha pasado, y no me importa.

Para cuando he terminado de recorrer cada una de sus curvas con mi lengua y mis labios, está sin aliento y sus ojos brillan intensamente con deseo. Beso sus labios y succiono el inferior con mi boca. Me siento a su lado, me pongo el condón y luego la busco. Tomo a Emily en mis brazos, la levanto y la coloco en mi regazo. Sus piernas descansan a ambos lados de mis caderas, y la sostengo suavemente por un momento y posiciono la punta de mi erección en su húmeda entrada. Ella jadea cuando me introduzco en ella, y se relaja cuando levanto mis caderas para hundirme más profundamente. Sus pechos suben y bajan contra mi pecho con cada respiración, y cuando se arquea hacia atrás, me inclino para atrapar uno de los montículos con mi boca. Mientras succiono su pecho, presiono mi mano contra su culo para ayudar a guiar el balanceo y el vaivén de sus caderas contra las mías.

El movimiento me mantiene profundamente dentro de ella, y Emily capta el ritmo rápidamente y toma el control del movimiento. Ambos estamos en silencio. No hay nada que necesitemos decirnos en este momento. No existe nada más que nosotros y el dichoso y complaciente espacio que hemos creado juntos. Miro hacia arriba y la encuentro mirándome. El contacto visual hace que las sensaciones que recorren mi cuerpo sean aún más intensas, y puedo sentir la presión enroscándose en mi vientre mientras mi orgasmo se precipita. Emily comienza a gritar con pequeños jadeos agudos en respuesta a cada embestida, frotando sus caderas hacia adelante contra mi hueso pélvico. De repente, la presión dentro de mí se sale de control, y me siento cayendo en el olvido.

El dulce cuerpo de Emily se desploma sobre mí, y la presiono con más fuerza contra mi regazo para mantener tanto contacto entre nosotros como puedo. Ella esconde su cabeza en la curva de mi hombro y cuello, mientras besa mi piel y toma bocanadas de aire al ritmo de sus caderas, que se mueven en círculos cerrados contra mí, buscando hasta la última gota de placer que puede. En un movimiento, me levanto y sujeto a Emily para que sus piernas se envuelvan fuertemente alrededor de mi cintura. Me mantengo dentro de ella mientras la llevo hacia el dormitorio. No me molesto en pasar por el baño de camino. Ya he dejado una nueva caja de condones en la mesita de noche.

Capítulo Dieciocho

Adam

A la mañana siguiente...

Casi nunca duermo hasta tarde, pero mi cuerpo está completamente agotado después de lo de anoche, y para cuando finalmente abro los ojos, el sol ya está alto en el cielo. El olor a café, canela y beicon me atrae fuera de la cama hasta la cocina, y me detengo a observar a Emily de pie frente a la cocina, cocinando vestida solo con una de mis camisetas y un par de zapatillas azules peludas. Sé que debe de tener las piernas frías, pero agradezco poder vislumbrar su trasero desnudo asomando bajo el dobladillo.

—Buenos días —digo, acercándome para rodear su cintura con mis brazos y besar la curva de su cuello.

Emily ronronea feliz y se acurruca contra mí, luego señala la sartén.

—Tortitas de canela —dice—. Receta de mi madre. Puede que aún no me haya enseñado la de las galletas con trozos de chocolate, pero conseguí sacarle esta. Solía hacerlas cada Navidad.

—No los hiciste estas Navidades —digo, extendiendo la mano para mojar mis dedos en la mezcla pegajosa de canela y azúcar de la parte superior de las tortitas.

Ella me da un golpecito juguetón en la mano.

—Está caliente —dice—. No querrás tener azúcar caliente pegada en los dedos.

Le mordisqueo el hombro.

—Tal vez sí quiera —gruño.

Emily se ríe y se escabulle de mis brazos.

—He dicho que *solía* hacerlas todas las Navidades —dice—. Hace algunos años que no las preparo.

—¿Por qué no? —pregunto—. Huelen increíble.

—Son increíbles —dice con un movimiento descarado de hombros —. Pero hace años que no los hago. No sé por qué, pero cuando me desperté esta mañana, tenía un antojo tremendo de una bandeja de tortitas de canela calientes.

La hago girar y lleno mis manos con su trasero, atrayéndola con fuerza contra mí.

—Yo tengo antojo de ti —digo.

Me besa y luego moja su dedo en un recipiente que está junto a la rejilla de enfriamiento. Camina hacia el otro lado de la cocina y se coloca detrás de una tabla de planchar que no he usado desde que compré esta casa. Aunque Emily se ve tan adorable ahí de pie que, con gusto arrugaría mis camisas unas cuantas veces al día solo para poder observarla.

—¿Podrías sacar el beicon de la sartén? —pregunta—. Debería estar listo. No quiero que se queme. Voy a terminar esto y luego prepararé unos huevos.

Saco el beicon de la sartén y luego me vuelvo para verla extender con cuidado una de mis camisas sobre la tabla de planchar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Planchando tu camisa —dice—. Necesitaba un poco de atención.

Me río.

—Eres adorable. Pero no necesitas esforzarte tanto. No es como si fueras mi esposa de verdad.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, desearía poder atraparlas en el aire y volver a tragarlas. La cara de Emily palidece, y luego un rubor le inunda el cuello y el pecho. Deja a un lado la camisa en la que está trabajando y recoloca la plancha en su sitio en la tabla.

—Emily —digo mientras me acerco a ella, que ya ha salido de detrás de la tabla—. Lo siento.

Ella niega con la cabeza.

—Está bien —dice—. Después de todo, tienes razón. Acabo de recordar que se supone que hoy voy de compras con mi madre. Se me había olvidado por completo. Tengo que darme prisa si quiero llegar a tiempo a su casa. Seguro que sabes cómo prepararte un par de huevos revueltos. Disfruta de tu desayuno.

—Emily —digo, tratando de seguirla, pero ella acelera cuando llega al pasillo y cierra la puerta del dormitorio antes de que pueda llegar.

Espero fuera de la puerta hasta que la abre de nuevo, pero pasa junto a mí sin reconocer que estoy ahí parado.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera —dice.

—Emily, escúchame solo un minuto.

—No tengo un minuto, Adam. De verdad tengo que ir a casa de mi madre. Tiene todo tipo de recados que quiere que hagamos juntas hoy, y no quiero llegar tarde. Voy a estar muy ocupada desde ahora hasta el final del curso escolar, así que cada minuto cuenta de verdad. Tengo que mantenerme centrada.

Se escabulle por la puerta principal y la cierra en mis narices. Golpeo la puerta con ambos puños y gruño de frustración conmigo mismo. ¿Cómo pude ser tan jodidamente estúpido y decir algo así? Lo dije como una broma. Se suponía que era ironía, algo juguetón. No pensé en cómo sonaría cuando saliera de mi boca, ni en cómo se sentiría cuando se hundiera en su corazón.

Intento distraerme durante el resto del día mientras espero a que Emily regrese a casa. No logro concentrarme en nada y me encuentro saltando de tarea en tarea por toda la casa. Paso unos minutos en la sala de estar, tratando de ordenar el resto de las pertenencias de Emily, pero siento que sería una invasión a su privacidad si abriera alguna de las cajas. Me traslado a la cocina y

lavo los platos del desayuno. Las tortitas de canela permanecen sin comer en su bandeja, con el glaseado frío en el recipiente. Una parte de mí se siente tentada a calentarlos de nuevo y glasear los rollos, pero me detengo. Me siento en mi escritorio y reviso algunos de los papeles para el proyecto del baile de graduación. Hay una carpeta en la esquina del escritorio que contiene información que encontré durante mi investigación mientras estaba en mi oficina. Tenía la intención de compartirla con Emily, pero aún no había tenido la oportunidad. Ahora tamborileo con los dedos sobre la carpeta, pensando en lo que hay dentro. Ahora me pregunto si debería contárselo. Apenas he arañado la superficie, y hay mucho más. Quizás debería guardármelo para mí de momento.

Sin saber cuánto tiempo he estado tratando de mantenerme ocupado, entro al baño y decido tomar una ducha caliente. Me quedo bajo el chorro en la configuración de masaje más potente, y dejo que el agua caiga sobre mí. Permanezco ahí hasta que el agua se enfría, y me seco mientras regreso lentamente al dormitorio. Puedo oír movimiento en la parte delantera de la casa y me doy cuenta de que Emily debe haber vuelto. Me pongo un par de vaqueros lo más rápido que puedo, salgo al salón y la encuentro apilando cajas. Ella me mira por encima del hombro cuando entro, pero se ocupa de seguir abriendo cajas, mirando dentro y luego apilándolas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Oh, hola —dice como si no me hubiera notado—. Solo estoy tratando de organizarme un poco más. Siento que estoy perdiendo la cabeza con todo tan desordenado.

—Deberías deshacerlas —le digo.

Ella niega con la cabeza, pero no hace contacto visual conmigo.

—No —dice—. De hecho, voy a llevar la mayoría de mis cosas a casa de mi madre para guardarlas en su desván.

—Tengo un desván —digo—. Si tienes algo que no necesitas, puedes ponerlo allí.

—Adam, necesito hacer esto a mi manera, ¿de acuerdo?

De repente suena enfadada, pero la dureza se desvanece de su voz, derritiéndose en tristeza. Doy un paso hacia ella.

—Emily, ¿qué está pasando?

Ella apoya sus manos en la caja que tiene delante y deja escapar un largo suspiro antes de mirarme.

—He estado pensando mucho en lo que dijiste antes.

Mi estómago se hunde.

—Lo sé —digo—. No debería haber dicho eso.

—No —dice ella, negando con la cabeza—. No, deberías haberlo dicho.

—¿Qué?

—Tenías toda la razón.

—¿Qué quieres decir?

Emily me mira con ojos que parecen casi suplicantes, como si no quisiera creer las palabras que tiene en la boca.

—No dijiste nada malo, Adam. Ese es el problema. Lo que dijiste es completamente exacto. El problema es cómo reaccioné. Y esa es exactamente la razón por la que necesitamos hablar de ello.

—¿Hablar de qué? —pregunto—. Tu reacción fue completamente normal. Fui un completo imbécil al decirte eso.

—No, no lo fuiste —dice—. No soy realmente tu esposa. Legalmente, lo soy. Pero eso es todo. Ninguno de los dos quiso que esto ocurriera, y no debería enfadarme cuando bromeas sobre ello. Eso solo demuestra que no estoy gestionando esto como debería. Como quiero gestionarlo.

—No entiendo —digo.

—Tenemos que detener lo que sea que hay entre nosotros —dice —. Dije desde el principio que no quería volver a enredarme contigo. No es por eso que volví a Sunborn View, y sigue sin serlo. He estado

disfrutando demasiado del tiempo que paso contigo. Hasta que averigüemos lo que realmente va a pasar, y cómo vamos a llevar todo esto, no puedo permitirme pensar de esa manera. No podemos sentirnos tan cómodos en este acuerdo que perdamos la perspectiva y olvidemos que es falso. Esto no es real. Tenemos que poner fin a esto antes de que uno de los dos acabe herido otra vez. Y seré probablemente yo.

Mi corazón se aprieta dolorosamente mientras intento encontrar las palabras adecuadas para decirle.

—Emily, intenté disculparme por lo que hice hace mucho tiempo. Sé que no tomé la decisión correcta. No lo gestioné como debería haberlo hecho. Siento haberte hecho daño, porque sé que lo hice.

Los ojos de Emily se cierran, y ella niega con la cabeza.

—Adam, para. No quiero oírlo más. Eso no cambia lo que estoy pensando, ni cómo me siento sobre la situación en la que estamos ahora. No puedo hacer esto. Es demasiado confuso y complicado. Volví aquí rota, Adam. No tengo miedo de admitirlo. Pero, si lo olvido, voy a perderme otra vez. Creo que ambos tenemos que centrarnos y pensar que no estamos siendo honestos con nosotros mismos sobre nuestra relación. Y sinceramente, ahora mismo no puedo... no puedo pensar en nada más. Le he dado vueltas a esto en mi cabeza todo el día, y creo que lo mejor para los dos es centrarnos en lo que tenemos delante. Necesito terminar el curso escolar, y tú tienes clientes con los que trabajar. Los dos debemos centrarnos en el baile de graduación, especialmente ahora que se ha vuelto mucho más complejo de lo que cualquiera de nosotros podía imaginar. Sencillamente no hay espacio para distraerse con nada más. Así que me voy a mudar a la habitación de invitados. No hace falta que nos sintamos mal o que algo sea incómodo. Me importas mucho, Adam, y no quisiera hacer nada que pusiera en peligro lo que tanto te ha costado conseguir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Para el mundo exterior, nada habrá cambiado entre nosotros. Continuaremos como hasta ahora. Al final del curso escolar, encontraremos una manera elegante de iniciar el proceso de finalizar el matrimonio. Si no hacemos un gran escándalo, entonces nadie a nuestro alrededor lo hará.

—¿Y si para mí es importante? —pregunto.

—Lo siento, Adam —dice ella—, no sé qué más decir. No quiero perderte. Te has convertido en una parte importante de mi vida, y no quiero que eso desaparezca, pero no puedo seguir con esto.

Me acerco más a ella y paso mis dedos por su mejilla.

—No voy a rendirme contigo, Emily. No voy a renunciar a nosotros. Me alejé de ti una vez y lo lamenté cada día. Lo único que hace que no me odie a mí mismo por ello es que encontramos el camino de regreso el uno al otro. Te dije una vez que iba a tener tu cuerpo, y que serías tú quien me diría que lo tomara. Ahora, te tendré por completo. Te lo prometo. Y me dirás que eres mía.

****

Emily

Dos semanas después...

Vivo en media casa, y estoy fingiendo ser una mujer felizmente casada con un marido del que espero pacientemente divorciarme y al que solo veo cada dos semanas. Hay material para una canción country en todo esto. Quizás llene algunas de estas noches inquietantemente silenciosas en la casa yo sola aprendiendo a tocar la guitarra. Las noches silenciosas son bonitas cuando es Navidad y estás escuchando el sonido de la nieve al caer o llevando chocolate caliente a los que cantan villancicos. No tanto cuando es principios de febrero y tu mejor amiga se ha mudado oficialmente con su novio. Pensar en la nieve me hace acordarme inmediatamente de Adam. Paso distraídamente mi dedo por el cono de helado incrustado de diamantes en mi pulsera como a menudo me descubro haciendo durante el día.

Le dije a Adam que ambos estaríamos ocupados, pero es sorprendente lo rápido que puedes completar una lista de tareas cuando luchas por llenar un vacío en tu corazón. Los días que pasa en la oficina terminan con largas y frías tardes deambulando por la casa, o yendo a visitar a mi madre. Ella no me pregunta por Adam. Nunca menciona mi matrimonio, ni ningún plan para el futuro. Me pregunto si me está dando espacio, o si sabe que ha pasado algo. No insisto. No hay razón para hacerlo.

Mi teléfono vibra junto a mí, y sé quién es antes incluso de mirarlo. Lo cojo y miro la pantalla. El mensaje de Adam es alegre como siempre. Se está tomando muy en serio el concepto de que seamos amigos. Se adaptó rápidamente y ahora, al menos unas cuantas veces al día, recibo un mensaje suyo. A veces es una foto de donde está con su último cliente. A veces es una charla trivial sobre mi día, o una consulta sobre la planificación del baile de graduación. A veces es un meme absurdo que no entiendo. Hoy es otra invitación para jugar a un juego para móviles con él. He estado ignorándolas durante los últimos días. Parece inútil. Sin embargo, esta vez, hago clic en el enlace, aunque solo sea para evitar que me envíe otra invitación. Investigo en la aplicación durante unos segundos, miro los detalles y pruebo algunas de las funciones.

Varios minutos después estoy completamente inmersa en la construcción de un edificio cuando el sonido de la puerta principal abriéndose me sobresalta. Levanto la vista para ver a Adam entrar, con una bolsa grande colgada de un hombro, y una sonrisa en su rostro. También tiene su teléfono en la mano, y sé que me ha pillado.

—Sabía que ibas a ceder —dice—. Nadie puede resistirse al canto de sirena.

Cierro el juego y dejo mi teléfono a mi lado.

—¿Cómo ha ido tu semana? —pregunto.

—Larga —dice—. Pero he terminado con dos clientes más y tengo otros tres en proceso de admisión.

Odio que mi corazón se encoja y mi estómago se revuelva al oír eso.

—¿Alguna vez has pensado en reducir el ritmo? —pregunto—. Quiero decir, no es como si necesitaras el dinero.

—No, no lo necesito. Tienes razón en eso. No se trata del dinero. Pero cuando he pensado en pasar mi parte del negocio a mis hermanos, o a alguien más dentro de la empresa, no puedo hacerlo. A veces, es agotador y estresante, y siempre hay clientes molestos con los que no soporto estar más de diez minutos. De vez en cuando, tengo un cliente que me deja una impresión duradera. Ellos me impactan a *mí* en lugar de al revés.

—Como el señor Berg.

Adam asiente.

—Cuando aparece alguien así, no puedo alejarme. No todavía, al menos.

—Hablando del señor Berg —digo—, dijiste que no habías podido hablar con él.

—Todavía no —dice—. Pero lo voy a hacer.

—Oh, vale. ¿Cuándo?

Un golpe en la puerta hace que mis ojos se dirijan a la entrada. Adam me sonríe.

—Dentro de cinco minutos. Pero no puedes culpar al hombre por ser puntual.

—¿Estás de broma? —le siseo—. No estoy vestida para recibir visitas.

Adam me lanza una mirada.

—No viene a presentarte regalos de tierras lejanas, Emily. Es un amigo que viene a nuestra casa para charlar. —Se escucha otro golpe—. Un amigo que está esperando fuera en el frío a que le abramos la puerta, así que prepárate lo mejor que puedas en los tres pasos que me lleva cruzar la habitación.

Para cuando la puerta está abierta, y oigo a Adam saludando al señor Berg, ya me he escabullido a mi dormitorio. Podría haber afrontado la visita con naturalidad y aceptado mi papel como la mujer casada cómoda relajándose en su propia casa por la noche. Pero esa no soy yo. En pocos minutos, me he cambiado y he vuelto al salón, sintiéndome más segura y esperando poder convencer a Bergie de que simplemente estaba en otra habitación cuando él llegó. Él me sonríe cuando entro en la sala.

—Aquí está —dice Adam.

—Hola, señor Berg —digo.

—¡Oh, ya basta de eso! —dice—. Llámame Devin.

—Hola, Devin —digo—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un café?

—Un café estaría genial —dice.

Me dirijo hacia la cocina, y Adam se inclina hacia mí cuando paso.

—A mí no me ha dicho que pueda llamarle Devin —murmura.

—Le caigo mejor —le susurro.

Agradezco la sofisticada cafetera en la cocina de Adam mientras pongo una cápsula en la parte superior y coloco la reluciente jarra plateada en su sitio, luego empiezo a llenar una bandeja con tazas, leche y azúcar. No quiero perderme nada de la conversación que Adam está planeando para la noche. Afortunadamente, todavía está en medio de charlas triviales cuando regreso al salón con el café. Le entrego una taza a cada uno, luego me acomodo en el sofá junto a Adam, primero me siento en el extremo más alejado, pero luego recordando que se supone que estamos recién casados, me deslizo más cerca de él.

—Bueno, debo confesar —dice Adam—, no te hemos pedido que vengas aquí solo para visitarnos.

—¿Oh? —dice el señor Berg (Devin), removiendo la leche en su café hasta que se convierte en un remolino de color caramelo.

—Había algo específico de lo que queríamos hablar contigo. Primero, quería agradecerte por aceptar volver a Sunborn View. Sé que ha pasado mucho tiempo.

El rostro de Devin decae ligeramente y da una ligera señal de asentimiento.

—Admito que el hecho de que Larry me pidiera venir fue persuasivo.

¿Larry? ¿El señor Schroeder se llama Larry?

Hay un ligero tono de amargura en su voz como si se sintiera manipulado, o como si algo terrible fuera inminente y necesitara estar aquí. Pero ahora está aquí, y eso es lo que importa. Ahora podemos pasar a la parte verdaderamente incómoda de la noche.

—Te comenté que estamos planeando una sorpresa para el señor Schroeder para su jubilación a finales de esta primavera. Mientras preparábamos eso, Emily y yo hemos estado investigando sobre Sunborn View, y hemos hablando con algunos de los ancianos.

Devin se mueve ligeramente en su asiento. Es obvio que está reconsiderando su decisión de volver después de tanto tiempo.

—Sí —dice.

Si yo fuera la que estuviera hablando con Bergie, estaría nerviosísima. Ni siquiera estoy participando en la conversación, y aun así estoy muy nerviosa. Adam, sin embargo, ni siquiera se inmuta. Se acerca más al borde del sofá.

—¿Qué puedes contarnos sobre Dorothy? —pregunta.

Devin toma un largo respiro. Espero que se cierre o se enfade. Al contrario, un atisbo de sonrisa asoma a sus labios y sus ojos se suavizan. Por primera vez, noto que son de un hermoso tono azul.

—Dorothy —murmura, casi para sí mismo—. Ese es un nombre que no he oído en mucho tiempo.

—¿La recuerdas? —pregunta Adam.

—Por supuesto que sí. Dorothy Reynolds. Era mi novia del instituto.

—¿Qué le pasó a Dorothy?

Adam habla con tanta ternura que me hace llorar. Sé que esto debe ser doloroso para Devin, incluso con la suave expresión de felicidad en su rostro, y Adam lo está guiando con cuidado. Quiere saber todo lo que pueda, pero al mismo tiempo, no quiere herir a Devin más de lo necesario.

—No lo sé —dice Devin—. Pero creo que probablemente ya lo sabéis.

Vaya.

—Sí —dice Adam—, pero queríamos escucharlo de ti. Obviamente tú sabes lo que pasó mejor que nadie, y queremos escuchar tu versión.

Devin toma un largo sorbo de su café, luego lo deja en la mesa frente a él.

—Desde el principio, supe que era ella. En el momento en que vi sus grandes ojos de gacela y su largo cabello rubio, me enamoré. Me comportaba como un cachorro por esa chica. La seguía con la esperanza de que un día se diera cuenta y me prestara atención. Tuve que pedirle salir al menos cinco veces antes de que dijera que sí.

Devin se ríe, y no puedo evitar reírme con él.

—¿De verdad? —pregunto.

Devin asiente.

—Más tarde me dijo que quería decir que sí la primera vez, pero no quería parecer demasiado ansiosa. Quería saber si yo iba en serio con ella. Dorothy era hermosa y los chicos siempre la rodeaban. Pero demasiado a menudo solo iban tras una cosa, y esa no era Dorothy. Incluso los que parecían sinceros perdían rápidamente el interés si ella no caía inmediatamente. Quería ver si yo volvería por ella. Y lo hice. Una y otra vez. Finalmente, dijo que sí, y los dos estuvimos

juntos después de eso. Era más feliz de lo que había sido nunca, pero no fue tan fácil como había esperado. Supongo que habéis oído que a la familia de Dorothy no le gustaba la idea de que estuviera conmigo.

—Así es —dice Adam.

—Por desgracia, así eran las cosas entonces. La gente tenía miedo. Dorothy y yo nos negamos a escuchar. No íbamos a dejar que nos dijeran que no podíamos estar juntos solo porque teníamos diferentes formas de vida. Permanecimos juntos. Soñamos y planeamos. Nos dijimos, a nosotros mismos y mutuamente, que todo lo que teníamos que hacer era terminar el instituto y podríamos estar juntos el resto de nuestras vidas. Fue lo que nos mantuvo esperanzados.

—¿Qué cambió? —pregunto.

—En nuestro último año, sabíamos que se acercaba el momento. Yo sabía lo importante que era para ella que su padre diera su bendición antes de casarse. Esperaba que viera cuánto nos amábamos y que íbamos en serio con construir un futuro juntos. Pero no fue así. Nada cambiaría su opinión, pero tampoco nada iba a detenernos. Acordamos que, si no iba a darnos su bendición, nos fugaríamos sin ella. El baile de graduación iba a ser nuestra escapada. Planeamos durante meses, preparamos cada detalle, incluyendo fingir que habíamos roto para apaciguar a su padre. No puedo deciros cuánto me dolía no estar con ella cada día.

—Me lo puedo imaginar —dice Adam suavemente.

Deslizo mis ojos hacia él, pero no está mirando en mi dirección.

—A medida que el baile se acercaba, mantuvimos la distancia, pero contábamos los minutos. Entonces ocurrió el incendio. Yo no estaba en la escuela ese día, pero Dorothy sí. Cuando escuché que había un incendio... —titubea, los recuerdos le abruman durante unos segundos—, nunca he tenido tanto miedo. Llegué lo más rápido que pude, pero no me dejaron acercarme. Intenté encontrarla. Todos los días después de eso, incluso con todos

presionándome, la busqué. Nadie sabía qué le había pasado. Sabía que la gente pensaba que yo le había hecho algo, pero yo estaba más frenético que cualquiera de ellos. Oí los rumores de que se había fugado con otra persona y había huido de la isla para evitarme.

—Pero nunca creíste eso —digo.

Devin niega con la cabeza.

—Nunca —dice él—. No habría podido. No podría soportar ese pensamiento, así que no me permití creerlo. Después todo cambió. Me reclutaron y acabé en la guerra. Nunca dejé de pensar en Dorothy. Nunca. Llevaba su foto conmigo mientras estaba en el frente. La llevaba en mi uniforme, cerca de mi corazón. Si iba a ser uno de los chicos que no regresaban a casa, quería tenerla conmigo en mis últimos momentos. Quería que quien me encontrara supiera que yo le pertenecía. Pero sí que regresé a casa. Solo que nunca pude volver a Sunborn View. Me mantuve en contacto con Larry, y él me mantenía informado. Saber que Dorothy nunca regresó y que la gente seguía culpándome, significaba que ya no había nada para mí aquí. No me quedaba familia. No tenía nada. Así que comencé una nueva vida.

—Pero nunca olvidaste a Dorothy —dice Adam.

—Nunca. Ni un solo día. Le escribí cartas. No sabía dónde enviarlas, así que las mandé a casa de su padre. Las envié a la escuela. Se las mandé a Larry. Envié cartas a todos los sitios que se me ocurrieron, con la esperanza de que algún día una de ellas la encontrara. Pero nunca recibí una respuesta.

La mano de Adam se desliza desde su regazo y encuentra la mía. Agradezco la fuerza y el calor que me transmite.

—¿Y no tienes ni idea de qué le ocurrió? ¿Adónde pudo haber ido, o dónde ha estado? —pregunto.

—No —responde Devin.

—¿Sabías que a nadie se le ha permitido ir al lugar donde estaba la escuela original? Nunca hubo una investigación, y lo que quedaba de la escuela fue demolido. Los abuelos de Dorothy eran dueños de esa tierra. Supongo que todavía lo son, aunque no creo que las personas que viven allí ahora estén emparentadas con ella.

Devin niega con la cabeza.

—No creo que lo estén —dice—. Larry me contó que su padre murió unos años después de que me marchara, y su madre y hermanos acabaron abandonando Sunborn View para vivir más cerca de la familia materna. El padre de Dorothy era hijo único, lo que al parecer era un tema muy delicado para la familia. No sé qué habría pasado con la tierra después de que murieran sus abuelos, a menos que pasara a alguno de los hermanos de Dorothy.

—No creo que sea así —digo.

—¿Por qué no?

—Si su familia siguiera en el pueblo, ¿no hablaría la gente de ello?

—Entonces, ¿quién vive en esa tierra? —pregunta Adam—. ¿Y por qué siguen negando el acceso?

****

Dos días después...

—¡Deja de invadir mi aldea! —exijo, mirando mi móvil mientras entro en el despacho de Adam.

No responde, y levanto la vista para verle mirando fijamente la pantalla de su portátil. Alza la mirada.

—No.

Vuelve inmediatamente a mirar el ordenador, y yo a regañadientes cierro el juego que se ha convertido en mi obsesión secreta. Guardo el móvil en mi bolsillo, rodeo a Adam y me inclino sobre su hombro para mirar la pantalla con él.

—¿Qué estás leyendo? —pregunto.

Señala lo que parece ser el escaneo de un formulario de registro de hace muchos años.

—¿Ves ese nombre? —pregunta.

—Sí.

—¿Te resulta familiar?

La caligrafía es rígida y compleja como era habitual en generaciones pasadas. Hace más difícil distinguir las letras, y me inclino hacia delante, apoyando la mano en la superficie del escritorio para poder acercarme más al ordenador.

—Eugene Reynolds —digo. Miro a Adam—. ¿Reynolds? ¿No es ese el apellido que Devin dijo que tenía Dorothy?

Adam asiente.

—¿Y qué apuestas a que el bueno de Eugene es el padre de Dorothy?

Le miro de nuevo.

—¿De dónde has sacado esto?

La expresión en la cara de Adam es triunfal, pero mezclada con un atisbo de alguna otra emoción. ¿Enfado, quizás? Hace *scroll* hacia arriba en la página para que pueda ver el encabezado. Mi mano vuela para cubrirme la boca, y me quedo mirando las palabras, sin creer lo que estoy leyendo. Finalmente, dirijo mis ojos hacia él.

—Creo que tengo que hacer algunas llamadas más —dice.

Capítulo diecinueve

Adam

Dos semanas después...

No he ido mucho al instituto durante las últimas semanas, y me sorprende la diferencia en la energía de los pasillos. Tal como Emily me dijo, el ambiente en el instituto es completamente diferente comparado con la Semana de Bienvenida. El espíritu y la energía del nuevo año escolar ha desaparecido y ahora hay una sensación más establecida de continuidad que surge de los estudiantes y profesores entrando y saliendo de las mismas aulas, cinco días a la semana.

Normalmente cuando vengo al instituto, lo primero que hago es buscar a Emily. Esta vez, estoy haciendo todo lo posible por evitar cualquier lugar donde creo que podría estar. Entro por la puerta principal para evitar pasar por el teatro y elijo mi camino con cuidado para no encontrarme tampoco con Melissa. No quiero que ninguna de las dos sepa que estoy aquí.

Antes de que pueda entrar en la oficina principal, la señora Hannigan baja por el pasillo y me ve.

—Adam —dice—. Qué agradable sorpresa. ¿Has venido a hablar conmigo?

—Sí. Sé que no tengo cita ni nada, pero si tiene unos minutos, me gustaría comentarle algo.

—Por supuesto —dice—. No necesitas cita para hablar conmigo. Solo tengo que imprimir unas copias extra de estos formularios. Ve a mi despacho y espérame allí. Llegaré en un momento.

Camino por el pasillo y me acomodo en una de las sillas frente a su escritorio. Mientras espero, observo todos los objetos que la señora Hannigan ha coleccionado durante su tiempo en el instituto. Son un testimonio de la propia mujer. Premios de reconocimiento y logros están colocados en las mismas estanterías que fotos familiares y pequeños adornos que puedo imaginar fueron regalos

de estudiantes graduados. Ella ha hablado tanto sobre las contribuciones que el señor Schroeder ha hecho a la comunidad a través de su trabajo en el instituto, pero ella es igual de importante. También merece reconocimiento y celebración. Sé que nunca aceptaría algo para sí misma, pero espero que la conversación que planeo tener con ella le ayude a entender lo importante que es.

—¿En qué puedo ayudarte, Adam?

Estaba tan absorto mirando una foto de una muy joven señora Hannigan con un uniforme de animadora vagamente reminiscente de *Grease*, que no me di cuenta de que había vuelto al despacho.

—¿Le importaría cerrar la puerta? —pregunto.

Me mira con expresión de preocupación.

—¿Ocurre algo malo? —pregunta mientras camina hacia la puerta y la cierra suavemente.

Niego con la cabeza.

—No —le digo—. Solo que no quiero que nadie nos escuche, y no creo que podamos caber los dos en su armario.

Sonríe mientras se sienta detrás del escritorio.

—¿Qué te preocupa? ¿Es sobre el proyecto?

—Sí —digo—. De hecho, es sobre eso. He estado pensando mucho en este proyecto desde que lo empecé, y últimamente, ha adquirido todavía más importancia. Cuanto más tiempo trabajamos Emily y yo en este proyecto, más me doy cuenta de que no entendía completamente por qué era tan importante cuando lo acepté por primera vez. Creía que sí, pero ahora que llevo trabajando en ello unos meses, hay mucho más de lo que pensaba.

—Me alegra oír eso —dice—. ¡Por eso confié en ti! Sabía que lo tomarías en serio, aunque no te dieras cuenta al principio.

Asiento.

—Cuando empezamos a hablar de homenajear al señor Schroeder por su jubilación, pensé que el concepto de un baile de graduación

recreado era solo para él. Ahora lo veo como algo mucho más que un trabajo; es un honor para mí, y en esa línea, me gustaría terminarlo sin aceptar ningún pago.

Las manos de la señora Hannigan bajan de donde las tenía entrelazadas bajo su barbilla.

—Adam —dice—. Este es tu trabajo. Es tu negocio, y has dedicado una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo a este proyecto. No puedo pedirte que lo hagas sin una compensación a cambio.

—No me lo está pidiendo —digo—. Le estoy diciendo que esto es lo que quiero hacer. Después de una larga conversación con Emily sobre mi comisión, me di cuenta de que el dinero gastado en pagarme por organizar este proyecto podría usarse mejor. No voy a facturarles por ninguno de los servicios que ya he proporcionado o que aún tengo que proporcionar. También he hecho arreglos para pagar a los proveedores que no han accedido a donar sus servicios.

La señora Hannigan parece abrumada, y le doy unos segundos para procesar lo que le estoy diciendo.

—No puedo expresarte cuánto significa esto para nosotros, Adam. Para mí, personalmente, y para todos los que participan en este evento. ¿Cómo podría agradecértelo?

—No tiene que agradecerme. Pero si quiere hacerlo, tengo una idea sobre lo que podría hacer con el dinero que habría gastado en mi comisión.

—¿Qué es? —pregunta.

—Abrir una tienda para todos los que quieran ir al baile. Trabajar con Bobby para ofrecer vestidos, y con la empresa de alquiler para los esmóquines. Luego, que la señorita Lara y Nina monten un salón para peinar, hacer las uñas, el maquillaje y cualquier otra cosa que necesiten los estudiantes. Necesitarán ayuda, así que déjeme ponerla en contacto con algunos profesionales que vengan a trabajar con ellas. Asegúrese de que tanto la tienda como el salón de belleza sean accesibles para todos, incluidos los estudiantes, profesores,

acompañantes, quienquiera. Cualquiera involucrado con el baile. La comisión y el fondo de gastos podrían no cubrir todo eso, así que, si hay gastos adicionales, factúremelos directamente a mí. Me encargaré de ello. Por favor, mantenga esto entre nosotros. Si alguien pregunta, diga que ha recibido una donación anónima. Es la verdad.

—Esto es increíble, Adam —dice la señora Hannigan entre lágrimas—. No sé qué decir.

Le sonrío.

—Sonría, señora Hannigan. Ahora todo es diversión. Todo lo que tiene que hacer es organizarlo, y yo me ocuparé del resto.

Ya puedo oír a la señora Hannigan al teléfono con Bobby mientras salgo de su oficina y me dirijo por el pasillo. Ahora que he terminado mi reunión, puedo buscar a Emily. No espera que esté aquí, pero deseo que no tenga una tarde ocupada. Primero voy al teatro. El escenario está oscuro, y algunos estudiantes están dispersos en las sillas, revisando sus guiones. No veo a Emily por ningún lado. Luego voy a la sala de profesores, pero la puerta está cerrada con llave, y a través de la cortina traslúcida sobre la estrecha ventana de la puerta, puedo ver que la habitación está oscura. Saco mi teléfono, la llamo, pero va directamente al buzón de voz, así que empiezo a explorar el resto del instituto. Finalmente llego al ala donde están las aulas de ciencias y matemáticas, preguntándome si podría estar con Melissa.

Cuando llego a la mitad del pasillo principal, puedo oír risas y sé que tengo razón. La puerta de un aula está abierta, cerca del final del pasillo, y me asomo. Emily está sentada en uno de los pupitres, con las piernas cruzadas por el tobillo y las manos apoyadas en el pupitre a su lado mientras ríe junto con Melissa. Desearía poder quedarme aquí y mirarla sin parecer espeluznante. Se ve hermosa y relajada, la amplia sonrisa en su rostro hace que sus ojos brillen. Solo estoy allí unos segundos antes de que levante la vista y me vea.

—¡Adam! —dice, deslizándose del borde del pupitre para ponerse de pie—. No esperaba verte aquí hoy.

—Lo sé —digo—. Pasé para ver si estabas ocupada esta tarde. Dijiste que tu horario de ensayos estaba un poco en el aire hoy.

Asiente.

—Decidí cancelarlo todo esta tarde. Todos los chicos tienen planes para San Valentín esta noche, y pensé que no debería molestarme en intentar tener un ensayo ya que la mayoría o no vendrían o estarían distraídos todo el tiempo.

—Es una buena idea —digo—. ¿Vas a hacer algo más?

Miro a Melissa, que observa nuestra conversación con fascinación. Ella es la única en Sunborn View que conoce la verdadera naturaleza de nuestro matrimonio, pero no sé si Emily le ha hablado sobre la decisión que tomó de que nos enfriáramos y fuéramos solo amigos por ahora.

—No creo —dice—. Melissa tiene una preciosa noche planeada, así que mis aspiraciones de sentarnos en pijama y comer pizza mientras veíamos películas cursis se han esfumado.

—Por muy emocionante que suene eso —digo—, me alegro por ti, Melissa. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Zach me llevará a tierra firme, fuera de la isla —dice—. No quiere decirme nada. Es una sorpresa. Eso hace que elegir mi atuendo sea un poco complicado, pero creo que me pondré ropa elegante y prepararé una bolsa con otras opciones por si acaso.

Sonrío.

—Siempre preparada —digo. Miro a Emily—. Entonces, ¿no tienes nada que hacer esta tarde o noche?

—No —dice—. Pero pensé que habíamos acordado que no íbamos a celebrar San Valentín.

Melissa se inclina hacia nosotros.

—No quiero interrumpir —dice en voz baja—, pero vosotros dos deberíais trabajar en eso de ser un matrimonio feliz. No conozco muchas parejas de recién casados que necesiten tener una reunión sobre lo que van a hacer en San Valentín. Solo es una idea. Continuad.

Se recuesta en su asiento y se ocupa con una pila de papeles frente a ella.

—No te preocupes —digo, volviendo a Emily—. No es nada aprobado por Cupido. En realidad, tiene que ver con el baile. No sé si te has dado cuenta, pero estamos a unas diez semanas, y todavía hay mucho por hacer.

Un destello momentáneo de decepción cruza el rostro de Emily. Asiente.

—Oh —dice—. ¡Um, sí! Tienes... razón. En realidad, no me había dado cuenta de que fuera tan pronto. He estado tan envuelta en el musical que no pensé en que el baile llegara tan poco tiempo después.

—No pasa nada —le aseguro—. Lo conseguiremos. Cuando estés lista, podemos irnos.

Un estudiante con ropa que parece unas tres tallas más grande entra tímidamente en la sala, sosteniendo un montón de papeles contra su pecho.

—Adelante, Ronnie —dice Melissa.

Ronnie nos mira a Emily y a mí con incertidumbre mientras camina desde la puerta hacia el lado del escritorio de Melissa.

—Tengo algunas preguntas sobre los deberes —dice con una voz demasiado profunda para su escuálido cuerpo.

—Claro —responde Melissa—. ¿Con qué tienes dificultades?

—Voy a irme ya —dice Emily a Melissa—. Gracias por traerme esta mañana. ¿Nos vemos el lunes? Quiero todos los detalles de tu... —sus ojos van hacia Ronnie y vuelven a Melissa—, proyecto de este fin de semana.

Melissa asiente.

—Me aseguraré de tomar notas.

—Melissa, ¿qué es exactamente lo que enseñas? Solo sé que eres profesora de ciencias.

—Lo soy —dice, asintiendo en confirmación.

—¿Qué tipo de ciencias?

—Física avanzada.

Siento un tirón en mi codo, y Emily y yo nos despedimos de Melissa mientras nos dirigimos hacia la puerta. Me inclino hacia ella.

—¿Física avanzada? —pregunto en un susurro bajo.

Emily hace un sonido afirmativo.

—Sí —dice.

—¿Melissa? —pregunto—. ¿Nuestra Melissa enseña física avanzada?

—Sí.

—Ni siquiera sabía que eso fuera una opción en el instituto.

Salimos al pasillo y nos dirigimos hacia la parte delantera del edificio.

—Es parte de un programa experimental —explica—. El señor Schroeder quería animar a más estudiantes a adelantarse para la universidad, así que diseñó un programa de estudios avanzados para estudiantes cualificados. Algunas de las clases incluso les dan créditos universitarios reales.

Entramos en el coche, y Emily me mira expectante.

—¿A dónde vamos? —pregunta—. ¿O me vas a decir que es una sorpresa?

—Volvemos a casa —digo.

—¿Has venido hasta el instituto para recogerme y llevarme de vuelta a casa? —pregunta.

—No. Te llevo de vuelta a casa porque a donde vamos no es un lugar apropiado para ir en falda y tacones.

Emily mira su ropa.

—¿A dónde iremos una vez que me cambie?

Giro hacia la carretera que serpentea alrededor del pueblo.

—Eso es una sorpresa.

Deja escapar un suspiro exasperado, y me río.

****

Una hora más tarde, Emily y yo estamos caminando por la hierba alta, y ella va refunfuñando algo ininteligible entre dientes. Llevamos casi media hora andando y Emily parece estar perdiendo la paciencia con esta sorpresa. Tropieza en un desnivel invisible del terreno, y yo extiendo la mano para agarrarla del codo y estabilizarla de nuevo. Cuando vuelve a estar de pie, levanta la mirada para fulminarme.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Y dónde estamos?

Puedo entender la pregunta. La he traído a un rincón lejano de la isla que apenas sabía que existía. Tuve que ir por este camino para hacer que nuestra aproximación fuera lo más fácil posible, pero eso parece ser un concepto relativo mientras nos abrimos paso entre la hierba exuberante, las grandes enredaderas y las raíces de campos de cultivo abandonados hace mucho tiempo.

—No debería faltar mucho más —digo—. Creo que estamos pasando lo peor.

—Eso espero —dice—. Este es el peor Día de San Valentín de la historia.

Lo dice en tono de broma, y yo le hago una mueca.

—Pero no estamos celebrando San Valentín —digo.

—No pensé que eso significara que íbamos a anti-celebrar San Valentín.

—¿Anti-celebrar San Valentín? —pregunto.

Hay una breve pausa.

—Puede que esté escuchando demasiado a mis alumnos.

Recorremos unos metros, por fin parece que la hierba enmarañada disminuye. La hierba es alta y espesa, pero el suelo bajo nuestros pies carece de los bordes y raíces del viejo campo. Miro hacia adelante y veo lo que esperaba que estuviera allí. Emily se detiene a mi lado.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Eso —digo, caminando hacia el tramo de ladrillo y cemento a unos metros delante de nosotros— es lo que queda del instituto original de Sunborn View.

Los ojos de Emily se dirigen rápidamente hacia mí.

—¿Hablas en serio? —pregunta—. ¿Ahí es donde estamos?

Asiento.

—A menos que haya otro edificio grande por aquí que fuera derribado y abandonado, sí, ahí es donde estamos.

—¿Cómo conseguiste permiso para venir aquí? —pregunta, sonando atónita—. Nadie ha tenido permitido venir aquí desde que se destruyó la escuela. Incluso a la Sociedad Histórica se lo negaron cuando pidieron venir.

—Como ya has dicho alguna vez —digo—, la gente no me dice que no.

Me lanza una expresión incrédula, negando con la cabeza.

—No, eso funciona con gente como camareros, guardias de la cárcel y la gran mayoría de las mujeres. Esto es diferente. Mucha gente ha estado intentando conseguir permiso para venir aquí durante generaciones y nadie lo ha conseguido. Les dijeron que estarían invadiendo propiedad privada, que sería ilegal, y que no tenían derecho a acceder a la propiedad. ¡Oh, no! Estamos invadiendo una propiedad privada, ¿verdad? Nolan va a venir aquí a

detenernos, y vamos a tener que interrumpir la cita de Melissa con Zach para que nos saque bajo fianza.

Me río y niego con la cabeza.

—No, Emily, no estamos invadiendo propiedad privada. De hecho, tenemos permiso para estar aquí. Bueno, más o menos. Además, si acabáramos en la cárcel, no tendríamos que pedir a Melissa que viniera a sacarnos bajo fianza. Jake me debe muchos favores de fianza.

—¿Qué quieres decir con que más o menos tenemos permiso? —pregunta Emily—. El permiso es una situación bastante blanca o negra. O tienes permiso para estar en un sitio o no lo tienes.

—No exactamente —digo—. Normalmente funciona así, pero esta es una circunstancia única.

—¿Única? —pregunta.

Empiezo a caminar por el perímetro de los cimientos en ruinas, tratando de imaginar cómo era el edificio cuando estaba en pie. He visto fotos durante mi investigación, pero las viejas imágenes están descoloridas y distorsionadas. Ver realmente los ladrillos y el cemento que una vez sostuvieron las salas de la escuela es surrealista, y siento como si me hubiera estrellado de lleno contra algo que era abstracto hace solo unos minutos.

—¿Recuerdas lo que dijo el Sr. Berg sobre la familia de Dorothy y esta propiedad? —pregunto.

—Dijo que no cree que su familia todavía viva aquí —dice ella—. Que sus abuelos murieron hace mucho tiempo, y no tenían a nadie a quien dejárselo. El padre de Dorothy había muerto, y el resto de su familia se mudó de Sunborn View.

—Exactamente —digo—. Entonces, ¿qué pasa cuando hay una propiedad en la que alguien vive, pero no es dueño, y el propietario de esa propiedad muere sin que se la pase a otra persona?

—No lo sé —dice Emily.

—Y tampoco lo sabe la familia que vive aquí —digo.

—Entonces, ¿la familia que vive ahora en la propiedad no está relacionada con Dorothy? —pregunta.

—Correcto —digo—. Pero están relacionados con las personas a las que sus abuelos alquilaron cuando todavía estaban vivos. Había dos casas. La casa principal para la familia Reynolds, y una cabaña más pequeña que alquilaban.

—Entonces, cuando los Reynolds murieron, ¿la familia simplemente se quedó?

—Sí. Los Russell.

—¿Pero por qué se han negado a dejar que la gente entre en la propiedad?

—Al parecer, la familia de Dorothy era muy clara en no querer a nadie por aquí. Al principio, la familia cumplió con eso por respeto a la familia Reynolds. Luego debieron darse cuenta de que en realidad no tenían ningún derecho sobre la tierra. No estaban pagando alquiler ni nada y simplemente seguían con sus vidas. A medida que las cosas cambiaron y la fuerza policial mejoró en hacer cumplir la ley en lugar de simplemente seguir lo que querían las personas influyentes, empezaron a preocuparse por su futuro. Se les ocurrió que probablemente alguien querría reclamar esta tierra, y si no es el caso, el terreno pertenece a Sunborn View. Como la tierra nunca fue propiedad de la ciudad, no está sujeta a impuestos, pero les preocupaba que, si empezaban a dejar que la gente deambulara por ella, alguien empezaría a hacer preguntas, y podrían perder su cómoda casa sin alquiler.

—Y no tuviste problemas en confirmar eso, ¿verdad?

—No necesariamente confirmarlo, pero tampoco descartarlo —digo—. Fui a su casa y les dije que estaba interesado en ver los terrenos, pero que me aseguraría de mantener la discreción.

—¿Y ellos accedieron?

Extiendo los brazos para indicar el espacio que nos rodea.

—Aquí estamos —digo.

—¿Pero por qué?

—Al principio solo quería verlo. Me entró la curiosidad. Pero cuando estaba hablando con los Russell, compartieron conmigo algo interesante.

—¿Qué es?

—Les pregunté si sabían algo sobre la familia Reynolds, o dónde podrían estar ahora. No mencioné a Dorothy por su nombre, ni nada sobre el Sr. Berg. Dijeron que no sabían mucho de ellos. Han pasado un par de generaciones desde que murieron los abuelos de Dorothy. Pero, tenían una leyenda familiar interesante. Un esqueleto en su armario, por así decirlo.

—¡Oh, por favor! Dime que no tienen el esqueleto de Dorothy en un armario —dice Emily, cerrando los ojos como para prepararse para lo que voy a contarle.

—No —digo—. Al menos, no literalmente. Lo que tienen es una historia. La mujer con la que hablé dijo que fue la bisabuela de su marido quien vivió aquí cuando se quemó la escuela. Dice que varias semanas antes del incendio, vio lo que parecía una joven corriendo por la propiedad. Estaba preocupada y la siguió hasta un viejo granero cerca de uno de los campos. La chica escondió algo y luego huyó.

—¿Dorothy?

Me encojo de hombros.

—No pudo ver su cara. Después del incendio y al enterarse de que Dorothy había desaparecido, sintió curiosidad y fue al granero a ver qué había dejado la chica. Dijo que todavía había muchas cosas allí, pero lo más interesante era un joyero antiguo que parecía fuera de lugar. Dentro había un montón de cartas.

—¿Cartas? —pregunta Emily—. ¿Las leyó?

Niego con la cabeza.

—No. Pensó que sería una invasión de la privacidad de la chica.

—Pero había desaparecido —argumenta Emily—. ¿Cómo pudo no llevarlas al menos a la policía?

—No quería involucrarse. Las volvió a guardar, pero no podía dejar de pensar en ellas. Volvió a buscarlas. Las guardó en su baúl nupcial y se olvidó de ellas hasta años más tarde, cuando los Reynolds ya habían muerto. Estaba dando un paseo por la propiedad como hacía casi todas las mañanas, y cuando se acercó a donde había estado el granero, vio a una mujer parada allí. Estaba mirando a su alrededor como si pensara que podría estar solo desorientada y no saber dónde estaba, pero, según cuenta la historia, la bisabuela sabía que era la misma chica que había escondido las cartas. Había vuelto a por ellas.

—¿Habló con ella? —pregunta Emily.

—No —digo—. La mujer se marchó precipitadamente antes de que pudiera decidir cómo acercarse a ella. No la volvió a ver.

—Entonces, ¿qué pasó con las cartas? —pregunta Emily.

Sonrío y meto la mano en mi bolsillo, sacando el grueso fajo de sobres antiguos y crujientes.

—Me las dieron a mí.

Capítulo Veinte

Emily

No puedo creer lo que estoy viendo. Sigo mirando los sobres, diciéndome que no pueden ser reales. El montón de cartas está atado con una cinta de raso azul, con los bordes deshilachados y el color desvaído por los años.

—¿Las has leído? —pregunto.

—Sí —dice Adam.

—¿Cómo has podido invadir su privacidad de esa manera?

—¿No fuiste tú quien dijo que no podías creer que la abuela Russell no hubiera leído las cartas en cuanto las encontró?

—Bueno —vacilo—, sí. Pero es una situación diferente. Eso fue cuando Dorothy acababa de desaparecer, y lo que hay en esas cartas podría haber ayudado a encontrarla.

—No habría servido —dice Adam—. No entonces. No hay nada en estas cartas que hubiera ayudado a encontrarla en aquellos años. Pero con lo que ya sabemos, podría ayudarla ahora.

Veo que sus ojos se desvían hacia los cimientos ennegrecidos. Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo mientras imágenes de llamas consumiendo el edificio inundan mi mente. Al menos ahora sabemos que Dorothy no murió en el incendio. Ni siquiera estaba aquí ese día.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunto—. Le dijiste a la familia Russell que no ibas a mencionar que habías estado aquí. ¿Fingimos que nunca vinimos?

—Por ahora —dice Adam.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Nunca se sabe lo que puede pasar.

Tengo la sensación de que sabe más de lo que me está contando, pero no insisto. Si me está ocultando algo, probablemente tenga una

buena razón para ello.

—Has venido pronto esta semana. No esperaba verte hasta que volviera del trabajo —digo, sintiendo la necesidad de cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Te quedas todo el fin de semana?

—En realidad, solo me quedaré hoy —explica—. Tengo que volver mañana por la mañana. Pensé que sería bueno estar en la ciudad con más regularidad cuando se acerque el baile de graduación, así que contacté con algunos de mis clientes para ver si estaban dispuestos a adelantar sus eventos. Resulta que fueron más receptivos de lo que esperaba, así que las próximas semanas estarán bastante llenas. Intentaré volver cuando esté cerca de la zona, pero no sé cuánto estaré por aquí.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto.

—Aproximadamente dos meses.

La respuesta me hace sentir como si me hubieran quitado el aire, pero obligo a mi rostro a permanecer neutral. Me recuerdo que esto es lo que yo quería. Soy yo quien dijo que necesitábamos distanciarnos el uno del otro. Esto es solo otro recordatorio de por qué tomé esa decisión. El negocio de Adam es lo más importante en su vida, y nada cambiará eso jamás. Nunca querría interponerme en su camino, pero tampoco voy a ser la esposa obediente y aburrida que se queda en casa y deja que su vida se escape mientras él dedica todo su tiempo a cumplir los sueños de sus clientes. Siempre tendrá la mirada puesta en el futuro, aspirando al siguiente paso en su éxito.

—Eso solo dejará dos semanas para ultimar todos los detalles —digo.

Adam asiente.

—Lo sé —dice—. Pero también sé que puedes acabar la mayoría tú sola. En realidad, no queda mucho a estas alturas. Te enviaré la lista de invitados definitiva cuando obtenga la última copia de mi equipo de investigación, y podrás enviar las invitaciones.

—¡Oh, genial! —digo.

Ha sonado más quejumbroso de lo que pretendía. Al menos Adam tiene la amabilidad de no señalarlo.

—¿Estás lista para irnos? —pregunta.

—Claro —digo.

Empiezo a alejarme de los cimientos, pero él vacila.

—Antes de irnos. —Mete la mano en su bolsillo y saca una cajita —. Quiero darte esto. —La cojo y abro la tapa—. No pensarías que iba a ignorar *por completo* San Valentín, ¿verdad?

Dentro de la caja hay otro pequeño dije para mi pulsera. Adam saca del estuche de terciopelo un tenedor brillante, una alusión a nuestra búsqueda del tesoro. Lo engancha en la cadena de mi muñeca, y no puedo evitar sonreírle.

—Entonces, supongo que te dejaré comer los barquillos de helado caseros que te esperan en la encimera de la cocina en lugar de quedármelos todos para mí —digo.

—¿Me has hecho barquillos de helado para San Valentín? —pregunta, conmovido.

—Y helado también. Incluso algo de chocolate y virutas de colores —digo.

Adam se lleva las manos dramáticamente al pecho y sonríe.

—Que se detenga mi corazón —dice juguetonamente.

****

Estoy tratando de aferrarme a ese tono juguetón un mes después durante mi almuerzo obligatorio con los estudiantes. La mesa está vacía excepto por mi bandeja de raviolis. Ni siquiera me di cuenta de que la cogí mientras pasaba por la fila del comedor. Mi cerebro estaba en piloto automático, y agarré ciegamente lo que tenía delante. Mis ojos miran al vacío, y mis dedos juegan distraídamente con los dijes de mi pulsera. El cono de helado. El tenedor. Y luego la

pequeña estrella que llegó a la escuela con un mensajero la noche del estreno del musical de primavera.

—Por favor, dime que lo que te tiene tan en las nubes que podrías chocar los cinco con el hombre de la luna es algo jugoso.

Melissa desliza su bandeja sobre la mesa en su sitio habitual y se sienta. Sus ojos se encuentran con los míos expectantes mientras coge una patata frita y la lanza con destreza a su boca.

Me enderezo e intento parecer casual mientras cojo mi tenedor. Las púas se clavan en los blandos cojines rellenos de carne, pero no van más allá. No hay manera de que esas atrocidades se acerquen a mi boca. Mi estómago simplemente no está para eso hoy.

—Solo estoy obsesionada con todo este asunto del baile —digo.

Oficialmente he dicho la palabra «baile» más que cualquier mujer adulta en la historia. ¡Voy a estar tan contenta cuando termine y pueda fingir que nunca volverá a pasar! Y luego reservaré unas vacaciones bien lejos de cualquier instituto estadounidense para el próximo mayo.

—No me lo creo. ¿En qué estás pensando realmente, Em?

Balbuceo durante unos segundos y trato de inventar una mentira convincente. Me siento aliviada cuando veo a la señora Hannigan acercándose a nosotras. Me alejo de Melissa y sonrío a la vicedirectora.

—Hola, señora Hannigan —digo.

—Emily, me alegro tanto de que estés aquí. —*Porque hay tantos otros lugares donde podría estar cuando usted me ha ordenado comer entre los adolescentes*—. ¿Ha hablado con Adam en los últimos días? Sé que está de viaje de negocios, pero ¿se ha puesto en contacto con usted?

Suena casi frenética y me preocupa que algo vaya mal.

—No desde principios de semana —digo—. Lo último que supe es que se dirigía al bosque y no iba a tener cobertura durante un tiempo. ¿Qué ocurre?

Muestra una sonrisa ligeramente jadeante.

—¡Oh! Nada. Lo siento. No quería preocuparla. Acabo de hablar por teléfono con el señor... uno de los proveedores para el... proyecto, y ha recibido el pedido del que Adam y yo hablamos. —Sus ojos miran alrededor, a las mesas de estudiantes, como si intentara evaluar si la han oído o no—. Quería que lo supiera.

—Se lo diré cuando hable con él —le digo—. ¿Qué proveedor?

Ella niega con la cabeza, llevándose un dedo a los labios para acallarme.

—Solo dígale que es para la tienda.

No sé a qué se refiere, pero decido seguirle la corriente.

—Lo haré —le digo.

La señora Hannigan sonríe y sacude la cabeza de esa manera en que lo hacen las personas mayores cuando parece que están sorprendidas de que la generación más joven haya logrado sobrevivir, y no solo eso, sino tomar buenas decisiones.

—Ese marido suyo —dice—. Es algo especial. Pero supongo que ya lo sabe.

Melissa y yo intercambiamos miradas, y fuerzo mi cara a sonreír.

—Sí —digo—. Adam es realmente... algo.

La señora Hannigan suspira soñadoramente, luego se acerca más, bajando la voz para evitar que cualquiera a nuestro alrededor escuche lo que va a decir a continuación.

—Todo lo que está haciendo por estos chicos, sin olvidarnos a nosotros, los adultos, que quieren disfrutar del baile. Y pensar que se niega a aceptar un solo céntimo por ello, y está pagando los gastos adicionales de su bolsillo. Le tocó uno bueno. Agárrelo fuerte.

Nos hace un pequeño gesto con la mano y se aleja. Estoy atónita. No estoy segura de qué pensar ni cómo reaccionar a lo que acaba de decir.

—¿De qué hablaba? —pregunta Melissa, inclinándose sobre la mesa hacia mí—. ¿Qué quiere decir con que no está cobrando ni un céntimo por el trabajo que está haciendo? Pensaba que le estaban pagando una comisión enorme.

—Yo también lo pensaba —digo.

Melissa me mira interrogante de nuevo.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta—. No tienes buena cara.

—Estoy bien —digo—. Solo cansada. Parece que todo está pasando muy rápido.

Cuando llego a casa esa tarde, sigo pensando en lo que dijo la señora Hannigan. Decido tumbarme en el sofá un rato antes de empezar con las invitaciones del baile. Quizás esto ayude a calmar mis náuseas. Elegir el sofá en lugar de la cama hace que parezca más un pequeño descanso que una siesta. Sin embargo, mis ojos solo han estado cerrados unos segundos cuando mi teléfono suena y me sobresalta. Debería recordar apagar las notificaciones cuando quiero descansar. Alargo el brazo para cogerlo y miro la pantalla.

—¿Adam? Pensaba que estabas en medio del bosque y no ibas a tener cobertura.

—Mi cliente encontró una garrapata e insistió en que le llevaran a urgencias —dice.

—¿Por una garrapata?

—Era una garrapata grande.

—Entonces, ¿se cancela el resto de la experiencia?

—No —dice Adam—. Dice que quiere volver, pero pasarán al menos un par de días antes de que podamos volver a intentarlo.

—¿Por qué?

—Hay algo más que necesito hacer, y quiero que estés aquí conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy enviando un coche a buscarte. El avión te recogerá fuera de la isla y te veré por la mañana.

Me incorporo de golpe, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —pregunto de nuevo—. ¿Coche? ¿Avión? No entiendo.

—Necesito que vengas aquí durante un día. Solo uno. Ya he hablado con la señora Hannigan, y ha conseguido un sustituto para todas tus clases de mañana.

—¿Has hablado con la señora Hannigan? ¿Sin preguntarme primero?

—Pensé que te sentirías mejor si sabías que todo estaba ya arreglado y que no tendrías que hacer nada. Solo prepara una mochila y estate lista para el coche. Debería estar en casa en unos veinte minutos.

—Estás bastante seguro de ti mismo, ¿no? —suelto.

—Siempre.

Termina la llamada antes de que pueda responderle. Miro el teléfono con enfado para desahogarme, y luego corro al dormitorio para meter algunas cosas en una maleta. Dijo que solo sería una noche, pero quiero estar preparada por si se alarga más. Estoy refunfuñando por lo bajo y metiendo el neceser en mi bolsa de viaje cuando oigo un bocinazo agudo fuera. Hago una última revisión rápida del dormitorio y el baño antes de salir. Cierro la puerta con llave, camino hacia el coche, tiro mis bolsas en el asiento trasero y me meto dentro tras ellas.

—Hola —digo.

—Hola, señora Conway.

—¿Sabes qué está pasando?

—Me dijeron que la recogiera. Eso es todo lo que sé.

Asiento y permanezco en silencio durante el resto del trayecto hasta el pequeño aeropuerto privado donde espera el avión de Adam. He volado en él varias veces, pero esta es mi primera vez

sola. Me acomodo en mi asiento habitual, me abrocho el cinturón y me preparo para el despegue.

El vuelo es sorprendentemente corto, un alivio mientras bajo las escaleras con las piernas temblorosas y combatiendo oleadas de náuseas. Otro coche me está esperando, y camino hacia él mientras el conductor me sujeta la puerta. Estoy anticipando un cómodo asiento de cuero y quizás una oportunidad para tumbarme un poco. En cambio, cuando subo al coche, encuentro a Adam esperándome dentro.

—Hola —digo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento mientras me acomodo a su lado.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¿Tuviste oportunidad de leer las cartas? —pregunta.

Asiento.

—La mayoría. Eran preciosas. Aunque muy tristes. No podía dejar de pensar en cómo terminó su historia.

—¿Las has traído contigo?

—Sí —digo, metiendo la mano en mi bolso para sacar los sobres —. ¿Por qué?

—Porque creo que a Dorothy le gustaría recuperarlas.

****

Las lágrimas asoman a mis ojos cuando las manos de Dorothy comienzan a temblar mientras acaricia los sobres. Se lleva las cartas al pecho y las abraza antes de mirarnos.

—No puedo creer que las tengáis —dice—. Nunca pensé que las volvería a ver. Especialmente después de ir a buscarlas y ver que habían desaparecido.

—Así que *era* usted —digo.

Me mira con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Miro a Adam, sintiendo que no debería haber dicho nada, pero él no parece molesto.

—La mujer que nos dio estas cartas —dice Adam— nos contó cómo llegaron a su poder. Hace años, una de las mujeres Russell la vio escondiendo las cartas en el granero. Las dejó allí, pero luego volvió a buscarlas. Le contó a su familia que muchos años después vio a una mujer deambulando cerca de donde había estado el granero, pero no tuvo oportunidad de hablar con ella.

Dorothy asiente con una sonrisa casi resignada.

—Sí. Era yo —dice—. Esa fue la única vez que volví a Sunborn View desde que me fui. Quería estas cartas, pero no quería que nadie me viera. Me colé en la propiedad por la parte trasera y fui al granero, pero lo habían derribado y ya no estaba. Pensé que quizás había ido al lugar equivocado. Había pasado tanto tiempo desde que las escondí. Pero miré alrededor y mis recuerdos eran tan claros. Sabía que estaba en el sitio correcto. El edificio simplemente había desaparecido. Me rompió el corazón. —Se encoge ligeramente de hombros—. Me lo rompió de nuevo. Después de dejar la isla ese día, nunca volví.

Adam se desliza hacia el borde del sofá estampado de flores donde está sentado, apoyando los antebrazos en sus muslos para inclinarse hacia delante. Quiere que ella se sienta segura hablando con él, que sepa que está completamente interesado en lo que le está contando.

—No queríamos invadir su privacidad —dice—, pero leímos las cartas. Eran preciosas. ¿Por qué las escondió?

—No quería que mi padre las encontrara —dice—. Estoy segura de que a estas alturas ya sabéis cómo trataba a Devin.

—Sí —dice Adam—. Hemos oído que no era precisamente amable con él.

Dorothy resopla.

—Eso es quedarse corto —dice—. Era un hombre cruel e intolerante. Se negaba incluso a escucharme cuando intentaba hablarle de Devin, y de lo maravilloso que era. Intenté decirle cuánto le quería y cuánto me quería él a mí. Que era amable conmigo y que éramos muy felices. Pero mi padre tenía sus... opiniones, y nunca iba a cambiar. Ni siquiera por mí. La única vez que vi a mi padre ser amable después de presentarle a Devin fue cuando fingimos romper. No quería que encontrara las cartas y supiera que seguíamos enamorados, pero no fui capaz de destruirlas. Así que las escondí. Tenía intención de volver a por ellas antes de fugarnos.

Adam toma aire.

—¿Qué pasó, Dorothy? —pregunta—. Nadie lo sabe. Según los que aún recuerdan la historia, usted desapareció, sin que se volviera a saber de usted.

—Eso es lo que yo quería —dice—. Bueno, no al principio. Al principio no fue mi decisión irme, pero cuando me di cuenta de que no quedaba nada para mí en Sunborn View, decidí dejar todo atrás. No quería que nadie de mi pasado supiera dónde estaba. Solo quería empezar de nuevo, aunque sabía que *nunca* tendría la vida que deseaba. No quería ser encontrada.

—Lo hizo muy bien —dice Adam—. Me costó muchísimo encontrarla, e incluso cuando finalmente lo conseguí, no estaba seguro de que fuera usted.

Ella sonríe levemente.

—Nunca pensé que alguien me estaría buscando después de tantos años.

—Ha dicho que la primera vez —digo—. ¿A qué se refiere? ¿Qué pasó que le hizo dejar Sunborn View después del incendio?

—No me fui después del incendio —dice—. Ya me había ido cuando se quemó la escuela.

—¿Ya se había ido? —pregunta Adam.

—Sí. Mi padre me sacó de la isla la noche anterior.

—¿Qué pasó?

Aunque es Adam quien pregunta, yo ya sé la respuesta. Ambos la sabemos. Lo vimos en la pantalla de su ordenador hace unas semanas. Ninguno queremos decirlo. Esta es su historia y necesitamos escucharla con sus propias palabras.

El dolor llena los ojos de Dorothy. Parece frágil, y por mucho que quiera saber qué pasó, casi desearía que no hubiéramos venido aquí a obligarla a revivir esto.

—Mi padre descubrió que Devin y yo seguíamos viéndonos —responde finalmente—. Aunque intentamos mantenerlo en secreto, no soportábamos estar separados. Teníamos que vernos. Alguien del pueblo, nunca supe quién, le dijo que nos había visto juntos. Hasta hoy, me pregunto si fue verdad. Cuando me enfrentó, era tan joven y estaba tan asustada que no se me ocurrió negarlo. Nunca me dio detalles concretos más allá de que nos habían visto escabullirnos juntos. Si lo hubiera negado... —toma aire entrecortadamente, negando con la cabeza—. Durante días no se me permitió salir de casa. Estaba tan alterada que me preocupé hasta enfermar físicamente. Mi madre estaba preocupada por mí e insistió en que fuera al médico. Fue entonces cuando descubrimos... —su voz se apaga.

—Estaba embarazada —digo, ayudándola con las palabras que claramente no quiere pronunciar.

Dorothy asiente, con una única lágrima rodando por su mejilla.

La confirmación me deja sin aliento.

—Había sospechado que podría estarlo, pero no quería creerlo. Esas cosas simplemente no les pasaban a las buenas chicas católicas de Sunborn View. Y, de repente, me estaba pasando a mí. Estaba aterrorizada. Sabía que mi madre tenía que contárselo a mi padre. No había forma de mantenerlo en secreto, al menos no por mucho más tiempo. Cuando se lo dijimos, se puso furioso. Intenté decirle que todo iría bien, que Devin me amaba y que queríamos casarnos. Incluso le conté sobre nuestro plan para fugarnos después del baile.

Nunca debería haberlo hecho, pero pensé que, si él sabía lo en serio que iba Devin, tal vez finalmente nos daría su bendición.

—Pero no lo hizo —dice Adam.

Dorothy niega con la cabeza.

—No. Nunca había visto a mi padre así. Estaba tan callado. Después de su enfado inicial, su rostro de repente se quedó completamente inmóvil, y simplemente se dio la vuelta y se alejó de mí. No me dirigió otra palabra durante tres días. Mi madre me encerró en casa y no me dejó hablar con nadie. Especialmente con Devin, que era lo único que quería hacer. Necesitaba contárselo. Estaba muy asustada, pero al mismo tiempo, una parte de mí estaba secretamente emocionada. Este era nuestro bebé, algo que los dos habíamos creado, y no podía evitar estar ilusionada. En aquella época, tener hijos joven no era tan raro. Conocía a muchas chicas que habían dejado la escuela para casarse y ya se habían convertido en madres. Sabía que Devin y yo seríamos unos padres increíbles, y podía imaginar nuestro futuro. Los tres. Me convencí de que mis padres solo necesitaban hacerse a la idea, y que todo iría bien. De verdad lo creía. Entonces, una noche, mi padre entró furioso en mi habitación, sacó mi maleta del armario, la abrió y empezó a llenarla con mi ropa y mis cosas.

—¿No dijo nada?

—No —dice Dorothy—. No me habló hasta después de obligarme a subir a su coche, y habíamos estado conduciendo durante más de tres horas. Le pedí parar para ir al baño, y explotó. Fue como si una presa se hubiera roto dentro de él, y todo lo que había estado pensando y sintiendo salió de golpe. Me dijo que había deshonrado a la familia y que, en lo que a él concernía, yo ya no era su hija. Durante un tiempo, pensé que me llevaba a casa de mi abuela. La madre de mi madre. Pero nunca avergonzaría más a la familia explicándole a mi abuela lo que había pasado. Tenía otros planes para mí.

—Un convento —dice Adam.

Dorothy asiente emocionada.

—Lo sabéis.

—Cuando mi equipo la estaba buscando, encontraron un registro del convento. Muestra dónde su padre firmó su ingreso. No sabíamos qué pasó con el bebé.

—De esas cosas no se hablaba entonces. Era una vergüenza que las familias prestigiosas se esforzaban por ocultar. Incluso el convento no hizo público el motivo por el que me llevaron allí. Pero dentro de los muros había una docena de chicas como yo. Algunas fueron abandonadas allí por padres humillados y decepcionados, otras fueron por sí mismas porque las habían echado de casa, sin opciones y sin ningún otro sitio a donde ir. Todas compartíamos una cosa: estábamos solteras y embarazadas. Al principio fue horrible. Estaba devastada y añoraba mi hogar. Me dolía la ausencia de Devin. Pero con el tiempo me di cuenta de que no tenía sentido sentirme así, y que esto podría ser lo mejor para mí y mi bebé. Estaríamos seguros, nos mantendrían sanos y no tendríamos que enfrentar a mi padre cada día. Las monjas nos dieron un hogar mientras estábamos embarazadas. Éramos responsables de limpiar y preparar nuestras propias comidas. Cuidábamos un jardín y aprendíamos costura y otras habilidades domésticas. Sentía que nos cuidaban, pero también nos enseñaban a cuidarnos a nosotras mismas. Muchas teníamos la esperanza de que nos estuvieran ayudando a aprender a cuidar de nuestros bebés una vez que nacieran.

—Pero eso no ocurrió —dice Adam.

—Llevaba allí un par de meses cuando dos de las chicas tuvieron sus bebés. Al día siguiente, los padres de una de ellas vinieron a recogerla. Habían cambiado de opinión y la llevaron a casa. La otra chica esperó, pero nadie vino a por ella. Las monjas le dijeron que podía intentar contactar con sus padres, pero no pudo localizarlos. No estaba casada, así que no le permitieron contactar con nadie más. Dos días después, le dijeron que se había acabado el tiempo, le quitaron a su bebé y la obligaron a firmar papeles de adopción. Tuvo

que ver a través de la ventana cómo una pareja que no conocía se llevaba a su hijo del convento.

—Eso debió de ser horrible —digo.

—Lo fue —admite Dorothy—. Pasé el resto de mi embarazo rezando para que mis padres reconsideraran su decisión, o que de alguna manera me permitieran marcharme con mi bebé y pudiera encontrar a Devin. Pasé mi decimoctavo cumpleaños allí, y pensé que quizás eso cambiaría las cosas. Tal vez después de cumplir los dieciocho, tendría más control. Pero entonces vi cómo a otra chica, unos meses mayor que yo, también le quitaban a su bebé. No sabía qué iba a pasar. Le dije a las monjas que quería quedarme con mi bebé, pero me dijeron que no era una decisión que me correspondiera tomar. Dijeron que cuando mi padre me llevó allí y firmó mi ingreso, perdí mis derechos para decidir. Él firmó el acuerdo por mí. O bien volvería a la custodia de mis padres después del parto, o bien entregarían al bebé en adopción a una familia adecuada poco después del nacimiento. No había otras opciones.

—Eso no puede ser legal —protesto.

—Nunca lo cuestioné —dice Dorothy—. No creía que pudiera hacerlo. En muchos aspectos, seguía siendo inocente e ingenua. Solo sabía lo que había experimentado hasta entonces, que era ver cómo mis amigas tenían que renunciar a sus bebés y luego desaparecían del hogar. Era un precioso día de otoño cuando empecé a ponerme de parto. Nunca lo olvidaré. Miraba por la ventana y observaba las hojas. Me ayudaba a concentrarme a través del dolor de las primeras contracciones. No quería admitir que estaba de parto. Había escuchado historias de terror sobre el alumbramiento, y sabía que tan pronto como las monjas supieran lo que estaba pasando, me llevarían a la enfermería y me medicarían. No quería eso. Después de unas horas, no pude esconderlo más. Ellas sabían lo que estaba pasando, y de repente perdí todo el control que me quedaba. Me ataron a una cama y una enfermera entró con una aguja. Intenté resistirme, pero dijeron que así es como se hacían las cosas. Lo siguiente que recuerdo es que estaba

volviendo en mí y tenía un bebé en mis brazos. No podía recordar el parto. Solo sabía que había pasado por un dolor insoportable. Pero mi bebé estaba allí delante de mí, y lo único en que podía pensar era en ella.

—¿Tuviste una hija? —pregunta Adam.

—Sí. Era tan hermosa. Tan pequeña y dulce. Con unos labios rosados y una piel suave como el terciopelo. Tenía unas pestañas largas como las de Devin.

—¿Devin tenía las pestañas largas cuando era joven?

Los ojos de Dorothy se abren bruscamente, y me mira durante un instante como si no estuviera segura de qué pensar sobre la pregunta.

—¿Conocéis a Devin? —pregunta, con la sorpresa evidente en su voz.

Puedo sentir los ojos de Adam sobre mí, y me doy cuenta de que no había mencionado nuestra conexión con el señor Berg.

—Sí —explica él—. Fue cliente mío y nos hicimos amigos.

—¿Por qué no me lo dijisteis cuando me contactasteis por primera vez? —pregunta Dorothy.

Suena sin aliento y desconcertada por la repentina revelación.

—Lo siento —dice Adam—. No creí que fuera apropiado mencionarlo por teléfono. Quería hablarle de él en persona. Por favor, cuéntenos qué pasó después.

Dorothy parece insegura, pero deja las cartas sobre su regazo y continúa.

—Llamé a mi hija Violet. Aunque no lo dije en voz alta, porque sabía que a las monjas no les gustaría. Pero cuando me daban la espalda, besaba su carita y le decía el nombre que le había puesto. No sabía cuánto tiempo me dejarían tenerla en brazos. Luego me dieron un biberón para alimentarla y me permitieron cambiarla y vestirla. Me quedé dormida con ella en la cuna junto a mi cama.

Cuando desperté, ya no estaba, y entré en pánico. Pero solo se la habían llevado para que la viera el médico. Más tarde esa mañana, una de las monjas vino a decirme que mis padres vendrían a visitarme al día siguiente. Estaba entusiasmada. Ni siquiera les había contactado. A la mañana siguiente, me vestí y puse a Violet el sencillo vestido blanco que proporcionaban las monjas. La puse en un cochecito y la saqué a los jardines para que respirara aire fresco por primera vez. Estaba tan orgullosa de ella. No podía esperar a que llegaran mis padres para mostrársela. Cuando llegaron, mi madre vino directamente hacia mí y me envolvió en un gran abrazo. Miró a Violet y pude ver el amor en su rostro. Estaba feliz, aunque no lo dijera. Luego fue el turno de mi padre. Se negó a acercarse a menos de cinco metros de nosotras. Permaneció allí dándonos la espalda, y aunque mi madre lo llamara, se negó a responder. Solo se quedaron unos minutos antes de que él se marchara enfurecido. Nunca supe por qué vinieron. No entendía por qué conducirían desde tan lejos si no iban a llevarnos a casa. En ese momento, supe que todo había terminado.

—¿Se llevaron a Violet? —pregunto.

—Sí. Esa tarde, una monja me dijo que una familia vendría a buscarla al día siguiente. Hice todo lo posible por no dormir en absoluto. Quería memorizar cada segundo que pasaba con ella. Le hablé de todo lo que se me ocurrió, esperando que de alguna manera recordara mi voz. Le dije que la quería tantas veces como pude, pero no fue suficiente. En cuanto la sacaron de mis brazos y salieron de la habitación, me quedé vacía. Corrí hacia la temida ventana, la misma ventana frente a la que mis amigas habían estado durante meses, y observé cómo una pareja se la llevaba. Sabía que al final del día, tendría un nuevo nombre y que crecería sin saber nunca de mí.

—¿Qué pasó después? —pregunta Adam.

—Tenía dieciocho años —dice Dorothy—. Era una adulta. Tomé la ropa que tenía conmigo en el convento y el poco dinero que mi madre me dejó, y fui al pueblo más cercano. Desde allí, tomé el

primer autobús y acabé en Atlanta. Encontré una pensión. Conseguí un trabajo en una fábrica. Intenté dejar atrás Sunborn View y a mi familia. Le escribí a Devin, pero nunca recibí respuesta. Escribí a mis padres, pero solo recibí una carta de mi madre. Decía que Devin había sido reclutado para la guerra y que no había regresado. No dijo que hubiera muerto en combate, pero tampoco dijo que estuviera vivo. En aquella época, no había forma de localizar a alguien. Tenías que esperar a recibir una carta o a que regresaran. Con Devin, no ocurrió ninguna de las dos cosas. Cuando volví años después, intenté encontrarlo. Nadie sabía quién era yo, y seguí usando un nombre falso. No quería que mi familia supiera que había vuelto hasta que encontrara a Devin. No fue hasta más tarde que me enteré de la muerte de mi padre y de que mi madre y mis hermanos se habían marchado. No pude encontrarlo, y temía que hubiera muerto en el extranjero.

—¿Tu madre nunca te dijo que te escribió?

Ella niega con la cabeza.

—No —dice, con los ojos de nuevo muy abiertos—. ¿Me escribió?

—Muchas veces —le dice Adam—. No sabía dónde estabas, así que las envió a todas partes, incluidos tus padres.

—La gente le dijo que habías muerto en el incendio de la escuela o que te habías fugado con otro hombre. Pero Devin se negó a creerlo. Sabía que no lo habrías traicionado de esa manera.

—Nunca lo habría hecho —dice suavemente—. Lo amaba muchísimo. Siempre me he preguntado por él, y si sobrevivió. Y si lo hizo, cómo habría sido su vida. Cada vez que veía una pareja o una familia, pensaba en lo maravilloso que habría sido criar juntos a nuestra hija. Después de darme cuenta de que lo que hizo el convento no solo era tremendamente poco ético, sino extremadamente ilegal, intenté hacer algo al respecto. Pero la organización llevaba mucho tiempo cerrada y los registros habían sido destruidos. Quería encontrar a mi hija, pero no pude.

—Dorothy, Devin tampoco dejó nunca de pensar en usted. Sin embargo, la razón por la que supimos de usted fue gracias a Larry Schroeder. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto que sí. Larry era el mejor amigo de Devin.

—Todavía lo es —dice Adam—. Es el único en Sunborn View que ha mantenido contacto con él. Devin nunca regresó a Sunborn View debido a la discriminación que sufrió allí, y le pidió al señor Schroeder que no le dijera a nadie que seguía en contacto con él, a menos que la encontrara a usted.

—No lo vi cuando volví —dice Dorothy—. Nunca tuve la oportunidad de hablar con él.

—Ojalá lo hubiera hecho —digo—. Pero ahora el señor Schroeder se jubila de su puesto como director del instituto. Su subdirectora nos pidió que recreáramos el baile de graduación como celebración para él y como reunión de su promoción. Como mencioné, Devin fue cliente mío, y luego descubrí su conexión con Sunborn View.

—¿No visteis su nombre en la lista de estudiantes? —pregunta Dorothy—. ¿Mientras investigabais para la promoción?

Adam y yo intercambiamos miradas.

—Los registros no están completos —dice Adam—. Los expedientes de los estudiantes han sido destruidos, y todo lo que queda son algunos recortes del incendio y el registro en la Sociedad Histórica. Incluso ese fue elaborado voluntariamente por los antiguos alumnos.

—Así que ninguno de los dos aparecemos en la lista —dice mientras la realización se asienta en ella.

Niego con la cabeza.

—Solo contiene los nombres e información de contacto de las personas que se registraron ellas mismas, o que registraron a otros con los que siguen en contacto.

—Pero os hemos encontrado —dice Adam—. A ambos. Vamos a invitar al señor Berg a un evento especial que organizamos en honor

al señor Schroeder antes del baile, y también al baile. Nos encantaría que usted viniera también.

—¿Ver a Devin de nuevo? —pregunta Dorothy.

Asiento felizmente. Espero que esté emocionada, tan entusiasmada ante la perspectiva de verlo de nuevo que apenas pueda contenerse. En cambio, se levanta y cruza la habitación para mirar por la ventana. El sol se puso antes de que Adam y yo llegáramos a su casa, y ella está mirando hacia una oscuridad casi completa, pero sé que lo está pensando detenidamente. Permanece en silencio durante varios largos momentos antes de volverse para mirarnos.

—No lo sé —admite.

—¿Por qué? —pregunto—. Pensé que querría verlo.

—Quiero —dice—. Pero al mismo tiempo... —duda— han pasado tantos años. Hemos vivido nuestras vidas enteras. ¿Y si ya no tenemos nada en común?

—Se tienen el uno al otro en común —digo.

—¿Pero es eso suficiente? —pregunta—. Me preocupa que volver a verlo después de tanto tiempo y con tantas cosas sin decir entre nosotros, solo arruine mis recuerdos de nuestro tiempo juntos. Esos recuerdos son preciosos para mí. No quiero perderlos.

—Podrían crear nuevos —dice Adam—. Juntos.

—Tengo que pensarlo bien —dice Dorothy—. Por favor. Me pondré en contacto con vosotros cuando lo haya decidido. —Levanta las cartas—. Gracias, de nuevo, por traérmelas. Es maravilloso tenerlas de vuelta.

Nos quedamos solo un poco más, luego salimos de casa de Dorothy, dejándole nuestros datos de contacto para que pueda comunicarse con nosotros. Ambos estamos callados mientras caminamos hacia el coche y subimos al asiento trasero. El conductor nos lleva rápidamente a un hotel y Adam sube mis maletas a nuestra habitación. Mi mente está dando vueltas y mi corazón late acelerado.

Él se sienta en el borde de la cama y comienza a quitarse los zapatos, pero yo no puedo relajarme.

—No puedo creer lo que le pasó a Dorothy —dice—. Sabía que su padre la envió a vivir a un convento, pero pensé que era solo un hogar para chicas descarriadas. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera estar embarazada.

—Lo sé —digo.

—Debió de estar tan asustada y confundida. Y no poder contarle nunca a Devin sobre su bebé. Debe ser horrible.

—Estoy segura de que lo es —digo.

—Nunca he pensado realmente en ser padre. Simplemente no sé si está en mi futuro. Pero ni siquiera puedo imaginar cómo debió ser para Dorothy que le arrebataran a Violet. No tener voz en el tema. Incluso si hubiera podido ponerse en contacto con Devin, no sé cómo se lo habría dicho. Eso no es algo que puedas decir por teléfono.

Me detengo y lo miro fijamente, con las manos cayendo a mis costados mientras tomo una respiración profunda y temblorosa.

—No lo es —digo—. Motivo por el cual no te lo he contado.

Capítulo veintiuno

Adam

Siento que mi cerebro se ralentiza para procesar lo que Emily acaba de decir. Está de pie frente a mí, con sus ojos fijos en los míos, y me estoy derritiendo bajo su mirada resuelta. No puedo encontrar las palabras adecuadas. Tengo miedo de que, si digo algo, no sea lo correcto.

—Siento no habértelo dicho antes —dice—. Me enteré hace apenas una semana. No sabía cómo decírtelo, y no quería coger el teléfono y llamarte sin más.

—¿Estás embarazada? —logro articular.

—Sí —responde.

Eso es todo. Solo «sí». Esa simple palabra ha cambiado mi vida en un instante. No sé qué esperaba que dijera, pero de alguna manera, no me parece suficiente. Espero que diga algo más, pero no lo hace. Me ha devuelto la conversación y espera mi respuesta. Estoy en shock y, por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de qué decir.

—¿Cómo? —pregunto finalmente.

—¿Cómo? —pregunta Emily con incredulidad.

—Maldita sea. Ya sé cómo. Es que...

—Por lo que me dijo el médico en mi cita de la semana pasada, solo puedo suponer que celebramos nuestro matrimonio más de lo que recordamos —dice—. Y quizás no fuimos tan cuidadosos como deberíamos haber sido.

Asiento. Siento que debería estar reaccionando de otra manera. No puedo descifrar lo que pasa por mi cabeza, y no sé qué palabras son las correctas para decirle a Emily. Su rostro está tranquilo y neutral, sin darme ninguna indicación de cómo quiere que reaccione. Lo que me ha dicho va calando y se me ocurre un pensamiento.

—¿Año Nuevo? —pregunto—. Pero si llevas tanto tiempo embarazada...

—Nunca he tenido periodos regulares —dice Emily—. Es un problema bastante común y, sinceramente, no es algo en lo que piense mucho. Puede empeorar con el estrés, y a veces me pasa uno o dos meses seguidos. Con todo lo que ha estado pasando, supongo que no me di cuenta.

—¿No crees que deberías haber prestado más atención? —pregunto, sorprendido por su respuesta—. ¿No llevas un control o algo así?

Emily me mira con incredulidad.

—Claro que sí —dice—. Como todas las mujeres, tengo un pequeño calendario rosa donde dibujo una mariposa el primer día y una flor el día que se espera, y cuento los días hasta mi próximo ciclo, sin aliento y llena de esperanza y anticipación.

—No es eso lo que quería decir —respondo.

—¿En serio me estás culpando?

—No te estoy culpando de nada —gruño—. No es algo por lo que culpar a alguien. No es algo que hayas hecho con mala intención.

—¡Oh, menos mal que has dicho eso! Estaba tan preocupada de que pensaras que usé mi útero como arma contra ti.

—Vale. Ambos necesitamos calmarnos. Esta conversación se ha descarrilado. Tenemos que hablar de esto.

Emily respira hondo, y sus hombros se relajan ligeramente. Se acerca a la cama y se sienta a mi lado.

—Tienes razón. Necesitamos hablar de esto... cuando regreses a Sunborn View.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué quieres decir con cuando regrese?

—Todavía tienes trabajo que hacer con tu cliente —señala.

—Puedo posponerlo —digo.

—No —dice Emily, negando con la cabeza—. Debes volver a casa, a tu oficina y a tu vida.

—Sunborn View es mi hogar —le recuerdo—. Esta es mi vida. Emily, no voy a alejarme después de que me has dicho que llevas a mi bebé.

—No creo que vayas a alejarte —dice—. Sé que no eres un hombre horrible e insensible que abandonaría a la mujer a la que dejó embarazada. ¿Te hace sentir mejor?

—No... especialmente.

—Mira, Adam. Hace unos minutos, has dicho que nunca habías considerado ser padre.

—Eso solo significa que es algo que no había planeado.

—Exactamente. Esto no es algo que estuviera en tu radar, y necesitas algo de tiempo para pensarlo. Ambos tenemos mucho que pensar. Esto no es solo un tema de conversación. No es una legalidad accidental que tengamos que resolver. Debemos tomarnos el tiempo necesario para pensar en esto y decidir lo que significa para ambos. No quiero que abandones tu trabajo o empieces a distanciarte de tus clientes porque tienes un sentido distorsionado del deber. Debes seguir viviendo tu vida y decidir dónde y cómo encajará esto.

—Dijiste que no te gustaba que la gente tomara decisiones por ti, y que siempre quieres tomar tú las decisiones.

—Los dos sabemos que hasta ahora eso no me ha funcionado. Además, *estoy* tomando una decisión por mí misma. He decidido seguir viviendo mi vida de la misma manera que antes y dar tiempo a mi mente y corazón para resolver todo esto. Tú debes hacer lo mismo. Vuelve a Sunborn View cuando tenías previsto hacerlo, y entonces hablaremos más sobre esto, ¿vale?

Continúo mirándola fijamente. No sé lo que estoy haciendo. Si alguien me hubiera preguntado hace un año qué haría si una mujer estuviera embarazada de mi hijo, habría improvisado un plan lógico

y a prueba de fallos. El primer paso ciertamente no habría incluido quedarse mirándola sin palabras. Y, sin embargo, aquí estoy.

—Emily —finalmente logro decir—. No puedo hacer eso.

—No te estoy dando una salida, Adam. No estoy tratando de manipularte o controlarte. Te estoy diciendo que puedo con esto, y quiero que lo pienses cuidadosamente antes de que hablemos. No estoy usando esto como moneda de cambio ni intentando algún tipo raro de psicología inversa contigo.

—Nunca dije que lo estuvieras haciendo —respondo a la defensiva.

Emily niega con la cabeza y se levanta del borde de la cama.

—Adam, no estoy tratando de convertir esto en una pelea. Por favor, no lo hagas tú. Esto no tiene que ser dramático ni causar problemas. Todavía no, al menos. Por ahora, es solo que no quería seguir compartiendo mi cuerpo con tu bebé sin que lo supieras.

—Supongo que es bueno que las personas sepan dónde están sus hijos, especialmente cuando son pequeños —digo.

Emily me sonríe y se dirige hacia la puerta.

—Me voy al otro dormitorio. Necesito dormir. ¿Volvemos por la mañana?

Asiento.

—Bien. —Da unos pasos más, luego se detiene y me mira por encima del hombro—. Voy a quedarme con el bebé, Adam. Independientemente de lo que decidas. No quiero que pienses que estás tomando esa decisión. No pondría ese peso sobre tus hombros.

Nuestras miradas se encuentran durante unos segundos, y ella sale de la habitación.

Me siento al borde de la cama sosteniendo el zapato que me quité antes de que Emily soltara la bomba y miro fijamente la pantalla apagada del televisor. Si mi vida fuera una película para

televisión, este sería el momento en el que la pantalla se encendería espontáneamente y mi ángel guardián me diría qué hacer a continuación. Pasan los segundos. No. Ningún ángel guardián. Parece que estoy solo en esto.

Decido irme a la cama mientras reflexiono sobre la situación. Mientras me voy quedando dormido, oscilo entre cuestionarme si soy capaz de convertirme en el tipo de padre que nuestro bebé merece y una febril emoción ante la idea de intentarlo.

****

Tres semanas después...

—¿Cuándo regresas?

La voz de Emily suena tensa, casi asustada, e instantáneamente, el miedo me oprime el pecho.

—Estoy de camino —digo—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Estoy bien —dice—. Es solo que...

Su voz se apaga y mi pie presiona con más fuerza el acelerador. Sé que lógicamente unos kilómetros por hora más no me harán llegar mucho más rápido que si respeto los límites de velocidad, pero me hace sentir mejor, y si puedo ahorrar, aunque sean segundos, vale la pena. Puedo notar que está tratando de no sonar asustada o alterada, pero su voz es aguda y tensa por la ansiedad.

—¿Es solo qué, Emily? ¿Qué ocurre?

—Dex está aquí —dice.

—¿Dex? —pregunto—. ¿Ha vuelto?

La última vez que vi al exmarido de Emily, estaba corriendo con el culo al aire cruzando la calle hacia su casa de alquiler. Por lo que sé, ella no ha sabido nada de él desde que intentó hacer una audición para el musical de primavera. Al menos no había nada amenazante en su comportamiento cuando estuvo aquí el otoño pasado. Era molesto como un grano en el culo, pero no una amenaza. Por como habla Emily, algo me dice que esto ha cambiado ahora.

—Apareció ayer —dice.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sabía que venías a casa hoy, y no quería preocuparte.

—¿Dónde estaba? ¿Qué hizo?

—Lo vi mientras compraba en el pueblo —dice—. No sé por qué no vino a casa primero. Me alegro de que no lo hiciera. Pero, en cierta forma, fue más inquietante verlo hablando con la gente mientras yo caminaba por la calle principal. No podía oír lo que estaba diciendo, pero por la expresión de su cara me di cuenta de que no estaba de buen humor y que esto no iba a ser otro intento tonto de reconquistarme.

—¿Qué te dijo? —pregunto.

Estoy a solo unos kilómetros del ferry ahora. Voy a estar en Sunborn View antes de lo que había previsto, pero ahora siento que estoy perdiendo el tiempo y debería haber estado allí antes. No quiero mencionar al bebé. Ni siquiera dejaré que mi mente vaya ahí ahora mismo.

—No quería que me viera —dice—. Así que quería intentar llegar a la panadería antes de que me viera, pero levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Parecía tan enfadado. Corrí a refugiarme en la panadería, pero podía oírle gritar mi nombre. Entré al baño y me escondí allí. Él entró y exigió saber dónde me había ido, pero Abigail estaba atendiendo y dijo que no me había visto. No sé cómo alguien de su edad se mantiene tan tranquila e imperturbable cuando la gente les grita obscenidades, pero ni siquiera se inmutó. Simplemente se mantuvo firme y repitió que no me había visto entrar y que no tenía idea de lo que estaba hablando. Que seguramente, debía estar equivocado. Es una suerte que no sea de Sunborn View y no sepa que hay que ir detrás de la vitrina para llegar al baño. Probablemente nunca se le ocurrió.

—¿Dónde está ahora? —pregunto.

Emily toma aire con un estremecimiento.

—Está en la escuela —dice.

—¿En la escuela? —exijo.

—Tuve que quedarme hasta tarde para trabajar en algunas cosas para el baile de graduación. En realidad, estaba muy emocionada por mostrártelas cuando llegaras. Las decoraciones van perfectamente, e incluso he recibido algunas confirmaciones para poder empezar a buscar fotos para el evento de bienvenida. Iba a la sala de profesores a por una bebida, y le oí preguntar a otro profesor dónde estaba yo. Él estaba en el pasillo principal, y me escabullí dentro de la sala justo antes de que me viera. Pero no sirvió de nada. Recordaba la sala de cuando estuvo aquí antes. Sabía exactamente dónde estaba yo.

—¿Sigues en la sala? —pregunto.

—Sí —dice—. Está esperando fuera.

—¿Y nadie ha hecho nada?

—No sé cuánta gente sigue aquí. El profesor con quien habló estaba saliendo. No creo que quede nadie en absoluto. Hace unos meses, la señora Hannigan me dio una llave y le dijo a Richard, el conserje, que actuara como si no me viera si yo estaba por aquí después del horario normal, para que la sorpresa no se estropeara para el señor Schroeder.

Un repentino golpeteo suena a través de los altavoces de mi coche, y Emily jadea. Sé que Dex debe estar golpeando la puerta de la sala de profesores. Está gritando, pero su voz se escucha amortiguada.

—¿Qué está diciendo? —pregunto.

—Quiere que abra la puerta. Dice que necesita hablar conmigo.

—No me importa lo que diga, no abras esa maldita puerta. De hecho, ni siquiera te acerques.

—No lo voy a hacer —dice—. Estoy en la parte de atrás de la sala.

—Bien. Quédate ahí y no le digas nada. Cuelga y llama a Nolan. Tal vez la policía lo asuste.

—No funcionó la última vez.

—No te estaba amenazando la última vez. Llámalos. Llegaré lo más rápido que pueda.

Cuelgo y miro mi teléfono, tentado de llamar yo mismo a la oficina del sheriff. Pero sé que varias personas llamando al mismo tiempo no servirá de nada. De hecho, podría hacer más difícil que respondan a la situación. Todo lo que puedo hacer es llegar allí lo más rápido posible.

****

Emily

El sonido de Dex golpeando la puerta me estremece. Cierro los ojos con fuerza, luchando para que las lágrimas no salgan. Aunque no puede verme, no quiero darle la satisfacción de hacerme llorar. Lo ha hecho demasiadas veces ya, y me prometí hace mucho tiempo que no le daría ese poder sobre mí nunca más.

—¡Déjame entrar, Emily! —grita. Doy un paso atrás y siento la pared detrás de mí—. ¡Te lo dije la última vez que estuve aquí, eres mi esposa! ¡Siempre serás mi esposa!

El comentario me enfurece, y siento que parte de mi miedo se disipa. Después de colgar con Adam, llamo al sheriff. El mismo Nolan contesta en lugar de Minnie, la mujer que suele atender las llamadas en la oficina. Me alegra saltarme las cortesías y la charla trivial, y poder decirle directamente a Nolan lo que está pasando. No duda antes de colgar. Sé que está en camino y que solo será cuestión de minutos antes de que llegue a la escuela. La oficina del sheriff está lo suficientemente cerca como para que pueda correr hasta aquí en poco más de un minuto.

—El sheriff está de camino, Dex —digo, luchando por mantener mi voz lo más tranquila y fuerte posible.

Sé que estoy acobardada detrás de una puerta que agradezco haber recordado cerrar con llave, y que Dex no puede acceder sin destrozarla. Pero, aun así, quiero sonar fuerte y segura, sin miedo de él y de lo que podría hacer si llegara hasta mí.

Dex no dice nada más, pero suelta un gruñido y golpea la puerta una vez más con las manos antes de alejarse. Segundos después, oigo pasos pesados acercándose a la puerta y un golpe seco.

—¿Emily?

Reconozco la voz de Nolan, y parte de la tensión desaparece de mis músculos.

—Estoy aquí, sheriff —le digo—. Estoy bien. Se ha ido.

—¿Dónde está?

Cruzo la habitación y abro la puerta. Me aparto el pelo de la cara y miro a Nolan.

—No lo sé —digo—. Solo le oí alejarse. Probablemente fue hacia la parte delantera de la escuela.

Nolan mira por encima de su hombro a los dos oficiales que están detrás de él.

—Encontradlo —ordena Nolan—. Aseguraos de que sepa que no es bienvenido en los terrenos de la escuela.

Los dos oficiales corren hacia el pasillo principal y Nolan da un paso atrás para dejarme salir de la habitación. Vacilo durante unos segundos, reacia a abandonar la seguridad del espacio. Me recuerdo que ya no estoy sola. Si Dex fue hacia las puertas principales, será fácil para los oficiales alcanzarlo. Todo el mundo ya se ha ido de la escuela, lo que significa que la puerta que dejé sin cerrar en la parte trasera es la única por la que podría salir sin llave. Poco después de que ese pensamiento pase por mi cabeza, oigo gritos, seguidos de un gruñido amortiguado. Puedo imaginar que ese fue el sonido de Dex cuando lo derribaron.

—¿Estás bien? —pregunta Nolan.

Asiento.

—Sí —digo—. Gracias. Aprecio mucho que hayas venido tan rápido.

—Por supuesto —dice—. ¿Qué coño está haciendo aquí?

—No lo sé —digo honestamente—. Pensé que me había librado de él antes de Navidad.

—¿Te dijo algo?

—Solo que quería hablar.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

Estoy empezando a perder la sensación de alivio que tuve cuando vi a Nolan por primera vez, pero el sonido de la voz de Adam me envuelve como una bocanada de aire fresco.

—¡Emily!

Miro por encima del hombro de Nolan y veo a Adam corriendo por el pasillo desde la parte trasera del colegio. Sin ni siquiera pensarlo, me separo de donde estoy y corro hacia él. Hace solo unos días, me había pasado la mayor parte del día convenciéndome de que no le echaba de menos ni le necesitaba en mi vida diaria. Intenté decirme a mí misma que era la mujer independiente y fuerte que pretendía ser, y que podía hacer esto —todo— por mí misma. Ahora, lo único en lo que puedo pensar es en cuánto he echado de menos que me abracen sus fuertes y protectores brazos. Adam me estrecha contra él. Su cuerpo se siente cálido y familiar, me envuelve como si estuviera diseñado para sostenerme. Sus labios encuentran mi cabeza, y alterna entre presionar besos en mi pelo y murmurar palabras tranquilizadoras que apenas puedo oír pero que puedo sentir.

—Estoy bien —le digo—. Estoy bien.

Oigo más gruñidos y veo a los dos agentes llevándose a Dex a la fuerza, medio arrastrándolo, medio cargándolo fuera del pasillo

principal.

—Mierda, esto va a ser desagradable —murmuro, girándome hacia el pecho de Adam.

—¡Ahí está! —gruñe Dex—. Me preguntaba dónde estaba tu precioso caballero de brillante armadura. ¡Vino tan rápido a salvarte la última vez que estuve aquí!

—No es de tu incumbencia dónde estaba —dice Adam, rodeándome con sus brazos como si intentara crear una barrera física entre Dex y yo—. Lo que cualquiera de nosotros haga no te concierne.

—Me importa una mierda lo que tú estés haciendo —espeta Dex —. Pero no me digas que lo que Emily hace no me concierne. ¡Era mi esposa, y volverá a serlo! Te lo prometo.

Adam me coloca suavemente detrás de él y da un paso lento, casi amenazante, hacia Dex.

—*Era* tu esposa, Dex. Eso fue hace años. Y la perdiste porque la maltrataste y le fuiste infiel, como un idiota. Pensaste que ibas a poder colarte de nuevo en su vida, pero no funcionó. ¿Quieres saber por qué? Porque ella está mejor sin ti. No te necesita lo más mínimo.

—¡Eso es lo que tú crees! —grita Dex, revolviéndose contra los agentes que lo sujetan.

No sé por qué no lo han sacado ya del edificio, a menos que estén fascinados por toda la situación y quieran ver qué va a pasar.

—No —dice Adam—. Eso es lo que sé. No importa lo duro e impresionante que creas que eres, no vas a intimidarme. Y puede que ella fuera tu esposa una vez, pero no lo será nunca más.

—¿Y cómo sabes eso, cabrón? —sisea Dex entre dientes.

Puedo ver en sus ojos que tiene miedo de Adam. Debería tenerlo.

—Porque es *mi* esposa —dice con un tono bajo y sereno.

Espero la reacción de Dex, pero no hay ninguna.

A mi otro lado, Nolan se inclina hacia él, con una expresión triunfante en su rostro.

—¡Sorpresa, capullo! —dice.

Adam y yo nos giramos hacia él. Parpadeo varias veces.

—Gracias, Nolan —dice Adam.

Parece que ha cambiado de actitud.

El sheriff hace un gesto de solidaridad con la cabeza, y Adam vuelve a mirar a Dex.

—Déjala en paz —le advierte—. Lo digo en serio, Dex.

Con eso, los agentes finalmente conducen a Dex por el pasillo hacia la puerta trasera del edificio.

—En realidad no hay mucho que podamos hacer —dice Nolan mientras desaparecen—. Podemos hacer el numerito de sacarlo de aquí arrastrando y darle un aviso y todo eso, pero sinceramente eso es todo más o menos. No ha hecho nada que justifique más que eso.

—Ha entrado sin permiso —señalo—, fuera del horario escolar, y nadie tiene permiso para estar aquí excepto yo.

—Entonces, Adam también ha entrado sin permiso. —Miro a Adam. *Mierda.*

—Ya ves lo rápido que esta pendiente se vuelve resbaladiza. Me aseguraré de que sepa que no se le permite entrar en el colegio, independientemente de las circunstancias.

—Se le dijo que no volviera cuando estuvo aquí en otoño —dice Adam.

—Entiendo por qué estás molesto, Adam. De verdad. Pero nunca recibió una prohibición formal de entrada. Este lío probablemente será suficiente para disuadirlo. Si de verdad volvió aquí porque quiere recuperar a Emily, le has dejado bastante claro que eso no va a suceder. Mis agentes lo soltarán, y probablemente se marchará de la isla para siempre esta vez.

—¿Y si no lo hace? —pregunto.

Nolan me mira con una expresión que dice que no quiere problemas y espera que todo se desarrolle exactamente como acaba de decirme.

—Todo va a ir bien, te lo prometo. Vete a casa con tu marido, Emily. Adam no está en el pueblo tan a menudo como para que malgastéis vuestro tiempo juntos preocupándoos por un lunático delirante que se ha quedado con los calzoncillos bajados porque has seguido adelante. Probablemente ya se ha desahogado y no tendrás que lidiar más con él.

Nolan asiente a cada uno de nosotros y se dirige por el pasillo hacia la salida trasera. Me vuelvo hacia Adam, y él extiende la mano para tomar la mía. Las palabras de Nolan aún resuenan en mi mente.

Mi marido.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta Adam.

Asiento.

—Estoy bien —digo—. Probablemente reaccioné de forma exagerada. Es que me asustó mucho.

—No —dice, negando con la cabeza mientras me acerca a él de nuevo—. No reaccionaste de forma exagerada. Se presentó en tu trabajo cuando no había nadie más alrededor y te amenazó. Hiciste lo correcto al llamarme. Siento no haber podido llegar más rápido.

Ahora es mi turno de negar con la cabeza.

—Me alegro de que estés aquí —digo.

—Estoy aquí —dice Adam, rodeándome con sus brazos de nuevo —. Estoy aquí. No me voy a ir de otra vez durante un par de meses. Al menos no hasta el verano. No tendrás que preocuparte.

—¿De verdad? —pregunto.

Sabía que tenía intención de volver para el baile de graduación, pero pensé que podría seguir yéndose los fines de semana o para

reuniones puntuales con clientes. Me alivia saber que tiene intención de quedarse hasta el final del curso escolar. Quiero decirme a mí misma que es para atar todos los cabos sueltos de la celebración de jubilación del señor Schroeder, pero sé que no es así. Me alegro de que esté aquí porque este es donde le quiero —*en casa conmigo*.

Capítulo Veintidós

Adam

Al día siguiente...

—¿Estás segura de que no necesitas nada más?

Emily inclina la cabeza y pone una cara como si estuviera pensando profundamente, luego sonríe y niega con la cabeza.

—No —dice—. Solo el helado.

—Siempre pensé que eso era algo que Hollywood se había inventado —digo mientras abro la puerta y salgo—. Nunca pensé que las mujeres embarazadas tuvieran antojo de helado de verdad.

—Al menos no te estoy pidiendo pepinillos para mojar en el helado —señala.

—Tienes razón. —Abro la puerta, la sujeto con el pie y me vuelvo para mirar de nuevo a mi esposa embarazada—. ¿Y estás segura de que vas a estar bien aquí hasta que vuelva?

—Adam, vas al paseo marítimo a comprar helado. No te llevará mucho tiempo. Creo que, a estas alturas, incluso podrían tener una tarrina esperándome en el congelador.

—¿Has comido mucho helado de menta con trocitos de chocolate estas últimas semanas? —pregunto.

Ella se encoge de hombros, mostrándome un atisbo de sonrisa coqueta.

—¿Qué puedo decir? Este bebé sabe lo que le gusta.

Sus palabras me recuerdan que no falta mucho para que descubramos si lleva una niña o un niño, y podamos dejar de referirnos a nuestro bebé como «eso». La idea de tener una hija o un hijo me produce una pequeña emoción y no puedo evitar sonreír. No hemos hablado mucho sobre el estado de nuestra relación, ni sobre la logística de lo que va a pasar cuando nazca el bebé, ni

siquiera sobre cómo vamos a anunciar el embarazo, pero tenemos que hacerlo pronto. El vientre de Emily está empezando a notarse, y más pronto que tarde, ya no podrá usar la excusa del atracón de comida. Entonces tendremos que enfrentarnos en serio a la realidad. Por ahora, estoy contento de tomar las cosas tal y como vienen.

—Bueno, estoy encantado de complacerle. Mantén la puerta cerrada con llave y no abras a nadie. ¿De acuerdo?

Apenas he terminado de hablar cuando los ojos de Emily se abren con terror, y la puerta que se apoya contra mi pierna se aparta violentamente. Me giro lo suficientemente rápido para ver cómo la cara de Dex se contorsiona de odio mientras me empuja hacia atrás, forzando su entrada en la casa. Tropiezo bajo su peso, y él consigue colarse dentro. Emily se mantiene firme, enfrentándose a él con los puños cerrados a sus costados.

—¡Dex, vete! —exige con una voz fuerte y clara, pero con un pequeño temblor de miedo debajo.

—¿Bebé? —gruñe.

Mi estómago se hunde al oír su voz. La mano de Emily cubre su vientre de forma protectora, pero no dice nada.

—¡Te ha dicho que te vayas! —digo.

—¿Te has dejado preñar? —pregunta Dex mientras avanza hacia ella.

Camino alrededor de él, usando mi cuerpo para proteger a Emily.

—No —digo—. Ella no se dejó embarazar. Yo la embaracé.

Él se ríe, un sonido amargo y discordante.

—Divertido —dice—. Debes pensar que eres muy gracioso. Seguro que te encanta que me dejara, arruinara mi vida y ahora esté viviendo contigo en este pueblucho de mala muerte cuando debería estar en casa conmigo.

—¡No te dejé! —espeta Emily—. No me culpes por irme después de que decidieras serme infiel. Pero, sinceramente, me alegro de

que lo hicieras. Si no, quién sabe cuánto tiempo habría seguido contigo. No me merecías entonces y no me mereces ahora. Nunca voy a volver contigo, Dex. Se acabó.

El ojo derecho de Dex tiembla de rabia, y su cara se enrojece mientras sus manos se cierran a sus costados.

—Yo fui lo mejor que te ha pasado, Emily —dice—. ¡No lo olvides nunca, joder!

—Dex, tienes que irte —digo—. Dejaste de formar parte de su vida hace mucho tiempo.

—Si eso fuera cierto, no estaría aquí —dice Dex.

—Solo estás aquí porque no soportas perder el control sobre mí —dice Emily—. Crees que puedes coaccionar y manipular a todos los que te rodean, y que mágicamente harán todo lo que quieras. Está todo en tu cabeza. No es real. No significas nada para mí, Dex. Solo eres una parte desafortunada de mi pasado que me gustaría dejar atrás para siempre. Tienes que irte. Ahora.

—¿Crees que es tan fácil? —pregunta Dex—. Ayer, me dieron una paliza esos policías idiotas por tu culpa, y ahora descubro que a pesar de que no querías tener un hijo cuando estábamos casados, ahora estás embarazada de este perdedor.

—Este hombre es mi *marido* —dice Emily desafiante. Sus palabras hacen que mi corazón se hinche, y una oleada de lealtad y emoción me invade—. No es alguien con quien me conformé cuando volví. Le conozco desde el instituto. Aunque no es asunto tuyo. Ahora, antes de que digas algo más, tienes que irte.

—No vas a decirme lo que tengo que hacer, zorra.

—¡Ya es suficiente! —digo, acercándome más a él.

Estoy harto. Intenté no interferir y dejar que Emily manejara esto sola, pero ya he tenido suficiente de Dex. Tengo que proteger a Emily y el bebé que lleva y *nada* me lo impedirá.

—¡Apártate de mi camino!

—No —digo—. Es hora de que te vayas.

Lo empujo hacia atrás, forzando mi cuerpo entre él y Emily para que no pueda verla. Ni siquiera merece mirarla. Intenta mantenerse firme, pero no es rival para mi tamaño, por no mencionar la ira justificada que corre por mis venas. Doy otro paso hacia delante y lo empujo hasta que está en la puerta. Un empujón abre la contrapuerta y lo hace tambalearse hacia el porche. El impacto parece sacarlo del shock de mi llegada y se apresura a ponerse de pie para enfrentarme. No dudo en seguirlo a través de la puerta. Está fuera de la casa, pero quiero asegurarme de que entiende que nunca será bienvenido.

Me estiro hacia delante, agarro un puñado de su camisa y lo acerco a mí.

—Lárgate de aquí, cabrón —gruño.

Él vacila un momento.

—No —escupe, cambiando su peso para forzarme a bajar los escalones y caer de rodillas en la acera.

Salta los escalones detrás de mí y me doy la vuelta justo a tiempo para evitar que entierre su codo en la parte posterior de mi cuello. Me lanzo hacia delante, lo agarro por las piernas y lo derribo.

—¡Parad! —grita Emily desde la puerta.

La ignoro, me arrastro hasta la figura tendida en el suelo delante de mí, y entierro mi rodilla en su abultado estómago mientras echo mi puño hacia atrás y lo estrello contra su cara. Oigo un satisfactorio crujido acompañado de un gruñido profundo, pero un instante después, él levanta los hombros y me hace caer de lado. Me devuelve el puñetazo y encuentra la energía suficiente para patearme y golpearme en el estómago. De repente está de pie y corre de vuelta al porche. La hierba mojada está resbaladiza bajo mis pies, pero clavo mis zapatos en el barro y me impulso hacia arriba. Solo he dado un paso adelante cuando oigo el grito aterrador de Emily.

Emily está doblada, con las manos agarrándose el vientre mientras jadea buscando aire. Dex la mira fijamente, con los ojos clavados en donde ella sujeta a nuestro bebé. Mientras paso corriendo junto a él, me fijo en su cara. Dura. Sin emociones. Tomo a Emily en mis brazos, la llevo hacia el sofá y me siento.

—¿Qué ocurre, Emily? —pregunto—. ¿Qué ha pasado?

Estoy centrado en ella, pero por el rabillo del ojo veo a Dex alejarse hasta que desaparece de mi vista.

—Algo va mal —logra decir Emily.

—¿Qué es? —pregunto.

—Tengo un dolor muy agudo en la parte baja de mi vientre —gime—. Apenas puedo respirar.

—Tenemos que ir al hospital —digo—. Ahora mismo.

Espero que discuta e intente minimizar la situación como suele hacer, pero asiente en señal de acuerdo. Cojo mis llaves, la tomo en mis brazos y salgo corriendo de la casa hacia mi coche.

Tres horas después, estoy sentado junto a la cama de Emily en urgencias. Está agarrando mi mano, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados mientras un gotero le administra líquidos en el brazo. La habitación a nuestro alrededor está en silencio excepto por una serie de pitidos de fondo y bips amortiguados. Levanto la mirada, como he estado haciendo cada pocos segundos desde que llegamos, y compruebo las líneas que se deslizan por la pantalla. Una para Emily. Una para el bebé. Todo bien.

Escuchamos un suave golpe en la puerta y se abre despacio para que la Dra. Miller, nuestra médica de guardia, pueda entrar. La miro expectante, y ella hace un leve gesto hacia Emily.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien —responde Emily—. He estado descansando.

La Dra. Miller se adentra en la habitación, y su silencio hace que mi corazón lata con fuerza en mi pecho. He estado escuchando los

pitidos provenientes de la máquina conectada al vientre de Emily y he encontrado tranquilidad y consuelo en ellos, pero cuanto más tiempo pasa la doctora sin hablar, más me preocupo. Finalmente, la Dra. Miller abre la carpeta que lleva en sus manos, y veo cómo sus ojos recorren los papeles que contiene.

—He revisado los resultados de las pruebas que hemos realizamos —dice—. Hasta ahora, todo parece correcto.

—¿Hasta ahora? —pregunta Emily.

Ella asiente.

—Me gustaría hacer otra ecografía ahora que las cosas se han calmado un poco. Sé que el técnico hizo una cuando llegasteis, pero me gustaría echar un vistazo yo misma y asegurarme de que todo sigue bien.

—¿Tiene alguna idea de qué pasó? —pregunto—. ¿Qué podría haber causado un dolor así?

—Sé que fue una experiencia aterradora para ti —dice la doctora, mirando a Emily, luego dirigiendo sus ojos hacia mí—, y estoy segura de que para ti también. Pero quiero tranquilizaros, no parece que haya ocurrido nada grave. El embarazo puede ser muy extraño, y pueden suceder cosas impredecibles, especialmente si la madre está experimentando episodios de mucho estrés. ¿Mencionasteis que estabais discutiendo cuando ella experimentó los dolores por primera vez?

—No entre nosotros —aclara Emily.

Niego con la cabeza.

—No discutíamos —explico, preocupado por hacerle saber a la doctora que no fue la tensión entre Emily y yo lo que podría haber causado esto—. El... —me detengo y miro a Emily.

La expresión de Emily está tensa y contraída, pero mira directamente a la doctora y habla sin vacilar.

—Mi exmarido apareció en nuestra casa —dice—. Tenía en mente que íbamos a reconciliarnos.

—Supongo que no estaba contento cuando descubrió que te has vuelto a casar —pregunta la doctora.

—Eso es quedarse corto —digo.

—Nos estaba amenazando a los dos —dice Emily—, y tuvo un enfrentamiento físico con Adam.

Ella asiente.

—Eso sería estresante para cualquiera, especialmente para una mujer embarazada. Necesitas intentar evitar la tensión emocional y el shock. Ese estrés, combinado con algo de deshidratación, fue probablemente el culpable de esos dolores.

—Entonces, ¿no fue nada grave? —confirma Emily.

—No creo —le dice la doctora—. Al comienzo de su segundo trimestre, muchas mujeres experimentan dolor, calambres e incluso algunas molestias similares a las contracciones, especialmente cuando están deshidratadas o cansadas. Normalmente no es nada preocupante. Pero, solo por precaución, quiero realizar una segunda ecografía. El técnico probablemente no se detuvo mucho tiempo, así que esto también os dará la oportunidad de echar un vistazo.

Esa idea me emociona. La doctora tenía razón. Cuando el técnico hizo la primera ecografía minutos después de pasar por triaje, ni siquiera pudimos mirar la pantalla. La mostró durante unos segundos, confirmó que el corazón del bebé estaba latiendo, y se marchó para que las enfermeras pudieran entrar y conectar a Emily a toda la pequeña maquinaria que emite pitidos y que la rodea ahora mismo.

La Dra. Miller sale de la habitación, pero regresa unos segundos después con el mismo aparato de ecografías de antes. Emily se desliza ligeramente más abajo en la cama para posicionarse mejor y la doctora aparta su bata, revelando la pequeña curva de su vientre.

Con casi cuatro meses de embarazo, Emily solo está empezando a verse un poco más abultada en el medio, como si hubiera cambiado de estación y hubiera ganado peso navideño en primavera.

Eso es probablemente algo que *nunca* debería decirle.

Observo durante unos segundos mientras la doctora exprime gel azul sobre el vientre de Emily, luego presiona la sonda contra su piel. La Dra. Miller está presionando lo suficientemente fuerte para que parezca doloroso, pero Emily no reacciona. En cambio, sus ojos están fijos en la pantalla junto a la doctora. Todo lo que veo es una imagen grisácea-negra borrosa. Al principio no tengo ni idea de qué es. Parece no haber nada más que la vaga forma de un triángulo invertido, y algo que se parece a la interferencia al inicio de los viejos episodios de La Dimensión Desconocida. Me lleva unos segundos darme cuenta de lo que estoy mirando, pero tan pronto como lo hago, es tan claro que me quita el aliento.

Ese es mi bebé. Esa cabecita redonda y esos bracitos delgados pertenecen a nuestro hijo. De repente, todo es increíblemente real. Sabía que ella llevaba a mi bebé, pero verlo de verdad lo ha transformado de un pensamiento abstracto a una realidad firme y tangible. Emily y yo nos tomamos de la mano mientras miramos al bebé moverse en la pantalla. El pequeño aleteo en el medio parece moverse a una velocidad imposible, pero la doctora no está preocupada.

—Se ve genial —dice.

—¿Se? —pregunto—. ¿Todavía «se»?

La Dra. Miller se ríe y asiente mientras retira la sonda del vientre de Emily. Limpia el gel de su piel y la cubre.

—Por ahora —dice—. Es demasiado pronto para daros una respuesta precisa. Esperad unas semanas más. Entonces, podréis saber si vais a tener a un niño o una niña a finales de septiembre o principios de octubre.

Mi cabeza inmediatamente se llena de pensamientos sobre el inicio de la temporada de otoño, y nuestro bebé allí para experimentarla con nosotros. Él o ella tendrá unas pocas semanas para Halloween; lo que será perfecto para uno de esos disfraces muy poco prácticos pero adorables. Tal vez de guisante. O de taco.

Me pregunto si podría hacer un cómodo disfraz de cucurucho de helado.

Miro a Emily y nuestros ojos se encuentran. Me inclino para darle un suave beso en los labios, luego apoyo mi frente contra la suya brevemente.

—¿Estás lista para volver a casa? —susurro.

Ella asiente, y miro a la doctora.

—Haré que la enfermera traiga los papeles del alta en un minuto —dice, saliendo de la habitación.

—Gracias, Dra. Miller.

Cuando apoyo mi cabeza en su vientre, tratando de estar lo más cerca posible de la pequeña figura que baila en su interior, Emily arrulla, enviándome directamente al séptimo cielo.

Capítulo Veintitrés

Emily

Dos días después...

—¿Debería estar viendo dedos? No puedo ver dedos.

Melissa le da vueltas a la ecografía varias veces y entrecierra los ojos para examinarla más de cerca.

—El bebé tiene dedos —le aseguro—. Es solo que no se ven fácilmente en esa imagen. Tiene las manos como encogidas.

Ella niega con la cabeza.

—Ya está teniendo una rabieta. Eso no es buena señal.

Me río y le quito la imagen, mirándola detenidamente.

—El bebé no está teniendo una rabieta —le digo.

Ella niega con la cabeza.

—Todavía no puedo creer que hayas estado embarazada desde enero y no me lo hayas dicho hasta ahora.

Hago una mueca.

—Lo siento mucho —digo—. Para ser justa, realmente no lo sabía desde enero. Solo lo he sabido hace unas semanas. No tuve casi náuseas matutinas al principio. Pero ahora, de repente, huelo o pruebo algo, y las náuseas aparecen en segundos. Es como si el Universo se estuviera vengando porque no fui lo suficientemente miserable al principio.

—Eso no parece muy agradable. Tendré que recordarlo.

Mis ojos se apartan de la imagen y se dirigen hacia Melissa.

—¿Ah, sí? ¿Tú y Zach estáis pensando en tener un bebé? —bromeo.

—¿Y sufrir la ira de la abuela? Debes haber perdido la cabeza. No, no estamos hablando de engendrar un bebé fuera del matrimonio.

Sin ánimo de ofender.

—¿Qué ofensa? Estoy casada, ¿recuerdas?

Me mira con una expresión que dice que toda la situación le resulta tan confusa a ella como a mí. ¿Cuenta si no te das cuenta de que estás casada cuando el bebé es concebido? ¿O si no tenías la intención de casarte legalmente?

—Sobre eso... —dice.

No continúa, pero no hace falta. Sé lo que está pensando.

—No sé lo que significa —digo, señalando mi vientre—. No hemos hablado mucho de ello. Cuando le conté lo del bebé, fue justo antes de que tuviera que volver al trabajo con su cliente. Sabía que había planeado estar fuera unas semanas más, y no quería que cambiara sus planes a última hora por esto. No cuando ni siquiera yo había tomado una decisión.

Hago una pausa, tomo mi té de hierbas y le doy un sorbo. El remolino de menta y miel en mi lengua es a la vez calmante y vigorizante.

Dejo escapar un largo suspiro.

—Cuando vi a Adam de nuevo, no estaba contenta. Eso es quedarse muy corto, en realidad. Sentía como si lo hubieran enviado para atormentarme.

—Déjame ver si lo entiendo. Estabas tirada al lado de la carretera en un cacharro destrozado...

—¿Cacharro destrozado?

—Hubo un maratón retro en la tele el jueves por la noche. ¿Puedo continuar?

—Adelante.

—Y aparece un hombre guapísimo, que te rescata literalmente de la tempestad, ¿y sentiste que te estaba atormentando?

—Me sentí atormentada por las circunstancias —aclaro—. No me resultó fácil volver aquí. Siempre pensé que iba a salir de Sunborn

View para siempre y hacer una nueva vida en otro lugar.

—Sigo sin entender por qué te resultaría tan miserable la idea de volver aquí. ¿Es porque no querías encontrarte con Adam?

—No —digo—. No era eso. Quería irme de Sunborn View antes de tener un flechazo por Adam. Quería irme porque pensaba que había algo más. Vi a mis padres luchar debido a su decisión de vivir en la isla, y aunque eran felices, siempre me impactó que tal vez la vida hubiera sido más fácil en otro lugar. Así que, cuando era joven, decidí que lo descubriría por mí misma.

—¿Alguna vez te paraste a pensar que quizás ya tenían lo que querían?

—¿Qué quieres decir?

—Puede que lucharan y no vivieran una vida lujosa, pero eso no significa que hubiera algo malo en ello. Ambos eran personas inteligentes que obviamente tenían suficiente iniciativa para trabajar y construir una vida para su familia aquí. Si realmente hubieran querido irse y buscar algo más, podrían haberlo hecho. Pero no lo hicieron. Probablemente porque ya tenían lo que querían. Vivir en la isla no era vergonzoso para ellos. No era un fracaso. Era su hogar.

Me quedo mirando mi taza, mientras contemplo las hojas de té y asimilo las palabras de Melissa.

—Cuando lo vi de nuevo, todo me golpeó —digo finalmente.

—¿El qué?

—Lo diferente que era mi vida de lo que pensaba que iba a ser. Ver a Adam fue como un recordatorio de lo que creía haber superado. Aquel verano antes de irme a la universidad fue revelador, por decirlo suavemente, y sentía que era un logro haberlo superado. Luego, cuando todo lo demás se desmoronó, ahí estaba él, recordándomelo.

—Él no te lo estaba recordando. Estaba ahí para ayudarte —dice Melissa.

Asiento.

—Ahora veo las cosas de manera diferente, Melissa. Por fin he empezado a sentir que soy lo suficientemente buena. El papel de Adam en mi vida ha cambiado. He aceptado que volver a Sunborn View fue un logro en sí mismo.

—Sí, lo fue —coincide Melissa—. Nada da más miedo en la vida que tener que humillarte y admitir que estabas equivocada. Y estabas equivocada sobre no tener oportunidades aquí, y sobre no volver nunca. Poder reconocer que no podías hacerlo por tu cuenta y que necesitabas empezar de nuevo... —me da un lento asentimiento — eso requiere agallas.

—Gracias —digo.

—Entonces, ¿qué significa todo esto? —pregunta.

—No lo sé —admito.

—¿Adam sabe cómo te sientes?

—No lo sé —digo—. Realmente no hemos hablado de ello. No creo que ninguno de los dos sepa cómo hacerlo a estas alturas. Fui yo quien dijo que necesitábamos mantener la distancia entre nosotros y averiguar adónde nos llevaría la vida sin complicar las cosas aún más.

—¿Por qué harías eso?

—Nuestras vidas son muy diferentes, Melissa —digo—. Sunborn View no es su hogar. Puede que sea su ciudad natal, pero vive en otro sitio. Tiene una casa, una oficina y una vida. Por lo que sé, podría tener un harén de mujeres a las que lleva a pasar la noche por la ciudad cuando no está aquí.

Me mira con incredulidad.

—¿De verdad crees que Adam tiene un harén de mujeres? —pregunta.

Dejo escapar un largo suspiro.

—No —admito.

—Sabes que no. Te mira como si nunca hubiera visto a una mujer tan perfecta.

—Pero nunca me ha llevado a una gala.

—Sí que lo ha hecho. La Semana de Bienvenida.

Sonrío. Sí apareció en la fiesta de Halloween cuando no lo esperaba. Me dije a mí misma entonces que realmente no tenía nada que ver conmigo, e intenté enterrarme en la negación.

—¿Y qué hay de nuestras carreras? Él viaja constantemente por sus clientes. Casi nunca está. El hecho de que haya podido tomarse todo este tiempo libre para el evento del Sr. Schroeder es una completa excepción. Podría haber sido capaz de lidiar con eso hasta cierto punto si solo fuera yo. Pero, ¿qué pasa con el bebé?

—Hablando del Sr. Schroeder y su celebración de jubilación, ¿llegaste a averiguar de qué hablaba la Sra. Hannigan hace unas semanas cuando entró en el comedor?

Casi había olvidado esa conversación. Niego con la cabeza.

—No —digo—. Nunca le pregunté sobre eso.

—Quizás deberías —dice ella.

****

Tengo la intención de hablar con Adam sobre la Sra. Hannigan y el bebé, pero durante las siguientes semanas, parece que apenas está presente. A veces nos cruzamos en los pasillos de la escuela, pero nunca sé por qué está allí, y la mayoría de las noches, no llega a casa hasta que me he quedado dormida en el sofá, con el cuenco de helado en la mano. Por las mañanas, se traga su café y un cuenco de cereales o un plato de tostadas, besa mi barriga, y se va. Siento que se está alejando cada vez más de mí, y me doy cuenta de que esto es exactamente lo que le pedí que hiciera. Le dije que pensara realmente en su vida, y cómo un bebé y yo encajaríamos en ella, para que pudiera tomar la decisión con la que sería capaz de vivir.

El único problema es que me he dado cuenta de que no puedo imaginar mi vida sin Adam. No puedo negar que estoy enamorada de él, pero no sé cómo voy a ser capaz de decírselo. Le dije antes que no estaba en esto para manipularlo o intentar controlarlo. Abrirme a él de esa manera solo iría en contra de esa promesa. Pronto se revelará la sorpresa, el baile de graduación habrá terminado, y será el momento de seguir adelante, de una u otra manera.

Capítulo Veinticuatro

Emily

Semana del baile...

—¿Está todo listo para este fin de semana? —pregunto con cautela.

Me siento extraña iniciando una conversación tan forzada. No debería sentirme así. El objetivo de crear espacio en nuestra relación era mantener la amistad y no distraernos con nada más. Sin embargo, el hecho de que él haya llevado mi idea a tal extremo me hace sentir triste y aislada.

—De hecho, hoy estoy finalizando los últimos detalles —responde Adam.

Su tono suena bastante agradable. Nada en su voz indica que no esté en paz con nuestra relación. Me da miedo preguntarle qué ve en nuestro futuro. No quiero escucharlo. Todavía no. Sé que llegará, pero no voy a forzar la conversación.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —pregunto.

—No realmente —responde, negando con la cabeza—. Lo tengo todo bajo control.

—Siento que no he tenido mucho que hacer estas últimas semanas —digo—. Prácticamente te has encargado de todo.

—Pensaba que como ya habíamos hecho la mayor parte de la planificación principal, estarías contenta con el descanso.

—Pero me gustaba trabajar en este proyecto —admito, sintiéndome molesta—. No quería dejar de contribuir.

—Ya has hecho mucho —dice—. Lo has hecho fantásticamente, sobre todo con las invitaciones. Son increíbles. No sé si ya te lo había dicho.

Por alguna razón, me siento como si me estuviera lanzando un hueso.

—Invitaciones que todavía tienen varias confirmaciones pendientes —señalo—. ¿Has podido localizar a alguien?

—A algunos —dice Adam—. No quiero que te preocupes por nada de esto. Lo tengo todo bajo control. Tú solo relájate por ahora.

—El curso escolar sigue en marcha, Adam. Todavía tengo que dar clases. Ponerme frente a un montón de estudiantes de instituto estando embarazada no es mi definición de relajación. Especialmente con el baile acercándose. No han parado de hablar de ello, sobre todo de la tienda que ha montado Bobby. ¿Has oído hablar de eso?

—¿Una tienda? —pregunta Adam.

—Tiene vestidos y esmóquines para los estudiantes, y algunos dicen que se arreglarán el pelo y las uñas antes del baile dentro de un par de semanas.

—Debería ser divertido para ellos.

—Es sorprendente. He estado preguntado y parece que no había nada así el año pasado. Desde luego no lo había cuando nosotros estudiábamos.

Asiente con la cabeza de manera casi imperceptible, y me pregunto si se acuerda de la historia que le conté sobre que mi familia no podía permitirse el baile.

—Bueno, al menos intenta descansar un poco esta noche. Pareces muy cansada últimamente.

—¿Cómo podrías saberlo siquiera? —murmuro para mí misma.

—¿Hmm?

—Nada.

Adam termina de meter su almuerzo y una variedad de piezas de fruta en la bolsa que ha empezado a llevar desde que transportar los planes y las notas se volvió engorroso.

—Solo quiero asegurarme de que tengas suficiente energía para disfrutar mañana.

—¿Mañana? —pregunto, confundida.

Me mira con incredulidad.

—Sí, mañana. El Gran Evento.

Ese fue el nombre en clave tan creativo que elegimos para el evento donde Adam y la señora Hannigan revelarán la sorpresa de la celebración al señor Schroeder.

—En realidad, no planeaba ir a eso —digo.

—¿No vas a ir? —pregunta Adam, sorprendido—. ¿Por qué no?

—No he tenido nada que ver con la idea —digo—, y no es la fiesta en sí.

—Formas parte de la planificación del evento en general —dice Adam—. Eres parte de esto. Además, también fue tu director. ¿No crees que deberías estar allí para honrar su jubilación? ¿Y no quieres ver su cara cuando se entere del baile?

Suspiro y asiento.

—Supongo que tienes razón —digo—. Sí quiero ver su reacción.

—Bien. Entonces descansa para que puedas divertirte. Volveré tarde otra vez esta noche.

—Sí. —Miro el reloj mientras sale de la cocina hacia la puerta principal. Todavía me quedan treinta minutos hasta que tenga que prepararme para ir al trabajo—. Ni siquiera me has dicho dónde se celebrará. Melissa dice que la invitación súper secreta que recibió decía que había que reunirse en la entrada del instituto.

—No es muy secreto entonces, ¿verdad? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Ella suponía que yo lo sabía.

—Y ahora ya lo sabes.

Mientras sale de la casa y cierra la puerta tras él, siento que me he convertido en parte de esta sorpresa, y no estoy segura de cómo me siento al respecto.

****

La tarde siguiente...

—¿Dónde está Adam? —pregunta Melissa.

—No lo sé —digo mientras nos apresuramos hacia la entrada del instituto. Llegamos unos minutos tarde, y ya se ha formado un grupo de personas en el mástil de la bandera—. No he podido hablar con él hoy.

Puedo sentir cómo me mira, e intento ignorarla.

—¿Solo hoy? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes exactamente a qué me refiero. ¿Aún no has hablado con él?

Dejo escapar un pesado suspiro.

—No he podido, no —digo.

—¿Por qué no?

—Ha estado tan distraído durante las últimas semanas que siento que apenas lo he visto. Casi nunca está en casa, y cuando está, se encierra en su oficina. Si intento hablar con él, apenas se da cuenta que existo. No sé tú, pero no creo que tener una conversación sobre un inminente divorcio y el futuro de la vida de mi hijo sea algo que quiera hacer con una persona que solo está interesada en la mitad de lo que sale de mi boca.

Ella se queda quieta por un segundo, y me giro para mirarla. Hay tristeza en sus ojos oscuros y redondos.

—Entonces, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con el divorcio cuando termine el período de espera? —pregunta suavemente.

—No lo sé —digo, sintiéndome desanimada—. Creo que nunca lo sabré realmente. En este momento, me parece que no tengo otra opción.

Llegamos junto a los demás que esperan frente al instituto, y Melissa me rodea los hombros con el brazo, me frota la espalda a través de mi fina rebeca mientras pongo la sonrisa más feliz que puedo y me dejo llevar a una conversación informal con mis colegas.

Todos estamos susurrando sobre lo emocionados que estamos por que el señor Schroeder descubra su sorpresa cuando sale del instituto hacia nosotros. Nos callamos rápidamente, nos volvemos hacia él y le saludamos. Una mirada curiosa y suspicaz cruza su rostro, y es obvio que sabe que algo ocurre con la excusa que usamos —reunión del comité del baile por la tarde— para mantenerlo en el instituto hasta tan tarde.

—¿Dónde diablos está Adam? —murmura Melissa—. No creo que podamos aguantar mucho más.

—No lo sé —digo—. Ni siquiera me dijo qué vamos a hacer. Pensé que tendríamos algún tipo de presentación aquí en el instituto, pero aparentemente tiene algo más planeado.

Unos minutos después, oigo el sonido de cascos y miro hacia arriba para ver un gran carruaje que viene hacia nosotros. Esto no se parece en nada al destartalado remolque que hemos visto conducir a Zach antes. En su lugar, parece una carreta cubierta y tiene bancos a cada lado, iluminados por guirnaldas de luces ocultas dentro del toldo. Adam está de pie dentro del carruaje, con una sonrisa extendiéndose por sus labios cuando nos ve. Nuestras miradas se encuentran, y siento el familiar aleteo en mi corazón y en mi vientre. Me pregunto si esa reacción desaparecerá alguna vez. Me siento tan atraída por él que casi no me doy cuenta de que el señor Berg está sentado en uno de los bancos. Parece incómodo, evidentemente inseguro de lo que está pasando. Adam baja por los escalones del carruaje, se acerca a mí y me ofrece su mano. Estoy indecisa y le miro fijamente durante unos segundos. Las cosas han estado tan tensas entre nosotros últimamente, que no sé si esto es

real o si solo está aparentando nuestra relación para las personas que nos observan. Miro a los ojos de Adam y apoyo mis dedos en los suyos, permitiéndole guiarme hasta el carruaje.

Cuando estoy instalada en uno de los bancos, él se vuelve para enfrentar al grupo de nuevo.

—Señor Schroeder, señora Hannigan, ¿podrían por favor subir a bordo?

Devin se pone de pie cuando suben las escaleras, y veo cómo se ilumina el rostro del señor Schroeder.

—¡Devin! —dice felizmente, extendiendo su mano—. ¡Qué bueno verte! Nunca pensé que te volvería a ver por aquí.

—Yo también me alegro de verte, Larry —dice Devin.

Mira a la señora Hannigan, que parece aún más sorprendida de verlo. Imagino que ella no ha mantenido el contacto con Devin como lo ha hecho el señor Schroeder. Me pregunto qué pensaría ella de Dorothy y de toda la situación cuando ocurrió.

Los tres toman asiento en el banco, y Adam se vuelve para invitar al resto del grupo a subir a bordo. Observo cómo Melissa intenta ser lo más digna posible, pero aun así termina abriéndose paso hasta el frente para poder sentarse a mi lado.

—¿A dónde vamos? —me susurra.

—No lo sé —le susurro en respuesta.

—¿Me estás ocultando algo? —pregunta.

La miro con incredulidad.

—¿Por qué me preguntas eso?

Pone los ojos en blanco.

—Oh, no sé —dice—. Tal vez porque eres realmente, realmente mala para contarme *cualquier cosa*. Matrimonio. Sexo. Bebé. Quizás es otra de esas situaciones.

—No lo es —le digo—. Lo siento por todo lo demás.

Una vez que todos están acomodados en el carruaje, Adam sube y se siente cerca del conductor. Se agarra a uno de los soportes y hace una señal al chofer para que avance, luego se vuelve hacia su cautiva audiencia.

—Hola a todos —dice—. Sé que probablemente estáis un poco confundidos ahora mismo, y me disculpo, pero por favor tened paciencia. Prometo que lo entenderéis muy pronto. La mayoría sabéis que nos hemos reunido esta noche con un propósito muy específico, y todo eso entrará en juego cuando lleguemos a nuestro destino. Por ahora, solo relajaos y disfrutad del viaje.

—¿Adónde vamos, Adam? —pregunta la señora Hannigan.

Me parece extraño que ni siquiera ella sepa lo que Adam ha planeado, pero él solo le da una mirada traviesa.

—Si se lo dijera, no sería mucha sorpresa, ¿verdad?

Se sienta en el banco a mi lado y me da unas palmaditas en el vientre.

—¿Cómo te sientes? —pregunta en voz baja.

—Mejor —digo—. Espero que al bebé le guste el paseo.

—No está muy lejos —dice.

Rebotamos durante unos minutos mientras intento averiguar adónde vamos. Las luces bajo el toldo hacen poco para iluminar la oscuridad que nos rodea. Rápidamente dejamos las carreteras principales y comenzamos a atravesar la red de caminos rurales sin pavimentar utilizados por los agricultores. El camino me parece familiar, pero no es posible. No podemos ir adonde creo que vamos. Miro a Adam, pero su expresión no revela nada. Algo me dice que mire hacia la parte delantera del carruaje donde están sentados el señor Schroeder y la señora Hannigan. Ambos parecen vagamente confundidos, pero es difícil determinar si es porque no saben adónde vamos o porque están pensando lo mismo que yo.

—¿Dónde estamos? —pregunta Melissa quince minutos después, cuando el carruaje deja el camino y comienza a cruzar por la hierba.

Antes de que pueda responder, Adam se levanta de nuevo y retoma su posición mirando a los pasajeros.

—A estas alturas, algunos de vosotros ya habréis adivinado adónde vamos. Deberíamos llegar en cualquier momento.

—¿Qué estás tramando? —pregunta el señor Schroeder.

No parece tan juguetón como la señora Hannigan, y miro a Devin. Sus ojos ahora están bajos mientras parece luchar por controlar sus emociones. Pasan unos momentos más de tensión mientras los susurros silenciosos llenan el carruaje, y todos intentan averiguar dónde estamos.

Miro a Adam.

—No creo que esto esté saliendo como pensabas —murmuro.

—Todo irá bien —dice—. Confía en mí.

A estas alturas, sé dónde estamos. No sé cómo lo arregló, o qué estamos haciendo, pero cuando nos acercamos a una carpa iluminada instalada en la ubicación original del instituto, puedo sentir la tensión creciendo entre la multitud. Cuando el carruaje se detiene, Adam toma mi mano y me ayuda a bajar los escalones.

—¿Qué está pasando? —pregunto, pero él no responde.

En lugar de eso, hace un gesto para que todos bajen y se unan a nosotros a unos metros de la entrada de la carpa. Adam sonríe ampliamente, y la emoción que emana de él es casi tangible. Cuando todos se han reunido frente a nosotros, abre los brazos para indicar el área que nos rodea.

—¡Bienvenidos! —dice alegremente—. Algunos de vosotros habéis estado aquí antes, pero la mayoría no. Para aquellos que no han estado, permitidme ser el primero en daros la bienvenida a la ubicación original del instituto de Sunborn View.

Un murmullo de sorpresa recorre a los invitados, y Adam les da unos segundos para calmarse antes de continuar. Escucho mientras hace un breve resumen de la ubicación del instituto actual y luego

cuenta la historia del instituto original. Cuando llega a la parte sobre el incendio, resisto el impulso de mirar a Devin.

—Y fue ese incendio —dice, mirando al señor Schroeder— lo que cambió Sunborn View y las vidas de todos los involucrados, para siempre. Tenemos la suerte de tener con nosotros hoy a varias personas que eran estudiantes cuando eso ocurrió, uno de ellos es nuestro propio director Larry Schroeder. Es por usted que nos hemos reunido aquí esta noche. Con eso, le cedo la palabra a la señora Hannigan.

Hace un gesto hacia la señora Hannigan, que se adelanta, ligeramente aturdida. Noto un velo transparente de lágrimas en sus ojos, y su voz tiembla cuando habla.

—Tengo que admitir —dice— que esto es una sorpresa incluso para mí. Sabía que Adam tenía algo planeado para esta noche, pero nunca habría imaginado que supondría volver aquí. Nunca pensé que volvería a ver este lugar, para ser honesta. Ahora que estoy aquí, me gustar estar de vuelta. Me trae muchos recuerdos maravillosos del tiempo que pasé aquí con mis compañeros. —Hace un gesto hacia Devin y el señor Schroeder—. Larry, aquí es donde nos conocimos y nos hicimos amigos. ¿Quién habría pensado que tantas décadas después seguiríamos siendo amigos en el Instituto Sunborn View? Pero ahora ha llegado el momento de despedirnos del instituto y de que tu increíble carrera llegue a su fin. Queríamos honrarte de una manera especial y ayudarte a experimentar algo que nunca tuviste la oportunidad de vivir... tu baile de graduación.

Los ojos del señor Schroeder se agrandan.

—¿Baile de graduación? —pregunta.

La señora Hannigan asiente.

—Sí —dice—. He estado trabajando con Adam y Emily durante los últimos seis meses para recrear el baile que nos perdimos para que pudieras terminar tu tiempo en el instituto como debía ser.

—Hemos trabajado con proveedores locales para organizar un baile para su promoción este fin de semana —dice Adam—. Hemos

invitado a sus compañeros de clase y esperamos que vayan llegando a la isla durante los próximos días.

—Y no te preocupes por qué ponerte —dice la señora Hannigan. Mira a Adam—. Hay una tienda para el baile con ropa elegante.

—No sé qué decir —dice el señor Schroeder—. Esto es increíble.

—Hay más —dice Adam—. Tengo otra sorpresa para todos vosotros. Me gustaría invitaros a entrar en esta carpa, disfrutar de unos refrigerios y ver los planes para el futuro monumento que se alzará en este lugar para honrar la escuela original, así como a aquellos de esta clase que lucharon valientemente.

Mi corazón se hincha y siento que las lágrimas inundan mis ojos.

—¡Adam, eso es increíble! —dice el señor Schroeder—. Gracias.

—¿Cómo has hecho esto? —pregunta Devin—. Nadie ha podido acceder a estos terrenos en décadas.

—Tuve ayuda del legítimo propietario.

Levanta la mirada hacia la gran carpa blanca, y miro para ver cómo la puerta de entrada se mueve y una figura sale al exterior. A mi lado, Devin parece retroceder ligeramente, dando un paso para recuperar el equilibrio.

—Dorothy —dice.

—Hola, Devin —responde Dorothy suavemente.

—Si quieren pueden entrar ahora a la carpa —dice Adam—. Sentíos libres de mirar las exposiciones que hemos preparado y disfrutar de la comida y las bebidas.

Dirige al resto del grupo hacia el interior de la carpa y luego se vuelve hacia mí. Estoy observando a Devin y Dorothy mientras permanecen a unos metros el uno del otro, con las miradas fijas, pero sin decir nada. Adam busca mi mano y me atrae hacia él.

—Deberíamos darles algo de tiempo —dice.

—¿Cómo? —pregunto, esa única palabra es todo lo que puedo pronunciar.

—Me llamó —dice Adam—. Pensó en nuestra conversación y cambió de opinión sobre venir a ver al señor Berg.

Me guía suavemente hacia el interior de la carpa, y miro alrededor a las elaboradas exposiciones distribuidas por el espacio. Algunas de las fotografías que utilizamos para planificar el baile se han ampliado y están expuestas en caballetes junto a bocetos del monumento que Adam está creando. Me vuelvo hacia él con una sonrisa.

—Vale, así que esto es en lo que has estado trabajando —digo—. Esto es lo que te ha tenido tan distraído.

Adam asiente.

—Cuando hablé con Dorothy, le pregunté por estos terrenos, y resulta que ella sigue siendo la propietaria legítima, aunque no ha estado aquí en años. Le conté algunas de las ideas que tenía, y me dio permiso.

—Eso es maravilloso —digo—. No puedo creer que esto esté sucediendo.

—El señor Schroeder parece feliz —dice Adam.

Está riendo con la señora Hannigan mientras miran las viejas fotografías, y siento como si estuviera viendo a un hombre mucho más joven que hace una hora.

—¿Crees que deberíamos haber avisado a Devin sobre Dorothy? —pregunto.

—No —dice Adam—. Quería que fuera una sorpresa. Además, creo que tienen mucho de qué hablar. Si él no quiere hablar con ella, puede marcharse. Aunque no creo que lo haga.

—¿Crees que le va a contar lo del bebé? —pregunto.

Adam asiente.

—Creo que ya es hora. Ha estado esperando toda una vida.

Mientras Adam me acompaña más adentro de la carpa y nos mezclamos en la fiesta, me siento más tranquila de lo que he estado

en semanas. Sorber un zumo de frutas en una copa de champán me hace sentir particularmente festiva, y miro las fotografías y los planes con la misma emoción que el resto del grupo. Melissa todavía no cree que yo no supiera nada sobre los planes para esta noche, pero supongo que no puedo culparla. Necesito iniciar una campaña para reconstruir su confianza donde le cuente cada detalle mundano y molesto de mi vida hasta que recupere su confianza.

Cuando salimos de la carpa una hora más tarde, Devin y Dorothy ya no están donde los dejamos. Imagino que se han ido a algún lugar para tener una conversación largamente postergada, y solo puedo esperar que les esté yendo bien. Hasta este momento, todo lo que había pensado era en lo maravilloso que sería para ellos reunirse después de tanto tiempo. Ahora que se han vuelto a ver, en lo único que puedo pensar es en cómo esa conversación podría salir terriblemente mal.

—¡Adam!

Adam y yo nos damos la vuelta y vemos a la señora Hannigan venir hacia nosotros desde la carpa.

—Vamos a irnos a casa —le dice Adam—. Emily necesita descansar.

La señora Hannigan me dedica una sonrisa, luego mira a Adam.

—Solo quería darte las gracias, otra vez, por esto. Sé cuánto trabajo has dedicado. No sé cómo lo haces.

—De nada —dice Adam—. Espero que el señor Schroeder se haya sorprendido y ahora esté ilusionado con el baile.

—¡Oh, lo está! Ya se está preguntando si podrá entrar en su traje. —Sacude la cabeza—. Espóiler: no puede.

Adam se ríe.

—Buenas noches, señora Hannigan —dice y nos dirige de vuelta hacia el carruaje que hará viajes para llevar a los invitados de regreso a la escuela.

—¿Acaba de decir «espóiler»? —le murmuro mientras damos unos pasos.

—Te dije que estaba ahí.

La voz de la señora Hannigan nos detiene y nos giramos hacia ella.

—¿Qué estaba dónde? —pregunto.

—La mirada —dice la señora Hannigan—. Estaba ahí entonces, y sigue estando ahora.

Adam sonríe y me hace dar la vuelta de nuevo.

—¿De qué está hablando? —pregunto.

Adam me rodea con su brazo.

—Me dijo que siempre supo que acabaríamos juntos —dice—. Que la forma en que nos mirábamos en el instituto se lo decía.

—Apenas nos conocíamos en el instituto —digo.

—Según ella, eso no importaba.

Mi corazón tiembla en mi pecho ante la ternura en sus ojos oscuros cuando me mira. Regresamos en un cómodo silencio, con mi corazón latiendo de felicidad todo el tiempo. De camino a casa, recuerdo algo.

—La tienda —digo.

Me mira de reojo.

—¿La tienda? —dice.

Asiento.

—Te lo mencioné, y actuaste como si no supieras nada al respecto.

—No, no lo hice. Creo que dije que a los estudiantes les gustaría eso.

—¿Pero en realidad fue diseñada para el baile del señor Schroeder?

Niega con la cabeza.

—Eso es solo una parte —dice—. Pueden usarla si quieren, pero no es por eso que está ahí.

—¿Por qué está ahí?

Se detiene frente a nuestra casa.

—Porque alguien me dijo una vez que no fue al baile porque no tenía un vestido y no podía permitirse arreglarse el pelo o las uñas.

Mi corazón da un salto.

—¡Fuiste tú! —digo—. Tú lo organizaste.

—Ahora todos pueden ir al baile.

Quiero decir algo, pero las palabras están atascadas en mi garganta. Mientras caminamos hacia la puerta, noto que hay luces encendidas en el interior.

—Estoy segura de que apagué esas luces antes de salir —digo.

—¿Segura? —pregunta.

Adam introduce la llave en la puerta y la abre. Doy un respingo al ver docenas de rosas esparcidas por toda la sala de estar y hacia el interior de la casa. Al entrar, me giro para mirarlo, con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

—Se me ocurrió la idea de la tienda por lo que me contaste —dice —. Pero eso no es todo. Quería hacer esto especial.

—¿Hacer qué especial?

Adam toma una de las rosas del jarrón que tiene a su lado y me la ofrece.

—Emily, ¿me harías el honor de ir al baile conmigo?

No sé si debo reír o llorar. En lugar de ambas cosas, tomo el rostro de Adam y lo beso. Sus manos rodean mi cintura y presionan mi espalda, acercándome a su cuerpo firme para profundizar el beso.

—¿Eso es un sí? —pregunta.

Asiento.

—Sí —digo.

****

El baile...

—¡Estás preciosa!

Me giro lentamente para mostrar el efecto completo del vestido dorado hasta los pies que he combinado con unos zapatos planos a juego.

—Gracias —digo—. Tú también. Ese vestido es perfecto para ti.

Melissa extiende su falda verde esmeralda y hace un bonito giro. Me había descrito el vestido mientras nos arreglábamos el pelo y las uñas esta mañana, y estaba deseando verlo.

—¿Dónde está Adam? —pregunta mientras entra, seguida por Zach.

Sonrío cuando lo veo. Las cosas han ido muy bien entre ellos últimamente, y no podría estar más feliz por ella.

—Dijo que tenía que ir a buscar algo —digo—. No estoy segura de qué trama.

—¿Hay algún momento en que no esté tramando algo? —pregunta.

Abro la boca para responder, luego la cierro y niego con la cabeza. Suena el timbre, y miro la puerta nerviosamente.

—Oh, por favor, que no sea Dex —digo.

El rostro de Melissa se oscurece, y sus manos se cierran en puños a sus costados.

—Hazte a un lado —dice—. Yo me encargo.

Camina hacia la puerta y la abre de golpe. Está a mitad de decir una obscenidad cuando su voz se detiene, y se vuelve hacia mí.

—No es el ex —dice—. Es el actual.

—¿Qué? —pregunto, cruzando la habitación. Acabo de rodear a Melissa cuando veo a Adam de pie en el porche. Se ve guapísimo con un elegante esmoquin negro que me deja sin aliento—. Adam —digo—. ¿Qué estás haciendo?

—Esperando a que abras la puerta —dice.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque es lo que hacen las parejas del baile.

Sonrío y abro la puerta, dejándole entrar. Camina directamente hacia Zach y le ofrece su mano.

—Me alegro de verte. Gracias por dejarme llevar a Emily esta noche —dice, actuando juguetonamente como si Zach fuera mi padre.

Zach sigue el juego y asiente con seriedad.

Adam se vuelve hacia mí y me ofrece un ramillete de flores. Crisantemos rosados. Mi flor favorita. A mi lado, Melissa deja escapar un suave *¡sí!* y da una pequeña palmada.

—Gracias —digo—. Es precioso.

—Igual que tú. ¿Estás lista para irnos?

Asiento.

—Sí.

—¿Me permites?

Adam extiende su brazo, y yo paso el mío. Es tonto, pero tengo mariposas en el estómago mientras me acompaña hacia la puerta. Una larga limusina negra está aparcada en el lugar donde normalmente está el coche de Adam. Oigo un chillido detrás de mí, y sé que Melissa ha visto el coche.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Quiero que tengas la experiencia completa —dice Adam—. Considéralo como el primer punto de tu lista de deseos.

—¿El primero? —pregunto.

—Uno de muchos, espero.

Sonrío y permito que me lleve por los escalones hasta la limusina. El conductor sale y nos abre la puerta, y Melissa inmediatamente se lanza al asiento trasero. Dejamos que Zach la siga, y luego Adam me ayuda a entrar.

—No sabía que había limusinas en la isla —dice Melissa.

—Es mía —dice Adam mientras se sienta a mi lado.

Melissa lo mira con escepticismo y luego me mira a mí. Me encojo ligeramente de hombros.

¿Qué puedo decir?

El resto de la velada transcurre en una nebulosa. Adam demuestra que planificó cada detalle de esto con tanto cuidado y atención como cada otro elemento del evento de esta noche. La limusina nos lleva rápidamente a cenar al pequeño restaurante italiano —el lugar más popular cuando estábamos en el instituto— y luego nos deja en la escuela. Mi corazón late con fuerza en mi pecho cuando veo lo bien que se han combinado las decoraciones y los detalles. Aunque lo había planificado, un comité se había encargado de la mayor parte, y ver todo cobrar vida es casi abrumador. Bailamos. Bebemos sangría sin alcohol. Escuchamos historias. Puedo ver la emoción y alegría en los rostros de los invitados mientras se pierden en las decoraciones vintage y la música familiar.

A pesar de lo mucho que nos divertimos, el aire más fresco del exterior me sienta bien mientras Adam y yo caminamos por la orilla del agua como lo hicimos en nuestra primera cita hace tantos años.

—¿Viste lo feliz que estaba Devin? —pregunto—. Podría haberlos observado toda la noche.

Adam asiente. Nuestros dedos están ligeramente entrelazados mientras caminamos por la playa.

—Fue perfecto —está de acuerdo—. Solo ese momento valió todo el esfuerzo que supuso planificar todo esto. Sé que se suponía que

era para el señor Schroeder, pero siento que su reencuentro fue el verdadero éxito. Bueno, uno de ellos.

Lo miro de reojo.

—¿Uno de ellos? —pregunto—. ¿Cuál es el otro?

Adam se vuelve hacia mí.

—Tú —dice—. Tuviste el baile que te perdiste, y yo pude pasar la velada contigo.

Se inclina para besarme, y el contacto me hace cosquillas hasta la punta de los dedos de los pies.

—Fue una noche increíble —estoy de acuerdo—. Gracias por todo.

—Aún no ha terminado —dice.

—¿No?

Sonríe y me besa de nuevo.

—No. Ven conmigo.

Adam toma mi mano otra vez y me guía más allá por la playa hacia el paseo marítimo. Saludamos a Ellis mientras pasa deslizándose, con su bandera ondeando alto.

—¿Conoces la historia detrás del nombre de su casa flotante? —pregunto mientras agarro mi falda y subo los escalones.

—Misterios del universo, Emily.

Al subir al paseo marítimo, siento una sensación de anticipación. Creo que ya sé adónde vamos, pero no estoy segura de por qué. Es demasiado tarde para que la heladería siga abierta. Sin embargo, al acercarnos, veo la tienda iluminada, brillando desde el interior.

—Qué extraño —digo—. Nadie debería estar en la tienda tan tarde. Me pregunto si han cambiado el horario.

—Solo esta noche —dice Adam.

Deslizo mis ojos para mirarlo.

—¿Para ti? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Siempre consigues lo que quieres.

—Esta vez, eso espero.

Presiona su mano sobre la mía y me lleva con él mientras camina hacia la heladería. Nos acercamos a la ventana, y noto algo en el mostrador. Al principio, pienso que algo se ha derramado, luego me doy cuenta de que son virutas de colores formando palabras.

¿Seguirás siendo mi esposa?

Miro a Adam y veo que sostiene una caja de joyas de terciopelo igual a las que me ha presentado varias veces antes.

—¿Qué es esto? —pregunto suavemente.

Adam se arrodilla.

Dios mío.

—Emily. Eres todo lo que faltaba en mi vida. Todo lo que necesito. No puedo pedirte que te cases conmigo, Emily. Ya hemos pasado por eso. Pero puedo pedirte que sigas siendo mi esposa. Que te quedes conmigo, en Sunborn View. Y que criemos a nuestro bebé juntos, en esta isla —abre la caja para revelar un pequeño dije brillante tachonado con rubíes—. ¿Por favor? ¿Con una cereza encima?

Las lágrimas corren por mis mejillas, y ni siquiera intento detenerlas. Asiento con entusiasmo, dejando escapar una pequeña risa mientras él saca el dije de la caja y lo engancha a mi pulsera.

—Sí —logro decir al fin.

Adam sonríe y me besa.

—Te quiero —dice, interrumpiendo el beso lo justo para hablar, con sus labios moviéndose contra los míos.

—Yo también te quiero —susurro en respuesta.

Me besa de nuevo, y siento que me derrito en el dulce tacto de sus labios, como nata montada, y con la incursión de su lengua en mi boca. Rodeo su cuello con mis brazos y dejo que me sostenga

cerca, hundiéndome en su abrazo. Este es exactamente el lugar donde debo estar.

****

Dos meses después...

—Sentimos no haberos contado la verdad —dice Adam. Su mano aprieta la mía mientras la sostiene sobre su muslo. Me mira de reojo, y le doy una pequeña sonrisa de ánimo—. No queríamos decepcionarte por el fracaso de la boda. No nos dimos cuenta...

—¿De que acabaríais emborrachándoos y casándoos de todas formas? —pregunta Devin.

Paso la mano por mi vientre creciente, recordando la noche que creó a esta dulce pequeña, nuestra hija. Adam a veces todavía se refiere a ella como «él», pero sé que solo lo hace por mí. La expresión en su rostro cuando el médico nos dijo que llevo a su hija fue de pura alegría.

—Eso no estaba en los planes, en absoluto —digo.

—No se lo hemos contado a nadie más, excepto a Melissa —dice Adam—. Lo hemos hablado, pero decidimos que solo complicaría más las cosas. No importa si los demás conocen los detalles o no. No cambia nada entre nosotros. Pero queremos hacer algo para nosotros, solo para poder recordar los votos que nos decimos el uno al otro. Significaría mucho para nosotros que oficiaras la ceremonia... otra vez.

Devin sonríe suavemente.

—Que fuera legal o no, os casé esa noche. Podía verlo en vuestros ojos. La forma en que os mirabais el uno al otro.

—La gente sigue diciendo eso —dice él.

—Entonces tal vez deberíais escucharlos —dice Devin—. A veces, los demás también saben cosas. Vosotros dos...

Su voz se apaga, pero puedo adivinar cómo continuaría esa frase. He oído que nos llaman así tantas veces antes. *Vosotros dos*. Ahora

siento que realmente sé lo que significa.

—¿Entonces oficiarás una renovación de votos para nosotros en nuestro primer aniversario? —pregunta Adam.

—Será un honor —dice Devin—. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo que habéis hecho por nosotros. —Mira a Dorothy, que pasa su mano por su brazo—. No podemos agradecéroslo lo suficiente.

—No tenéis que agradecérnoslo —digo.

—Sí, tenemos que hacerlo —dice Dorothy—. Lo que habéis hecho por nosotros... Nunca pensé que iba a suceder. Nunca pensé que volvería a ver a Devin, y mucho menos que podría sentarme a su lado y tomar su mano.

—Nadie podrá deciros que no nunca más —dice Adam.

—Solo desearía que nuestros padres estuvieran aquí para ver nuestra boda —dice Dorothy.

—Lo estarán —dice Devin, acunando su rostro con la mano e inclinándose para apoyar su frente contra la de ella—. De alguna manera. Lo sabrán. Pero lo único que importa ahora es que estarás allí a mi lado.

En ese instante, ninguno de los dos parece anciano. Son los mismos adolescentes que se enamoraron *tan* profundamente el uno del otro que estaban dispuestos a arriesgarlo todo por la oportunidad de estar juntos.

—Me alegro tanto por vosotros —digo, con la emoción oprimiéndome la garganta ante el puro amor y felicidad en el rostro de este dulce anciano con quien me he encariñado tanto en los últimos meses.

Devin se vuelve hacia mí, sus ojos pasando brevemente por mi vientre, y luego vuelve a mirar a Adam.

—Hay algo que queremos pediros que hagáis por nosotros —dice.

—¿Qué es? —pregunta Adam.

—Encontradla —dice Devin—. Encontrad a nuestra hija.

Siento como si mi corazón se hubiera detenido en mi pecho.

—Devin... —comienza Adam.

—Si hay alguien en este mundo que puede hacerlo, Adam, eres tú. Por favor. Encuentra a nuestra pequeña.

Adam me acerca más a él, y lo veo asentir.

—Lo haré —dice. Me mira—. Lo haremos.

Epílogo

Adam

Tres meses después...

Ver a Emily dar a luz fue una de las experiencias más increíbles de mi vida. Hasta ahora, mi experiencia con bebés se limitaba al nacimiento de mis hermanos pequeños. Yo mismo era un bebé cuando nacieron Terry y Jake, así que no recuerdo mucho. Recuerdo cuando Frankie llegó a casa, pero no parecía gran cosa. No nos llevaron al hospital para conocer a nuestro nuevo hermano ni nos dieron ninguna charla motivadora sobre la llegada de un nuevo bebé. Simplemente se convirtió en parte de nuestra realidad. Lo mismo ocurrió con Luke unos años después.

Creo que ni siquiera estaba cerca de estar preparado para lo que sería presenciar el indescriptible proceso que Emily atravesó, y ese momento singular cuando nuestra hija pasó de estar dentro de su cuerpo, totalmente dependiente de Emily para sobrevivir, a vivir por su cuenta. Mi hermosa esposa demostró una fuerza extraordinaria mientras soportaba horas de parto y traía al mundo a nuestra preciosa y diminuta hija.

Nuestra hija.

Esas palabras todavía me dejan sin aliento. Sabía que iba a tener una hija durante meses, pero no lo asimilé por completo hasta que la vi por primera vez. Todavía estoy procesando mi asombroso nuevo papel como su padre mientras la observo durmiendo en los brazos de su madre. Se ve tan tranquila y hermosa, y siento un amor y una protección hacia ambas incomparables a cualquier cosa que haya experimentado antes. Extiendo la mano para tocar la aterciopelada mejilla de la bebé, y la oigo protestar en sueños.

—Tiene tus pestañas —dice Emily.

Incluso después de lo que acaba de pasar, Emily se ve tranquila y satisfecha mientras observa dormir a la bebé.

—¿Señor y señora Conway?

Miro por encima del hombro y veo a una enfermera de pie en la puerta de la habitación de Emily.

—¿Sí? —pregunto.

—Tienen una visita. ¿Está bien?

Miro a Emily, quien sonríe y asiente.

—Claro —digo—. Que pasen.

Ella retrocede, y una nube de globos entra en la habitación. Unos segundos después, se apartan y veo a Devin sonriéndome. Tiene el ramo de globos en una mano y varias bolsas de regalo en la otra. Detrás de él está Dorothy, cargando varias bolsas más y un oso de peluche gigante.

—¡Hola! —exclama Devin alegremente—. ¿Cómo está la nueva mamá?

Suena más feliz de lo que nunca lo he oído.

—Estoy bien —dice Emily—. Venid a ver.

Devin deja las bolsas en el sofá al lado de la habitación y me entrega los globos antes de acercarse a la cama. Se queda de pie en el borde y mira con cariño a mi hija. Dorothy se coloca a su lado, apoyando tiernamente la cabeza en su hombro mientras él rodea su cintura con el brazo.

—Es preciosa —dice Dorothy.

—Gracias —responde Emily—. Todavía no puedo creer que ya esté aquí. No puedo imaginar mi vida sin ella ahora.

Dorothy asiente.

—Así es como se siente. Te conviertes en madre en un instante, pero sientes que siempre fue parte de ti. Y siempre lo es.

Puedo oír la emoción en la voz de Dorothy. Sé que esto debe ser difícil para ella, pero al mismo tiempo, ambos parecen tan felices de formar parte de ello. Nos hemos acercado aún más a la pareja

reunida durante los últimos meses, y casi parecen un juego extra de abuelos.

—¿Ya tiene nombre? —pregunta Devin.

Emily y yo nos miramos. Asiento levemente.

—Hemos hablado mucho sobre ello —dice ella—. Y queríamos preguntaros si os parecería bien llamarla Violet.

Dorothy toma aire y una sonrisa cruza su rostro, haciendo juego perfectamente con la de Devin. Él asiente con entusiasmo, y ella extiende la mano para tocar la cara de la bebé.

—Le queda bien —dice Dorothy suavemente.

—¿Te gustaría cogerla? —pregunto.

—¿Puedo? —pregunta Dorothy.

—Por supuesto —dice Emily, levantando con cuidado a Violet y ofreciéndosela a Dorothy.

Devin coloca su mano suavemente bajo la cabeza de la bebé y la guía hasta los brazos de Dorothy. Se alejan de la cama, y yo me inclino para besar a Emily.

—Nuestra hija está rodeada de mucho amor —susurro.

—Y siempre lo estará —dice Emily.

****

Emily

Al verano siguiente...

—No puedo creer que me hayas convencido de esto —digo.

—Puedes hacerlo. Creo en ti —dice Adam. Me toma de la mano, y me siento como si tuviera dieciocho años otra vez—. Te invitaron al baile de graduación y fuiste.

—Y lo pasé de maravilla.

—Montaste en Space Mountain. Hiciste senderismo en una auténtica montaña. Has logrado todo en tu lista de deseos menos

esto. Esto es todo lo que queda. Y es tu última oportunidad.

Respiro hondo y miro hacia delante. Black Out se cierne al final del camino, el tobogán descolorido es tan intimidante como cuando era adolescente. Una pancarta colgada en la valla a un lado de los escalones proclama que esta es la temporada de despedida del tobogán. Después de más de dos décadas asustando a la gente, Black Out cerrará definitivamente al final del verano. Será derribado y reemplazado por otra atracción. Dicen que será una montaña rusa acuática. Eso no puede ser bueno. Pero no me importa lo aterrador que será el tobogán reemplazante. Todavía es solo un concepto. Black Out sigue en pie, y no ha perdido nada de su poder intimidatorio sobre mí. De hecho, podría ser más aterrador ahora que soy adulta y no tengo que impresionar a Adam. Él es mi marido. Ya está atrapado.

Un chiste para él.

Damos unos pasos y un repentino chorro de agua cae en la piscina en la base del tobogán, salpicándome. Miro a Adam con cara de pocos amigos.

—¿Ves? Me recuerda. Tiene sed de mi sangre.

En el siguiente instante un niño cae, riendo, en la piscina, y Adam me rodea con su brazo.

—No tiene sed de sangre —dice—. Es solo un viejo tobogán desgastado. Eso es todo. Puedes hacerlo. ¿Estás lista?

Miro hacia el tobogán serpenteante y respiro hondo, asintiendo.

—Me pondré en los escalones —digo, sin estar lista aún para comprometerme a nada más.

—Suena bien. Pasito a pasito. Literalmente.

Subimos a los escalones y comenzamos a seguir la fila que avanza lentamente hacia la plataforma del tobogán. Lo corta que es la cola es un testimonio de lo anticuado que está el tobogán. Black Out ya no atrae a las masas que se extienden hasta la entrada del parque.

—¿Estás seguro de que Violet está bien? —pregunto.

Adam sonríe mientras damos otro paso hacia arriba.

—Buen intento. No uses la carta del bebé para librarte de esto. Está con el abuelo y la abuela Berg en la piscina de chapoteo. Están bien provistos de pañales para nadar y protector solar.

—Vaya. Frustrada de nuevo —digo.

Él asiente.

—Sí. ¿Quieres que te cuente una larga historia para distraerte mientras subimos las escaleras? —pregunta.

Intento parecer ofendida, pero él me sonríe.

—Creo que estaré bien —digo.

Caemos en el silencio mientras continuamos subiendo las escaleras. Miro por encima del parque acuático y noto todos los cambios que han ocurrido desde aquel día. El complejo de toboganes donde fuimos primero ha desaparecido, reemplazado por diferentes atracciones, y la enorme piscina de olas donde me abrazó ha sido ampliada y rodeada por una playa artificial. Melissa y Zach están allí en alguna parte. De hecho, estoy bastante segura de que puedo oírla chillar desde aquí arriba. En el lado opuesto está la zona de chapoteo infantil donde Devin y Dorothy llevaron a Violet. Invitamos a mamá a venir también, pero no aceptó. El parque acuático no es lo suyo.

Cuanto más alto subimos, más frenéticamente revolotean las mariposas en mi estómago. Adam se acerca a mí, se inclina y me da un beso en el cuello, y parte de mis nervios desaparecen. Cuando llegamos a lo alto de las escaleras y veo la entrada del tobogán, pienso en mi padre. Durante unos segundos, me siento de nuevo como esa niña pequeña, agarrando la mano de papá, y tan emocionada por estar al frente de la fila para montar en el nuevo tobogán. Recuerdo la emoción y lo especial que me sentía al estar allí a solas con él. No tenía miedo del mundo. Miro hacia el cielo por un segundo, y luego a Adam.

—Al menos has llegado a la cima —dice—. No tienes que hacer esto si no quieres, Em. Si tienes miedo, no hay vergüenza por volver a bajar.

Miro el agua que corre hacia el tobogán antes de respirar profundamente y soltar la mano de Adam. Lo beso firmemente, me acerco al tobogán y entro en el agua. Me siento y agarro las barras a ambos lados para mantenerme en mi sitio. Mi corazón late con fuerza en mi pecho y cierro los ojos para escucharlo durante unos segundos. Recostada, siento el agua salpicando a mi alrededor, y suena el timbre.

—Te quiero —dice Adam.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Yo también te quiero.

Y me suelto.

FIN

Hola, querida lectora!

Antes de despedirme, quería darte las gracias por haberme acompañado en esta historia. Sé que hay miles de libros increíbles ahí fuera, así que de verdad valoro muchísimo que hayas elegido este.
Espero que hayas disfrutado cada página y que esta historia te haya sacado alguna sonrisa (¡o algún suspiro!).

Si es así, me harías un enorme favor dejando una pequeña reseña en Amazon. Es la mejor manera de apoyarme, ya que no tengo el gran presupuesto publicitario de una editorial. ¡Mil gracias por estar aquí!

Adelanto de *Mi sorpresa secreta*

¿Lista para enamorarte de nuevo?

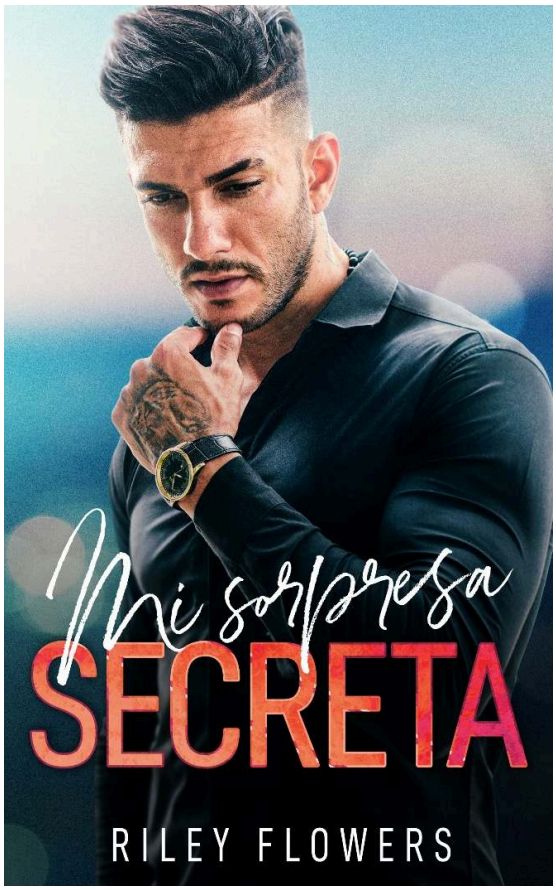
Sumérgete en la próxima **Surprise Love Story** que te hará reír, suspirar… y soñar despierta con tu propio doctor encantador.

Con giros inesperados, química irresistible y un secreto que lo cambia todo, esta historia te atrapará desde la primera página.

📖 **En las próximas páginas te espera un adelanto exclusivo – totalmente gratuito.**

Descubre por qué *Mi sorpresa secreta* ya está robando corazones…

¿Y tú? Estás a solo unas páginas de tu próxima obsesión romántica.


Mi sorpresa
SECRETA
RILEY FLOWERS

Capítulo Uno

Tyler

—En sus marcas...

Sonreí mientras observaba al pequeño grupo de niños preparándose para una carrera, con grandes sonrisas cubriendo sus rostros. La mascota de los Boston Sharks se acercó también a su «marca», meneando su gran trasero rojo de monstruo para deleite del público.

Perritos calientes. Béisbol. Lo único que faltaba era el pastel de manzana y sería el día americano perfecto. Un día normal. Di un largo sorbo a mi cerveza helada. *Normal*. Hacía tiempo que no tenía uno de esos.

—Listos...

Un pequeñajo se adelantó y salió disparado hacia la primera base. Todos rieron mientras un miembro del personal lo perseguía y lo llevaba de vuelta a la línea de salida para «prepararse» de nuevo. Incluso desde donde yo estaba sentado en el lujoso palco, podía ver su lengua rosada asomando por el espacio donde deberían estar sus dientes delanteros. Parecía una calabaza de Halloween feliz y tenía «niño pequeño» escrito por todas partes. Podía notar que era un pillín solo por la forma en que arrugaba la nariz mientras se reía.

La mascota de los Sharks se unió a la diversión y puso una gran pata peluda sobre la cabeza sudorosa del niño, claramente intentando mantenerlo quieto. El locutor levantó la pistola de salida en el aire mientras los niños esperaban la señal para correr por las bases, y...

¡Bang!

Los niños salieron disparados y, en ese mismo instante, fui transportado de vuelta a Irak...

¡Boom!

La explosión surgió de la nada, seguida por el inconfundible sonido de los AK-47. En cuestión de segundos, nuestro rescate de rehenes se había convertido en un bautismo de fuego.

Lanzándome a cubierto, levanté mi SCAR para devolver el fuego al enemigo que estaba arriba en el callejón. El ra-ta-ta-ta de los disparos me rodeaba por todos lados.

—Tenemos que movernos —grité mientras maniobraba hacia JTAC Mike, que estaba acurrucado en un portal, manejando las comunicaciones.

Mike se volvió hacia mí—. El Apache viene en camino. ETA seis minutos.

Mierda. No teníamos ni seis segundos. Estábamos completamente jodidos.

Comencé a disparar de nuevo a las sombras oscuras que había sobre nosotros mientras mi equipo iba cayendo uno a uno. Yo sería el siguiente, me di cuenta. No había salida de este callejón.

¡Whoosh!

—¡RPG! —grité la advertencia mientras me lanzaba hacia la poca cobertura disponible. El dolor me atravesó cuando el mundo que me rodeaba explotó y la furia del infierno se manifestó en la Tierra.

Ante mis ojos, el edificio que albergaba a nuestros rehenes quedó aniquilado, sin dejarnos ningún lugar adonde huir. Mientras la metralla ardiente caía a nuestro alrededor, me di cuenta de que nos habían tendido una trampa. La información de inteligencia era errónea. Estábamos acorralados, esencialmente atrapados.

Atrapados.

Muriendo.

Muertos.

Una mano se cerró sobre mi hombro y en un instante estaba de pie. Busqué mi inexistente arma, y la cerveza de mi vaso explotó por

toda mi cara; el líquido frío y el olor a lúpulo me devolvieron a la realidad.

Era Louis Osborne, el dueño de los Sharks, mirándome como si fuera un animal fuera de control. Tal vez lo era.

Levantó las manos, mostrándome las palmas mientras retrocedía un par de pasos. —Está bien, Tyler —dijo Louis con voz tranquilizadora y bajó una mano para empujar a la hermosa mujer que estaba a su lado detrás de su espalda. Protegiéndola. De mí—. Todos atrás, dejen que respire.

Miré de nuevo al campo. Los niños ni siquiera habían llegado a la primera base todavía, así que supe que solo había perdido unos segundos. Pero unos segundos era demasiado. Todo era demasiado.

Necesito salir de aquí.

Forzándome a reír, me estremecí al oír lo frágil que sonaba mientras tomaba la toalla que alguien me entregó para limpiarme la espuma de la cara y las manos. —Lo siento. Yo...

¿Yo qué?

¿Cómo les explicaba a estas personas lo que acababa de pasar? ¿Cómo arruinaba su día explicando cuántos de mis amigos murieron a mi lado ese día? ¿Cómo explicaba cómo sobreviví? Cómo salí caminando cuando tantos no lo hicieron.

¿Fue suerte?

Si fue así, no sabía si era buena o mala suerte.

—Estábamos a punto de rellenar. ¿Qué tal otra cerveza? —preguntó Louis, evitándome la necesidad de dar explicaciones. Asentí, agradecido por la distracción. Él sonrió a la encantadora mujer que tenía a su lado, y ella le devolvió la sonrisa, con amor brillando en sus ojos.

Ella volvió sus peculiares ojos color avellana hacia mí. —Iré a buscarlas. Vuelvo enseguida.

Antes de que pudiera detenerla, ya se dirigía hacia el bar.

—¿Estás bien? —preguntó Louis en voz baja cuando volvimos a estar solos.

—Sí. Lo siento. Solo tuve un momento ahí.

—Totalmente comprensible. Ken me contó que tu unidad pasó por el infierno.

Infierno.

Era quedarse corto, pero solo asentí, apreciando el intento del hombre mayor por entender y no echar al loco —yo— de una patada. Por eso ahora evitaba las multitudes. Evitaba todo. Ya no era un hombre en quien se pudiera confiar.

Miré alrededor y vi que la atención de todos había vuelto al campo. Excepto la de una señora mayor que se dirigía directamente hacia mí.

Louis gimió, luego ocultó el sonido con otro sorbo de su bebida. Cuando le lancé una mirada interrogante, me guiñó un ojo.

—Creo que no nos han presentado —dijo la mujer mayor, extendiéndome una mano enjoyada. No pude evitar sonreír ante sus ojos centelleantes. O ante la gorra de béisbol de los Sharks incrustada de joyas que se asentaba sobre su cabeza blanca como una corona resplandeciente.

Louis aclaró su voz y pasó un brazo afectuoso sobre los hombros de la mujer. —Tyler Parry, es un placer presentarte a Layla Chandler, abuela de nuestro primera base, Cody Chandler. Nana Chandler, Tyler es el invitado de Ken Wilder hoy y está interesado en apoyar la iniciativa de viviendas para veteranos de Ken.

Encerré la frágil mano de la señora Chandler en la mía, pero ella no la soltó. En cambio, se acercó más y me miró con sus brillantes ojos azules, las líneas de su rostro todas elevadas con su radiante sonrisa. —Un placer conocerle, Tyler —dijo—. ¿Está casado?

Louis Osborne se rio y rápidamente alzó su propia copa de cerveza y la vació para ahogar el sonido. La señora Chandler le lanzó

una mirada severa, emitió un sonido de desaprobación, y se volvió hacia mí esperando mi respuesta.

—No, señora. Yo...

—¿Comprometido?

Me aclaré la garganta. —No, señora.

—¿En una relación?

Me habría sentido como una presa acosada por una leona si esos ojos azules no hubieran contenido tanta amabilidad. Me cayó bien Layla Chandler de inmediato y me encontré deseando que fuera cincuenta años más joven. —No, señora, pero... —le guiñé un ojo y le ofrecí mi brazo—, estoy abierto a sugerencias.

Soltó una risita, y fue un sonido tan suave y musical que me encontré relajándome aún más, el horror del flashback hundiéndose más en las oscuras profundidades de mi mente. Tomó mi brazo ofrecido y enganchó su mano a través de él. —Eres un sinvergüenza, Tyler Parry. Puedo verlo de inmediato. Tendré que presentarte a mis nietas...

Oh. Dios. No.

...ambas son criaturas tan encantadoras, estoy segura de que estarás de acuerdo.

Miré a Louis Osborne en busca de ayuda, pero el otro multimillonario simplemente levantó ambas manos. Claramente se había rendido ante las maquinaciones de esta pequeña mujer hace mucho tiempo.

—Si son como su abuela, estoy seguro de que ambas son encantadoras, pero yo...

—Maravilloso... —me interrumpió, mirándome. Las luces captaron una de las joyas en su gorra adornada, casi cegándome. ¿Eran diamantes reales? Seguramente no—. Deme su teléfono.

—¿Eh?

Volvió a resoplar y extendió su mano. Mansamente le entregué el teléfono a la anciana.

—Desbloquee la pantalla, joven.

Me sentí como si tuviera catorce años otra vez, una década borrada con su mirada fulminante. —Sí, señora.

Deslicé el dedo y observé cómo sus pulgares arrugados se ponían a trabajar añadiendo su nombre y número de teléfono. Con la velocidad de un adolescente drogado, Layla "Nana" Chandler estaba en mis contactos. Tocó el botón de llamada y el bolso Chanel que estaba sobre la mesa a nuestro lado comenzó a sonar. —Ahora, estamos conectados. Le llamaré pronto con los detalles. Contestará cuando le llame, ¿verdad?

¿Alguien le había dicho alguna vez que no a esta mujer?

—Señora Chandler, yo...

Sus ojos sostuvieron los míos, y me dio unas palmaditas en la mano. —Me llamará Nana.

Tragué saliva. —Nana...

—Nana Chandler, aquí estás... —Una preciosa rubia fresa rodeó con su brazo los hombros de Nana Chandler y me guiñó un ojo conspirativamente—. Te estaba buscando.

El brazo de Nana se enroscó alrededor de la cintura de la joven. —Tyler, esta hermosa criatura es mi nieta política, Morgan. No está disponible, así que ni lo pienses.

Levanté las manos en señal de rendición. —No me atrevería.

Morgan intervino. —Esperaba tener tu opinión sobre los colores para la habitación del bebé, Nana.

Layla Chandler se iluminó y dio unas palmaditas en el vientre plano de Morgan. —Por supuesto, mi querida. Ya tengo varias ideas. —Morgan comenzó a caminar, guiando a la anciana hacia un grupo de mujeres que esperaban. La mujer más joven me miró y articuló sin voz: *Corre.*

Louis Osborne me dio un codazo con una sonrisa y me entregó una copa de cerveza. —Un consejo sabio. Te enviaré un mensaje cuando todo esté despejado.

No necesitaba que me lo dijera dos veces.

Saliendo precipitadamente del lujoso palco privado hacia la multitud de personas que se dirigían a los puestos de comida, respiré profundamente mientras comenzaba a caminar por la cubierta superior. Bebí la cerveza de un trago, tiré el vaso y seguí caminando, necesitando liberar la energía acumulada en mi interior. El aire caliente de julio me golpeó la cara mientras bajaba por las escaleras de hormigón. Abajo, los Sharks estaban tomando el campo. En otro momento y lugar, podría haberme interesado ver el partido, pero hoy me sentía inquieto, incluso más de lo habitual.

Había venido al estadio estrictamente por la necesidad de hablar de negocios con Ken Wilder, el famoso campocorto del equipo. Normalmente no me gustaban las multitudes. Tal vez por eso me sentía tan ansioso. Eso, y el flashback que ya me había hecho retroceder a un tiempo que no quería recordar; no me sentía precisamente jovial. Habría sido mejor si hubiera insistido en que Ken se reuniera conmigo antes del partido, o incluso después, pero pensé que podría manejar el palco privado del propietario.

Aparentemente no.

No creía que pudiera volver a manejar nada nunca más.

Mientras subía y bajaba las escaleras, sin ir a ningún lugar en particular, repasé las preguntas que planeaba hacerle a Ken. Necesitaba tener algunas preparadas, pero honestamente no sabía de qué hablar. Sabía muy poco sobre el campocorto, pero lo que había oído era impresionante. Me gustaba todo el trabajo que hacía con los veteranos y quería hacer algo útil con mi vida. Todo lo que tuve que hacer fue mencionar este deseo a uno de mis viejos compañeros de pelotón, y un día después estaba conectado, con un correo electrónico de Ken pidiéndome que viniera a reunirme con él en mi bandeja de entrada.

Dos meses fuera de los SEAL, sin trabajo ni aficiones reales, y más de mil millones de dólares en mi bolsillo significaba que no solo tenía mucho tiempo libre, sino demasiados pensamientos en mi cabeza. Mayormente malos. Necesitaba hacer algo con mis días. Sentarme y ser inútil nunca me había convenido. Además, si me quedaba quieto demasiado tiempo, los demonios seguramente me alcanzarían tarde o temprano. Corrección, ya me habían alcanzado. Ahora, solo necesitaba evitar que me consumieran por completo.

Sí, lo tengo difícil.

Pobre niño rico.

Lo sé. Lo sé.

Pero no buscaba simpatía ni comprensión de nadie. Demonios, no buscaba *nada* de nadie. Solo deseaba que el mundo me dejara en paz.

Sonó una bocina y salté, la adrenalina inundando mi sistema de nuevo. Esto era una mala idea. Nunca debería haber venido. Necesitaba salir de aquí. Siempre podría contactar con Ken más tarde, concertar una reunión privada, o mejor aún, una conferencia telefónica.

Diablos, en lugar de intentar hacer las cosas por mi cuenta, podría hacer lo que había planeado originalmente y donar un par de cientos de millones a Ken y dejar que su equipo hiciera todo el trabajo. Después del tipo de mierdas que había visto, usar mi dinero para ayudar a los veteranos parecía una decisión obvia. Dios sabía que necesitaban más manos que las que estaban recibiendo. Pero eso no significaba que tuviera que supervisar personalmente cada detalle. O ningún detalle en absoluto.

Una pelota crujió contra un bate y la adrenalina me inundó de nuevo.

Sí. Necesitaba salir de allí.

Buscando la mejor vía de escape, me abrí paso entre la multitud de personas en la cubierta superior con enormes bebidas y bolsas de

palomitas en sus manos. Girando a la izquierda, encontré una escalera trasera y me dirigí hacia allí, bajando los escalones a trote. El sonido de un niño llorando me hizo frenar en seco y casi tropezar con mis propios pies.

Justo así, otro recuerdo me golpeó en las entrañas. Un camino caluroso y polvoriento. Un niño pequeño llorando en la puerta de una casa. Sacudí la cabeza, tratando desesperadamente de desalojar la visión.

No, me dije a mí mismo. Este no era un niño atado a un chaleco suicida. No estaba en el desierto. Estaba en Boston. En un maldito partido de béisbol, por el amor de Dios.

Mi corazón disminuyó su martilleo mientras seguía razonando con el monstruo escondido dentro de mi cerebro. Probablemente solo era un niño llorando porque su madre no le dejó comer algodón de azúcar. Eso era todo lo que era.

Seguí caminando, pero me detuve después de dos pasos más. En el rellano debajo de mí, un niño pequeño de pelo castaño estaba acurrucado, a solo un par de metros más abajo en las escaleras. No podía tener más de seis o siete años, no es que yo fuera bueno adivinando edades. Tenía la cara arrugada, con gruesas lágrimas rodando por sus mejillas. Se aferraba a la barandilla como si fuera su salvavidas mientras lloraba. Cuando miré con más atención, lo reconocí como el niño pequeño de la carrera.

El dolor que desgarró mi estómago fue suficiente para hacerme querer vomitar mientras miraba al niño que lloraba, recordando a otros niños en un mundo lejos de este. Examiné el área alrededor del niño, buscando señales de algún padre. Pero nadie parecía notar al niño. Todos estaban demasiado ocupados viendo el partido o enviando mensajes en sus teléfonos para notar su angustia.

Caminé lentamente hacia el niño. Frente a él, me puse de rodillas para que estuviéramos al mismo nivel. —Hola —dije suavemente—. ¿Dónde están tu mamá y tu papá?

Sorbió y se limpió el ojo con el dorso de la mano. —Yo... yo... no lo sé —sollozó.

Tomé una respiración que se sintió como fuego. No soportaba ver a los niños llorar, incluso cuando era por algo trivial. Desencadenaba algo dentro de mí, me hacía sentir loco e impotente. —Bien. ¿Te trajeron aquí?

—Sí. Mi m-mamá lo hizo, pero n-no puedo encontrarla.

—No te preocupes. Voy a encontrarla por ti. Te lo prometo.

Su labio inferior tembló. —¿Y si se fue?

Mi corazón se agrietó un poco. —Ella no te dejaría aquí. Confía en mí. Si es tu madre, te quiere y nunca te abandonaría. —Bajé la cabeza y miré a sus grandes ojos marrones—. ¿Crees eso?

Parpadeó para alejar sus lágrimas y sonrió lo suficiente como para mostrarme los dientes de calabaza de Halloween que había notado cuando estaba corriendo por las bases. —Sí.

—Bien. Ahora, escucha. Mi nombre es Tyler, y voy a ayudarte a encontrar a tu madre. ¿Cómo te llamas?

—Ryder.

Un escalofrío me recorrió. Así es como siempre dije que llamaría a mi propio hijo si alguna vez tuviera uno. —Muy bien, Ryder. ¿Sabes en qué dirección viste por última vez a tu madre?

Miró a la izquierda y a la derecha, su cara palideciendo mientras lo hacía. —No —susurró—. Eligieron mi nombre para correr la carrera, y la corrí, y luego gané y me tomaron una foto con la mascota de los Sharks porque llegué primero porque soy muy rápido porque me gusta mucho correr y entonces... entonces...

—Vaya, tranquilo —dije y sonreí al niño, apartando su mechón de pelo sudoroso de su frente—. Respira hondo y dime qué pasó después de que te tomaron la foto.

Su pequeña frente se arrugó en concentración. —Me dieron esta camiseta... —señaló la camiseta azul marino *Bestia de las Bases* que

llevaba puesta. Se la había puesto sobre la naranja que llevaba debajo—. Vi a una mujer con una camiseta rosa y corrí hacia ella, excepto que no era mi mamá con su camiseta rosa, era la mamá de otra persona. Pero la seguí porque pensé que podría llevarme con mi mamá, pero luego bajé aquí y entonces no pude recordar por dónde ir y...

—Muy bien. Lo entiendo. Así que tu mamá lleva una camiseta rosa. Eso ayuda mucho. Buen trabajo, Ry.

Sonrió, mostrando todos los espacios donde le faltaban dientes. —Así es como me llama mi mamá. Ry. A veces me llama Ryder-el-Lento cuando no me doy prisa. A veces me llama Ryder-el-Volado cuando no me calmo. Cuando hablo demasiado, me llama Ryder-Cháchara porque dice que tengo la lengua suelta, pero creo que es gracioso porque solo los perros menean la cola. Quiero un perro. ¿Tienes un perro? ¿Cómo se llama? ¿Es niño o niña?

Oh, por Dios.

—No tengo perro. Yo...

Parecía consternado. —¿Por qué? ¿No te gustan los perros? Mamá no me deja tener un perro porque vivimos con la tía Hailey, pero dijo que un día cuando tengamos nuestra propia casa podré tener un perro, pero no un gato porque es alérgica. Pero también una serpiente. —Ryder comenzó a sisear, con su lengua asomando por el hueco entre sus dientes—. Voy a llamar a mi serpiente Deslizante porque, ya sabes, no tienen pies y...

—Se deslizan sobre sus vientres —terminé por él antes de intentar volver a encauzarlo—. Me sorprende que tu mamá te deje tener una serpiente. A la mayoría de las mamás no les gustan. ¿Quieres ir a buscarla?

Sus ojos marrones prácticamente brillaban como si estuvieran iluminados desde dentro. —Mi mamá es muy guay. Dijo que ella tuvo una serpiente cuando era pequeña y que realmente la echó de menos cuando murió, y...

Mi corazón se retorció cuando otro recuerdo me golpeó en las entrañas. Esta vez, no era de muerte y destrucción, sino de mi amor de la infancia con su cobra enrollada alrededor del brazo. Le encantaba esa maldita serpiente y especialmente le encantaba aterrorizar a todos con ella. Podía recordar el destello travieso en sus ojos cuando se acercaba sigilosamente a alguna víctima desprevenida. Su risa musical mientras salían corriendo. La forma en que me miraba cuando yo no huía sino que acariciaba las escamas lisas de la serpiente, «accidentalmente» tocando su piel mientras lo hacía.

—Oye, tengo una idea —interrumpí, apartando también ese recuerdo—. ¿Y si te cargo? ¿Eso ayudaría? Podrías montarte en mis hombros. Así, podrías ver por encima de todas las demás personas. Y tu mamá podría verte mejor.

Sus ojos se iluminaron. —¡Vale! ¡Sí! ¡Entonces ella puede verme saludándola!

No pude evitar la sonrisa que se extendió por mis labios. —Exactamente, colega. Parece que tenemos un gran plan aquí. Vamos. Súbete.

Me di la vuelta y me agaché más para que pudiera subirse a mis hombros. —Agárrate fuerte —le indiqué mientras sujetaba sus piernas y me levantaba—. Avísame si la ves.

—Vale —dijo alegremente, con sus pequeñas manos agarrando mi pelo. Hice una mueca de dolor cuando me arrancó algunos cabellos de raíz, pero no dije nada. Si un poco de incomodidad era lo que hacía falta para encontrar a sus padres con seguridad, estaba más que feliz de hacer mi parte.

—Solo mira a tu alrededor —le indiqué mientras subíamos las escaleras—. Probablemente ella te esté buscando ahora mismo.

—Vale, Tyler, buscaré muy bien, justo como un águila persiguiendo a un conejo —respondió con su voz ligeramente aguda. Una risa burbujeo en mi pecho. Me alegraba haber dejado mi palco y

haber salido a caminar. Ayudar a un niño perdido a encontrar a su madre era un uso mucho mejor de mi tiempo.

De repente, las piernas de Ryder patearon excitadamente contra mi pecho. —¡Allí! ¡Allí! ¡La veo!

—¿Hacia qué lado? ¿Derecha o izquierda?

—Derecha. No. Izquierda. Um, ¿cuál es la izquierda?

Me reí y miré hacia arriba, sujetando las piernas de Ryder con más fuerza, para ver hacia dónde apuntaba su pequeño dedo. Aparentemente, su madre no estaba frente a nosotros porque no había ningún dedito a la vista. Di una vuelta completa, buscando a alguien que pudiera estar buscándonos.

Mujer - comprobado.

Camiseta rosa - comprobado.

Mirando frenéticamente alrededor - comprobado.

—¡Allí! —chilló Ryder—. ¡Está allí!

—Muy bien, colega. Voy a bajarte. Llévame hasta ella.

Me agaché y Ryder saltó de mis hombros. Salió disparado como una bala, zigzagueando entre las piernas de la gente como un corredor profesional dirigiéndose a un touchdown.

—¡Ryder! —le llamé—. ¡Espera!

Me apresuré tras el niño, temiendo que terminara perdiéndose entre la multitud otra vez. —¡Ryder! —Rodeé a un grupo de adolescentes, manteniendo mis ojos en la pequeña camiseta azul.

—¡Mamá! —Ryder se catapultó por el hormigón y voló hacia los brazos abiertos de una mujer.

—¡Ryder! —jadeó ella, abrazándolo con fuerza. Él envolvió sus piernas alrededor de su cintura y ella se puso de pie. Con su cara enterrada en el pequeño hombro de él y su pelo castaño oscuro cayendo alrededor de sus mejillas, sus rasgos estaban ocultos. Me dio la espalda, continuando abrazando a su hijo. —¿Dónde estabas? —le oí preguntar.

—Traté de encontrarte —dijo Ryder—. Y luego no pude encontrarte y... ¡te habías ido! —Su voz se quebró en su última palabra, y comenzó a llorar de nuevo.

—Oh, Ryder —exhaló ella, con el terror evidente en su voz. Sonaba cerca de llorar ella misma—. No puedes irte así. Estaba tan asustada. ¿Entiendes eso?

—Sí, mami —sollozó Ryder.

Me quedé donde estaba, sintiéndome congelado en mi lugar. Había algo familiar en la voz de la madre de Ryder. Era como una voz que te viene en un sueño recurrente. Cada noche te saluda, pero por la mañana, no es más que el débil recuerdo de un susurro. Me sentí como si hubiera sido arrojado atrás en el tiempo mientras mi mundo se inclinaba sobre su eje. *Qué día más jodido.*

Ryder se apartó del cuello de su madre, y pude ver su cara por encima del hombro de ella. Sus ojos brillaban, y dos hoyuelos profundos aparecieron en sus mejillas mientras sonreía con esa adorable sonrisa de dientes separados. —Tyler me ayudó a encontrarte. Me monté en sus hombros, como un caballo. ¡Yija!

—¿Tyler?

La madre de Ryder se volvió para mirarme, y justo así, todo el oxígeno del universo desapareció. No podía respirar. No podía moverme. Apenas podía pensar. La Tierra se desplazó, lanzándome cabeza abajo y sacándome de la faz del planeta. Estaba cayendo a través del espacio, volando a un millón de millas por hora.

—Tyler —repitió, pero esta vez el nombre vino con un tono de familiaridad. Un tono de shock. Un tono de dolor.

—Megan —susurré y supe que mi voz sonaba igual.

Capítulo dos

Megan

Seis años antes...

Pedalé con más fuerza, haciendo que las ruedas de la bicicleta zumbaran por la velocidad. El calor se elevaba desde lo alto de la colina, con el asfalto convertido en un horno improvisado. Solo era mayo, pero era la primavera más calurosa que recordaba. Aunque no me importaba. Me encantaba. Un verano adelantado significaba días anticipados de piscina y playa. No podía haber mejor manera de empezar el final de mi etapa en el instituto.

Alcancé la cima de la colina y dejé de pedalear. Mientras mi bicicleta se deslizaba calle abajo con velocidad creciente, respiré hondo. El viento agitaba mi pelo alrededor de mi cara y refrescaba el sudor de mi cuello y sienes. Por mucho que creciera, nunca me cansaría de esa sensación, la que llegaba cuando bajaba una colina después de matarme subiendo en bicicleta.

Mi bicicleta se deslizó hacia una bifurcación en el camino, y tomé la derecha, usando todavía el impulso de la colina para avanzar por la calle. Mientras pedaleaba, las casas se volvían más grandes y más separadas entre sí. Los setos crecían más altos, y las verjas de hierro parecían más amenazantes. Sin embargo, detrás de las rejas, sabía que había pequeños paraísos. Casas con ascensores y salas de cine en el sótano con capacidad para veinte personas. Piscinas en el jardín trasero con cascadas. Pistas de tenis que rara vez se usaban pero que existían solo para superar a los vecinos.

Había vivido toda mi vida en Bedford, y aunque todavía vivía en una casa bastante normal de tres habitaciones con mi madre y mi padre, había pasado toda mi infancia con los niños ricos que vivían a lo largo de esta calle. Había dos lados en Bedford, el lado súper rico y el lado de clase media/baja, pero como solo había un instituto, nos mezclábamos prácticamente sin distinción.

Frené suavemente al llegar a la casa al final de la calle. De un blanco cegador, la imponente mansión era la más hermosa de la manzana. Independientemente de si la hiedra trepadora en la fachada había sido cultivada intencionadamente o no, seguía siendo preciosa, creando un fondo glorioso para la fuente en medio de la entrada circular. Había pasado más días de los que podía contar en esta casa, y se había convertido en mi segundo hogar hacía años.

Dejando mi bicicleta en el césped, troté hacia la puerta principal.

—¡Megan!

Me giré hacia el garaje. Ron me saludaba desde la puerta, con el sol brillante reflejándose en su pelo rubio.

Me protegí los ojos de la luz y caminé hacia él.

—Hola. ¿Qué pasa?

—Tyler tiene un Maserati.

—Oh —No añadí *mierda*.

Ron sonrió con placer.

—Sí, está genial. Vamos.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia una puerta en el lado izquierdo del garaje. Con espacio suficiente para albergar probablemente veinte vehículos, el garaje estaba dividido en varios compartimentos. Ron y yo salimos del que se usaba para almacenamiento y entramos en la zona principal.

Allí, entre el Jeep amarillo y el Mustang completamente nuevo, había un descapotable blanco con la capota bajada. La pintura era tan fresca que parecía brillar incluso con la tenue iluminación del garaje.

—¿No es increíble? —preguntó Ron, la emoción en su voz me hizo sonreír.

Forcé la desaparición de mi sonrisa antes de que pudiera verla y me encogí de hombros.

—Sí, está bastante bien.

Me mordí la lengua antes de hacer la pregunta que rondaba mi mente. ¿De verdad necesitaba Tyler otro coche?

—¿Dónde está Tyler? —pregunté en su lugar.

—Justo aquí —dijo una voz al mismo tiempo que dos manos me hacían cosquillas en la cintura desde atrás. Solté un grito y di un salto. Tyler se puso delante de mí, con una sonrisa traviesa en los labios. Al verlo, mi estómago dio un vuelco.

—No me asustes así —le regañé, golpeando su mano.

Él solo sonrió más ampliamente.

—Creo que te gusta.

Había algo seductor en la forma en que me miraba. O quizás me lo estaba imaginando.

—No —corté—. No me gusta.

La nariz de Tyler se arrugó.

—Sí, claro.

Rápida como un rayo, estiré el brazo y deslicé un dedo por su cuello, siseando como si le hubiera echado encima a mi serpiente mascota, Cobra Kai. Se apartó bruscamente.

—¡Eh! No es justo.

—Todo vale en el amor y en la guerra —canturreé. Tan pronto como dije las palabras, me arrepentí. Solo mencionar el amor cerca de Tyler era peligroso. No porque le diera ideas, sino porque me recordaba lo que yo quería pero nunca podría tener.

Apartando la mirada, aclaré mi garganta seca.

—Creo que estoy deshidratada. Hace un calor infernal ahí fuera.

—Toma —Ron sacó un Gatorade de la mini nevera del garaje y me lo lanzó.

—Gracias —me volví hacia Tyler—. Oye, ¿por qué has comprado un coche nuevo? ¿No acabas de conseguir ese Mustang?

Tyler y Ron se miraron, con sonrisas idénticas y conocedoras plasmadas en sus caras.

—Dos es mejor que uno —respondió Tyler—. Especialmente cuando se trata de actividades extracurriculares.

—Claro —tomé un trago de Gatorade y me di la vuelta para que los chicos no me vieran poner los ojos en blanco. Nunca había entendido su necesidad de las carreras ilegales. Entendía la parte de la descarga de adrenalina, sí. Yo misma tenía debilidad por la velocidad y el peligro.

Pero no por ser pillada. Y las carreras en Bedford, Boston, parecían la forma número uno de asegurarse un arresto. Me encantaba la acción y la emoción. Si no, los dos chicos salvajes que estaban a mi lado no serían mis mejores amigos. Pero, ¿acabar en la cárcel? No, gracias. Yo tomaba mis emociones fuertes con una pequeña dosis de precaución. La ira de mis padres era legendaria, y la evitaba a toda costa.

Desde que Tyler recibió su herencia completa, se había vuelto loco gastándola. Según lo establecido en el testamento de sus padres, había recibido una asignación cada año durante su infancia y adolescencia. Cuando cumplió dieciocho hace diez meses, casi mil millones fueron transferidos a su cuenta bancaria, con más por venir en los próximos veinte años.

La mayoría de la gente diría que no podían imaginar tener tanto dinero. Sin embargo, ser amiga de Tyler desde quinto curso significaba que yo sí podía. Solo estar en la casa multimillonaria de su tío me daba una idea de cómo era ese estilo de vida. Había esperado que una vez que Tyler recibiera su dinero, empezara a pensar con más inteligencia a la hora de firmar cheques. Hasta ahora, no parecía que eso estuviera sucediendo.

En absoluto.

—Vamos a dar una vuelta con este —gritó Tyler y saltó tras el volante del Maserati. Ron rápidamente reclamó el asiento del copiloto, dejándome trepar a la parte de atrás. Yo sabía conducir y

tenía licencia, aunque no tenía coche. Tyler me había ofrecido uno de los suyos, pero mis padres dijeron que no, que podía conducir el monovolumen de mamá si necesitaba ir a algún sitio. No hace falta decir que iba en bicicleta tanto como era posible.

Tyler no perdió tiempo en poner el descapotable en marcha atrás, saliendo a toda velocidad del garaje y rugiendo por la entrada. El viento azotaba mi pelo, la emoción de montar en bicicleta antes ahora era un recuerdo lejano. Tyler salió del vecindario y derrapó en algunas curvas, llevándonos por un camino lateral hacia el campo. A medida que el coche aceleraba, la emoción crecía en mis venas. Por un breve momento, deseé ser lo suficientemente estúpida para participar en las carreras que a Tyler y Ron les encantaban.

Necesitando sentirme libre, desabroché mi cinturón de seguridad y me puse de pie, lanzando mis manos sobre mi cabeza. Un grito incontrolado y primitivo salió de mi garganta. El viento lo recogió y se lo llevó detrás de nosotros, pero seguí gritando, enviando mi grito de guerra al campo.

Tyler y Ron se unieron con sus propios aullidos y gritos. Sin aliento, me derrumbé de nuevo en mi asiento. Mi cara se sentía estirada por la fuerza del viento contra ella, y sabía que mi pelo era un desastre salvaje.

—Mujer loca —gritó Ron, aunque no podía ocultar su sonrisa mientras me miraba.

—Solo soy la mitad de loca que tú —repliqué, teniendo que gritar por encima del aire que corría—. ¿Adónde vamos?

—A la cantera —gritó Tyler por encima de su hombro.

Quince minutos después, estábamos en un aparcamiento al borde del bosque. Un amplio sendero de tierra conducía hacia el sombrío follaje, pero lo ignoramos. En su lugar, los tres nos sentamos lánguidamente en el coche, bajo la sombra de un gran árbol, y nos pasamos una cerveza.

—¿Qué piensa tu tío de este coche? —le pregunté a Tyler.

Una expresión de disgusto se extendió por sus rasgos cincelados. Incluso cuando fruncía el ceño, Tyler era innegablemente atractivo. Con sus ondas de pelo castaño oscuro, sus ojos a juego, hoyuelos profundos y brazos tonificados, volvía loca a todas las chicas de nuestro instituto.

Excepto a mí, me recordé.

—¿A quién le importa? —preguntó—. De todos modos, no está.

—Solo hasta el jueves —añadió Ron.

Tyler se encogió de hombros y apartó la mirada como diciendo, *¿y qué?*

Nunca había ocultado lo que sentía por su tío. En la mente de Tyler, el tipo era más estricto que una monja. Ron y yo no lo veíamos así. Todos nuestros padres nos ponían toques de queda y nos castigaban cuando nos pillaban haciendo algo mal. Al menos el tío de Tyler viajaba por trabajo cada dos semanas. Eso significaba que Tyler podía hacer lo que quisiera la mitad del tiempo.

Quizás perder a sus padres a los diez años significaba que para él era diferente. No lo sabía. Por solo la millonésima vez, me pregunté qué pasaba por la cabeza de Tyler. Parecía cargar con una carga secreta. Nunca había podido echarle un vistazo, y que yo supiera, Ron tampoco.

—Eh —dijo Tyler, enderezándose—. ¿Son esas Miranda y Eve?

Seguí su mirada hacia donde dos chicas de nuestra edad habían emergido del bosque. Parecían cualquier otra chica de instituto con tiempo caluroso con sus pantalones cortos y camisetas que dejaban ver el ombligo, pero eran diferentes porque íbamos al instituto con ellas, y había visto el lado mezquino —y provocativo— de su naturaleza demasiadas veces.

—Sí —coincidió Ron—. Son ellas —saludó y llamó a las chicas por sus nombres. Tyler se unió con un silbido ensordecedor.

Me hundí en mi asiento, invadida por un nuevo sentimiento. Era como si una pequeña rata estuviera en mi pecho, royendo mi

corazón. No conocía muy bien a Miranda o Eve, así que realmente no podía decir si eran simpáticas o no. Pero sí sabía que Tyler estaba entusiasmado de verlas. Saltando del coche, se dirigió hacia ellas y las encontró a mitad de camino en el aparcamiento.

—¿Es ese tu coche? —preguntó Eve.

—Sí —sonrió Tyler—. Lo acabo de conseguir ayer.

—Qué bonito —arrulló Miranda con una voz que hacía parecer que trataba de imitar a una muñeca parlante.

Se apartaron de nosotros y comenzaron a hablar en voz más baja. Era como si Ron y yo ni siquiera estuviéramos allí. Tyler dijo algo y Miranda y Eve estallaron en carcajadas. Puse mis manos en el respaldo del asiento del conductor y miré a Ron. Él me devolvió una sonrisa.

Lo mejor de Ron era que siempre estaba sonriendo. El tío podía encontrar el lado positivo de cualquier cosa. Para él, incluso un vaso vacío estaba medio lleno.

—Ese es Tyler —dijo simplemente con un levantamiento de hombro.

—Sí —murmuré—. Lo es.

Tyler se dio la vuelta y trotó de regreso al coche.

—Oye, voy a hacer senderismo con Eve y Miranda.

—¿No estamos invitados? —pregunté instantáneamente, sintiendo una ola de rechazo y algo más... me negaba a llamarlo envidia.

Los ojos de Tyler bajaron a mis labios y mi respiración se atascó en mis pulmones. Los apartó rápidamente y se pasó una mano por el pelo, dirigiendo su atención a su mejor amigo.

Antes de que pudiera responder, Ron intervino:

—Está bien, tío —los dos hicieron ese estúpido saludo de auto-felicitación de hermanos con apretón de manos, palmada, choque de nudillos.

—Les daría un paseo en el Maserati, pero entonces vosotros no podríais volver —dijo Tyler, todavía mirando en dirección a las chicas, con la espalda casi completamente vuelta hacia mí.

—Qué amable por tu parte —respondí mordazmente.

O Tyler no oyó mi sarcasmo o no le importó.

—¿Os veo luego, chicos? —sacó las llaves de su bolsillo y las dejó caer en la mano extendida de Ron.

—Hasta luego, tío —Ron saltó al asiento del conductor y se hizo crujir los nudillos. Vi a Tyler desaparecer en el bosque con Eve y Miranda, ambas chicas volteando su pelo sobre sus hombros mientras reían como gallinas cacareando.

—Siempre hace esto.

—¿Qué? —Ron se volvió para mirarme.

—Nos abandona. En cuanto aparece una chica guapa... —Me costó todo lo que tenía dentro no dar una patada en el suelo.

Ron levantó un hombro y me dio una mirada extraña, como si estuviera tratando de ver dentro de mí.

—Así es él. No hay nada malo en ello.

Me mordí la lengua y subí al asiento delantero. Estaba peligrosamente cerca de revelar demasiado. En nuestro pequeño círculo, compartíamos casi todo, pero había algunas cosas de las que los tres nunca hablábamos. Nunca. Y ese era el triángulo amoroso que existía entre nosotros tres.

Corrección... el triángulo amoroso no correspondido que existía entre nosotros tres.

Técnicamente, no estaba segura de que ninguno de ellos supiera lo que yo sentía por Tyler. Pero sí sabía que Ron había estado colado por mí desde la escuela primaria. Solo sospechaba que él sabía que yo tenía sentimientos por Tyler. O tal vez no lo sabía y yo solo estaba paranoica.

Bah.

No es que nada de eso importara. Ron y yo éramos solo amigos. ¿Y Tyler y yo? Teníamos que ser solo eso. No podía permitir que pasara nada con él, ni siquiera si él pudiera haber estado mínimamente interesado en mí. Incluso una noche de diversión arruinaría nuestra amistad, y Tyler no era el tipo de chico que tenía más que aventuras breves.

Y yo no era el tipo de chica que las quería. Al menos no creía serlo.

Aparté mi cara del sendero, pero la mantuve oculta de Ron mientras salíamos lentamente del aparcamiento.

—¿Quieres pedir pizza y ver una película? —preguntó.

—Me siento algo cansada —mentí—. Además, mañana es la fiesta de cumpleaños de mi abuela. Necesito terminar de hacerle la tarjeta.

—Oh. Vale.

Ron probablemente vio a través de mis patéticas excusas, era solo cuestión de cuánto de la verdad veía. ¿Sabía que estaba de mal humor porque Tyler nos había dejado para ir a pasar el rato con algunas chicas?

No era la primera vez que esto ocurría, y probablemente no sería la última. Pero era la primera vez que la partida de Tyler se sentía como un cuchillo en mi corazón.

Había pasado los últimos años luchando contra un gran enamoramiento de Tyler. Había hecho todo lo posible para intentar superarlo. Había salido con otros chicos. Me había sumergido en la escuela, el trabajo y el atletismo. Había hecho todo excepto la única cosa que probablemente habría funcionado. No había terminado nuestra amistad.

Y nunca lo haría.

Tyler, Ron y yo nos entendíamos de una manera que nadie más podía. Cuando Tyler se mudó a Bedford, un huérfano reciente de diez años, Ron y yo fuimos los únicos niños de nuestra clase que lo acogimos. Ni siquiera podía explicar qué nos unió. En ese primer día

de escuela, no sabíamos nada el uno del otro. Ni siquiera sabíamos si teníamos algo en común. Pero nada de eso importaba. Era como si alguna fuerza nos estuviera uniendo. Estábamos destinados a ser amigos.

Y nada lo estropearía jamás. Especialmente no un estúpido enamoramiento de colegiala. Tenía que recordármelo constantemente, porque si no lo hacía, existía la posibilidad de que hiciera algo de lo que me arrepentiría. Y nunca valdría la pena.

Porque nunca podría perderlo.

Si lo hiciera, sabía que nunca lo superaría.

Capítulo Tres

Tyler

Actualidad...

Nunca en toda mi vida fui más consciente de la gravedad como en ese momento. Megan Nichols. Petee se quedó paralizado, y todo el peso del universo me aplastaba, amenazando con romperme. Amenazando con matarme.

Y, sin embargo, de alguna manera, no morí. El momento se prolongó mientras Megan y yo permanecíamos allí, mirándonos el uno al otro.

Apenas había envejecido un día. Su pelo, de un castaño tan oscuro que casi parecía negro, brillaba con la luz. Ahora lo llevaba mucho más corto. En el instituto, lo llevaba largo, casi hasta la cintura. Ahora, le llegaba unos centímetros por debajo de los hombros, pero seguía manteniendo esas suaves ondas que me resultaban tan familiares. Sus labios seguían siendo carnosos y rosados, y su piel parecía suave y tersa. Pero sus ojos eran diferentes. Había más en ellos de lo que recordaba. Más madurez. Más dolor.

Por supuesto que lo había. Y yo era el motivo de todo ello.

—¡Mami! —Ryder rompió el hechizo tirando de su mano—. Mamá, ¿puedo tomar palomitas? Quiero palomitas.

—Eh... —dijo Megan suavemente, sin apartar los ojos de mí.

—¡Mamá!

Ella sacudió la cabeza como si saliera de un trance y miró hacia abajo. Ryder. Su hijo. Tenía veinticuatro años y un hijo. De alguna manera, estúpidamente, cada vez que pensaba en Megan, la imaginaba como la dejé. Con dieciocho años, salvaje y libre. Joven y aventurera. No el tipo de persona con un hijo.

—Espera, Ryder —dijo y revolvió el pelo ya revuelto del pequeño —. Dame un minuto.

—Vale —murmuró Ryder y se dio la vuelta para mirar el partido de béisbol mientras jugueteaba con el borde de su camiseta.

Busqué las palabras adecuadas. Había muchas opciones, pero la mayoría no eran apropiadas. No con un niño delante. Diablos, probablemente nunca lo serían. —Estás en Boston —me encontré diciendo, y las palabras sonaron tan estúpidas en voz alta como en mi cabeza.

Megan tomó una larga bocanada de aire. Al hacerlo, sus labios se apretaron con fuerza y su rostro palideció. —Sí. Ryder y yo vivimos en Beacon Hill.

—Ah.

Se lamió los labios y se mordió el inferior, luchando tanto como yo por encontrar qué decir. —Estoy estudiando aquí.

Asentí y pasé una mano por mi pelo, para dar a mis dedos algo que hacer y no extenderlos hacia ella. —Eso está bien.

—¿Y tú?

—Me mudé aquí... hace dos meses. Poco después de que terminara mi despliegue.

Sus ojos volvieron a parpadear, y el dolor que había detrás salió a la superficie. Parpadeó y miró a su hijo. —Hmm.

La conversación era tan forzada que daba risa, pero no podía hacer nada para salvarla. Estaba en shock, impactado por ver a Megan en carne y hueso. Desde que dejé Bedford, nunca había regresado. Ni una sola vez. Nunca esperé volver a ver a Megan en toda mi vida. Por algún golpe de suerte —buena o mala, no lo sabía — aquí estaba.

—Te ves bien.

Tan pronto como las palabras salieron de mis labios, me estremecí. ¿Era yo soltando ese horrible tópico? ¿Y a una chica que

probablemente me odiaba y que siempre había esperado no volver a verme nunca?

—Gracias. —Megan pasó la mano por su pelo, los mechones sedosos resbalando entre sus dedos como agua. Me di cuenta de que la estaba mirando fijamente y me obligué a volver a mirarla a los ojos. Sin embargo, en cuanto lo hice, me sentí horrible. Sus iris verdes estaban fríos y vidriosos.

—¡Megan!

La voz de un hombre me hizo girar. Un tipo con polo subió las escaleras corriendo hacia nosotros. —¡Ryder! —llamó al acercarse, pareciendo aliviado—. ¿Dónde te has metido?

Se dejó caer sobre una rodilla frente a Ryder y examinó la cara del niño.

Ryder se encogió de hombros. —Lo siento.

—Simplemente tomó el camino equivocado —explicó Megan, con voz cansada y tensa.

El hombre se pasó la mano por la boca. Tenía los ojos muy abiertos y el rostro pálido. —Nos has asustado, colega.

—Lo sé. Lo siento. —Ryder bajó la cabeza.

Megan se aclaró la garganta. —Joel, este es... este es Tyler Parry.

Probablemente estaba tratando de ocultar la resistencia en su voz, pero aun así pude escucharla. Solo decir mi nombre le dolía. Habían pasado seis años, y todavía le causaba dolor. La realización me golpeó como un destornillador en las tripas.

Joel se enderezó y me miró. Añade el pelo castaño con raya al lado al polo, y había algo inquietantemente de escuela privada en él. —Encantado de conocerte. —Luego inclinó la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos—. Un momento... ¿*el* Tyler Parry? ¿Como el Tyler Parry de la lista de multimillonarios de *Forbes*?

Maldita sea. Sabía que debería haber llevado una gorra. —Eh, sí. Ese soy yo.

Extendió la mano y estrechó la mía, con una enorme sonrisa extendiéndose por su rostro. Podía sentir los ojos de Megan sobre nosotros, observando cada uno de nuestros movimientos.

¿Su marido?

No había notado un anillo en la mano de Megan. Aunque, a decir verdad, no había mirado realmente. Y si tenía un hijo, la posibilidad de que estuviera casada no era tan descabellada.

La idea encendió un fuego feroz en mi estómago. Había pasado mucho tiempo pensando en Megan, pero nunca inserté a un hombre en esas imágenes. Ciertamente yo no era lo suficientemente bueno para ella, pero eso no significaba que cualquier otro hombre lo fuera.

—Somos amigos del instituto —explicó Megan—. Crecimos juntos en Bedford.

Los ojos de Joel pasaron de Megan a mí. Habría que tener un coeficiente intelectual cercano a cero para no percibir la incomodidad en el aire. Sin embargo, sus palabras fueron alegres. —Qué bien. ¿Y os habéis encontrado aquí por casualidad?

—Él encontró a Ryder.

Joel me miró con una nueva apreciación. —¿En serio? Vaya. Gracias, Tyler. Estábamos realmente preocupados por un momento.

Megan cruzó los brazos firmemente contra sí misma y dejó escapar un suspiro tembloroso. Casi podía oír sus pensamientos. Estaba pensando en lo que podría haber pasado si no hubiera encontrado a su hijo. Yo no tenía un hijo, pero sabía lo que era caminar con el miedo a la pérdida siempre acechando sobre tu cabeza.

Ryder gimió y se volvió hacia nosotros. —Quiero palomitas.

—No te has portado muy bien hoy —dijo Megan, con voz cada vez más severa—. Te has ido por tu cuenta.

Ladeé la cabeza con interés. Esta disciplinaria era una nueva faceta de la chica con la que crecí, una que pensé que nunca vería.

—Lo siento —dijo el pequeño otra vez, mientras la miseria apagaba la luz de sus ojos chocolate.

Megan se mordió el labio inferior. —Lo sé, cariño. Hablaremos más de esto cuando lleguemos a casa.

La esperanza floreció en su expresión y apareció un hoyuelo cuando levantó un lado de su boca en una sonrisa. —¿Puedo tomar palomitas ahora, por favor?

Joel revolvió el pelo de Ryder. —Yo te llevaré, colega. Siempre que tu madre esté de acuerdo.

Megan asintió. —Os encontraré en nuestros asientos en unos minutos. Gracias, Joel.

—No hay problema. —Sonrió ampliamente—. Ha sido un placer conocerte, Tyler.

—Igualmente —dije, pero incluso para mis propios oídos, las palabras fueron a medias. Lo observé tomar la mano de Ryder y alejarse hacia la zona de concesiones. Frente a mí, Megan estaba en silencio.

—¿Tu marido? —pregunté finalmente. Las mismas palabras me quemaron la garganta.

Megan parpadeó rápidamente. —No. Solo... un amigo. Quiero decir, no nos conocemos desde hace mucho. Hemos salido unas cuantas veces.

—Ah. —Un novio. No era tan malo como un marido, pero aun así me dolió escucharlo.

No es que la vida de Megan fuera asunto mío. No tenía ningún derecho sobre ella. No tenía derecho a hacerle ni una sola pregunta. Ni una vez desde que dejé Bedford la había buscado. Pero ahora aquí estábamos, parados frente a frente. No parecía haber otra cosa que hacer más que hacer preguntas.

—¿Cómo has estado? —Megan le preguntó al suelo. Un grupo de universitarios ruidosos apareció detrás de ella, y uno de los chicos la empujó un poco. Extendí una mano para estabilizarla, y ambos nos

movimos a un lado, más cerca el uno del otro. Tal vez me lo imaginé, pero pensé que todavía olía como siempre solía hacerlo. Una mezcla de lilas y vainilla y algo más fresco y ligero.

—Bien —respondí, la palabra saliendo automáticamente de mi boca.

Una de sus cejas se elevó ligeramente. Era un gesto que había visto tantas veces antes, uno que casi había olvidado. —¿Los SEAL estuvieron bien?

Me mordí la punta de la lengua, sin saber qué decir. Odiaba hablar de los últimos seis años. Para cualquiera que no hubiera visto combate, que no hubiera pasado seis años en un estilo de vida que bien podría haber existido en otro planeta, había cosas que eran imposibles de entender.

Tragué saliva e intenté de nuevo. —Sí. Estuvo bien.

Aun así, no sabía qué más decir. Todo el encuentro seguía jugando con mi cabeza. No podía creer que Megan estuviera aquí, en la vida real, de pie frente a mí.

—Solo aparté la mirada un momento. —Megan presionó sus brazos cruzados con fuerza contra su pecho, otro gesto que me resultaba familiar. Parecía como si tuviera frío, pero hacía veintisiete grados. Sacudiendo la cabeza, se quedó mirando un punto a un lado de mí—. Solo un segundo, y luego había desaparecido.

—Pasa —dije, agradecido de que la conversación hubiera girado hacia Ryder. Hablar de mí y Megan era difícil. Cualquier otro tema era un alivio—. Los niños son así. Ven algo y simplemente van. ¿Cuántos años tiene?

Se lamió los labios y sus ojos se encontraron con los míos antes de parpadear alejándose de nuevo. —Cinco —dijo antes de volver a mirarme. El miedo que había visto antes había regresado. Parecía un delicado cervatillo atrapado en los faros de un coche. Se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

—Exacto. Es normal que salgan corriendo a esa edad. Por supuesto, no tengo un hijo, así que solo me baso en lo que he oído.

Megan se frotó el punto entre las cejas. —Sí, lo sé, pero normalmente soy muy buena vigilándolo. —Resopló—. Soy más que buena. Soy paranoica, lo sé. Mis padres siempre me dicen que necesito calmarme.

Casi hice una mueca al recordar a sus estrictos padres. Era increíble que fueran ellos quienes le dijeran que se calmara.

—Es comprensible. No seas tan dura contigo misma.

Sus ojos volvieron brevemente a los míos, pero la rápida conexión que hicimos fue... errónea. Fue como si un rayo hubiera caído entre nosotros dos y nos hiciera temblar por la fuerza. El pelo de mis brazos se erizó. Miedo y dolor. Dolor y miedo. Había estado viviendo con esos dos demonios durante mucho tiempo. Supuse que Megan también.

—Joel parece agradable —ofrecí, solo porque mi mente era un desastre confuso y no podía pensar en las cosas correctas que decir. Vagamente tuve la sensación de que ya había dicho algo sobre lo agradable que era Joel, pero no podía recordarlo.

—Sí. Lo es. Es bueno con Ryder.

Todavía no podía creer que tuviera un hijo.

—¿Su padre también vive en Boston?

Los labios de Megan se entreabrieron y se quedó mirando mi garganta como si encontrara mi nuez de Adán fascinante. —Eh...

—¡Mamiii!

Ambos nos giramos al oír la voz de Ryder. Caminaba a unas filas de distancia, con una bolsa de papel de palomitas en las manos mientras Joel iba detrás. El calor explotó en mi cara, y mis entrañas se retorcieron al ver a Joel, pero ignoré las sensaciones. No tenía derecho a ser un cabrón celoso. Ya había tenido mi oportunidad con Megan. Y la había arruinado espectacularmente.

—¡Ven a sentarte! —llamó Ryder entre las palomitas que se metía en la boca.

Megan levantó un dedo para indicar que estaría allí en un minuto. Se aclaró la garganta y se volvió hacia mí. —No ve a su padre. Es algo, eh, complicado...

Tal vez estaba a punto de explicar más, pero de repente pareció quedarse sin palabras. Se frotó las sienes como si tuviera dolor de cabeza y parpadeó rápidamente. —Lo siento. Es que esto me está volando la cabeza, ¿sabes? Encontrarme contigo así... Nunca pensé que te volvería a ver. Y Ryder... —Se mordió el labio inferior, y el blanco de sus ojos se enrojeció.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Los ojos de Megan estaban por todas partes, su humor errático e inestable. Se estaba deshaciendo justo delante de mí. Megan Nichols, la chica genial por excelencia, estaba alterada. Nunca la había visto así.

—Lo sé. Y no deberías tener que pasar por esto.

Ella colocó sus manos en sus caderas y me miró directamente. —No te disculpes, Tyler. Por favor, no hagas eso. Tú no... si supieras... —Se detuvo de nuevo y sacudió la cabeza. Sus ojos estaban llenos de agua. Unos segundos más y las lágrimas cubrirían sus mejillas.

Un fuerte suspiro salió de mis pulmones. *Joder, joder, joder.* Era todo lo que podía pensar. No se suponía que me encontraría con Megan. Se suponía que las cosas no irían así. Elegí una de las ciudades más grandes del país para poder ser invisible entre la multitud. Sin embargo, aquí estábamos...

Giré la cabeza para mirar a través de las filas de asientos, hacia donde la pequeña cabeza de Ryder seguía moviéndose. —Es un buen chico. ¿Has dicho que tiene cinco?

—Sí. —La palabra fue como aire escapando de sus pulmones.

La vacilación fue como una bofetada en mi cara. De repente, vi lo que había estado pasando por alto en toda esta conversación.

Pelo y ojos castaños.

El hoyuelo.

Su nombre. El que siempre me había gustado.

¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo pude no ver lo que estaba justo frente a mí? ¿Podría ser...?

Mi voz tembló mientras pronunciaba mis palabras cuidadosamente elegidas. —¿Cuándo dijiste que era su cumpleaños?

Megan se dio la vuelta, sus manos empujando su pelo. —Tengo que irme.

Agarré su brazo, mis dedos hundiéndose en su suave piel, girándola hasta que volvió a estar frente a mí. No se apartó y noté cómo se le ponía la piel de gallina bajo mis dedos. Esperé hasta que volvió a mirarme. —Megan, ¿cuándo es el cumpleaños de Ryder?

Cayó la primera lágrima, y lo supe.

—Febrero —susurró Megan, pero la palabra era innecesaria. La palabra resonó a nuestro alrededor y golpeó mi corazón como una bala.

Megan se frotó las cejas. —Tyler...

—Febrero —repetí, esta vez con voz más firme—. Megan. —Tragué con fuerza, queriendo huir de la respuesta que ya conocía—. ¿Quién es el padre de Ryder?

Cayó la segunda lágrima, seguida de otra, y luego más. Miró a su alrededor, luego hacia el suelo como si deseara que se abriera y la tragara.

—Megan.

Sacudió la cabeza violentamente, sus dedos moviéndose de nuevo hacia sus sienes. —No podemos hablar de esto aquí.

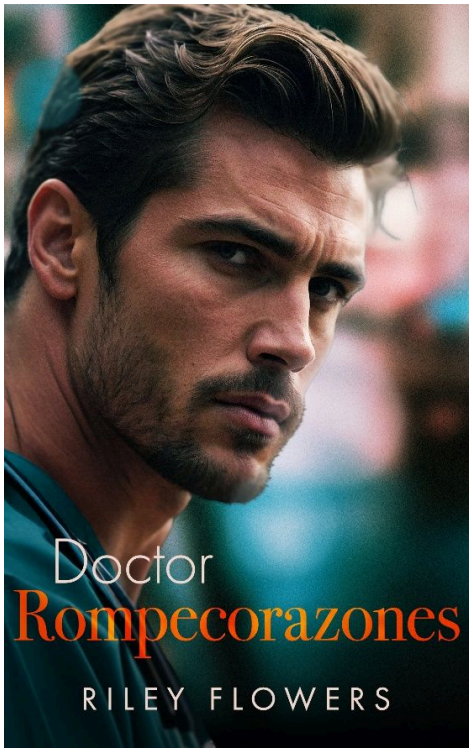
—Megan. ¿Quién... es... el... padre... de... Ryder?

Haz clic aquí para descubrir qué pasará después

¡Una sorpresa para ti!

Para darte las gracias por tu interés en mis libros, te regalo en exclusiva la novela completa *"Doctor Rompecorazones"*. ¡Y lo mejor: es totalmente gratis!

Puedes descargarlo aquí:



Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi Club de Lectores VIP y no te perderás ninguna novedad ni ningún lanzamiento. ¡Estoy deseando tenerte allí!

XOXO

Riley

Informazioni su Riley

Riley Flowers è un'appassionata autrice di romanzi la cui missione è quella di portarvi fuori dalla vostra vita quotidiana e in altri mondi con i suoi libri. Le sue storie contengono un misto di esperienze personali, sogni ad occhi aperti e fantasie esotiche.

Riley scrive da quando era un'adolescente e, dopo diversi anni nel mondo aziendale, si è finalmente arresa alla chiamata della sua musa per concentrarsi interamente sulla scrittura.

Per feedback, suggerimenti o semplicemente per dire ciao, puoi raggiungere Riley a: rileyflowersautorin@gmail.com

Riley risponde ad ogni messaggio personalmente.

Riley su Facebook: Cliccare qui